



# La cabeza de Diana

Francisco  
Granado  
Castro

La cabeza de Diana

Francisco Manuel Granado Castro

Copyright © 2012 Francisco Manuel Granado Castro

Todos los derechos reservados.

# ÍNDICE

EL SUEÑO DE LONDRES

DIOSES NO CATALOGADOS

LUZ DE TORMENTA

# EL SUEÑO DE LONDRES

## Teniente Gómez

Emma Wells llegó demasiado tarde para impedir el primer asesinato, pero el último se cometió porque Emma Wells llegó demasiado pronto.

La impertinencia de mi conclusión tiritó en la madrugada como un fuego fatuo y contemplé asombrado, a la luz ósea de una bombilla, los testimonios de la causa contra el capitán Laredo. ¿Qué tenía que ver esa mujer con el caso? ¿Por qué hubo un primer asesinato y uno último? En la matemática del crimen, no comprendía yo esa repetición aleatoria, que parecía sólo satisfacer el presente, exprimir la sensación de impunidad del momento. Los legajos recogían, como por casualidad, varias muertes que no tenían relación con el proceso. Sólo los unía la presencia de Emma Wells. Y la mención de esa mujer había parecido irrelevante a la corte marcial (entre otros hechos).

Para la instrucción y la vista apenas dispuse de unas semanas que desperdicié por la lentitud con que llegaban los informes de Londres, laberínticos, ineficaces, y aún más por el hermetismo del propio Laredo, cuya renuncia a cualquier defensa, si no al mundo, desbarató mi alegato a la vez que me desorientó.

Tras la ansiedad previa al consejo de guerra, una vez dictada la sentencia, contra la que expresé mi más severo desacuerdo y que el capitán Laredo escuchó como quien vislumbra un recuerdo, salí del alcázar de Segovia. Se había habilitado una sala regia del palacio para celebrar la vista, porque el edificio de Capitanía estaba en obras. Las mesas y sillas del tribunal, meros bancos plegables, colocados en medio de las armaduras de brillantes caballeros sobre sus monturas de metal, bajo los escudos

heráldicos, parecían denunciar el carácter provisional, quimérico, de nuestras tareas, como si esos fantasmas desconfiaran de nuestras pretensiones de justicia.

Cuando salí no quise mirar atrás. Dejaba a mi espalda el alcázar en su acrópolis. Sólo me apaciguaba mirar los abedules y fresnos que se deslizaban a lo lejos, hacia la orilla del Eresma. Me sentía vencido y odiaba la insolencia napoleónica con que el alcázar plantaba cara a las cordilleras azules de Guadarrama. Cuanto más grandioso se ofrecía el paisaje, más me humillaba. Busqué la mansedumbre de la ciudad. Sentía arder mis mejillas, de pudor, si no de vergüenza. Me reprochaba no haber cumplido mi trabajo. En aquella maraña de papeles algún dato fundamental se me perdió entre los dedos ¿pero cual? La transparencia de la mañana amenazaba con desnudar mis pensamientos, en su fría pureza.

¿Qué se me había escapado del proceso? A punto estuve de suplicar al cielo, como parecía que hicieran las ramas de los descarnados robles, retorciéndose hacia lo alto. En realidad, no sabía nada del capitán Miguel Laredo. El fiscal, una máscara de molicie bajo una condecoración que mostraba como un presidiario enseñaría sus cicatrices, tildó el caso de sencillo desde el primer momento, pero yo no estaba de acuerdo. Los hechos se ramificaban en bifurcaciones que no pude seguir por falta de tiempo y por el muro del idioma que un cabo nos traducía con su torpe gramática. A nadie le importaba la suerte del capitán, abandonado por el destino como los bancos de piedra del mirador que ahora atravesaba, los más melancólicos del mundo.

Caminé sin rumbo, tan a la deriva como los adoquines que se desperdigaban por las cuestas, atentos sólo a explorar el silencio de las calles. Una paz de fábula coronaba la austeridad de los caserones grises, el verdín de sus tejados. Cerca de la catedral hallé un ciego sentado al sol, que rasgueaba una guitarra. Una gorra boca arriba esperaba las limosnas mansamente y las coderas de su chaqueta de pana se deshilachaban. Sus dedos del color de la tierra exploraban la arquitectura de la guitarra para desgajar adustos acordes. Tenía los párpados cerrados, inmunes a la gloriosa luz que lo bañaba en oro, pero no al aire que la nieve de las montañas enfriaba. Entonaba una tonada declinante como su cuello, una canción de antigua lisonja que sólo parecía

apropiada para los pastos altos, entre vaguadas y flores. Una balada tal vez surgida de una anomalía en la dicción. Se cambiaba un par de palabras de su lugar habitual y esa entonación inusual generaba la melodía, con la pobre naturalidad con que una mujer se echa la toquilla por los hombros.

Las monedas que dejé en la gorra tintinearón y el hombre pronunció su bendición con una fórmula repetida, pero que sólo entonces escuché. “Dios te lo premie”. Demasiada gratitud para mi escaso gesto, pensé. Y se me ocurrió una paradoja: el que solicitaba la limosna era yo. Ese mendigo me concedía una sonrisa de lo alto a cambio de unas monedas. Casi sonreí con la ironía en ese momento. Era extraño ver las cosas del revés. Pero tal vez ese cambio de perspectiva era lo que me había faltado en la causa contra el capitán Laredo.

La historia no la protagonizaba Laredo, entonces lo supe, sino Emma Wells. Conforme descendía las calles para bajar al pie del acueducto, se me cayó la venda de los ojos. Las acciones de Laredo, ese aviador solitario, podían tener sentido si encuadraba sus hechos en una historia mayor, la de Emma Wells.

Quizás entonces pudiera entender por qué ella, una secretaria de Oxford, se precipitó en el último asesinato, pero en cambio se demoró en el primero. Claro que resultaba difícil explicar su presencia en los lugares donde ocurrieron. Aún me quedaba por averiguar, por ejemplo, que ella no sólo desconocía los apretados horarios del crimen, sino que obedecía a un ritmo diferente, a anhelos y temores que provenían de muy lejos y la hacían caminar por calles distintas de las que pisaba.

Emma Wells recorrió Londres casi sin verlo, como una sonámbula, bajo la tormenta de metralla y cenizas que rugía en ambas aceras. Las urgencias de la guerra sólo actuaron como un telón de fondo a sus ojos, porque Emma buscaba otra cosa, algo que una vez dejó atrás y cuya ausencia la mortificó muchas tardes, a esa hora en que el crepúsculo se volvía irremediable.

Emma había corrido bajo un haz de aviones hasta una buhardilla en la que terminaba de brotar la sangre de un esternón perforado y días más tarde se precipitó con el mismo ímpetu hacia donde otra bala de igual calibre (9 milímetros parabellum, eyectados de una Luger semiautomática) iba a atravesar una nuca, ignorando la piel y los vasos capilares y deshaciendo para



siempre las coordenadas vitales de un cerebro joven.

No actuaba por valentía o inconsciencia, emociones que tan físicamente habitaban el mundo entonces, sino guiada por el latido oculto de la esperanza, siguiendo la estela de un amor. Tras él viajó corriente abajo, allá donde el río Isis pierde su mágico nombre para convertirse en el sombrío Támesis. Y si en aquella orilla había saboreado la brevedad de la belleza, en esta iba a apurar la realidad con exceso.

El pánico helaba las manos de Emma Wells, detenidas sobre el mantel de cuadros. El avión volaba tan bajo que las tazas y platos tintinearón con las vibraciones. Desde la ventana, el aparato parecía flotar en el aire, minúsculo bajo una cordillera de nubes.

-Es de los nuestros -dijo.

Una gota de sudor resbalaba por el ceño fruncido de Anthony, quien recogió el cuchillo de la mantequilla que se le había caído al suelo. La niña lloraba en su cuna; el ruido la había despertado. A Anthony no le quedó otro remedio que ir al cuarto a calmarla. Emma miró el reloj: era tardísimo. Voló a descolgar el abrigo y lanzó un adiós que sólo acogieron los muebles. El empapelado del vestíbulo se estaba despegando. Debía pedir a Anthony que lo arreglara. Siempre detestó el papel estampado.

Salir a la calle tras el paso de los cazas era como entrar en territorio comanche. Los bombardeos de la Luftwaffe la aterrorizaban. Hacía un mes que Emma desayunaba leyendo noticias de ataques a fábricas y aeródromos que la prensa trataba de neutralizar con optimistas cálculos de enemigos derribados y soflamas del primer ministro Churchill. Todo en vano, a Emma le causaban pavor las rencorosas fotos de destrucción.

A los rugidos de los motores siguió un silencio gris. La mera arquitectura de Oxford se le antojaba un montón de torres erguidas por un orgullo medieval que ya no atañía al orbe, Quijotes que izaban su desvalimiento en el aire. Una torre goteaba sus ventanas impávidas ante ella.

En el despacho de la cátedra, tras encender la estufa, se descubrió a sí misma asomada al alféizar, contemplando una higuera que septiembre atemorizaba y que esparcía sus hojas como pétalos desmesurados en su jardín de piedra. Le intrigaba una

especie de premonición. Algo había cambiado de sitio, algo que no lograba adivinar. El paisaje se reveló de pronto como un ente externo a ella, ingobernable.

Sonaron dos golpes en la puerta. Tuvo miedo, sin saber de qué. La vida civil durante la guerra constituye una especie de espera sobresaltada, pero no era eso. Sentía el malestar de un presagio.

Antes de que respondiera, abrió la puerta un hombre cuyos hombros ocuparon todo el vano. Alto, de bigote rubio, llevaba abrochado el cinturón de la gabardina y entorpecía sus manos con un sombrero de fieltro del que no atinaba a desprenderse. Su porte elegante se difuminaba en la mirada, de un azul indefenso. Parecía uno de esos padres de alumnos que solían extraviarse entre los colegios de Oxford.

Saludó casi con una disculpa por su intromisión y su voz sonó neutra como la de un locutor de radio al presentarse: inspector de policía Roger. Necesitó hacer algo parecido a juegos malabares con el sombrero para buscar en los bolsillos de la gabardina su placa de Scotland Yard, no sin que antes cayera al suelo una foto en blanco y negro de su esposa, de esas coloreadas, donde los labios supuran carmín y las mejillas lucen un sonrosado efímero, sobre un fondo amarillo de espliego y con un cielo improbablemente celeste, como de cuento infantil.

¡Un policía en el departamento de arte antiguo! La intriga tembló en su voz cuando pidió al visitante que tomara asiento. En el reducido habitáculo –la manía inglesa por los espacios ínfimos–, aquella banqueta que atormentaba a los estudiantes, perdió su poder al ocuparla el policía con indiferencia.

-He llegado desde el mismo Londres esta mañana –explicó Roger, poniendo el sombrero sobre sus rodillas.

El policía carraspeó e inclinó la cabeza hacia el rotulito de madera donde figuraba el nombre del catedrático. La mesa mostraba su despejo estival, sólo algunos pisapapeles de marfil, una pluma con tintero y una pequeña imitación de un busto de Venus hecho en mármol y que el catedrático había celebrado como una ganga hallada en el Peloponeso, años atrás. Al policía sólo le

interesó el nombre escrito en el rótulo.

-Busco al catedrático de arte antiguo, el profesor Mackenzie... Si no me equivoco, escribió un libro... –al decir esto hurgó de nuevo en su gabardina y su chaqueta, hasta dar con un papel arrugado-, un libro que se llama... “Esculturas de Grecia y Roma en Inglaterra.”. No sé si el título es exacto... Oh, perdón, señora, no recuerdo su nombre...

-Señora Wells –contestó Emma-. Lamento decirle que no va a poder hablar con el profesor Mackenzie. Soy su secretaria... En estos momentos, se encuentra en el extranjero y no lo esperamos hasta dentro de una semana.

Los ojos del inspector mostraron el desamparo de un pequeño patio abandonado. Emma creyó que debía dar una explicación.

-Todos los veranos, el profesor Mackenzie visita algún país del sur. El clima allí le beneficia a su salud, ya sabe, el sol, el calor seco... Además le apasiona la arqueología. Por eso visita excavaciones. Este año se marchó en junio, nada más concluir el curso, a Grecia.

El inspector Roger recibió la explicación con incomodidad. Esas escapadas estivales le sonaban a escauceos románticos de un viejo sibarita que al pisar países exóticos cambiaría sus chaquetas de tweed y su toga por trajes blancos de alpaca y sombreros de paja. Imaginaba un cazador de mariposas estafado en todas las hosterías de la costa y por cuantos pícaros efebos no hicieran remilgos. Los harapientos lugareños le venderían como seda oriental y ánforas cretenses cualquier bagatela con más de cien años y el profesor volvería con la vergonzosa sensación de que otro año no había logrado el objeto de su pasión, que siempre queda un paso más allá de nuestros deseos, por mucho que lo persigamos.

Emma, en cambio, sólo trataba de describir el regreso de un viudo nostálgico a los lugares que frecuentara con su esposa muerta. Aunque intuía también la complacencia del titular oxfordiano en pasear por el orbe sus credenciales. Y quién sabía si el profesor Mackenzie intentaba neutralizar con el prestigio de sus viajes la conciencia general de que era su secretaria, Emma, la verdadera guía del departamento, la inspiradora del trabajo y auténtica artífice de sus logros. Pero aún Oxford, vetusta ciudad de

provincias, con sus prejuicios victorianos, no parecía dispuesta a tolerar que impartiera las clases una profesora perteneciente al sexo inapropiado, inhábil para difundir el saber logrado en siglos de masculinidad reinante.

-No está... –musitó el agente. Pareció arrepentirse de haber hecho tan largo viaje. Se diría que con los ojos tratase de desandar el camino que lo había llevado allí.

-Lo lamento –añadió Emma-. El curso empieza dentro de diez días y no se requiere su presencia hasta entonces. Entretanto, yo le sustituyo para cualquier trámite académico... Si se trata de una urgencia, veré qué puedo hacer por usted... –Emma había hablado con tono neutro, para resultar eficiente y enseguida formular la pregunta que la intrigaba-. ¿Para qué lo busca?

El inspector, algo desconcertado por el fracaso de sus planes, dudó.

-Es un asunto de seguridad nacional. No sé si debo...

Tamaña noticia, acompañada de su prejuicio varonil, exasperó a Emma. No se le podía poner la miel de los labios así para luego dar un paso atrás. La soliviantó ese apocamiento de Roger en sus propias narices. Emma no soportaba las medias tintas.

-Ha venido desde muy lejos, inspector. Sería una pena que ya diera por perdido el viaje. Si puedo hacer algo, dígamelo.

Roger agachó la cabeza y entrecerró los ojos, intentando decidir. La fina hebra de su cabello rubio mostró su impecable trazo.

-El profesor Mackenzie no hace nada sin mí –insistió Emma-. En el departamento soy sus manos y sus ojos. Confíe en mí. Le ayudaré.

El inspector no lo pensó más. La determinación le devolvió a su rostro el aura imperturbable que tienen los profesionales que conocen su oficio.

-Necesitamos un experto en escultura romana. Alguien capaz de distinguir una pieza original de una imitación y sobre todo, que nos pueda

decir si la pieza es inédita, que no está catalogada... Hablando claramente, que sepa si una estatua ya existía o acaban de descubrirla... –a semejante reto, Emma abrió los ojos del todo. Estaba dispuesta a colaborar, pero el inspector alzó un dedo, pidiéndole que no lo interrumpiera-. Espere, señora Wells. Necesitamos que esa persona venga con nosotros a Londres. Y como sabe, la capital está siendo bombardeada. Es una misión peligrosa. No se trata de consultar libros ni museos, sino de patear la calle...

La expresión “rata de biblioteca” asomó a los ojos del inspector. Su opinión sobre la cobardía de los profesores se podía palpar.

-Comprendería que se negara a cooperar. En realidad ya he recibido una negativa. Si me permite una confidencia, le contaré que un colega de su jefe, pero en Cambridge, rechazó la misión. Alegó problemas de salud y me temo que tenía razón: temblaba de miedo sólo de pensar en perderla. Si usted conoce algún profesor o experto que pueda ayudarnos, le agradecería que me pusiera en contacto con él.

-¿Qué buscan exactamente?

-Una estatua romana, la cabeza de una de esas diosas... –consultó la notita que retenía en la mano derecha-. La diosa Diana, eso es.

-No entiendo por qué buscan una cabeza... ¿La han robado?

-Verá... –Roger tomó aire con resignación, haciendo el esfuerzo de remontarse a lo que para él no era más que historia-. Hace cuatro años, un aventurero encontró un trozo de estatua... La identificó (no me pregunte por qué) como Diana. Esto ocurrió en las ruinas de una ciudad romana que ya no existe... ¿cómo se llama? Está en España, en Sevilla...

-¿Se refiere a Itálica?

-Sí, Itálica. Eso es. Tengo el nombre apuntado del arqueólogo. Un tal... –buscó en la arrugada notita- Alonso Banda.

El inspector o sus informadores habían alborotado el apellido con su precario español y en realidad se referían a Alonso Bando. Un escalofrío

recorrió su cuerpo, se sofocaron sus mejillas y dos veces tuvo que acomodarse en su asiento, alisándose la falda, en nerviosa confusión.

¡Alonso Bando! Ese nombre ascendía directamente del olvido y vino a insuflar de vida y color la pequeña estancia cubierta de alacenas y legajos. ¡Alonso Bando! De quien hacía años que sólo oía conjeturar sobre sus correrías en México o Persia. El estudiante al que amó, quizás el único hombre de quien se había enamorado de verdad, para su mal, porque se separaron diez años atrás y cada cual siguió su camino. Qué noticia, qué gran logro para él, haber descubierto los restos de esa divinidad romana.

-Se llama Alonso Bando –corrigió Emma sin pensarlo-. Alonso Bando – lo repitió, sintiendo en su paladar la delicia de pronunciar ese nombre y darlo de nuevo al aire-. Lo conozco. Quiero decir... lo traté hace años, cuando estudiaba aquí.

-Vaya. Entonces he venido al sitio apropiado –se felicitó el policía-. No sabemos si él

también intervino en el robo. Lo que sí consta es que uno de los ladrones se llama Lucas y ha venido a Londres, posiblemente a buscar a su cómplice en el robo. A ése es al que perseguimos. Por cierto ¿le suena el nombre de Lucas?

No. No recordaba que Alonso mencionara nunca ese nombre. Además su memoria se había lanzado desbocada a traer imágenes de Alonso, íntimas, vivísimas, que la azoraban en presencia de Roger. Pero el inspector seguía comentando el turbulento pasado del tal Lucas, un ganapán a quien la guerra civil enseñó mil añagazas para apoderarse de lo que no era suyo y que ahora se beneficiaba del clima de las islas, lejos de la policía de su país. En cierto momento, Roger acercó los codos a la mesa.

-Mire –agachó la voz-. Esto es información confidencial. Tenemos motivos para creer que Lucas busca a su cómplice. Y que el poseedor de la estatua es un espía alemán, el más escurridizo de todos. Llevamos años tras su pista, pero lo único que sabemos es que le apasiona la escultura antigua y que intervino en la guerra civil española. Debía ser uno de los ladrones. Por eso, quien posea la cabeza de Diana es el espía.

-Entonces sigan a Lucas...

-Demasiado escurridizo. Sólo pudimos interrogarlo, amparándonos en que es extranjero y estamos en guerra, pero no tenemos pruebas contra él. Y ahora no sabemos su paradero. Nos contó lo que sabemos y luego desapareció... –a veces, cuando meditaba, el policía se atusaba el bigote con su índice derecho-... Una cosa es cierta: Lucas no hablará. Por eso tenemos que indagar por nuestra cuenta, no podemos confiar en la suerte. Necesitamos a alguien capaz de identificar la cabeza y dar con el espía. Por supuesto, con el mayor sigilo para no alertar al enemigo.

-¿Y qué saben de Alonso Bando? -se sonrojó Emma al hacer la pregunta. Sintió que su cara se encendía. Incluso el policía notó el cambio en su rostro y se retiró un tanto, reclinándose en el respaldo del taburete, quizás por pudor o para permanecer al margen de asuntos privados que no le concernían. Pidió permiso para encender un cigarrillo.

-No sabemos su paradero –contestó con frialdad metálica, tras la primera calada-. Quizás esté en Londres también, si persigue la estatua o va detrás de Lucas.

Emma se avergonzó de haber expuesto sus sentimientos, algo que sólo justificaba la alarma de conocer el robo, del que el inspector no supo concretar detalles. Le palpó el corazón en la garganta cuando se le ocurrió que Alonso Bando pudiera estar pisando de nuevo tierra inglesa, que hubiera vuelto a Londres...

Un escalofrío recorrió su columna vertebral y suspiró sin darse cuenta. Entonces, para no permanecer callada, para mostrarse ocupada y no dar muestras de que su sangre se rendía, protestó con fingida indignación de que no había leído nada en los periódicos sobre el hallazgo de la cabeza de Diana, pero el inspector sugirió una indirecta flema (producto de la precaución, para no alertar a los espías alemanes), de modo que las ventajas del silencio se imponían sobre la habitual voracidad periodística.

El inspector Roger le había confiado esa información porque necesitaba que buscara al hombre idóneo para la investigación. Había viajado hasta Oxford con el propósito de conseguir al mejor especialista. Se trataba



de una misión secreta, quizás peligrosa. Tal vez ella conociera a algún profesor vacante o cualquier otro erudito. Roger era profano en la materia y, francamente, no sabía muy bien cómo distinguir un experto de un aficionado. Scotland Yard prefería alguien acreditado, pero él era flexible y aceptaría el criterio de la señora Wells, cualquier consejo que ella pudiera darle.

Esta confidencia impresionó a Emma, pero contestó que no se preocupara, que estaba dispuesta a colaborar. Mecánicamente, abrió la agenda de piel para buscar posibles candidatos al heroísmo arqueológico. Mientras sus manos y ojos parecían ocupados en recorrer las páginas del cuaderno y pulsaba un bolígrafo para confeccionar una lista, una inquietud muy distinta, una llamarada, ardía en su interior.

Después del olvido, cuando Emma ya no esperaba nada, había vuelto a oír el nombre de Alonso Bando y eso le confería de pronto la capacidad de reencarnarse ante ella. Casi sintió que podía abrir la puerta y encontrarlo en los pasillos, que le bastaría dar un paseo por el césped para verlo. Ese vértigo la alejaba de sus treinta años porque el tiempo, que había cesado cuando se separaron, volvía a contar desde entonces. Recobraba el mundo su esperanza original, el brillo de la vida para la que hemos nacido. Y esa sensación de inminencia la remozaba como una primavera no esperada y despertaba sus sentidos. Alonso volvía del pasado para desbaratar todas las previsiones: “Estoy aquí, Emma, soy yo”.

No podría decir cuánto tiempo empleó en hojear la agenda, porque en realidad sus pensamientos se cerraron a cualquier estímulo y se ocupaban en recapitular sobre su vida. Sopesó como en una balanza su felicidad de antaño con la atareada existencia que llevaba ahora. En comparación con los radiantes días de gloria, la mera urbanidad de sus días actuales le pareció un epílogo, una mala imitación de la vida. Hubiera deseado no reducir la cuestión a esos términos, pero sus pensamientos volaban libres y no entendieron de trabas. Le acuciaba la ansiedad, la curiosidad de saber todo lo que concernía a Alonso, dónde estaba, qué había sido de él.

De pronto, empezó a fabricar excusas y coartadas que facilitarían su deseo. La investigación oficial le permitiría alegar el cumplimiento del deber para viajar a Londres sin tener que dar explicaciones incómodas. Alonso Bando era un hombre que destacaba, sobre todo por su condición de

extranjero. Así sería muy fácil dar con él. Si lo encontraba, si podía volver a mirarlo y hablarle, sabría todo lo que necesitaba: qué había sido de él, cuales eran los sentimientos de ambos.

Cuando terminó de idear sus planes, cerró la agenda y rasgó el papel que escribía. Roger alzó las cejas sin entender. Y se quedó boquiabierto cuando Emma le comunicó la decisión que acababa de tomar. Lo había resuelto en un instante. Nunca tuvo menos dudas de lo que quería.

-Dice usted que la operación es secreta... ¿Y qué puede causar menos sospechas y parecer más inofensivo que una mujer?

-¿Una mujer? ¿Se refiere a usted?

El inspector se apresuró a negar con la cabeza y exponer todos los motivos al alcance del sentido común para rechazar su oferta, pero ella lo atajó. Quería ver a Alonso y no la detendrían las palabras. Hizo valer los argumentos y la persuasión para convencer a Roger de que era la única opción.

Por conocimientos, no había problema, pues ella misma se había titulado en arte antiguo; no en vano era hija de un legendario arqueólogo que también ocupó cátedra en la insigne ciudad, y pocos años atrás ayudó al profesor Mackenzie a escribir el sesudo libro sobre piezas antiguas que él había mencionado, cuya aridez casaba bien con su rigor. Nadie pondría tanto interés como ella en buscar la joya. Y además conocía personalmente a uno de los implicados, Alonso Bando. Por descontado, dominaba el idioma de Cervantes y lo hablaba con fluidez. Todo estaba a su favor. Sería un grave error (y aquí Roger frunció el ceño imaginando a sus superiores) involucrar a otro menos apto que ella. Nadie podía ayudarle mejor a buscar la cabeza de Diana. El policía le recordó que debía preocuparse por su familia, pero en una situación de guerra, de calamidad pública, este argumento casi se rebatía por sí solo. Todas las familias estaban en peligro. No cabían paños calientes.

Tan férrea fue su porfía que Roger se resignó a aceptar su ofrecimiento y la emplazó para que acudiera al día siguiente a la comisaría de Westminster, el cuartel general de Scotland Yard en Londres. Le dio instrucciones para que preguntase por él en la tercera planta y volvió a la

estación.

Ir a Londres era una locura. Pero haber dejado que Alonso se marchara sin ella diez años atrás fue peor. Cada vez que recordaba aquella despedida – cosa que procuraba evitar- el dolor aparecía intacto. Ella clavada en el andén vacío, mientras los bufidos de la locomotora avisaban de la urgencia del tiempo y en la ventanilla el rostro de él, desapareciendo tras el humo y luego el horizonte.

Si Alonso estuviera en Londres... Las combinaciones se multiplicaban en su imaginación y no fue capaz de trabajar. Las fichas y sobres permanecieron apilados, irrelevantes. Incluso le dolió la estrechez de la oficina, donde la penumbra tocaba con dedos ancianos cada tomo polvoriento, donde el tic tac del reloj hacía caer sin descanso gotas de rutina. Había bastado un instante para arrojar a un lado los años sombríos y asomarse otra vez a las incertidumbres del mundo. Le pareció que la mañana transcurría inusualmente lenta. Algo en su interior, deliberadamente intangible, casi ajeno a ella, como si perteneciera a la especie y no al individuo, la había empujado a aceptar el envite del policía, pero al imaginar las protestas de su marido y los remordimientos que la esperaban, su brío habitual se empañó.

Permaneció una hora en el despacho, sorprendida de la iniciativa que había demostrado, hasta que le agobiaron como una mortaja el olor de la humedad y la quietud de los libros. Deseó correr por los pasillos, alejarse a la carrera, pero sólo se atrevió a apresurar los pasos hasta un ojo de patio donde un sol casi otoñal abría su guiño. Ya no llovía y apenas sonreía el cielo de un azul nuevo. Notó que aquel rectángulo gótico también la ahogaba, necesitaba aire libre y volvió a apurar sus pasos hasta salir fuera.

Paseó sobre el césped, en lugar de usar los caminos de arena severamente señalados. Curiosa actitud para una secretaria de departamento y ayudante de un catedrático. Como no quería pasar por excéntrica, sacó un

cigarrillo del chaleco y lo encendió, al menos podía alegar que había salido a fumar. Los estudiantes que acudían a sus tareas debían pensar que estaba chiflada, se irritó. Apañosados estamos, sólo me faltaba que me llamaran la secretaria loca. Porque si de algo blasonó siempre fue de su carácter racional, de su seriedad.

Por Dios, no era un niña, ¿a qué venían tantas alharacas? Se fijó en que los alumnos evaluaban sus caderas (pero era absurdo, ella tenía treinta años y no creía que la falda negra o la blusa estampada en beige la favorecieran especialmente). En realidad veía a los muchachos más alborotados que de costumbre. O tal vez se detenía a observarlos por primera vez en años, ahora que compartía su inquietud por el futuro y sus dudas sobre la vida. Su propia ansiedad mancillaba la idea que tenía de sí misma, pero a la vez volvía a sentir ese acariciador anhelo adolescente, renacía como de la nada una especie de deseo de perfección que tal vez la habitó en otro tiempo.

Para calmarse, observó la intemperie estudiantil, las bromas de los muchachos y los libros que portaban, obstinados en convertir las asombrosas vidas de Pericles o Pompeyo en un galimatías de números y lugares, en fechas antes de Cristo, A.C., de descuento. Alguien nació en el 384 A.C. y moría el 322 A.C., lo que resultaba desconcertante: parecía que hubiera vivido hacia atrás, no acumulando pasado como nosotros, sino desposeyéndose de él, acercándose al futuro. En cierto modo era un punto de vista, sonrió Emma, cuya mentalidad empezaba a rejuvenecerse como por encanto. Vivir restando años arrebatava a los habitantes de la Antigüedad la certeza de la Historia y los colocaba en una especie de limbo donde el sol brillaba impune y las edades de los hombres volaban como cometas. Los números nada significaban y la Vida proveía su milagro incontaminado a los seres.

Se sorprendió analizando las caras de los chicos y el alegre galanteo de las muchachas. Caras nuevas, de fugaces aureolas o belleza, rostros flexibles que aún absorbían a bocanadas la vida. Los veía entrar en las aulas y distribuirse de aquel modo tan simétrico que una vez le describió Alonso. Le contó que en todo el mundo se seguía el mismo criterio para elegir los asientos en clase. En las primeras bancadas se sentaban los Políticos, quienes participaban en todo y deseaban tomar la iniciativa, en los pupitres de en

medio se amontonaban los Proletarios, la masa informe de quienes nunca destacaban y al fondo se guarecían los Románticos, eternos soñadores que apenas prestaban atención a lo que ocurría.

Ella, por supuesto, siempre eligió las primeras filas. Era una chica aplicada y se desentendía de las algarabías que pudieran producirse en clase. Por eso le llamó la atención aquel muchacho español, tan apuesto, que sabía sonreír como nadie y hacer felices a sus compañeros con su sola presencia. La simpatía, la curiosidad que sentía hacia él, se tornaron irresistibles cuando supo que el chico colaboraba en una revista de estudiantes con regocijantes peripecias que recogía bajo el título "*Aventuras de un español en Oxford*".

Emma se preguntaba hasta qué punto serían verdaderas aquellas aventuras que narraba: que si una noche pidió prestado un cuervo para componer a lo Poe, pero se le escapó, pasó la noche buscándolo y llamó a su poema Voló el Pollo; otra vez lo invitaron a una timba de estudiantes, de donde salió más pobre, pero también más sabio. Contaba que se hizo pasar por camarero para entrar en una fiesta de la rectoría y cómo le desplumaban en las apuestas de caballos. Dedicó alocados capítulos a esa tortura de deportes ingleses que llaman cricket, tenis y remo. Un lunes de resaca tuvo que pechar con un tutor echándole un sermón sobre las buenas costumbres y, al no estar seguro de que un español le entendiera, se lo soltaba en latín, lo que resultó más terrorífico; en cierta ocasión un campeón de tiro le retó a un duelo con pistola y pasó la noche en vela hasta descubrir que era una inocentada, en navidad fue a patinar a un estanque y pilló el resfriado más insolente de las fiestas, otra vez se quedó sin gasolina en medio de una campaña con el cielo amenazando lluvia y sin un céntimo en el bolsillo...

También sabía intercalar entre sus humoradas dardos de finísima observación, como aquella vez que escribió que los ingleses en realidad se entendían mediante gestos y con el tono de su voz. Casi dependía de la altura a la que colocaran la nariz al hablar. Luego, el mero idioma, lo usaban sólo para fastidiar a los extranjeros. A Emma le llamó la atención que nunca recalcará el efecto de sus bromas. Le bastaba con lograrlo. En su humor no había énfasis. Te permitía unirte o no a él: eras libre.

Emma quiso colaborar en esa revista. Acudió una tarde con algunos esbozos de artículos para que los leyera el director de la publicación, un

miope y pequeñajo pelirrojo al que conocía, pero el muy petulante no la atendió, sino que dijo estar reunido. Por eso la recibió el español, que tomó sus papeles, y así hablaron por primera vez.

-Vuelvo a recordarle que mi nombre es Emma Osborn.

-Encantado, señorita Osborn. Y ahora, si tiene la bondad, permítame acompañarla a la salida...

Zalamero, ha inclinado la cabeza y le ha abierto la portezuela de la barandilla de madera que compartimenta la oficina en dos mitades. Luego la ha conducido hasta la puerta. Ella sonríe después de haber dejado sobre la mesa del muchacho español todos sus artículos; sabe que él ha tomado en serio su petición, aunque bromea. Ha visto en sus ojos un destello de sinceridad. Su piel aceitunada es hermosa, piensa Emma, que también se ha sentido guapa en la forma de apreciar su figura aquellos ojos negros.

-Las mujeres podemos participar en las revistas. Es algo que ya viene ocurriendo en América o en el mismo Londres, sin ir más lejos. Y Oxford tiene que estar a la altura de los tiempos... Ya no vivimos en el Neolítico.

-He oído el rumor, en efecto...

-Y precisamente una revista de estudiantes debiera estar a la vanguardia ¿no le parece?. Así que le pido que entregue mis artículos al “director”, a ese tarugo de Gilbrait que dice estar ocupado y yo sé que se pasa la vida rellenando crucigramas. Hágale entender que el mundo avanza día a día.

-...Tremendo ¿verdad?

-Le advierto que soy muy insistente. Volveré mañana, pasado mañana y al día siguiente; no dejaré de insistir hasta que ese pelmazo de Gilbrait me reciba y publique mis artículos. Están bien escritos, son amenos, tienen gancho... ¿No habría supuesto que por ser una chica no conozco el argot de los periodistas? Una revista no puede limitarse a recoger bromas machistas y cuarteleras. ¿Es que no se les ha ocurrido pensar nunca en la posibilidad de que exista un punto de vista femenino?

-Con tantas palabras no, lo admito.

-Mi aportación dará un nuevo giro a la publicación, piense en eso. Atraerá nuevos lectores y aportará lectoras. Porque tengo muchas cosas que decir.

-Nunca lo he dudado.

-Adiós, señor... Lo siento, no recuerdo su nombre.

-Alonso Bando.

Mucho se demoró en estos recuerdos porque perdió el autobús a casa y tuvo que esperar al siguiente. Pisó su alfombra de bienvenida cuando ya el crepúsculo se despedía con húmedos brillos en los últimos tejados de la calle. Después de cambiarse, vio a su pequeña, dormida en la cunita de nogal. La besó y bajó a la cocina para comunicar a su marido que mañana se iba a Londres. Anthony estaba tratando de hacer el pudding y un delantal blanco cubría su barriguita honrada. Sus dedos gruesos se adentraban en la masa una y otra vez sin remilgos, con experta pericia.

A Emma le desagradó ver el rostro abotargado de su esposo, su gesticulación inerte, su cuerpo carente de épica. De repente hubiera deseado hallar en él algún atisbo de apostura, de esbeltez. Era injusto que pensara eso y lo sabía. También ella acababa de ponerse una bata gris y una blusa blanca con un chaleco gastado, pero no le importaba ser justa. Habían surgido otras prioridades. Empleó la sinceridad como un arma bien afilada. No tuvo reparos en contar todo lo que sabían los detectives y tampoco omitió el nombre de Alonso Bando, que pronunció con una frialdad que exasperó a su marido.

Anthony ni siquiera había logrado que publicase sus artículos con el apellido de casada, un ecuaníme Emma Wells, porque prefirió –sólo a título académico, decía- conservar el suyo de soltera, Osborn. Esa independencia de Emma, por muy tangencial que se la pintara, lo irritaba; era como eludirlo a él. Implicaba dejar a salvo de su marido una parcela de intimidad que ahora aumentaba al añadir este nuevo desaire. Anthony palideció al comprender que no iba a cambiar de opinión. La ira le sacudió como un espasmo y por un instante le bailó en la voz. Su esposa acababa de anunciar una completa



insensatez.

-Voy a ir a Londres para intentar ayudar al gobierno a encontrar la estatua –insistió ella, sin mirarle a los ojos, porque sabía que los celos iban a encenderle la cara.

Temblando, su esposo protagonizó una escena de mucho desdoro, infructuosa salvo para revelar lo que a toda costa quería ocultar, en que farfulló acerca de los bombardeos que arreciaban en Londres, de Iris, su niña de tres años, que se quedaría sola porque él daba clases diariamente en un instituto de Oxford, donde era numerario, el empleo que ella siempre soñó para Alonso, pero que él se resistió a ejercer. Anthony apeló a todo menos a los celos que irremediablemente lo asaltaban porque bien sabía, no podía dejar de saber...

Anthony recordaba demasiado bien cuando empezó a salir con Emma. Si un amigo de ella recordaba alguna peripecia de ese español alegre, los ojos de Emma se encendían de un modo único, por mucho que luego negara cualquier interés o se enfurruñara sin motivo. Anthony no podía olvidar esa primera luz en sus ojos, ese destello que envolvía su mirada un instante antes de que tomara conciencia de su situación y rehusara la anécdota. El énfasis con que rechazaba su curiosidad, su indignación, alertaban a Anthony de los sentimientos que ocultaba. Nunca había podido olvidar esa actitud de ella. A lo ingrato de tolerar un fantasma, ahora se añadía que su esposa alegara motivos patrióticos (¡ella, una secretaria que publicaba artículos eruditos en los ratos libres!) para acudir a buscarlo en carne y hueso, nada menos que en Londres, sometido a los cruentos alardes de la Luftwaffe.

Pero Emma ya lo había decidido e incluso telefoneó a su único familiar en Londres, su tío el coronel Ferdinand Osborn, para que la alojase unos días. Prudentemente, el buen coronel trató de disuadirla, pero Emma soportó esa cantinela con la misma impaciencia con que había tolerado los celos de su marido, antes de confirmar su llegada a mediodía de mañana.

Al padre de Emma le habían robado, atacado, acuchillado y desvalijado siete veces a lo largo de sus periplos arqueológicos. En Samarcanda le cortaron los tendones de los pies, en Estambul perdió el dedo meñique y le partieron tres costillas, en Paramaribo su pierna fue mordida por dos

escorpiones. En Yucatán apenas le dio tiempo a salvar la vida tras horribles fiebres, dejando detrás el campamento y todos los hallazgos a los aborígenes y los piratas. La arqueología desde entonces la guardó en los libros, regresó a su patria y educó a su hija Emma en las bienaventuranzas de la civilización que bendecía Inglaterra. Se conformó con una plaza docente en la Universidad, donde su prestigio le aseguró una buena cartera de conferencias y legiones de estudiantes cada curso.

Por eso, Emma creció con el gótico perfil de Oxford como único horizonte. Fue una de las primeras chicas que se inscribió en su universidad cuando el reacio claustro aprobó a regañadientes la educación mixta para que el periodo menstrual se añadiera a los tempos de su alambicada institución. Su padre, como numerario, poseía casa propia cerca de los Colleges y eso facilitó a Emma el alojamiento, sin necesidad de acudir como otras reclusas a los estrictos pensionados para señoritas, cuyas reglas espartanas y los métodos para burlarlas dieron lugar a jubilosas leyendas urbanas entre el alumnado de ambos sexos. No se permitía el acceso al género inadecuado y los permisos de salida eran tan rigurosos que las chicas aprendieron a volar en sus bicicletas para llegar a tiempo al refugio, aun con lluvia y viento. Por supuesto, se prohibió con mayúsculas el alojamiento mixto, por más que estuvieran en los locos años veinte. Las chicas podían fumar cigarrillos, conducir, achisparse con las bebidas y bailar moviendo las faldas sobre las pantorrillas, pero alojarse en los colleges, sancta sanctorum de la virilidad británica, hubiera convertido al vociferante obispo de Canterbury en el perro de Baskerville.

La casa de Emma le permitía gozar de la libertad de movimientos de los chicos y cada año acogía en su cuarto de huéspedes a un par de muchachas, amigas suyas o hijas de los amigos paternos, para que disfrutaran de iguales privilegios. Su padre le permitía conducir el coche que él ya no necesitaba (le bastaba un sano paseo para acudir a sus clases) y salía los fines de semana con sus amigas a recorrer los pueblitos cercanos, organizar meriendas y excursiones. A veces el viejo Ford enlutado que su padre importó de Estados Unidos se resfriaba y empezaba a toser, o su radiador lanzaba vapor como una locomotora y debían quedarse a dormir en alguna fonda o una granja hospitalaria. Siempre era motivo de bromas y diversión. Tiempo de caminos serpenteantes y verdes, de pequeñas iglesias dormidas bajo la hiedra, de pubs

con rótulos pintorescos y paisanos fumadores de pipa, de cerveza dulzona como el pudding.

Llegó la hora de enfrentarse al mundo. Incluso el camisón de seda le pareció un disfraz, un engaño doméstico; sintió que su piel sabía más que ella de sí misma y notó cómo la luna tiraba de su cuerpo con sus sinuosos rayos de plata. La felicidad no nos pertenece, no podemos quedárnosla, se lamentó. Pasó por ella como los niños cruzan los puentes, a saltos, jugando, sin pararse a admirar el agua que corría.

El desasosiego la arrancó del lecho donde su marido dormitaba en la penumbra y la condujo a la ventana helada. Estrellas meditaban sobre la plazoleta y una farola amortiguaba la hondura de la noche. Emma no lograba reconocerse. Ni reconocía en aquella ciudad dormida más que una danza de torres y ojivas, de piedras y niebla. Su marido roncaba con la mejilla hundida en el almohadón. La escasa luz de la noche permitía vislumbrar sobre su mesilla los botes de jarabe para la tos, los montones de papeles de exámenes sin corregir. En el respaldo de una silla la camisa azul de Anthony se encogía de hombros. Sus zapatos simétricamente colocados nunca bailarían claqué, el sombrero de la percha jamás ondeó bajo una ráfaga de siroco, aquel inquietante azogue del espejo oscuro nunca le devolvió una sonrisa de complicidad. Cumplió su deber, se casó con un profesor, trajo una hija al mundo. Había contribuido a la pervivencia de Oxford como ella deseaba, Pero ¿de veras lo deseaba ya, a estas alturas? ¿No era Oxford una renuncia, por ejemplo, a sí misma? ¿Un compromiso al que había sujetado su vida por un precio demasiado alto?

Se miró las manos azules, donde apenas devolvía un pálido fulgor el aro de oro y cuya circunferencia infinita sólo rodeaba un dedo (no el corazón, ay Otelo). Aquellas manos que temblaron alrededor de una cintura apuesta, que palparon la exactitud del amado.

Emma, Emma, ¿en qué piensas? Estás casada, eres una mujer decente, la secretaria del departamento de arte antiguo en Oxford, la esposa de un profesor de instituto. La institución, el régimen académico, la disciplina, los uniformes, los discursos. Recuerda que tienes una hija, tan pequeña, tan inocente. Iris te quiere tanto. Y Anthony no encontraría ni las gafas si no le ayudaras. Eres leal, eres fiel, señora Wells. Y no uses ese apellido de soltera,

sólo consigues hacerte daño. Es Wells el que figura en las invitaciones y en la correspondencia que recibes. Las asociaciones de beneficencia, tus amigas, las suscripciones. ¿Qué otra cosa pretendes hacer a estas alturas? ¿Quién quieres ser?

Al fin llegó la mañana. Delgados árboles creaban la calle y el sol era una cereza tibia. Las enramadas a lo largo del río parecían borrones de oro viejo.

El paisaje recorría las ventanillas del tren con frenesí. Todo había sucedido tan rápido que la jaqueca no se hizo esperar. En el estrecho vagón, que olía a madera mojada y cuero sudado, recompuso el cuadro de sus decisiones de aquel día, mientras las torres de Oxford se perdían tras los árboles.

Emma se arrepintió, ya en el compartimiento cuyos cristales se azulaban por la bruma de los campos, de su actitud inapelable, pero se dijo que no había podido evitarlo, que la mención de Alonso había hecho renacer sus sentimientos con la furia de una primavera olvidada que nadie esperase. Era una fuerza superior a ella. Quería saber de él y qué significaba todo ese alboroto sobre Diana.

Sintió la añoranza de su juventud como un sudor frío que rezumara la ventanilla. Casi había subido al vagón corriendo, temerosa de perderlo o tal vez de que la abandonara el aplomo antes de partir, porque una vez acunada por el traqueteo de las ruedas sobre las vías, sabía que sentiría la comfortable sensación de suerte echada, de que no cabía vuelta atrás.

Su niña había llorado al verla alejarse en aquella ruidosa máquina de hierro, aupada en hombros por el perplejo marido que repetía sin parar que todo aquello era una locura. Ella, sin hacerle caso, le instruyó sobre los horarios de sueño y medicinas para la tos, le abotonó el cuello de la chaquetita a la pequeña y aseguró a Anthony que su hija iba a comportarse como un angelito. Trató de tranquilizarle, añadiendo que lo ayudarían su prima y el marido de esta, un matrimonio que había demostrado poseer toda la paciencia y el esmero deseables. Además su viaje no se prolongaría más de una semana, lo justo para ayudar a resolver el caso y regresar.

A solas en el compartimiento casi lloró, por su hija, por su marido, pero

sobre todo por la certeza de que no se conocía a sí misma, de que ni siquiera sabría explicar por qué había actuado de una forma tan impredecible como para acabar un martes cualquiera viajando a lo desconocido.

Qué lejos estaba de sentirse como hubiera deseado en sus sueños, como prometía Alonso cuando intentó contagiarle su sed de aventuras y le hablaba de emprender largos viajes en veleros blancos y navegar bajo los cielos de otro hemisferio, donde por las noches refulgirían, recién descubiertas, las constelaciones del Dragón, la Ballena, la Cruz del Sur. Sueños que a ella le sonaban a quimera o a música, pues sólo le parecían reales los labios de Alonso, sus cálidos brazos, mientras las bicicletas felices yacían sin prisa sobre el césped.

## 4

Emma se acomodó contra el respaldo y dejó que el paisaje pensara por ella. ¿Cómo habría sido subir al tren diez años antes, en 1930? ¿Cómo habría sido mirar entonces los mismos campanarios que ahora se escondían con pereza tras las arboledas o ese cielo encapotado, tras cuyo velo el sol deslizaba su ojo de oro? Nunca lo sabría.

Creció convencida de que su vida estaba ligada a Oxford... Por eso, cuando Alonso se fue, un septiembre en que los beneficios del verano aún alfombraban los prados, no se atrevió a renunciar a lo que conocía. Como si más allá de la ciudad universitaria sólo existieran el azar, los descabros que le contaba su padre, la jungla. Oxford le ofrecía seguridad y un futuro. Aquellos mismos rieles, la campiña, Inglaterra toda, parecían eternos.

Ahora no. La realidad, al contrario que los hombres, no tiene costumbres. El reino de su majestad era una tradición y, por tanto, un compuesto inestable, un espejismo tan volátil como todo lo demás. También Emma había cambiado en esos años. Su alegría juvenil la trocó por las preocupaciones de una madre. Y nunca hubiera imaginado que se atrevería a buscar a Alonso Bando. Su recuerdo lo había atesorado como una quimera adolescente, un sueño romántico. Hizo falta una guerra para sacarla de su círculo de seguridades. Por supuesto que sentía miedo, pero también eso delataba que estaba viva, formaba parte de una sensación embriagadora que le cosquilleaba en la nuca.

Un sol frío respiraba a bocanadas sobre las humeantes chimeneas de Londres. Ya empezaba a ver las fábricas y baldíos, la contaminación que oscurecía el horizonte, donde el césped inglés cedía su reino a las aceitosas manchas del progreso. Emma se preguntaba qué tenía que ver la guerra con las fuentes o los colegios, con un coleccionista de sellos o una vendedora de patatas. Si el siglo veinte había ganado o perdido algo con la tecnología. Porque el paisaje parecía saber que sobre sus prados y góticas mansiones,

sobre sus callejones de iniquidad y sus crepúsculos ventosos, se iba a librar la muerte a miles de metros de altitud. La defensa de Inglaterra no la acometería esta vez la armada, sino unos cientos de jóvenes delgados y sonrientes, de poca experiencia militar, entrenados a toda prisa en cursillos de mínimos. Esos escasos pilotos, los “felices pocos”, despegaban de sus aeródromos rurales y se izaban hasta el cielo en sus tambaleantes aparatos para interceptar los envites del Triunfo de la Voluntad que ansiaba dominar el mundo.

Se abrochó el abrigo. Londres se extendía como un gris horizonte sobre el que se habían añadido algunas columnas de humo al este, donde debían estar los muelles y dársenas bombardeados, según le explicó un clérigo impaciente. Emma solía ir a Londres de vacaciones, visitando museos y parques, cenando en algún restaurante francés fuera de presupuesto y hospedándose en casa de tío Ferdinand o en algún hotel de dos estrellas que tuviera sábanas limpias y bien planchadas. En este capítulo era especialmente exigente. No toleraba el mal gobierno del ajuar de los hoteles. Habituada a ese trato burgués, casi no reconoció la desabrida estación de Paddington. Los escasos viajeros que se apearon del tren, se apresuraban a desalojar el lugar cuanto antes mejor. Se cerraban los abrigos y bajaban los sombreros a la altura de los ojos, tal vez creyendo que eso podía protegerlos. Corrían como quien acude a una emergencia o trata de anticiparse al próximo bombardeo. Que la vida es frágil, delicadísima, se respiraba en aquel hedor a humo de combustible, a aceite de motor.

Tuvo que cargar con su maleta porque no encontró ningún mozo disponible ni a nadie dispuesto a ayudarla. Iban y venían los soldados y las familias cargadas de bártulos que trataban de salir de Londres. No quedaba nada de la tranquila actividad de Paddington en aquel trastorno desatento. Las calles mostraban la misma urgencia. Prevalecían los uniformes y gabardinas de gentes siempre presurosas, en un ajetreo de camiones cargados de cachivaches o escombros, entre sirenas de bomberos y policías. Las madres nunca soltaban a sus hijos de la mano. El valor era el acicate nacional, pero en cada persona brillaban un aislado fulgor de miedo. La ciudad, como la guerra, era una actividad demasiado humana y ruidosa.

Se sintió un poco suicida por meterse en la boca del lobo. Cuando todo el mundo quería alejarse del estuario del Támesis, ella acudía allí para buscar

a un espía alemán. La capital había adquirido el aspecto de un reducto militar, con todos esos carteles bélicos, los sacos de arena protegiendo puertas y salidas de metro, las señales que indicaban los accesos a refugios. Emma no encontró ningún taxi libre y se resignó a atravesar a pie el Soho. Quizás la caminata le calmase los nervios, si se habituaba al pulular de soldados y gentes raídas que caminaban con premura, como si trataran de ganarle la partida al destino, nunca como entonces azaroso.

No recordaba haber visto la ciudad tan sucia, tan oscura. Al fondo de alguna callejuela divisó la cúpula de San Pablo y esto la confortó. El símbolo de la potencia británica se erguía como un centinela a través de los tejados sufrientes.

Su tío, el coronel Ferdinand Osborn, le había conseguido una habitación en una pensión del Strand, que le habían recomendado como el más confortable alojamiento para enfermeras y mecanógrafas de intendencia. A poco de caminar, comenzó a lloviznar de modo imperceptible. Apuró el paso antes de que ese titubeo se convirtiera en aguacero. Al llegar al Strand, la calle se ensanchaba para permitir que se elevara en medio una solitaria iglesia rodeada de una verja, como un barco de piedra encallado. La iglesia de Santa María, con su alta torre de tres cuerpos, daba la una en el reloj. Su fachada neoclásica no se decidía entre el gris y el pardo. Los coches y autobuses fluían a ambos lados del templo como una corriente que salva un escollo.

Asomada a esa mole, la esperaba la pensión de la señora Bellyard. Emma subió sus tres escalones de ladrillo y, al abrir la puerta, sonó una campanilla. Vio un paraguero desbordado e infinidad de guantes y sombreros en la mesita del recibidor. De la escalera descendía una moqueta que se arrastraba hasta la puerta en un color que alguna vez fue púrpura, pero había renunciado en favor de las mil señales y huellas de la vida. La señora Bellyard atendía una llamada al teléfono en el mostrador. Su cuello almidonado y su pelo recogido enmarcaban un rostro huesudo. El luto de su vestido parecía haber extendido su rigor hasta los labios descoloridos. Sus manos no dejaban de acariciar la crucecita de plata de su collar, mientras explicaba al auricular que la señorita Ryan por la que preguntaban aún no había vuelto del trabajo. Salía a las tres del hospital.

Cuando pudo atender a Emma, la señora Bellyard la recibió con toda



una batería de preguntas sobre su viaje a Londres, su tiempo de estancia, su trabajo... Quería estar segura de que era una persona decente y no convertiría su pensión en un “hotel por horas”, dijo. Su local acogía muchas chicas solteras y por eso trataba a sus huéspedes con furia espartana, porque no estaba dispuesta a perder su buen nombre. La guerra pasaría, pero no su negocio, añadió, y por eso velaba para preservar sus intereses. La disciplina y el decoro eran la divisa de su establecimiento. Sólo amainó su desconfianza cuando Emma le explicó que estaba casada. La señora Bellyard se había quedado viuda, explicó, cuando su marido murió en un accidente en alta mar, antes de la guerra. En realidad había sufrido un contagio en el trópico, pero la Marina nunca le explicó la naturaleza de esa enfermedad, y como el cuerpo fue arrojado al mar en la costa de Brasil, ella consideraba más adecuado hablar de un percance. Le sonaba más épico, más acorde a los tiempos.

Subieron a la tercera planta, a una habitación que se asomaba a la iglesia. Se veían sus ocres tejados surcados de verdín y el tráfico fluyendo como un enlutado río bajo la lluvia. Multitud de figuritas de porcelana hacían guardia en la repisa de una pequeña chimenea. Cada una provenía de un lugar del mundo, tal vez por eso se vigilaban con suspicacia. Había un único cuadro, donde un galeón armaba sus gallardetes con premura de perseguido. Todo parecía dinámico allí, incluso las cortinas lucían, en lugar de estampados al uso, líneas verticales que subían sin descanso.

-¿No ha traído paraguas, señora Wells?

-Me temo que no. No estoy acostumbrada a venir a Londres y no se me ocurrió que el tiempo pudiera empeorar en los pocos días que pienso estar aquí.

-No importa. Tome alguno de los que hay abajo, en el recibidor. Mis huéspedes y sus visitas suelen olvidar varios cada mes. Supongo que sin quererlo he reunido una pequeña colección. Disponga de los que necesite... ¿Va a almorzar?

Emma sonrió con tristeza.

-Ojalá pudiera. Tengo que acudir a una cita, en Westminster nada menos. No sabía que me iba a demorar tanto en llegar aquí, pero no encontré ni un

solo taxi libre y he venido caminando.

La señora Bellyard mostró su carácter práctico al repasar el polvo de los jarrones antes de volver a la puerta.

-Está bien –dijo-, mientras se prepara para esa cita, pediré que venga un taxi en quince minutos y le subiré unas tostadas con mantequilla y mermelada de fresa. Y un poco de té, por supuesto. No puede salir a la calle con el estómago vacío. Podría demorarse demasiado a la vuelta si... –y miró al raso del techo. Con los ojos señalando al cielo, su expresión se tornó preocupada-... Si pasara algo... Dios no lo permita –y volvió a frotar su crucifijo.

-Le agradezco su amabilidad, señora Bellyard.

Tardó casi una hora en llegar a la comisaría de Westminster. El tráfico sufría continuas interrupciones por las obras de reparación y el constante paso de camiones del ejército. Una fina lluvia caía servicial sobre los parques y Emma vio el Parlamento dibujarse a lo lejos, tras la bruma. El taxista tranquilizó a Emma; las nubes impedían la visibilidad y los bombarderos alemanes no se atreverían a aparecer. Así que la borrasca les procuraba una tregua ese martes.

La comisaría ofrecía una visión burocrática del caos. Gentes de todo pelaje, fulleros, carteristas, denunciantes, refugiados extranjeros, vociferaban en medio de pasillos atestados y ante las máquinas de escribir de agentes con jaqueca. El humo de los cigarrillos convivía con el hedor de la falta de higiene y de muda. Los informes crecían a costa de desdichas, de mujeres sin futuro que apelaban al idioma del sentimiento, de escándalos habituales, de visados y expedientes. Que la humanidad era imperfecta ningún lugar lo atestiguaba mejor. Espejo de nuestras infamias, axila de nuestro anhelo de perfección, barro para el alma. Emma nunca había estado en un lugar donde la miseria pudiera palpase con las yemas de los dedos. Todas las manos parecían pocas para retener la inmundicia que una ciudad puede generar, sobre todo si la acechan enemigos jurados. Tenía razón el inspector Roger al remarcar lo oneroso que le resultaba haberse ausentado de Londres para buscarla. Scotland Yard no podía prescindir de nadie en esos momentos.

Un agente le indicó que el despacho de Roger se encontraba en la tercera planta. Tal vez por lo inhóspito y gris de las escaleras, Emma sentía que, en lugar de subir, descendía, aún no sabía a qué sitio. Voces y ecos, quejidos y golpes, quién sabe si de puertas o de puños, la alarmaban. Tal vez las emanaciones de las estufas o el olor de los edificios que no se habitan, tal vez los reductos de tierra, el légamo de las calles que buscaba rincones donde guarecerse, creaban la melancólica sensación.

La tercera planta se abría a un pasillo largo como la vida por el que Emma buscó la puerta con el nombre de Roger. Lo encontró inscrito en una especie de medallón atornillado a una hoja de ébano. Sin decidirse entre pulsar el picaporte o tocar con los nudillos, un sargento de gruesos labios la socorrió, explicándole que el inspector estaba reunido. Le pidió que esperase en uno de los asientos de caoba que insultaban con sus muescas y roturas la seriedad del edificio y la dejó en ascuas. Durante una media hora no logró habituarse a ver pasar gentes de rostros inclasificables, policías taciturnos junto a hombres que tal vez fueran sospechosos, o detenidos, o sus abogados. No lograba imaginar qué hacían unos y otros allí, o qué ruidos y ecos venían de todas partes, como amenazas inconcretas.

Al fin, la puerta del inspector Roger se abrió y la luz amarillenta del despacho envolvió un rostro hirsuto y encanecido. Alguien salía. Una especie de mendigo vestido por algún ropavejero, con varios chalecos superpuestos bajo una gabardina toda pliegues y un sombrero que como por milagro se mantenía sobre unos rizos del color del oro viejo, greñas que se rizaban en desorden furioso. A Emma le asustó la impudicia con que la examinó. Sus arrugados ojos subieron y bajaron por el contorno de Emma, aprovechando que el corredor se había quedado vacío. Al fin se oyó la voz de Roger, tras él, que advertía al hombre.

-Como vuelva a verle en esa calle, como vuelva a saber que se acerca siquiera a tomar una copa en cualquier taberna que esté cerca, despídase de la libertad para siempre. Se lo advierto por última vez. Téngalo en cuenta. ¡Y ahora largo de aquí! ¡Fuera!

El desconocido se caló el sombrero a la vez que dedicaba a Emma una especie de guiño acompañado de varias caries que la sobresaltó. Luego se dirigió a las escaleras a toda prisa, mostrando la agilidad de sus arqueadas

piernas. La maldad de sus ojillos se había quedado grabada en la retina de Emma, a pesar de lo ridículo que parecía visto de espaldas. Sólo se calmó con la aparición del inspector Roger, cuya serenidad devolvió la decencia al edificio y recompuso una apariencia de orden gracias a su corbata y su cabello intachable. Roger no sonrió al reconocerla ni hizo más gesto que permitirle pasar a su despacho.

-Ah, señora Wells... No sabía si vendría... Se ha retrasado.

El picaporte sonó lejano, insuficiente. Emma se sentó sin dejar de observar la pulcritud y el orden que brillaba en los archivos y anaqueles. La mesa estaba despejada y en su plataforma de madera puso las manos, buscando apoyo. Roger, por una vez, se mostró amable y habló de trivialidades, tal vez para apaciguar la crispación que había notado en el rostro de Emma. Iba en mangas de camisa, pero enseguida se colocó la chaqueta marrón que había en la percha. Se sentó ante la ventana y apagó el tramo final de un cigarrillo que aguardaba en el cenicero, sin concederse una última calada. Roger mostraba ojeras y un rictus de preocupación que el rubio bigote no lograba disimular.

-Veamos, veamos... -dijo, buscando un informe entre los muchos que apilaba en un extremo de su mesa. Lo encontró y tomó aire por un instante, antes de informar-. Me temo que las noticias no pueden ser peores, señora Wells... Por supuesto, lo que voy a contarle es alto secreto... Si tiene alguna duda, le ruego que lo diga ahora.

Emma acababa de entrar en una ciudad desquiciada que supuraba humo, en la que, además, siempre se había sentido provinciana e insignificante. La mirada imperturbable de Roger no la ayudaba. Titubeó. En sus pupilas tembló el miedo, o la vergüenza. No iba a estar a la altura de lo que se le exigiría. Casi le parecía una presunción haber creído que podía ser útil con su humilde ciencia, en medio de una guerra. Pero su corazón apeló entonces al apellido Osborn, a la memoria de su padre, que se hubiera sentido orgulloso de que intentara ayudar a la patria. Se imbuyó de pundonor. Y había algo más que se dijo a sí misma, como si el pensamiento yaciera en el fondo de su alma a la espera de ser pulsado: “La última vez que tuve miedo, perdí a Alonso”. No podía vacilar esta vez, ahora no. Esta era la ocasión de vencerse a sí misma.

-Le agradezco su consideración –respondió tras ese momento de vacilación-. Pero no he llegado hasta aquí para echarme atrás. Sólo dígame lo que tengo que hacer.

El mero hecho de haber dudado la irritaba. Era justo lo que quería evitar. Deseaba, por una vez, actuar con arrojo, poseer la audacia que en aquella ocasión le faltó. Vencer al pasado y, si era posible, recomponerlo.

Roger aceptó dócilmente su respuesta y sin más preámbulos sacó una fotografía que le mostró. Ella esperaba encontrarse la imagen de Alonso, tal vez un Alonso estragado por el tiempo, tal vez un hombre maduro en el que ya no reconociera al muchacho que amó. Por un momento temió lo que aquella foto pudiera decirle. Pero no, no era temor; lo que brilló en sus ojos fue el ansia de recuperar el recuerdo. Tomó entre sus manos el papel y clavó sus ojos con ansia. Sin embargo, en lugar de las facciones de Alonso resucitadas, vio el retrato de un hombre de mediana edad, muy moreno, con el rostro abotargado, ojos pequeños y mandíbula áspera. Su rostro lo surcaban las mil arrugas de la gente del campo. Y su mirada mostraba una desconfianza absoluta, la misma que comprimía sus agrietados labios.

-Parece muy disgustado –comentó Emma, como una queja por la decepción-. ¿Quién es?

-El español del que le hablé... Nuestro informador casual... Lucas. Tomamos la foto el día que le interrogamos. No se creyó que nuestras preguntas fueran una mera formalidad. Me temo que advirtió desde el principio lo que queríamos saber. Tal vez por eso no regresó al lugar donde se hospedaba y le perdimos la pista... Comprenda que contamos con pocos hombres disponibles para los robos de obras de arte. La prioridad es la seguridad nacional y este caso no parecía urgente.

-Entonces no saben dónde está... No pueden hablar con él otra vez –se desilusionó Emma, que hubiera deseado interrogar a Lucas enseguida, preguntarle por Alonso Bando allí mismo.

Cuando Emma se desanimaba, procuraba usar la lógica. Era un hábito universitario, un viejo mecanismo de defensa con que su mente entretenía a su corazón.

-Hay muchos extranjeros ahora en Londres. He visto soldados con uniformes franceses y belgas.

-...Y polacos –continuó Roger-. Acogemos muchos refugiados e incluso gobiernos en el exilio... No se hace una idea del trabajo que se nos acumula para atenderlos a todos. Además, con los bombardeos, sólo mantener el orden ya es una odisea.

-Sí, por eso me extraña que interrogaran precisamente a Lucas, un mero español sin antecedentes. ¿Por qué les llamó la atención? ¿Qué sabían de él? Porque lo trataron como a un sospechoso. Si no, no le habrían hecho esta foto. ¿Por qué se la hicieron? Yo también me hubiera vuelto suspicaz si en una comisaría extranjera me hicieran preguntas y me fotografiaran.

El inspector Roger se dejó caer sobre el respaldo y dirigió a Emma una mirada evaluadora. Cerró los labios y se atusó el bigote. La actitud de aquella mujer decidida le había sorprendido y la miró abstraído hasta el punto de que ella se sintió incómoda.

-Efectivamente es usted de Oxford, señora Wells. De eso no cabe duda –dijo con un tono de voz meditabundo-. Respecto a su pregunta, sólo puedo decirle que en estos días no podemos ser un ejemplo de tacto, si le preocupa el tratamiento que damos a los ciudadanos de países neutrales.

-Pero ¿quién lo trajo hasta ustedes? ¿Y por qué lo interrogaron?

Roger cerró el informe de un carpetazo.

-Ya tenemos detectives para hacerse preguntas, no se impaciente. Lo que necesitamos de usted es su peritaje profesional, que estudie una serie de colecciones hasta encontrar esa cabeza de Diana que nadie ha visto. Déjenos las pesquisas a nosotros.

El enfado del inspector demostraba a Emma que su indiscreción era fruto de su propia ingenuidad, de su ignorancia del mundo. Le convenía callarse y obedecer. Comprendió que se había equivocado al venir a Londres en busca de un sueño romántico, porque perseguir el recuerdo de Alonso era tan inútil como lacerante. Sólo le restaba cumplir su misión y volver a casa

cuanto antes.

Roger se alisó el pelo con la mano, echando atrás una hebra que había caído en la frente. En su rostro no quedaba ninguna señal de incomodidad. Volvía a aparecer tan sereno como el día anterior. Con esa tranquilidad recuperada, abrió el expediente y buscó un folio escrito a máquina.

-Aquí tiene una lista de personas que coleccionan estatuas antiguas. Se trata de gente distinguida, o al menos millonaria. Yo mismo tuve que patearme esos sitios para recopilar los datos, lo más discretamente que pude, claro.

Le entregó el papel a Emma, no sin antes agitarlo sobre la mesa como si lo escurriera.

-Es gente respetable, señora Wells. Y poderosa. No deben averiguar que sospechamos de ellos o pagaríamos caro la ofensa. Por ello debe ser discreta, sobre todo para no alertar al espía. Si se huele algo, desaparecerá. Nosotros nos referimos a él mediante un nombre en clave: Barón... Pues el Barón está acostumbrado a infiltrarse y pasar inadvertido. Ha logrado burlarnos durante dos años. Piense que algo así sólo se logra actuando con toda la cautela posible. Una cosa es segura con el Barón: que nunca baja la guardia...

Emma contempló la lista sin el menor entusiasmo. Aquella enumeración aséptica, con sus cuerpos de letras taladrados en orden, estaba a años de luz de sus deseos. Aunque tal vez aquellas personas hubieran contactado con Alonso si tenían la cabeza de Diana. Pero tan alambicado le parecía el método, que sentía que se alejaba cada vez más de Alonso, que caminaba en dirección opuesta a él. En cualquier caso su imagen parecía volverse más borrosa. Roger daba instrucciones sin prestar atención a las cábalas que ella se hacía.

-Lo más apropiado es que usted se presente como una aficionada al arte. Emplee su profesión como excusa. Su acreditación de Oxford le servirá de tarjeta de visita. Si es necesario, puede decir que escribe otro libro sobre antigüedades... en fin, un coleccionista siempre es un exhibicionista. Tal vez con su porte inocente de profesora le de pie al Barón para que le muestre la joya de su colección.

Roger se inclinó sobre la mesa. Su bigote tenía la cualidad de no moverse mientras hablaba. Tampoco su fino pelo parecía capaz de iniciativa. Solo la frente mostraba una fina arruga como un ecuador y sus cejas cobraban vida al enristrarse para remarcar la siguiente frase:

-... Pero si ve algo sospechoso, señora Wells, si por casualidad piensa que ha encontrado la cabeza de Diana, no dé el menor indicio que lo demuestre y pueda alertar al dueño, no permita que se le escape la menor señal de haberlo descubierto. Márchese por donde ha llegado y luego venga a decírmelo a mí. Yo me encargaré del resto. Su misión es encontrar la cabeza, no agarrar al Barón... Eso corre de nuestra cuenta. ¿Le ha quedado claro?

Ella asintió, impresionada por lo férreo de la orden.

-Tratamos de evitarle todo tipo de riesgos. Usted sólo es una colaboradora civil. Actúe como tal. No queremos héroes, al menos no por las calles de Londres. Se supone... –y sonrió por primera vez desde que Emma lo conocía– que ese es nuestro trabajo. Por supuesto, el gobierno de su majestad recompensará sus servicios. Y si todo sale bien, espléndidamente.

Irrumpió entonces en el despacho, sin llamar a la puerta, invadiéndolo como una bocanada de humo, un hombre alto y bien vestido. Brillaba su frente, protuberante y bronceada; su pelo de ala de cuervo había sido fijado a la nuca con gomina. Bajo las cejas anchas brillaban los hundidos ojos. Se mordía los labios de indignación tras un ridículo bigotito y ni siquiera reparó en Emma cuando puso las manos sobre la mesa para alargar la cabeza hasta el inspector. La estancia se llenó de un fuerte perfume, matizado de tabaco.

-¡Me niego a continuar así! –protestó con voz ronca, mientras golpeaba en dos tandas la mesa, en forma de confirmación tajante. Roger recibió el desplante con una expresión de fastidio, pero no dijo nada. El intruso se erguía ante él como si lo desafiara. Tendría unos cuarenta años. Su escaso mentón y su cuerpo desgarrado delataban falta de carácter. O había bebido o la furia lo dominaba. El inspector Roger adoptó entonces una actitud irónica. Ante su silencio, el intruso repitió la protesta.

-No tolero que me humille ningún funcionario de tres al cuarto. ¡Exijo una explicación!



Roger, sin bajar la mirada del intruso, sacó de su chaqueta una pitillera de plata y le ofreció un cigarrillo. El hombre, nervioso, lo tomó y se dejó caer consternado en el sillón que había junto a la mujer. Sacó un encendedor dorado y, tras la primera calada, entre los hilos azules del pitillo, miró por primera vez a Emma. Sus ojos hundidos se abrieron, mostrando un acuoso color tierra, y frunció el ceño de nuevo.

-¡Ah, no. Esto es intolerable! ¡Por ahí sí que no paso! –se levantó de nuevo-. No me diga que es esta mujer... ¡Una mujer! ¿Por qué quiere insultarme? ¿Qué pretende, Roger?

El inspector no perdió la calma. En su cara se dibujó una mueca que oscilaba entre el cinismo y la satisfacción.

-Señora Wells, permítame presentarle a Sir Bernard Kildrake Tercero, caballero de su majestad, miembro del Imperio, distinguido con el primer premio de rumba del Tropicana de Nueva York, aspirante a bailarín de claqué hace quince años, hoy retirado de la farándula. Actualmente ejerce de sibarita, escanciador de vinos importados y tratante de arte, aunque sospecho que es una tapadera para el tráfico de otro tipo de sustancias menos sutiles. En Scotland Yard, y me temo que en lugares menos virtuosos, lo llaman sir Billy. O el dandy, como prefiera.

-En los años veinte llegué a bailar con Fred Astaire –añadió sir Billy, para completar el currículum.

-Sí, él era Ginger –dijo el inspector. Semejante burla suponía tal cambio de registro en él, tan cortés hasta entonces, que descolocó a Emma. Se sintió fuera de lugar.

Sólo entonces reparó en el abrigo que llevaba sobre los hombros el aristócrata, de pura lana, tres botones, con solapas de piel. Se lo quitó como hubiera hecho un vampiro con la capa. Vestía un traje negro de vicuña con rayas diplomáticas, muy apretado en la cintura y con un clavel rojo en la solapa. Su apariencia de dandy le recordó a Emma a los bailarines de tango, aunque algo trasnochado. Aminoró un poco su furia al dirigir a Emma una ligera inclinación de cabeza.

-Señora Wells... Ha venido para nada. Pero la culpa no es suya, sino de Roger... Y tú, maldito bastardo, no me gusta que metan las narices en mis asuntos.

-Lo que Sir Billy... Sir Bernard... trata de explicar es que a él se le había encargado comprobar las colecciones de la lista. Lo designó el Ministerio de Asuntos Exteriores, sin duda para quitarse de encima a un incordio que se pasa las horas sobrias implorando un consulado donde sea. Se supone que antes de elegir el mal camino estudió arte y que sabe distinguir la cara de una estatua de la de un camarero.

Había algo siniestro en los movimientos del oscuro dandy, tal vez porque la luz de la comisaría había menguado con el atardecer que se había derrumbado de pronto y había vuelto la ventana de azabache. La lamparilla del escritorio amarilleaba las caras. Bajo esa luz, los ángulos de Sir Bernard no le favorecían y sus ojos se hundían en las cuencas más aún, adelantando los pómulos.

-Cacaree todo lo que quiera –protestó el dandy-, pero el Ministerio me dio la misión a mí. Si acepto que una mujer me sustituya, me cae un baldón en mi prestigio que no me lo quito en veinte años ¿se entera? El trabajo es mío.

-¿De veras? Ha tardado diez días en enterarse... ¿Dónde estaba? ¿Cree que debemos suspender la guerra hasta que se encuentre con ánimos de cumplir su misión? –ahora se levantó Roger y sir Bernard cayó en su silla- ¡Ha abandonado su puesto! ¡Ha incumplido una orden en tiempo de guerra! ¡Merecería que lo fusilaran! ¡Dé gracias de que no le denuncie, maldito borracho! ¿Ve toda esa lista? Ya debía haberlos visitado a todos.

-Algunos son amigos míos –contestó sir Bernard, acercando la cabeza a la hoja de Emma, argumentando como si se defendiera ante un tribunal.

-Peor me lo pone. No me interesa su vida social, sino los informes que no he visto.

-Esto no quedará así. Me quejaré a su jefe de distrito. Al jefe de la policía si es necesario... Iré al ministerio.

-Sí, eso es. Vaya a llorar a casa de su tío. ¿Necesitará un pañuelo? –e hizo ademán de ofrecérselo.

-Me repugna, Roger... Señora Wells, haría bien en alejarse de este asunto ahora que está a tiempo. En cuanto a usted... –se levantó de nuevo y tomó el abrigo- no me molestó en sobornarle porque quiero darle la propina al taxista.

Se marchó con un portazo. Emma estaba escandalizada, pero Roger parecía hecho de bronce. En su gesto no había indicio de haber protagonizado aquella bronca. Volvió a sentarse ante el expediente y se refirió a las instrucciones que Emma tenía en la mano, y que ahora temía como un puñal que pudiera clavársele en cualquier momento.

-Supongo que bastarán unos días para que visite a todas las personas de la lista. Sea discreta, pero cerciórese de que le muestran todas las estatuas... Según la información de Lucas, buscamos una simple cabeza, no un busto de esos con hombros. Sólo tiene que buscar la cabeza de Diana.

Roger había vuelto a su estilo neutro, a su voz carente de matices, pero cuando vio las mejillas arreboladas de Emma, aún violenta por la escena que acababa de producirse, sus ojos titubearon.

-Le ruego que perdone mi comportamiento fuera de lugar, señora. Y el de ese indeseable de Kildrake. El Ministerio de Asuntos Exteriores me lo endosó, pero sólo es un estorbo, una rama podrida de la aristocracia, si me permite la expresión.

-Le ruego que omita los comentarios personales –le atajó Emma, incómoda. Todo el asunto le gustaba cada vez menos.

-Excúseme -volvió a rogar el inspector, inquieto-. Pero hay cosas que tal vez deba saber. La principal es que no confío en él. Es un irresponsable que dilapida la fortuna y la buena posición política de su familia en vicios que me da náuseas imaginar. Gasta más dinero del que pueda ganar honradamente en su vida... ¿Le he dicho que una abuela de ese hombre es alemana? Tiene parentela noble en Prusia. Por eso consideré su abandono del deber como un acto de sabotaje y tuve que buscarla a usted.

-¿Sabotaje?

-O por lo menos traición. Mantenga la distancia con él. Aquí tiene una tarjeta con mi número de teléfono. Llámeme si le ocurre algo o descubre cualquier cosa sospechosa. Y ante todo, sea prudente...

Con esto se levantó y le ofreció la mano para estrechársela. Era un hombre ocupado y no podía dedicar más tiempo a aquella cuestión.

-Buena suerte, señora Wells.

-Buenas tardes.

Salió de la comisaría aún impresionada por todo lo sucedido, y vislumbró la idea de que los caminos que pudieran conducirle a Alonso Bando no iban a ser rectos, sino que se torcían sinuosamente y sin pausa.

La niebla comenzaba a apoderarse de las calles y se anunciaba en los amarillos nimbos que envolvían las farolas con involuntarios halos de santidad. Chispeaba. Emma accionó el paraguas de la señora Bellyard, pero se convirtió en un relámpago de varillas y jirones negros entre sus manos. Tiró el desecho y se resignó a guiñar los ojos bajo la mansa llovizna, a la busca de un taxi, cuando una sombra la abordó. Era Sir Billy. En contraste con su silueta, la ancha frente le brillaba, reflejando algún candil de ambición menuda como una luciérnaga. El hombre se había acercado para resguardarla con su paraguas, pero ella se apartó. No pudo dejar de notar el fuerte aroma de su loción y el peludo dorso de la mano con que trataba de sujetarla.

-Eh, señora Wells –oía Emma, con el agua goteándole en los párpados-. Ha venido para nada. Escuche: debería marcharse a su casa.

-No voy a quedarme aquí a oír sus amenazas. Adiós.

Los modos violentos del dandy la alarmaban, pero en el fondo sus palabras no andaban lejos de los temores de Emma; sólo el orgullo y la repulsión la mantuvieron firme frente al sospechoso, que eso era en el fondo aquel hombre. Se despegó con tal violencia que un botón del puño de su blusa saltó. El hombre no parpadeó.

-El inspector Roger la ha convencido de que su misión es visitar a cuatro coleccionistas en sus casas... Sólo tiene que pasearse entre las estatuas y decir “esta es la cabeza, la encontré”. ¿De verdad cree que el mundo funciona así, que puede pillar a un espía entre exposiciones de salón y tazas de té?

-Si no me deja en paz, llamaré a un guardia.

-Que Roger la haya elegido ya es una broma de mal gusto. Pero que usted pretenda descubrir nada menos que al Barón, la pesadilla de la

inteligencia británica, con una libreta y un lápiz resulta insultante. ¿Es que no le da que pensar la simpleza de su misión?

-¡Ya está bien! ¡Déjeme!

Si quería advertirle, sólo había conseguido asustarla. Su ropa de gángster y sus gestos de villano de cine mudo impedían a Emma atender sus argumentos. Saltó al asfalto para alejarse de él y obligó a un taxi a dar un frenazo en seco. Aun así, faltó poco para atropellarla, porque las llantas se deslizaron más de un metro sobre el alquitrán mojado. El taxista se apeó furioso. Su cara parecía una manzana colorada y empezaba a mascullar quejas, cuando comprobó que Emma ya había subido al asiento de atrás. Volvió a ponerse al volante y vio que ella, pálida como la cera, le pedía que se apresurara a sacarla de allí.

Obedeció al instante, aunque no con la suficiente premura para impedir que Sir Billy tomara otro taxi y los siguiera. Un par de calles después, Emma vio por el cristal trasero que el vehículo la seguía como una negra estela. Pidió al conductor que se diera prisa, sólo para comprobar que su perseguidor también aceleraba. Nunca había sido víctima de semejante impertinencia. Le alarmó su desamparo, no saber dónde ocultarse en la multitudinaria ciudad. No tenía idea de cómo actuar ante aquel atropello. Si hubiera conservado la calma, habría vuelto a la comisaría, donde habría denunciado lo que le pasaba y el inspector Roger la habría ayudado, pero el pánico paralizó su razón. Sólo atinaba a preguntarse qué pretendía ese hombre, cómo podría defenderse de él. Sentía los latidos en su garganta, todos sus sentidos alerta. Aquella pulsión sí era real y no sus divagaciones del pasado. Así, con su inmediatez terrible, la vida se anteponía a los planes de Emma, estableciendo sus propios derroteros.

La oscuridad reinaba por todas partes. Sólo aisladas farolas y resquicios de luz en los edificios avisaban de que la ciudad persistía. Emma se devanaba los sesos en busca de una salida, se mordía el labio y apretaba la mirada contra las ventanillas, por si hallaba algún refugio. El taxista, en cambio, sólo atendía al parte de la radio y los pronósticos de nuevas incursiones aéreas. En realidad, era la conversación nacional. Las calles se asomaban indefensas al cielo azul, como largas trincheras.

Se habían repartido carteles pidiendo a los ciudadanos que cubrieran puertas y ventanas cuando encendieran las lámparas, ordenando que permanecieran apagadas todas las luces exteriores. Los faros de los vehículos debían brillar atenuados y apantallados. Se trataba de no dar pistas a los bombarderos sobre la posición de sus objetivos. A la luz de la luna, Londres debía fingir que era un capricho geológico, una pesadilla mineral. Gracias a la tecnología, el hombre volvía a la tribu, a sentir el peligro en grupo, como en las cavernas. Y eso semejava la ciudad, una gruta nebulosa, cuajada de intersticios que refulgían en la oscuridad como amenazas. La vida en la luz era un privilegio sólo al alcance de los pacíficos.

Demasiado pronto llegaron al Strand. Emma bajó del coche y dejó un billete junto al asiento del taxista, a la vez que le preguntaba:

-¿Cuánto tardaría en dar la vuelta a la manzana?

-Ahora no hay tráfico... Unos tres minutos.

-Está bien. Hágalo y vuelva de nuevo aquí. Yo saldré enseguida.

La llovizna había cesado. Todas las superficies reverberaban con la humedad, reflejando las escasas luces, como si padecieran una dolorosa fosforescencia. Emma se detuvo en la acera a encender un cigarrillo. Fingiendo saborear una calada, pudo distinguir con el rabillo del ojo cómo el taxi perseguidor se detenía a una prudente distancia y apagaba los faros. Tras esta constatación, subió los peldaños del portal. La señora Bellyard aguardaba tras el mostrador, ocupada en dar de comer a un periquito cuya jaula con forma de samovar colgaba de una percha de metal. El mimo y las carantoñas que le prodigaba, mientras llenaba el cajoncito del alpiste, mostraban que guardaba su corazóncito en esa jaula, pues para el resto de los asuntos sólo usaba su cara espartana. Como si el negocio la avinagrara y su alma sólo supiera alborozarse en la Creación a través del periquito. Un poco ofendida por el súbito asalto a su intimidad, ocultó la bolsa de alpiste bajo el mostrador y se acercó a su huésped.

-Buenas noches, señora Wells... ¿Ha ido bien su entrevista?

La cara de Emma mostraba tal apuro que alarmó a la señora Bellyard.

-No habrá empezado el bombardeo... -preguntó, dando paso a la consternación-. Porque no he oído nada.

Emma negó con la cabeza y, sin perder tiempo en cortesías, se asomó a la calle a través de los visillos de la ventana. Vio cómo volvían a encenderse los faros del coche del dandy y se marchaba sin más. Sir Billy se conformaba de momento con saber su dirección. Cuando se hubo ido, el susto de Emma dio paso a la indignación.

-¿Habrás visto descaro? –farfulló entre dientes, de espaldas a la dueña, que se ofrecía sin demasiado entusiasmo a prepararle un plato caliente. Algo había sobrado de la cena que había servido a sus huéspedes en la salita contigua, caldo de pollo sin demasiados condimentos, a causa del racionamiento, lo que hacía de la necesidad virtud, dijo, porque las especias irritaban el estómago y ponían de mal humor.

Emma rechazó su ofrecimiento con un rápido gesto de la mano.

-No se preocupe, señora Bellyard. La verdad es que no puedo quedarme.

-¿Va a salir de nuevo? –se asombró la señora, abriendo los ojos para mostrar la redondez de sus pupilas, semejantes a dos monedas de cobre. Echó mano al crucifijo de su pecho con inquietud. Susurró “en una noche como ésta”. Pero no alzó la voz. Se limitó a contemplar cómo Emma se desarrugaba el abrigo y volvía a abrir la puerta, por donde una ráfaga de humedad entró como un soplo de pecado. La siguió hasta el umbral. El taxi acababa de dar la vuelta a la manzana y se detuvo ante Emma, que se apresuró a subir, mientras ordenaba al conductor que siguiera al otro vehículo. La señora Bellyard observó petrificada la escena desde la escalinata, y sus labios ateridos murmuraron preguntas sobre el incalificable comportamiento de esa mujer.

El taxista obedeció, encantado de olvidar por un momento las noticias de la radio. Atravesaron un sinfín de calles oscuras, donde la niebla cobraba sus fantasmales derechos sobre las pocas farolas y linternas que se atrevían a surcar sus dominios. Muchas patrullas de la Defensa Civil, militares en reserva o inactivos que querían ser útiles, vigilaban las sombrías esquinas. El rubicundo taxista iba explicando los lugares que atravesaban en persecución



del otro coche, pero Emma no atendía, anonadada por su propia temeridad. Tenía tan pocos asideros en aquella situación. ¿Hacía bien? ¿Estaba preparada para enfrentar lo que pudiera suceder? Pero esas mismas dudas la impacientaban. Recordaba las tardes en que su marido la convencía de jugar al ajedrez –el pasatiempo preferido de Anthony-. Le exasperaba que, en cada jugada comprometida, mientras ella alejaba la mano de la última figura, su marido le preguntara con condescendencia de experto “¿Estás segura? Mira que luego no podrás volverte atrás... ¿Lo has pensado bien?”.

Al cabo de unos minutos que le parecieron horas, el taxi de Sir Billy Kildrake se detuvo en una callejuela, frente a una puerta cubierta con una cortina de cuero que impedía salir la luz. De vez en cuando entraba alguien y el interior desprendía una fuerte emanación de humo azul, que iluminaba el letrero colocado sobre la puerta donde podía leerse Club Cleopatra. Como todos los lugares competían con la oscuridad y la ciudad pretendía parecer un bosque de piedra bajo las estrellas, Emma no lograba orientarse.

-¿Dónde estamos? -Preguntó, cuando se detuvieron a unos veinte metros del otro taxi.

-En Chelsea, señora.

El dandy entró en el club con su abrigo sobre los hombros y cara abatida. No había notado que lo siguieran.

-¿Eso es una cantina? –preguntó Emma al taxista. Para ella, fuera de los pubs de estudiantes en Oxford, todos los locales pecaminosos se englobaban bajo ese título.

-Algo así... -el taxista se rascó la patilla derecha, de púas gruesas como crines, calibrando si debía explicar lo que había en el club Cleopatra-. Verá... En la guerra, la gente tiene que divertirse... se bebe un poco... se baila... Ya sabe.

Quizás se había equivocado siguiendo a aquel energúmeno hasta un tugurio, pero las propias palabras de Sir Billy la espolearon. Tenía razón al considerar su misión como algo ridículamente esquemático, demasiado aséptico. Ella buscaba a Alonso Bando, y no la conducirían hasta él unas

cuantas visitas organizadas a casas de coleccionistas. De algún modo, confiaba en que el azar, si no otro despropósito, le permitiera encontrarlo. Porque se había abandonado definitivamente al impulso y esa rebelión interior contra las propias cautelas que habían construido su mundo la empujaban hacia adelante. Por eso se sentía en la cuerda floja. De momento el dandy era su única pista y no se permitió el lujo de dudar más. Fue tras él.

El portero del club, un verdadero cancerbero de prominente mandíbula y anchos hombros, evaluó profesionalmente su traje de calle y echó dos largas ojeadas a babor y estribor antes de preguntarle si venía sola. Visto que sí, el guardián alzó las cejas, consternado ante los rumbos que tomaba la diversión nocturna, y apartó la cortina como quien ofrece su casa.

Una bocanada de humo y ruido atrapó a Emma. Avanzó por un pasillo hasta un salón de techo abovedado que acogía a un sinfín de soldados y civiles. Los arcos de ladrillo parecían sudar el fuerte olor, mezcla de perfume barato, tabaco y alcohol de madera. Algunas mujeres uniformadas se sentaban junto a la orquesta, un quinteto de jazz hot y swing. El chico del piano fumaba sin despegar los labios. Iba en mangas de camisa y se comportaba con desdén, como si conociera cada tecla por su nombre de pila, mientras el trompetista escoraba su cuerpo hacia las notas más altas. Su chaqueta no hubiera sido botín para ningún mendigo y debía doblar la edad a los demás músicos, pero cómo chorreaba su frente, como se apoderaba de la melodía hasta agarrar de la cintura la noche. El pianista, orejudo y rubio, se desbocaba en los teclas como un niño travieso, pero el viejo trompeta buscaba más allá de la aventura, algo que debía provenir de otro planeta y que él oteaba abstraído, como si leyese la partitura en el techo. Un clarinetista sin afeitar trataba de poner remedio entre ambos. Sólo el guitarrista disfrutaba mirando a las parejas de baile. El batería, que mascaba chicle como si su salud dependiera de ello, empujaba sin parar hacia la cima con sus timbales abiertos. La orquesta invocaba un paraíso musical que no se cernía nunca lo suficiente sobre las cabezas del público, un edén de armonías que parecía siempre al alcance de la mano, aunque no se tocara.

Los soldados querían hurtar un rato de dicha a las fauces de la muerte y eso daba una oportunidad a cuantas mujeres se presentaran, aun las menos agraciadas. La sensualidad hacía sonreír labios en cuyas comisuras ya se

advertía el rictus de la soltería. Las chicas combinaban como podían sus ropas gastadas, sus cortes comprados en rebajas y que delataban su condición de dependientas y oficinistas en horas de asueto. Eran jóvenes y bailaban en inequívoca plenitud. Por supuesto las más guapas nunca estaban solas.

Emma no tuvo tiempo de escandalizarse. Sorteó un par de aduladores y algún codazo con el único fin de saber lo que hacía sir Billy. Lo encontró cerca del escenario, en una estrecha mesita, donde una mujer rubia de bonito cuello y hombros atrevidamente desnudos fumaba con boquilla, en compañía de dos señores de frac y pelo engominado a los que sus gafas de concha denunciaban como impostores de la aventura, banqueros echando una cana al aire.

Sir Billy perdía mucho, visto a la distancia. Como si el agotamiento le cargara las espaldas. Parecía apocado. Mostraba tan poco espíritu que el Reino de los Cielos iba a encontrar oneroso concederle la eternidad a cambio de tan poca gratificación. Enseguida se puso a contar algo al oído de la rubia. Emma, escondida tras una columna, espiaba el gesto ceñudo del dandy y supuso que hablaba de ella, de la experta en arte recién llegada de Oxford.

¿Pero quién era esa mujer vestida de noche con tela de raso negro y una pulsera que brillaba más que todas las luces (mortecinas, hay que decirlo) del local? Su forma de sostener la boquilla del cigarrillo, sus largas uñas, el cabello que se ondulaba sobre uno de los ojos y agitaba a capricho, su sonrisa siempre coreada por los babosos ricachones, la tribulación de sir Billy tras haber seguido a Emma hasta la pensión, todo componía una estampa de lo más intrigante.

Los hombres que se juegan la vida adquieren una honestidad inusual. Había como un aura de honradez entre camaradas y compañeros de peligros. Contra lo que temió Emma, el antro no supuraba perdición, sólo deseo de divertirse, de pasarlo bien. Una especie de sintonía (quizás efecto de la música) unía a todos como hermanos de armas o siquiera de fatigas. En esa especie de fraternidad varonil desentonaba sir Billy con su ropa ostentosa y sus modales suntuarios.

Debieron pasar unos quince minutos. Las canciones continuaron halagando los sentidos, permitiendo a los asistentes mostrarse joviales,

fanfarrones, como si la noche y ese garito contuvieran todas las respuestas de la vida y no desearan perderselas. Sobrevivir a la escabechina de fuera les permitía enorgullecerse de estar allí, bailando y bebiendo.

Alguien puso en las manos de Emma una copa, un joven sargento francés de poca estatura, estrecho de hombros y con una cara palidísima que perfilaba un pelado casi al cero que apenas dejaba adivinar incipientes raíces rojas. Emma no supo rehusar, sin embargo eludió bailar y entonces el soldado, cortés, se retiró con sus amigos. El licor, ginebra seca, le intrigó en la garganta, como una llamada de atención de su cuerpo, un aviso de que estaba allí, con ella. La neblina del humo le hacía llorar los ojos. Había polacos, holandeses, yanquis. La música parecía la única cosa capaz de hermanarlos a todos con su fraseo dulzón. Qué maravilloso invento de los americanos, pensó Emma, esos expertos en “la búsqueda de la felicidad”.

Sir Billy, a lo lejos, no estaba contento. Apuró de un trago su vaso de whisky. Parecía haber dicho todo lo que tenía que decirle a la rubia y, tras esto, se levantó con aire abatido, indiferente al bullicio de la fiesta.

-Se va a casa –conjeturó Emma, cuando lo vio avanzar con aspecto abatido entre el gentío, sin atender a nadie.

Emma ya había olvidado el ansia de revancha que la empujó hasta el garito. Su plan de seguir al tipejo resultaba, ahora lo comprendía, inútil, porque las señas de sir Billy podía habérselas dado el policía Roger. En cambio, esa chica pizpireta que jugaba con la pareja de ricos galanes y los manejaba a su antojo era un hallazgo suyo. Se preguntó si tendría que ver con la cabeza de Diana o tal vez con el mercado negro. ¿Por qué había venido a verla sir Billy, después de conocerla a ella?

Emma nunca creyó que adjudicaría a alguien la palabra pizpireta, pero se le vino a las mientes nada más ver la zalamería con que la muchacha manejaba a los banqueros. Seguía las inocuas bromas de ambos como si realmente tuvieran gracia y celebraba las botellas de champán que le hacían servir. Coqueta como una colegiala, sabía ganarse la atención de sus bobos admiradores sin aparente esfuerzo, haciendo posible que por unos instantes los agasajos de aquellos severos señores parecieran ingeniosos, sus bolsillos no resultarían lo único valioso de ellos, aquello no fuera un club de mala

muerte en medio de la guerra. Después de todo, el mundo poseía colores alegres a pesar de la tristeza, los labios podían sugerir el beso sin manchar de carmín las mejillas casadas. Ofrecía un ensueño en que resultaba dulce perderse. La ilusión de que alguien como ella podía crecer en el fango sin mancharse.

Pasada una media hora, la muchacha se levantó para salir del local, seguida de los dos potentados, que pugnaron por colocarle el abrigo sobre los hombros y le abrieron la portezuela de un taxi, que uno de ellos se apresuró a pagar de antemano. Emma los había seguido hasta la calle y admiró el donaire con que la chica se dejó lisonjear, como si los torpes halagos fueran la cosa más inocente del mundo. Viéndola, se diría que en lugar de padecer una noche borrascosa bajo la amenaza de bombardeos, disfrutara de un ameno paseo por el prado a la luz de la luna, entre jardines. Aquella ingenuidad sólo podía ser una pose, se dijo Emma, pero resultaba tan encantadora, tan irresistible en este mundo cruel... El coche se marchó y dejó a los dos hombres ceñudos, el uno frente al otro.

Emma había llegado al club persiguiendo a sir Billy y, con una simetría ejemplar, decidió seguir el rastro a la chica misteriosa. Por si tenía algo que ver con el caso. Tomó el siguiente taxi aparcado en la acera y, un poco ensimismada por su propia iniciativa, ni se fijó en el itinerario. La secuencia de calles tras la estela del otro vehículo se le hizo muy corta. Bastó que los autos se acercasen al Támesis, a alguna zona cercana a los muelles, para que el automóvil de la desconocida se detuviera en una plaza oscura, apenas acotada por algunos jardines y caserones custodiados por verjas. Los llamadores de las puertas devolvían reflejos de bronce a los faros del coche y los tejados de caballete desplegaban un aire sombrío. Aquel parecía el último reducto de urbanidad antes de pasar a los almacenes y tabernas del puerto. Incluso los sonidos de la ciudad se amortiguaban en la quietud. La chica se encaminó a una mansión de tres plantas, tan victoriana como se pudiera desear, con un portal de dos columnas y un llamador de campanilla.

Emma pidió al taxista que apagara el motor y contempló desde la sombra a la chica, que no se dirigió a la entrada de la mansión, sino que eligió un estrecho callejón oscuro, contiguo al edificio. Emma dejó irse al taxista y corrió tras la desconocida, aun temiendo lo siniestro del lugar.

La oscuridad imperaba en la calleja, donde sólo algunos charcos emitían luz y una ventana imposible de ubicar plantaba cara a la negrura general, desafiando las órdenes militares. Emma había perdido el rastro de la chica en el callejón. Atravesó un tramo casi a tientas, divisando apenas el río azul al fondo. Se preguntaba dónde se habría metido la muchacha, cuando dos siluetas enormes se recortaron sobre la neblina del Támesis. Emma sólo advirtió su presencia en el último momento, lo que le impidió huir a tiempo. Dos fornidos marineros la agarraron por los brazos. Luchó para liberarse, forcejeó, sin lograr que sus atacantes titubearan siquiera, entorpecidos y a la vez anestesiados por la borrachera. Podía oler su aliento a alcohol, su sudor, pero de sus rostros sólo atisbó hirsutos perfiles, los anchos cuellos. Mera tierra o barro del río. Como si no fueran humanos. Soltaban exabruptos y amenazas, en voces enronquecidas por la juerga.

El pánico la sacudió igual que una vara. Casi no le dio tiempo a gritar antes de que una mano enorme como un guante de piedra le sujetara la mandíbula, mientras el sonido de una risa bronca se entrecortaba y el estrépito de una botella rota rebotaba contra los ladrillos en un desahuciado eco. No sabía decir si vio unos dientes sonreír ni qué mano le palpó los pechos bajo la chaqueta ni cual buscó su falda. Sólo el horror y la rabia ocuparon sus sentidos. Lo que iba a suceder allí, en medio de la más inmisericorde nada, ya no dependía de su voluntad ni de la fortuna, sino del aciago deseo de dos canallas embrutecidos por el licor. No conseguía zafarse, por más que su boca mugía bajo los dedos atormentadores, tratando de pedir ayuda, de protestar, de maldecir a los rufianes.

Entonces se abrió una portezuela y su luz lechosa dibujó un exacto rectángulo sobre el pavimento. En aquel marco cegador se recortó el contorno de una mujer. Una pistola relucía en su mano y apuntaba con firmeza hacia los asaltantes.

-¡Largo de aquí, imbéciles! –exclamó con rabia contenida. No dio un grito histérico, sino que empleó un tono bajo, de aviso. La autoridad de su voz contrastaba con su figura delgada. No había un ápice de temor en ella.

Los borrachos se detuvieron, al instante los brazos que atenazaban a Emma la soltaron y cayó, girando como un nadador en una ola. Los dos hombretones echaron a correr, sin dejar de tropezar, de proferir insultos y

amenazas que la lejanía devolvía al río, al ominoso azur de la noche. Emma no acababa de creer el peligro que acababa de correr y menos aún la insólita aparición de esa mujer de la puerta. Atenazada por el susto, no pronunció ni una palabra, ni siquiera podía moverse del suelo. Había sentido en su piel la fugacidad de este mundo, la rapidez con que era capaz de venirse abajo.

La mujer de la pistola no se entretuvo. Corrió hasta ella con la velocidad de una exhalación. Se guardó el arma en el ligero de la pierna y la ayudó a incorporarse. Luego la hizo entrar en la casa. Varios cerrojos y pestillos, con sus chirridos hirientes, la pusieron a salvo tanto como una puerta puede hacerlo y esto alivió en parte su sensación de amenaza. Una lámpara de gas iluminaba un viejo arcón y dos sillas desvencijadas. La habitación sólo parecía habitable para la humedad, pero no se quedaron ahí. Pasaron a un vestíbulo de techos altos que recorrieron bajo la luz de la lamparilla que la mujer sostenía. Algunas puertas más allá, donde se percibía el cálido efecto de una estufa barriguda, la mujer depositó la luz sobre una cómoda de nogal y ofreció a Emma una mecedora que la acogió con gruñidos de mueble recién despertado. El resto del mobiliario, cubierto por sábanas, semejaba una reunión de fantasmas de todos los tamaños y especies.

-Suerte tuvo de que la oyera –le dijo la chica cuando Emma se sentó, aún temblorosa. Sólo entonces comprobó que era la muchacha del club-. Yo acababa de entrar y no había visto a nadie, la verdad. Claro que es una boca de lobo. Esos tipejos igual pudieron atacarme a mí, pero se conoce que la borrachera les embota los reflejos... Por si acaso, la próxima vez no salga tan tarde, porque con estas oscuridades a las que nos han condenado, eso de ahí fuera es la selva. Al fin y al cabo, si una guerra te enseña algo es a defenderte ¿no?

Tal vez supiera que su voz era lo único confortable en aquellas salas devoradas por la penumbra, donde las sábanas parecían querer extraer el espíritu de los muebles. De todos modos, no dejó de hablar con despreocupación para calmar a Emma, aunque sus ojos reflejaran el miedo que también ella había pasado. Tal vez no hubiera cumplido los veintidós años, sin embargo qué densa se volvía su juventud si pudo sobreponerse al trance antes que la propia Emma, sin perder el dominio de sí misma en ningún momento. Ahora trataba de confortarla con su simpatía. Le preparó

una taza de leche caliente (se había quedado sin café, mañana compraría, sonrió).

Habló de los marineros que desembarcaban continuamente en los muelles cercanos. Gente sin patria, aventureros maltratados en todos los mares y curtidos en todos los puertos. Desembarcaban en Londres después de sufrir meses de privaciones y castigos. Por eso, en cuanto pisaban tierra, se emborrachaban y armaban líos en los peores lupanares y covachas inventados por el género humano. Sus orgías solían acabar al mismo tiempo que la paga, hasta que volvían a enrolarse con la esperanza de ahorrar la próxima vez, si es que no los secuestraban los propios armadores o los embarcaban con engaños para cubrir los cuadros de sus tripulaciones. En la siguiente travesía, de nuevo el salitre, la disciplina y las privaciones les devolvían rasgos de hombres.

Lo alegre era el tono en que contaba aquellas historias la chica.

-Ya sé que no parece un trabajo decente –concluyó, sonriendo-, pero ¿cuál lo es?

Emma le hubiera agradecido sus atenciones, pero su cuerpo acusó el agotamiento de un largo día de inquietud y pronto no fue capaz de concentrarse. Se dejó llevar por el sueño, sintiendo cómo todo alrededor adquiría formas difusas. Había bastado un instante de sosiego para que notara lo cansada que estaba. Aún oyó decir a la chica que había echado láudano a la bebida para apaciguarla. Intentó incorporarse: era una locura caer rendida y quedar a merced de una amiga de Sir Billy, una perfecta desconocida en realidad. Su cuerpo ni siquiera respondió a esta última llamada y todas las cosas se fueron achicando hasta desvanecerse como la llama de una cerilla que se apaga.



## 6

La medianoche convocó por el aire su cortejo de campanadas y carillones, limpias llamadas a un último intento de piedad que el cielo no acogió, atento tan sólo a las incursiones aéreas, más hermético que nunca, obstinado en elevar su silencio hostil hasta las nubes.

No bastaron las gotas que golpeaban con impaciencia de dedos ciegos la claraboya (Emma no había reparado en el lucernario de cristal, pero sobre sus párpados cerrados latía esa vigilia azul) ni que más allá de las chimeneas los gatos tiritaran bajo el viento atlántico que barría los tejados.

Ni la lluvia ni el frío alejaron a un hombre que observaba al otro lado de la calle, de pie junto a una verja de lanzas. No se movió hasta que la última luz de la mansión, atenuada por cortinas y tapaluces, como mandaban las ordenanzas militares, se apagó del todo. Minutos después encendió una cerilla y ese instantáneo fulgor alumbró su barbilla bajo el sombrero de fieltro, que goteaba. Una bocanada de humo salió de sus labios. Al guardar las cerillas en el bolsillo de su gabardina, su mano rozó el frío cañón de una pistola que aguardaba, metálica, anhelante.

Sus ojos escudriñaron una vez más todas las ventanas del edificio a través de las volutas de humo azul que se afanaban en dibujar un mal augurio. No era sólo que hubiera seguido a una o ambas mujeres con indetectable sigilo. Hábil, escurridizo, dijérase invisible. Al fin y al cabo cumplía su misión como cualquier otro en este drama de la guerra, donde unos habían sido señalados para ser carne de cañón y otros asesinos. Lo inquietante fue la parsimonia con que había atisbado en la oscuridad del callejón cómo los borrachos atacaban a Emma y no acudió en su ayuda. Permaneció detenido, sin moverse de su escondite, quién sabe si tratando de imitar la quietud de los castaños húmedos o el corazón negro de los portales. Hasta los enemigos pueden sentir compasión y en el torbellino de su odio hallar esa balsa última donde salvar su alma. Pero este hombre había extirpado de sí incluso tal

rasgo humano. Nada le hacía pestañear fuera de su misión.

El cúmulo de desdichas que lo había llevado hasta allí podía atravesarlo su mente como un corredor antiguo y destartalado, comido por la humedad, asomado a una naturaleza que lo irritaba. Sólo se encomendaba a su propósito. Ese era ahora su único hogar, eso era él.

Comprobado que la negrura del mundo prevalecía sobre la mansión, el hombre arrojó el cigarrillo y caminó al amparo de las sombras hasta el coche, detenido a la vuelta de la esquina. Ningún rastro quedó de su paso en la calle, si es que un jirón de luna no dejó entrever una mueca horrible.

Volvió a verlo. El encuentro se produjo en algún lugar donde las edades y la distancia nada podían y llegaban como un mar apagado a una playa sin fin, lamiendo pacíficamente la orilla majestuosa del amor. Allí estaba Alonso. Emma podía acariciar sus rizos rebeldes, oírlo hablar. No importaba lo que decía, el milagro estaba en su voz resucitada. Sonreía y le abrió los brazos para acogerla en su pecho. La muerte y el sueño no pueden ser lo mismo. Si la muerte a todos iguala, los sueños conciben paraísos y tormentos únicos, intransferibles. Emma revivió aquella esperanza que la juventud se lleva como un soplo, la felicidad de una novia en vísperas, sintió que no estaba sola y que no lo estaría nunca más. No tendría que fingir ni atenerse a vagas promesas...

Y sin embargo, Alonso se fue alejando. De modo imperceptible, el muchacho se fue distraendo o tal vez ella se alejó del lugar porque había alguien más y no lo encontraba. Casi sin darse cuenta fue consciente de los silbatos, del ruido amortiguado de los coches, las voces de los vendedores de periódicos, las radios y las mil y una impertinencias de la calle, que la devolvieron al naufragio perenne de la vigilia.

Justo abría los ojos, defraudada por la fuga del sueño, cuando oyó llamar a la puerta.

-Buenos días, ¿cómo has dormido? Te traigo el desayuno... Me llamo Carroll, Vivien Carroll.

Emma no tuvo conciencia de sus respuestas a estas frases, no estaba segura de haberse limitado a carraspear o si elaboró respuestas mediante frases que se hilvanaran por sí solas como una banda sonora que acompañara las imágenes. Sólo entreabría los ojos y contemplaba distintas acciones: la muchacha abriendo la puerta de la habitación, por donde la luz de la mañana se entretenía en perfilar la balaustrada de mármol de una escalera, una taza de

café y una solitaria magdalena sobre una bandeja de carey, la chica colocando la bandeja en una mesilla de noche donde la bombilla emergía solitaria de una lamparilla sin pantalla, el cielo gris que navegaba sobre una claraboya.

Se descubrió a sí misma bajo un edredón blanco como la nieve, acostada en el centro de una habitación alta, con frisos de escayola. Las paredes y cuanto no podía ser trasladado conservaba una antigua prestancia. En cambio, los baratos muebles delataban el desahucio y realojo presentes.

Cuando se percató de que la chica -Vivien Carroll- charlaba con ella sobre el frío y la humedad del lugar, su mente recompuso en un abrir y cerrar de ojos la situación. La muchacha la había salvado la noche anterior de unos indeseables. Estaba en deuda con ella y le agradeció su hospitalidad, recalcando que ya no era necesaria, pues tenía donde alojarse y el peligro había pasado.

La chica rehusó al vuelo cualquier gesto de gratitud y sobre todo no aceptó que su invitada se negara a probar el café. Incluso amenazó con fruncir el ceño como una abuelita meticulosa -rió- si Emma no accedía a tomárselo. Esta aceptó, prendada de su lozanía, que tenía más de vivaz que de sensual. Movía largas pestañas y brazos bellamente delineados. Tenía bonitos hombros y un cabello suavemente negro, tal vez algo rizado, que no le cubría el cuello.

Hablaba sin parar, con soltura, del apetito que le despertaban las mañanas frescas y lo rezongona que se sentía en los días nublados. Era fácil adivinar que trataba de que Emma se relajara y probara un bocado. Los hombres debían encontrar irresistible a tal muchacha, pensó Emma en un golpe de celos, por esa juventud de la que ella misma se alejaba y que ahora Vivien lucía como la prenda más natural, de la que nunca hubieran de privarla.

Emma insistió en agradecerle que la hubiera salvado de los asaltantes del callejón, pero Vivien desechó el recuerdo con una alegre palmada al aire, como si no mereciera la pena recordarlo.

-Sólo eran dos borrachos inútiles... ¿No viste -la tuteó- que se asustaron enseguida? No te creas todo lo que veas en un barrio pobre de Londres.

¿Acaso no sabes eso? Bueno, ahora te dejo para que termines de desayunar. Me voy abajo a continuar con el trajín. Es miércoles y eso significa día laborable ¿no? Tarda lo que quieras. No hay nadie más en la casa.

Irradiaba la muchacha una gran simpatía o tal vez se habían caído bien de inmediato. Hay amistades inexplicables, puramente químicas: caracteres que se atraen a pesar de todas las diferencias. No cabía duda de que la chica era una buscavidas, un alma callejera que hubiera escandalizado a su marido de Oxford. Anthony habría fruncido el ceño con augusta indignación de saber que su esposa había dormido bajo el mismo techo que esa aventurera. Pero todas las objeciones no hacían sino acentuar la simpatía que le producían su desenvoltura, sus maneras de anfitriona dicharachera.

Tan luminosa era su presencia que bastó que la tal Vivien saliera del dormitorio para que éste se volviera gris y adquiriese de pronto las vestiduras ajadas del abandono, detenido en una órbita de cosas inertes, a las que el oscuro día confería un pálpito siniestro. A los objetos no puede abandonarlos la esperanza o se convierten en un naufragio donde el insomnio vence y las superficies se cuarteán.

Emma se apresuró a vestirse y tomar el café. El espejo del cuarto de baño le devolvió la imagen de una mujer con ojeras, pero se convenció de que éstas realzaban su sinceridad. Necesitaba parecer franca y espontánea si iba a interrogar, como quien no quiere la cosa, a su primera sospechosa, la tal Vivien Carroll. Sólo cuando se abotonó la chaqueta notó en el bolsillo un papel doblado. Era la lista de coleccionistas a los que debía visitar. Bajó las escaleras, no sin antes echar un vistazo a las habitaciones del piso alto, desnudas salvo por algunas cortinas y telarañas que dormitaban en la oscuridad. En una habitación asomada a la calle se adivinaba la cama donde había dormido Vivien, un puro saldo junto a una simple mesita de noche y un ropero abierto, donde algunas blusas y faldas colgaban de las perchas. El caserón mostraba todos los signos del expolio y la vejez: sus paredes parecían meditar sobre el polvo en que habían de convertirse. Una puerta se le resistió; estaba cerrada con llave.

Al contrario que arriba, la planta baja, o al menos los salones adyacentes a la puerta de la calle, fulguraban de esplendor. Sin sábanas ni paredes desnudas, el corredor lucía espejos de marcos dorados y lámparas de araña.

El boato inflamaba de virutas y junquillos los taquillones y vitrinas. No faltaban cuadros con retratos ecuestres o cacerías ostentosas, cortinas de moaré, sillas con blasones en el respaldo. Se adivinaba que todo se había dispuesto para que un visitante ocasional no notase la bancarrota que abatía el resto de la mansión.

Emma oyó cantar a Vivien al fondo del vestíbulo y entró en la cocina, que iluminaba una ventana asomada a un estrecho patio. La chica encadenaba estribillos de Gershwin con voz más dulce que melódica, ocupada en fregar platos y cubiertos que parecían haberse amontonado durante semanas junto al fregadero. Arremangada, con un delantal que le venía ancho, explicó a Emma que lamentaba el desorden. Había estado muy ocupada esos días para atender “los asuntos de intendencia”.

-Esto parece una leonera, así que te pido que no te fijes mucho ¿de acuerdo?

Insistía en tutearla con toda naturalidad y eso, lejos de disgustar a Emma, le agradó. Le gustaba que una chica, apenas mayor que los estudiantes que trataba a diario, no la viese como a un molesto superior, un incordio anexo al profesorado y, por tanto, hostil. Cosas como esa la hacían sentirse vieja poco a poco, de modo imperceptible.

Emma sabía que debía dar una explicación convincente de su presencia la noche anterior en el callejón, a la vez que necesitaba recabar toda la información que pudiera darle la chica, sin levantar sospechas. Misión tan delicada casi la hacía andar de puntillas. Vivien Carroll en cambio se mostraba coloquial con ella, lo que significaba que era muy sutil, mucho más que Emma. Sin sacar las manos del fregadero, le comentó que nunca la había visto por el barrio y trataba de imaginar qué hacía de madrugada por un oscuro callejón.

-Me había perdido... -se apresuró a mentir Emma-. La verdad es que nunca había venido por aquí. Londres es tan grande...

Para combatir toda reticencia, había decidido contar de un tirón la coartada que le había enseñado el inspector Roger. Que había llegado a la ciudad el día anterior porque era una gran aficionada al arte antiguo y había sabido que

circulaba por la capital una cabeza de Diana que había sido encontrada hacía poco y al parecer la había traído a Inglaterra un español, un tal Lucas. Lo buscaba cerca de los muelles, porque era un extranjero de pocos recursos y posiblemente andaba en contacto con el mercado negro. Esto último lo contó porque la forma de vida de la chica no le parecía demasiado legal y de algún modo necesitaba crear una complicidad. Lo soltó todo de una vez, para quitárselo de encima. Vivien Carroll la observó entre curiosa y divertida. Tal revelación a la primera señal revelaba una ingenuidad auténtica y allanó cualquier desconfianza que pudiera sentir la chica.

-Tú debes ser maestra o algo así ¿verdad? –preguntó, en un tono más distendido. Al asentir Emma con la cabeza, repitiendo en voz baja “algo así”, se echó a reír-. ¿Lo ves? Tengo un sexto sentido para la gente. Intuyo lo que hacen. Y tú, desde luego, pareces despistada como si te hubieras perdido en Londres. . Me recuerdas una institutriz que tuve... ¿A que vives en un pueblecito?

-Más o menos... En Oxford. –aquí se extendió en sus labores docentes y presumió un poco de haber participado en el libro de esculturas romanas del profesor Mackenzie. La mezcla de mentiras y verdades era lo más sabroso del cuento y con este sano asomo de vanidad casi involuntaria disipó cualquier suspicacia en la chica. Vivien le había creído, aunque el mérito era más de su aspecto que de sus recursos escénicos. La chica no tenía motivos para desconfiar de una mujer de hábitos burgueses y además apocado, eso lo tenía Emma a su favor sin saberlo.

Aliviada, se ofreció a ayudar a su anfitriona a secar la vajilla. Mientras lo hacía, dijo que le había dejado boquiabierto el tamaño de la mansión y preguntó a Vivien si era la dueña. Ni por asomo. Aquel viejo caserón había pertenecido a un comodoro de la Armada, cuyo hijo fue tan heroico que tuvo la ocurrencia de caer en una emboscada al norte de la India, cerca de Nepal. Posiblemente lo enterraron allí y el comodoro le sobrevivió lo justo para que lanzaran su cuerpo al mar en el cabo de Buena Esperanza. Entonces aparecieron los sobrinos del oficial a litigar por su parte en la herencia y los procesos se alargaron tanto y los abogados se tragaron tantos honorarios que, desde hacía más de veinte años, la propiedad vivía en una especie de limbo legal, sin dueño conocido ni deseo de recordarlo. Todo esto permitió a unos

amigos suyos acomodarla allí, donde vivía desde hacía casi dos años. Ella llamaba a la mansión “La Cueva del Comodoro”. Luego charlaron sobre menudencias. Vivien bromeaba sobre sus hábitos culinarios y confesó que no sabía cocinar ni un huevo frito, por eso siempre comía fuera.

-Entonces ¿para qué todos estos platos y cubiertos?

-Mira lo que hay en la despensa. Anda, ve... –sonrió la muchacha. Su juventud no necesitaba coloretos ni afeite alguno para resultar apetecible. Un poco envidiosa por esa certeza, Emma fue al aparador y abrió la portezuela de arriba. Halló un montón de latas de caviar, con letras cirílicas y el dibujo indicativo.

-¿Caviar ruso? –preguntó, asombrada- ¿Quién puede permitírselo en estos tiempos? ¿Cómo lo consigues?

-No es nada. Mira en la puerta de abajo.

Tres hileras de botellas de whisky escocés, vodka y champán hacían guardia en el oscuro compartimiento de la alacena. Emma se sintió incómoda, temiendo que fuera contrabando. Había cosas que no quería saber, y así lo dijo, hipócrita o cobarde. -Tranquila –la atajó Vivien-, me los trae un amigo especial. En realidad yo tampoco sé cómo me los consigue. Nunca se me ocurriría preguntárselo... No sería cortés, ¿no te parece?

-Oh... Pero ¿no serás demasiado confiada? ¿No corres peligro guardando esto aquí?

-Querida, eso no es nada. Sólo has visto la punta del iceberg, como suele decirse.

Emma temía oír confidencias demasiado comprometedoras. Cierta pudor burgués o simple miedo, la hicieron reflexionar. Lo único que sabía de esa chica era que podía empuñar una pistola y moverse entre tipos como sir Billy. El hecho de que durmiera en aquel edificio abandonado, entre material probablemente robado, tampoco la tranquilizaba.

-Quizás sea mejor que no sepa nada más –dijo, cerrando la puerta del



aparador con precaución.

Había una botella abierta sobre la mesa de la cocina. Vivien tomó dos vasos y se sentó a llenarlos, después de secarse la frente con una manga.

-Ven, tómate esto. En cualquier momento pueden bombardearnos y no querrás que nos pillen sin tener algo en el cuerpo que nos dé valor ¿eh?

Emma no supo negarse y alzó su vaso al tiempo que veía a Vivien hacerlo. No había duda de que entre ambas había surgido una amistad irresistible, imposible de justificar, pero verdadera.

-Brindemos... Por nosotras, unidas en la adversidad.

-Por nosotras –repitió Emma, que imitó a su compañera y se tomó de un trago el licor. El fuego que quemó su garganta lo compensó con creces el poder contemplar la sonrisa franca de la muchacha.

-Perfecto, ahora me siento mejor.

-Nada de esto tiene sentido –confesó Emma, con una mueca de estupor.

La inquieta Vivien quería apurar más la sorpresa. Dos hoyitos maliciosos asomaron a sus mejillas.

-Aún falta lo mejor. Ven.

Subieron hasta la habitación cerrada con llave. El pasillo estaba helado. Un simple chirrido del picaporte abrió las negras fauces de un salón en el que Vivien entró a tientas. Encendió la luz y varias bombillas alumbraron con anaranjada lentitud algo parecido al desorden de una batalla que asustó a Emma. Olía a polvo y humedad. La amplia sala dormitaba como una selva exuberante, un infierno enmohecido donde se arrebujaban en azarosa confusión toda suerte de objetos y muebles. Sedas rojas, alfombras y tapices se apretujaban como si acabaran de ser saqueados y su color de sangre prevalecía. Cuadros con retratos y paisajes aristocráticos se adocenaban contra las paredes. Las mujeres avanzaron por estrechos pasillos a lo largo de un piélagos de porcelanas, armaduras en pie, jarrones enormes, retablos

bizantinos de hieráticos santos, tigres tallados en madera, relojes de movimientos astrales persiguiendo armonías celestes con infinita paciencia, pieles de fieras, esferas que simulaban el mundo, vestidos paradisiacos colgados como fantasmas, candelabros de oro y plata, ángeles de orfebrería, cojines bordados, sillones tapizados con telas estampadas, estatuillas de marfil de caballos y princesas. Los objetos se hacinaban con codicia cuartelera en una especie de resaca del esplendor que una marejada ingrata hubiera traído hasta allí. Bustos de mármol, tapices imperiosos, lámparas todo lágrimas, parecían esperar que su estela los devolviera al lugar del que procedían, donde tal vez la armonía ordenara sus desahuciados estilos. A Emma le impresionó el silencio que habitaba entre aquella pléyade de seres oníricos, un silencio que se alzaba como una amenaza latente. Una pequeña cúpula de cristal abría paso a la perezosa luz del día y confería un fantasmal aura cenital al aquelarre de figuras.

Vivien la condujo por entre aquellos objetos desbocados hasta un opulento armario de frisos helénicos y de cuyas puertas colgaban lunas polvorientas. Lo abrió con ese crujido de los muebles vencidos por el olvido y estalló una explosión de color y brillos donde a Emma se le ofrecieron plumas y encajes, lentejuelas, rasos de fresa y luz, rosarios de oro, collares, organdíes, regias diademas de esmeraldas y aguamarina, un arco iris de guantes, blancas pelucas rococós, sombreros de todas las épocas, cofrecitos de nácar y ámbar, joyeros con anillos, pulseras y zarcillos sin fin... Aquel cúmulo de primores y encantos no cabía en los ojos de Emma que, admirada, sólo pudo articular exclamaciones de arrobó. Vivien disfrutaba con maligna sonrisa de la sorpresa de su invitada y ponía en sus manos la sangre y el cielo de sus rubíes y zafiros como si hiciera real para ella los tesoros de las fábulas.

-Tranquila, casi todo es imitación. Muy buena, eso sí.

-Pero ¿Cómo has conseguido todo esto? -Pudo articular al fin. Aunque la precaución puritana tremoló en su voz enseguida para enmendar su imprudente pregunta-. Oh, lo siento, no quería entrometerme en tus asuntos. Ha sido la sorpresa...

Vivien no pudo evitar una carcajada ante las reservas y miramientos que interrumpían toda espontaneidad de la mujer.

-No te preocupes, sé que no dirás nada a nadie -Salieron y la habitación volvió a quedar cerrada como un arca prohibida. La chica jugó un poco con la ansiedad de Emma antes de explicarle la situación-. Todo lo que hago aquí es fingir. Soy una especie de actriz, para que me entiendas. No es que haya actuado en plan “Lo que el viento se llevó”, no. Sólo represento un papelito para un público más reducido y más selecto.

-Cada vez entiendo menos.

Habían bajado al salón principal. Después de lo visto, a Emma los candelabros dorados y los floreros de dinastías chinas le parecían ahora cosas de poco fuste. Aún así el conjunto resultaba galante y más con Vivien, moviéndose como pez en el agua entre la chimenea regia y los muebles napoleónicos.

-Este es mi escenario, aquí hago de Anastasia Tatieva, la última y desconsolada heredera de un linaje de nobles rusos. Porque mi pobre padre fue un ruso blanco de esos a los que la revolución bolchevique obligó a huir más rápido que las balas con las que los fusilaban. Oh –se lamentaba con fingidos pucheros-, qué indefensa me hallo en suelo extranjero, aun en esta isla hospitalaria, a merced de los desaprensivos aduaneros que no conocen la piedad y de los anticuarios que sólo me dan limosnas a cambio de las joyas y los recuerdos que me quedan de mi desdichada familia. Pero si usted, amable señora, en la que adivino un corazón de oro, quisiera comprarme este retablo bizantino, siglo doce, salvado del incendio de San Petersburgo por puro milagro... Sólo le pido la mitad de su precio. Cualquiera otro me daría más, pero sé que sus caritativas manos lo cuidarán con esmero y devoción. Esta no es una venta, es una ofrenda de un corazón lleno de fe a otro...

Entonces se detuvo. Hizo un mohín lleno de picardía y le guiñó un ojo a Emma, que la contemplaba con asombro. Por unos momentos había remedado el acento ruso o algo que pasaba por tal y sus maneras habían imitado las gentiles y afectadas de una joven aristócrata o lo que se esperaba de alguien así.

-¿Te has fijado? Esto es lo que hago. Unos amigos me traen la mercancía y yo la coloco al mejor postor con mis pantomimas y este cuento de que es parte de un ajuar rescatado de las garras de los rojos. Hago ver que me

encuentro en una situación desesperada, que sólo soy una pobre damisela indefensa, sin familia, y que necesito vender a precio de ganga. Los peces gordos pican y se creen que han hecho una obra de caridad a la vez que un buen negocio. Ni siquiera desconfían de que el material sea falso. Me creen a pies juntillas.

-Lo haces muy bien –reconoció Emma, con admiración.

-Ya, claro. Por favor. Nada de halagos. Odiaría que mis mejillas se ruborizaran a esta hora de la mañana. No tenemos la luz adecuada.

La confianza que tan alegremente le había hecho Vivien obligó a Emma a sincerarse con ella para corresponderle. Existía una corriente de complicidad tan poderosa que no pudo resistirse. Casi se sentía culpable por no decirle que la estuvo siguiendo la noche anterior, por culpa de sir Billy.

-Yo también quiero ser leal contigo -le dijo, juntando las manos como si estuviera en confesión-. No sirvo para esto en lo que me he metido y lo sé. Por eso me corre prisa encontrar a ese Lucas. No quiero estar en Londres mucho tiempo. La guerra me da miedo.

-Ese tipo al que buscas debe ser muy importante si te metes en la boca del lobo sólo para encontrarlo –dijo Vivien con una sorna que no ocultaba su inquietud-. ¿Qué es lo que sabes de él?

Emma dudó si debía mencionar el nombre de Alonso Bando. No sabía si le convenía citar sólo la misión oficial o sus pesquisas íntimas. Por fin decidió esquivarlo. Cuando convertimos nuestros asuntos personales en cuestiones sociales dejan de pertenecernos. Y el pudor de Emma, su adúltera pulsión –de eso se trataba, ¿a qué negarlo ante ella misma?- aún la confundía. Necesitaba esa reserva última de su secreto, ese poso de intimidad para reconocerse en medio de los avatares londinenses. Hasta qué punto se estaba involucrando en un orden mayor de problemas, no podía adivinarlo. Trató de recordar lo que sabía del español al que buscaba.

-En realidad sé muy poco de ese español. Apenas su nombre: Lucas. Y que ha llegado hace poco a Londres.

-Y si apenas lo conoces ¿qué quieres de él?

Emma trastabilló, incómoda. Respondió con evasivas acerca de una búsqueda, algo relativo a unas piezas de coleccionista, y sobre todo a la cabeza de la diosa Diana. Su sonrojo se correspondía tan poco con la burocrática materia de la que hablaba que Vivien interpretó correctamente que ocultaba un problema personal.

Emma no sabía si hacía bien en involucrar a Vivien Carroll en su búsqueda. Aún sonaba en sus oídos la advertencia de Sir Billy de que abandonara todo el asunto. Aunque recordaba con un escalofrío su encuentro bajo la lluvia la noche anterior y se sintió amenazada entonces, ahora vislumbraba la posibilidad de que tal vez la avisaba en buena ley. Pero no era momento ni lugar para medias tintas. La fuente de su confianza manaba de Vivien, una jovencita mil veces más amable y cordial que ese dandy decadente. Permanecieron unos instantes meditando en la gravedad de sus confesiones o al menos eso hizo Emma, porque la chica parecía haber estado elucubrando algo diametralmente distinto.

-¿Sabes qué? –le dijo al cabo de ese instante de silencio en que la luz ocre de la mañana, que el visillo de la ventana filtraba, se detuvo a explorar un florero con rosas nuevas sobre un aparador de laca veteadas-. Creo que sé de alguien que puede ayudarte a encontrar a ese tipo. Es el hombre que mejor conoce Londres o, por lo menos, a la gente interesante que se mueve por aquí. No se me ocurre nadie mejor que él si quieres dar con Lucas. Lo mejor de todo es que puedo quedar con él esta misma mañana. Sólo tengo que telefonarle. ¿Qué? ¿Te animas?

La idea parecía más que atractiva. Si Emma se había concedido a sí misma una semana para buscar a Alonso Bando y a quien pudiera saber de él, lo mejor era ir al grano cuanto antes. Comprendió de pronto que todo podía ser infinitamente simple y que podía tener a Alfonso al alcance de la mano en cuestión de días, si no de horas. Un buen sabueso, eso era lo que necesitaba Emma, y no las suspicacias de Scotland Yard ni Sir Billy. Así que Vivien había llegado al meollo de su problema en cuestión de minutos. Haberla encontrado se le antojaba providencial.

Tras la llamada que hizo desde la cocina, Vivien la invitó a ponerse

alguna ropa suya y maquillarse con un poco más de esmero, porque estaban en guerra y había que levantar la moral. Acusó a Emma, entre risas, de haberse rendido a los alemanes de antemano. Casi era una quintacolumnista con esa actitud de derrota que paseaba por ahí. No fue poca fiesta convencerla de que se pintara los labios y los ojos o de que peinara su cabello de un modo más atractivo. Incluso Emma se sorprendió de lo que el maquillaje y un flequillo ondulado sobre sus pestañas podía reverdecer su aspecto.

-No está mal, nada mal –dictaminó Vivien, evaluando el resultado en el espejo en que también se miraba Emma.

Luego le buscó ropa que no la hiciera parecer “una recién expulsada del ejército de salvación”. Mientras hurgaban en el armarito de arriba que tenía junto a su cama, vio una pulsera que traía mala suerte. Se la puso la noche anterior y tuvo un encuentro con alguien al que odiaba, un tal Sir Billy.

-A mí se me enfría hasta el aliento cuando lo veo –dijo Vivien, agachada ante un cajón lleno de guantes, pañuelos de seda y bisutería-. Pero lo necesito. Es un cliente de los más asiduos y paga al contado, aunque con él no valen artimañas. Bueno, a veces también me trae mercancía para vender... Lo detesto, pero, en fin, una no puede elegir los hombres ricos que conoce. Por supuesto lo tengo calado, es un desalmado que me traicionaría sin pestañear si supiera que podía sacar tajada. Además, siempre parece tan fúnebre... Ultimamente creo que la guerra lo tiene trastornado, está desquiciado o algo le pasa... Qué sé yo...

Probaba un collar sobre el cuello de Emma, que de pronto le sujetó la muñeca y la miró a los ojos.

-Espera, Vivien... No sé si haces bien contándome todo esto.

-Bueno, una persona que se juega la vida en un callejón oscuro sólo para encontrar un trozo de arte perdido se merece algo mejor que unas mentirijillas –con esto prosiguió su tarea en el cajón-. Anoche me dio la impresión de que Sir Billy está pensando en largarse de Inglaterra. Tal vez considera los bombardeos de la Luftwaffe una intromisión intolerable en sus asuntos o no le gusten los discursos de Churchill. Lo único que sé es que me estropeó la

velada. Yo había salido a conocer a unos clientes y estábamos pasándolo tan ricamente en el club, cuando se metió el dandy por medio. Se puso tan melodramático, tan pesado, que temí que iba a espantar a mis nuevos amigos, así que le di largas.

-Pero ¿de qué te habló?

-Estaba demasiado ocupada disimulando sus inconveniencias ante los clientes para hacerle caso. Pero no te apures; estoy segura de que pronto vendrá a casa para decirme lo que quiere.

Había una peluca rubia sobre la cómoda, colocada sobre un aro de metal, la que había lucido Vivien de noche en el club, pero desistió de usarla. Se puso una corta chaqueta ceñida a la cintura y un sombrerito a juego ajustado a la coronilla. Su pelo negro le favorecía las facciones, formando una sensual sombra sobre sus mejillas. Le contó a Emma que cuando se trataba de ir al mercado negro de Candem Town no convenía llamar la atención.

-¿No será peligroso?

-Sí, claro, lo más normal es que te timen. Por eso hay que tener mucho ojo –esto lo había dicho en broma, pero Emma no la entendió–. Bueno, ¿cuánto dinero llevas encima?

-Veinte libras y algo de suelto –contó Emma en su monedero. El resto, unas ochenta libras más, lo había dejado en la pensión.

-Tenemos que tener cuidado con los carteristas. Hay muchos dedos ligeros estos días por ahí. Guarda el dinero dentro de la chaqueta. Te recomiendo que no lleves nada de valor en el bolso, por si acaso...

Vivien explicó que el hombre con el que se había citado las invitaría a comer si se lo pedían, porque era muy generoso. En realidad podía conseguirles lo que quisieran, pintándolo a la vez como un caballero y un tramposo. Un protector y un tahúr. Un amigo de los pobres y un martillo contra sus enemigos. Pintó las señas de identidad de una especie de Robin Hood urbano. En realidad Vivien sólo cantaba sus alabanzas. Le

entusiasmaba la idea de reunirse con él.

-...Somos... bueno, ya sabes. Estoy loquita por sus huesos... A veces se pone de mal humor, depende de cómo le vayan los negocios... Anda siempre tan ocupado... Su vida no ha sido nada fácil, ¿sabes?

Que Vivien no quisiera llamar la atención no significaba que renunciara a realzar sus encantos. Se ajustó dos veces la blusa rosa y estudió la porción de cuello que dejaba ver el primer botón desabrochado. Un hilo de carmín delineó sus labios con magnético afán y luego estudió la caída de la falda sobre sus rodillas cuya nívea esbeltez camuflaban unas medias grises. Cada sombra y efecto de su apariencia mereció su aprobación antes de abrir la puerta principal.

El tiempo se debatía desapacible cuando salieron de la cueva del comodoro. A la luz del día, la fachada del palacete acumulaba desperfectos a lo largo de dos plantas y en el centro mostraba una gran cristalera desteñida por el polvo de cien otoños. El viento venía en oleadas de aire a enfriar los rostros e inmiscuirse en sombreros y peinados sin la menor urbanidad. Por suerte, Vivien disponía de un chrysler azul y lo condujo con deportiva despreocupación. El tráfico se veía interrumpido sin cesar por camiones militares que circulaban en lentos convoyes y por autobuses rojos que parecían submarinos explorando la niebla. Siempre hacia el norte, dejaron atrás la mole del museo británico, cuyas piedras amortajaba la humedad. Las calles no daban signos de querer acabarse nunca, aunque mostraban cierto agotamiento urbanístico y los pisos comenzaban a sentirse seriamente obreros cuando Vivien decidió aparcar ante el pórtico de una pequeña iglesia acongojada en una placita sin árboles.

-Aquí no molestamos –dijo-. No creo que nadie tenga ganas de casarse hoy.

Rechinaban los camiones, olía a yeso, a escapes de gas. Una casa cercana estaba siendo demolida, tal vez tocada por una bomba de la última incursión. Sobre los casquetes y escombros los infatigables perros de la R.A.F. olisqueaban en busca de posibles víctimas. Entre los curiosos se destacaban los distintivos del color del plomo de los vigilantes y los cascos de los bobbys, esas especies de salacots de safaris cuyo color negro deprimía



a los transeúntes y los devolvía a la civilidad.

Se adentraron por callejuelas húmedas, donde se podía percibir el olor a maduración del moho y la putrefacción de la madera. Pronto anduvieron solas por baldíos y terrenos abandonados del extrarradio donde apenas pululaban mendigos, fugitivos, ladrones, o se cruzaba un rapazuelo portando la caja de limpiabotas al hombro, sucia la barbilla de betún, o un resacoso soldado que arrastraba su macuto de cuero sobre las baldosas resbaladizas por la bruma.

-Ya estamos en el mercadillo –anunció Vivien. Emma no conocía aquella zona y contempló una larga calle de edificios mugrientos que parecían almacenes abandonados o las últimas guaridas de los desarrapados de Dickens. La hilera de tenderetes negros como el hollín y cobertizos de tela se alargaba hasta el horizonte nublado. La gente, famélica y presurosa, no dejaba de mirar con recelo a todos lados. Vivien la llevó a través de las mesas, donde se amontonaban todas las mercancías imaginables: neumáticos, gasolina en botellas que había que alejar de las manos de los pillos, hornillos, uniformes, penicilina en frascos de vidrio, junto con hachís y opio, licores, sombreros, fruta y verdura en cajones, armas de fuego, cuchillos, abrigos y pantalones usados, bragas de encaje, discos, piezas de motor, pollos desplumados, condones, botas, enseres robados de toda índole. Muchos vendedores parecían buhoneros ambulantes. Emma oía hablar en acentos extraños, veía a indios, africanos y árabes tras las tiendas y notaba que existían jerarquías sutiles entre ellos.

Un cartel de madera colgaba en medio de los faroles rotos y se leía, escrito con letra gótica, *El Mirlo Tatuado*, al lado de la silueta tosca de un pájaro cuya tinta trataba de agarrarse con garras y pico a las vetas de pino. Entraron en un largo corredor, en que la luz provenía de la entrada y de una puerta al fondo, que asomaba a un patio, donde se apilaban tablones. Unos focos amarillos y azules iluminaban la barra y en la pared se leía un cartel de “No pasarse”. Alguna mujer de mediana edad se sentaba sobre un taburete y mostraba sin pudor sus medias de nailon.

Más de un parroquiano se volvió para admirar a Vivien, que no hizo caso de nadie y se sentó ante una mesa de madera llena de marcas y rasguños hechos a navaja. El tabernero acudió con paso cansino y Vivien le pidió unas

cervezas. Explicó a Emma que no debían solicitar té ni nada de eso “para no desentonar con el ambiente”. El tabernero era un hombre cargado de espaldas, mayor, que se atusaba a ratos el mostacho grasiento. Su escaso pelo dibujaba meridianos sobre la brillante coronilla y su voz sonaba ronca, pero amistosa.

Emma sentía miedo de los oscuros habitantes del local, cuyas mejillas hirsutas y desdentadas risas la impresionaban. Pero el ambiente era tranquilo y se hablaba en sordina, o al menos eso parecía, pues el ruido de la calle amortiguaba las palabras. Esperaron algo así como un cuarto de hora, sin hablar demasiado, y ya había pasado el mediodía cuando apareció el hombre que se había citado con Vivien. La cara de ella se iluminó. Emma se volvió a mirar, intrigada, al artífice de aquel cambio.

No encontró en absoluto al hombre que imaginaba. Emma había supuesto que a su amiga le correspondería, por esa simetría del amor que busca a los iguales, a alguien joven y entusiasta como Vivien, de ojos abiertos y sonrisa clara. Había creado la imagen de una especie de Alonso Bando londinense, quizás más mundano. Pero el hombre que se apoyó un momento en la barra para otear el ambiente no era tan excesivamente joven como Vivien y sólo su altura diluía cierta propensión a la obesidad. El tipo se tomó su tiempo para escudriñar con un sesgo de ironía y la vez de desconfianza el local. Luego avanzó con lentas zancadas, sin prisa. De largo ademán, enfundaba su ancha cintura en un abrigo largo de algodón gris. Bajo el ala de su sombrero descollaba una mirada de halcón que impartía su poder sobre los presentes. Eran esos ojos los que prevalecían en su rostro, sin importar sus anchos carrillos o el labio inferior colgante como un belfo de los Habsburgo, ni la nariz algo chata, ocupada en descender para de pronto reaparecer como un pináculo caliginoso. Nariz fina que olfateó en un aleteo el entorno. Sonrió al tabernero sin hacerlo. Era algo que tenía que ver con su ceja derecha y cierto ladeamiento de sus labios hacia ese lado. Fue a sentarse junto a Vivien, que le echó una mano al cuello para besarle nada más tenerlo a tiro. Cuando ella apartó la cabeza, el hombre contempló a Emma con una mezcla de ironía y curiosidad. Su examen duró un momento, lo justo para catalogarla. Parecía conocer todos los tipos de personas y el que Emma representaba no le preocupaba.

Tardó más tiempo en arrimar una silla vacía donde dejar su sombrero que el cantinero en acudir a su lado. Sin variar su imperturbable dominio de la situación, el recién llegado le preguntó qué tal iba el negocio –con una sorna que masticó suavemente para la ocasión- antes de pedir media botella de brandy y tres vasos. Su voz era parsimoniosa y no dejó de clavar en el tabernero las pupilas como si el recado fuera una excusa para calibrar sus pensamientos.

-¿Y bien? ¿Quién es tu amiga? –preguntó, cuando estuvieron solos.

Vivien la presentó como Emma, pero que se usara con ella sólo el nombre como si fuera una camarera le resultaba demasiado humillante, porque estaba acostumbrada a cierta dignidad, a moverse en Oxford, entre profesores y gente de posición, un ambiente donde se reconocía la prestancia de su familia. Sin pensarlo dos veces, corrigió a Vivien:

-También tengo apellido.

-Oh, sí, es Osborn, Emma Osborn –añadió la chica resueltamente. Emma se sorprendió. Cuando despertó esa mañana, al recibir el desayuno de Vivien, le había dado su apellido de soltera. No recordaba esa elección refleja, casi instintiva. Había esquivado el Wells de su marido a la primera oportunidad.

-En realidad Osborn es... –iba a rectificar el malentendido, pero su amiga dio un beso de tornillo a su novio que la escandalizó. Menudo comportamiento en un tugurio de los bajos fondos

-Está bien, “Emma Osborn”, a mí puedes llamarme Dorian –respondió el hombre, con una mueca irónica que venía de más allá de la simpatía y entraba en el ámbito del aburrimiento-. Mis apellidos, al contrario que en tu caso, no son relevantes. Una pena. Hubiera sido interesante remontar mi árbol genealógico a Enrique Octavo.

Visto que su orgullo había estado fuera de lugar, no se atrevió a insistir sobre nombres. Recordó entonces que había sido su soberbia la que la alejó para siempre de Alonso Bando. Esta certeza hirió como un cuchillo. Ella no estuvo dispuesta a renunciar a sus privilegios y su porvenir en Oxford por él. Esa había sido su tragedia. Podía disfrazar su vanidad de sentido común o de

carácter práctico, pero a eso podía reducir la decisión fatal de su vida. Por culpa de eso, ahora se encontraba allí, buscando imposibles entre gente de mal vivir. Era orgullosa, sí.

Los arrumacos de Vivien los recibía Dorian con inabarcable distancia, como si lo único que mantuviera a raya su indiferencia fuera la posible utilidad de una colaboradora joven y atractiva. Emma presentía que él se aprovechaba de su amiga sin escrúpulos, por más entusiasmada que pareciera Vivien con su renuente compañía.

-¿Os ha seguido alguien? –preguntó Dorian, con un amago de caricia en el cuello de Vivien, como si simulara una carantoña en la que no pensaba realmente. Más bien evaluó el brillo del pendiente.

-Tranquilo, dejé el coche a tres calles de aquí y luego corrimos entre la gente. Ya sabes que en estos rincones se puede desaparecer sin dejar rastro.

-Sin dejar rastro y para siempre. Has aprendido bien. Buena alumna –la felicitó antes de echarse al colete el primer vaso de brandy de un trago. Lo saboreó en los labios y durante ese instante indagó de nuevo en la cara de Emma.

-¿Y cual es el objeto de esta reunión social?

-Bueno, quería presentarte a mi amiga Emma. La conocí anoche.

-Ya... Tú no me harías venir aquí en pleno día (tengo un asunto entre manos) y me presentarías a alguien sin motivo, ¿verdad, muñeca?

-Claro. ¿Lo ves, Emma? Es más listo que un detective. Y más rápido.

Se apresuró a explicarle que su amiga había venido nada menos que de Oxford, donde era “una académica”, y que había hecho todo ese viaje y se había tomado muchas molestias y corrido algún que otro peligro para buscar una vieja estatua y a un español, un tal Lucas. Dorian se ocupaba en llenar las tres copas de brandy, pero al oír que se mencionaba el nombre de Lucas, un rápido destello de desconcierto fulguró en su mirada. Emma lo notó, a pesar de la suprema pericia con que Dorian dirigió el gesto de sus ojos hacia una

sonrisa entre socarrona y amable. Al vislumbrar el fugaz asomo, Emma temió estar complicándose mucho la vida entre gentes de ocultas intenciones.

Dorian aguardó a que Vivien concluyera su repertorio de morritos y zalemas. Su intercesión para que ayudara a su amiga a encontrar al tal Lucas se había vaciado de contenido o eso pensó Emma, para quien ese hombre había entendido más de lo que se contaba, y mejor. Dorian vació otra vez su vaso arrojando su contenido a la garganta y después lo colocó con sumo cuidado junto a un cenicero de latón cubierto de negras colillas en que ella no había reparado hasta entonces. Tal vez Dorian fuera un prestidigitador que hiciera aparecer objetos, tal vez en la oscuridad del antro sólo se veía lo que se buscaba.

-Ya pillo el encargo. Pero hay algo que se me escapa. –concluyó el hombre, abreviando las súplicas finales de su amante-. Querida, no me has contado cómo os habéis conocido.

-Oh, bueno, ha sido toda una aventura ¿verdad? –celebró Vivien, buscando en Emma una complicidad que ésta apenas supo fingir. Comenzaba a temer que aquella búsqueda podía volverse demasiado irreparable y que su inexperiencia le impediría reconocer las señales de alerta. Vivien, en cambio, reía ufana, en las antípodas de la preocupación. Contó sin inhibición alguna los progresos que había hecho la noche pasada en el club Cleopatra con los dos ricachones antes de la aparición de Sir Billy Kildrake. Y cómo Emma había aparecido por los alrededores de La Cueva del Comodoro en busca de ese Lucas que tanto le interesaba por culpa de la cabeza de Diana. Cuando citó alegremente el nombre de la diosa, una nueva ráfaga de estupor ensombreció el ceño de Dorian. Esta vez Emma podía estar segura.

Pero sus elucubraciones fueron interrumpidas por el inhóspito mundo, que siempre venía al rescate de los suyos. En esos momentos terció un pobre tipo, un vejete de mejillas consumidas, cuya boina raída cubría un cráneo pelado al cero, con dos orejas como cucharas, que se acercó a hablar con Dorian. Llevaba las muñecas y los escuálidos antebrazos cubiertos de relojes y unos bolsillos fondones de la gabardina anunciaban la misma mercancía que quiso mostrarle, pero Dorian cubrió con las mangas del vejete y devolvió el botín al silencio.

-Aquí no. Luego te veo.

El compinche se fue. Emma no necesitaba ser experta en el mundo del hampa para comprender que Dorian actuaba como contrabandista y encubridor de todo tipo de afanadores. Sus negocios con Vivien debían ser de la misma calaña, sólo que a un nivel más selectivo. Con ella y su subterfugio de la aristócrata rusa, buscaba salida al material robado de calidad para una clientela pudiente.

-De acuerdo... Emma Osborn -se dirigió a ella directamente, con una de sus sonrisas escrutadoras, a la vez que dejaba arrastrarse un tono condescendiente que simulara una amistad en la que ninguno de los dos creía-. Pareces una mujer honrada –semejante conjetura viniendo de ese villano era lo más parecido a un insulto que Emma había recibido en su vida-. Y has hecho un viaje muy largo desde Oxford. Me pregunto qué tiene que ver una profesora con esos tipos que dice mi muñeca. No sé quién pueda ser el español... Lucky o Lucas, pero si anda tras una pieza que merece que la busquen extranjeros, debe ser una pieza de cuidado... Por eso no acabo de entender qué se te ha perdido en esos asuntos.

Emma comprendió que de su respuesta dependía todo. Aquel hombre podía hacerle el enorme favor de buscar a Lucas o, con la misma facilidad, meterla en un lío. Vivien le tomó del brazo, sujetándose a él como a una tabla de salvación, aunque él no se movió. Mirando a esa pareja sentada frente a ella, se hubiera dicho que eran amigos suyos, pero el sincero entusiasmo de la chica no tenía nada que ver con la actitud evaluadora del truhán.

Su única salida consistía en mentir, decidió. Dejar fuera a Scotland Yard y más aún al Barón y todos los espías alemanes.

-Verá... –titubeó- Vivien le ha contado que soy una gran aficionada al arte romano. En realidad lo estudio y tengo amigos que coleccionan piezas antiguas. Hace poco, me dijeron que corrían por Londres algunas esculturas ignoradas y decidí aprovechar unos días de vacaciones para ver si podía saber si había algo de cierto en esos rumores...

-¿Y para eso sales a pasear de noche?

-Se me ocurrió... Fíjese qué ingenua soy... que tal vez buscando en un garito de esos de marineros de los puertos, pudiera dar con alguien que conociera a ese Lucas... Claro que no conozco ni frecuento esos ambientes y por eso andaba un poco a la deriva. Tanto que corrí un grave peligro, pero gracias a esa loca imprevisión, he conocido a Vivien... Como ve, soy un poco novelera. Pero todo se debe a mi interés por encontrar las piezas raras que le he dicho.

-Piezas raras es lo único que encontrarás por aquí, nena –fue el comentario de Dorian, que se reclinó sobre el respaldo de su rechinante silla como si se desperezara. Emma no sabía si se había tragado el cuento chino que acababa de soltarle, porque su cara permanecía inescrutable. Aquellos ojos de póquer.

-Cariño –intercedió Vivien-. Ya te he dicho que Emma sólo quiere que le ayudes a encontrar a ese tipo.

El hombre hizo un gesto de teatral abdicación, posiblemente para ocultar sus determinaciones verdaderas. Jugaba al ratón y al gato con Emma.

-Tratándose de una amiga tuya, querida, no puedo negarme... Claro que tendré que preguntar por ahí, invitar a algunas copas, untar algunas manos... No saldrá gratis.

Al decir esto, levantó sus ojos hasta Emma y por un momento pareció que se burlara de ella, como si pusiera a prueba su determinación. Sin perder tiempo, ella abrió el monedero en su regazo, bajo la mesa, y buscó el dinero. Apretó los billetes dentro del puño y así los entregó, para no mostrar a nadie su contenido. Dorian los cogió con la misma precaución y los guardó en el interior de su abrigo.

-Espero que sea suficiente. Por si acaso, trae mañana otros veinte, no sea que surjan extras. ¿Qué tal si quedamos aquí mismo, mañana a esta hora? Espero tener para entonces alguna noticia de Lucas.

-¿De veras? ¿Tan pronto? –se alegró Emma, aunque se arrepintió enseguida de mostrarse tan expresiva.

-¿Lo ves? ¿Qué te dije? –celebró Vivien.

Pero el semblante de su amante no mostraba ni de lejos satisfacción. Se tomó con paciencia las zarandajas de su enamorada y volvió a llenar su vaso, esta vez con inquietante lentitud. Una mueca que procuraba ser tranquilizadora dio paso a otra pregunta:

-Y dime, Emma Osborn, ¿Piensas quedarte mucho tiempo en Londres?

-No, sólo unos días...

-¿Y dónde te hospedas? Lo digo porque a lo mejor consigo algún resultado con mis pesquisas antes de lo que creo y así podría tenerte informada de inmediato...

-No, no se preocupe... Mañana me parece bien.

-Lo decía para no tenerte fuera de Oxford mucho tiempo... Porque estás tan lejos... además supongo que debes estar casada ¿no?

-Bueno... –aquí hizo un esfuerzo por salir airosa del interrogatorio y mentir con cierta soltura, pero no estaba segura de lograrlo. Entonces recordó que aquel hombre ignoraba que usaba su apellido de soltera. En el peor de los casos, buscaría un Osborn en Oxford, no un Wells-. Sí, estoy casada. Y le aseguro que mi marido se opuso a que viniera por una mera afición.

-Un hombre prudente, sí, señor. Brindo por él –y se echó el brandy al gaznate de una certera andanada.

-Oh, querida. Ni siquiera te había preguntado si estabas casada –se afligió Vivien-. ¿Pero qué clase de amiga soy? Tienes que disculparme, es esta guerra que me tiene de los nervios... Pero cuéntame algo más... ¿Tienes hijos?

-Una niña de tres años.

Vivien celebró la noticia y le reprochó haber guardado silencio sobre algo tan importante. Emma temió que el hombre quisiera continuar indagando en sus intimidades, pero algo bullía en él y se levantó sin más



ceremonia, tras recoger su sombrero.

-Bueno, señoras y señoritas. He tenido mucho gusto, pero otros asuntos reclaman mi atención.

-¿Es que no vas a comer con nosotras? –preguntó Vivien, contrariada.

-No puedo, de veras que no... Ahora os dejo... Adiós.

Emma respiró aliviada cuando salió por la puerta la enorme figura del coloso. Su abrigo pendular y su sombrero se recortaron un momento contra el gris de la calle y luego se difuminó en el vacío. Sin embargo, persistía una sensación de amenaza, que provenía ahora de todas partes, que se deslizaba sinuosa por las sombras y serpenteaba entre los silencios del tugurio. La reacción de Dorian había hecho sospechar a Emma que conocía al tal Lucas – si sus conjeturas eran reales y no mera aprensión-. Quizás conociera la relación de Lucas con el espionaje o que lo perseguía la policía. En medio del pub, que ahora casi le parecía pacífico, sin la presencia de Dorian, se preguntaba qué estaría tramando ese hombre si tanto le urgía irse.

El peligro que personificaba Dorian se alejó de Emma o por lo menos le concedió un aplazamiento hasta la nueva ocasión en que se encontraran (una sensación de peligro que la había obligado a parapetarse tras su apellido de soltera, Osborn, para no darle pistas que pudiera seguir). En aquel ambiente de estraperlo y cambistas, Dorian parecía manejarse con soberana independencia, pero aunque fuera el rey de los bajos fondos, Emma no entendía qué atracción podía sentir su amiga por él. Le parecía tan despótico, tan calculador. Pero nada de eso influía en Vivien Carroll, que incluso se había disgustado por la apresurada marcha de su amante. Claro que se rehizo enseguida y continuó interesándose por la hijita de Emma. Le encantaba hablar de niños y a ella no temió Emma decirle su nombre, Iris. Respondió a todas sus preguntas sobre la salud, aprendizaje y progresos de la pequeña. Lástima no llevar una foto encima, a Vivien le apetecía mucho verla.

Todo en Vivien se le antojaba de un marcado contraste. La misma damita que se dejaba cortejar en el club nocturno con frivolidad, era capaz de apuntar una pistola contra los dos hombretones del río. La protectora anfitriona que le llevaba el desayuno a la cama, no guardaba en su propio dormitorio ningún retrato familiar ni nada que mereciera llamarse recuerdo. Desconcertaba esa austeridad castrense con las carantoñas a Dorian, un rufián callejero de quien no cabía fiarse. Qué extraña era la fortuna que la hacía vivir en esa cuerda floja constante.

Se le ocurrió pedir información al inspector Roger. Tal vez fuera prudente saber a qué atenerse con ella y su novio. Pero se arrepintió enseguida de haberlo pensado.

Vivien parecía tan contenta de hablar sobre los vestiditos y medicinas de una niña que no podía disimular una nostalgia purísima. Debía haberse perdido su infancia demasiado pronto, obligada a cuidar de sí misma. Pero Emma no se atrevió a resucitar su pasado con preguntas. No era ésa la forma

de devolverle el favor a quien unas horas antes la salvó de los indeseables del callejón. Alguien que, sin conocerla, la había tratado con delicadeza y que en ese mismo momento miraba en su bolso para ver si podía invitarla a almorzar, por supuesto en un local más presentable, dijo, que aquella covacha donde solía citarla Dorian, en su eterno afán de esquivar a la poli.

-Anda ¿qué es esto?

Vivien había salido con el mismo bolso de la noche anterior y, al hurgar en busca de su monedero, encontró en él una notita escrita a lápiz. Venía firmada con una letra K, de Kildrake. Y decía: “Te espero mañana para almorzar en el café Madrid”.

La muchacha soltó varias palabrotas, malhumorada por el hallazgo. Ese canalla de Sir Billy era muy rumboso con las cerilleras de las salas de fiestas, tenía mano con ellas, y se sirvió de una guardadora de abrigos del club Cleopatra para colar en el bolso de Vivien un mensaje. Algo urgía al dandy a pedir su rápida colaboración. Vivien estuvo a punto de correr tras su novio para avisarle, pero no hubiera podido seguir en Candem Town la pista de un tipo que se conocía todos los escondrijos y sabía demasiadas argucias que lo volvieran invisible. Por supuesto, no le apetecía almorzar con Kildrake y declaró que prefería tomarse el día libre.

-Pero es tu trabajo –le dijo Emma, preocupada-. Si no acudes, se molestará. Otras veces has acudido a sus citas ¿no? ¿Cómo vas a faltar a ésta?

-No pienso comer con él –se reclinó Vivien sobre el respaldo, cavilando con los ojos entrecerrados-, pero sí puede ser interesante escuchar lo que quiere decirme. Además, el nombre del sitio, Café Madrid, es español ¿no?. Igual que el hombre al que buscas. Añádele a eso que el Café está en el Soho, el mejor sitio para buscar extranjeros de Londres. Vayamos a ver qué quiere. Y lo que tenga que decirme, que lo diga delante tuya.

-No, eso no –se asustó Emma. El hombre la reconocería y la pondría en un aprieto ante Vivien-. Vuestra relación es de confidencialidad. Si te ve con otra persona, desconfiará y no soltará prenda.

Después de pensar en las posibilidades, decidieron entrar por separado

en el local. Emma se quedaría en la barra (ocultando el rostro para que no la reconociera el dandy), mientras que Vivien se metería en el comedor, un salón aparte, para encontrarse con Sir Billy.

Era mejor apresurarse. Desandar el camino al chrysler azul fue un juego de niños esta vez; lo recorrieron en un santiamén y sus tacones repiquetearon raudos sobre el empedrado. Lástima que el flamante vehículo no pudiera hacer un alarde de su cilindrada porque el tráfico se siguiera atascando a cada tramo. Emma observaba las rodadas que dejaban los camiones sobre el asfalto húmedo, sus estelas de color perla dolorosa. Las gaviotas volaban lentamente sobre paredes de ladrillo sin ventanas. ¿Qué guerra hacían las gaviotas? ¿Cómo se tomarían las explosiones? Tal vez como otro incordio humano a los que debían estar acostumbradas. Sólo las nubes se dilataban majestuosas y viajaban libres, en lo inalcanzable. Sobre la terracota y los tejados, las agujas de los campanarios lejanos parecían carámbanos de plata. Hacia el sur, las barreras de los globos de protección izaban sus blancas esferas y destacaban en el cielo gris.

Que Vivien fuera tan generosa de su tiempo y energías con Emma, la emocionaba. Se sentía colmada de gratitud y esto le hacía preguntarse una y otra vez cómo esa chica podía sentirse atraída por un tipo tan opuesto como Dorian. Algo no encajaba en su ecuación. No pudo dejar de preguntarle a Vivien desde cuándo lo conocía.

-Hará cosa de dos años -calculó, con los ojos en el tráfico, ojos más claros que el día-. Prácticamente desde que llegué a la ciudad... Es el hombre que mejor se ha portado conmigo... O casi.

Ese casi con que cerró su frase compendiaba toda una vida. Aglutinaba tantas calamidades y debacles que suspiró lentamente antes de encender un cigarrillo y soltar el humo por la ventanilla medio bajada. Quizás lo hizo para no hablar más de la cuenta. Vivien era orgullosa: le gustaba envanecerse de sus logros, pero odiaba hacer revelaciones sobre sus miserias y carencias.

Emma se preguntaba qué cosas le habrían pasado para ser tan extravagante. Si hubiera consultado en Scotland Yard le habrían contado lo poco que sabían: que Vivien Carroll, alias “la polaca”, llegó al puerto de Dover dos años antes con pasaporte polaco, preferiblemente falso. Era una

buena imitación, pero con sus filigranas de apariencia burocrática sucedía como con la calma que precede a la tempestad. La calma puede ser un mal precedente.

El expediente no le habría servido para averiguar lo que le intrigaba. No buscaba sus antecedentes ni los nombres de los sospechosos habituales que frecuentaba. Más le habría gustado saber su verdadero nombre: Vania Corina.

Todos los desengaños, dilemas y sinsabores que había afrontado Vivien ocupaban una zona prohibida para Emma Wells, que la contemplaba en el coche con fraternal preocupación, presintiendo que debía hacer algo para sacarla de aquel mundo de corrupción, pero su propio desconocimiento de los mecanismos del delito, de las crueldades de la miseria, la compelián a callarse y observar. No sabía cómo ayudarla, ni siquiera si ella toleraría una intromisión. En ese sentido, Vivien era tan inaccesible como su amante Dorian.

Emma Wells se limitó a admirar lo bien que su amiga engatusaba a los guardias urbanos para aparcar donde quería y cómo entró sola en el café Madrid, donde supo ocupar la mejor mesa, la que estaba junto a la ventana, la más luminosa sin duda. Ella apareció unos minutos después, como habían convenido, y se sentó en un taburete de la barra, con el rostro oculto bajo el sombrero. Su amiga Vivien ya le había dicho que el comedor quedaba separado mediante unas mamparas de ébano, cubiertas de carteles de toros, única concesión a la hispanidad que promulgaba el rótulo de Café Madrid. Eran colorados carteles mexicanos con estampas de toreros garbosos burlando con su pequeña muleta la acometida de un ominoso toro de broncos ojos que siempre parecía el mismo. Siempre la misma negra muerte contra la grana y el oro, el azul prusia o la verde esperanza de la vida.

Los clientes eran en su mayoría obreros o gente de tránsito. Emma se guareció tras algunos de los que tomaban una copa en la barra, que era de mármol blanco y venoso, y miraba de soslayo la entrada, esperando la llegada de sir Billy Kildrake. Al pedir una taza de té, preguntó al camarero si hablaba español. El hombrecillo, un tipo bajo de nariz prominente y calva limpia, abrió sus saltones ojos con un mohín de honrada disculpa. Sólo entendía el inglés. Los extranjeros que más frecuentaban el local eran franceses, le explicó, o hindúes de las colonias. A veces el local parecía un cuartel de la

legión extranjera. El tiempo pasaba y el dandy no aparecía. Emma veía a su amiga esperar junto al escaparate, impaciente, tamborileando una copa de brandy, mientras vigilaba la calle.

Dieron las tres. Una radio de música ligera amortiguaba las conversaciones. En la barra, Emma había pedido un bocadillo de pollo, pero rehusó la sugerencia del gentil camarero de que ocupara una mesa en el comedor. Finalmente pidió una taza de té. Vivien Carroll ya había agotado su paciencia y salió por la puerta del saloncito con expresión mohína. No podía esperar más porque tenía otros compromisos, le dijo. A esas horas debía estar esperándola en La Cueva del Comodoro un cliente americano. Trataba de colocarle unas reliquias del culto ortodoxo. El comprador representaba a todo un potentado americano, nada menos que a William Randolph Hearst, el magnate de la prensa. Un ricachón de esos para los que Europa entera sólo era una gigantesca tienda de antigüedades.

Como ninguna de las dos estaba muy segura de que no las espiera algún enviado de Kildrake, abreviaron estas palabras y se despidieron como dos simples amigas que se encuentran casualmente. Quedaron en verse al día siguiente, cuando Emma pasase por La Cueva del Comodoro a media mañana.

Emma esperó en la barra y espió con el rabillo del ojo, por si alguno de los presentes fuera un esbirro de Sir Billy. En vista de que no hallaba nada sospechoso, poco más tenía que hacer allí. Era hora de volver a la pensión de la señora Bellyard.

Entonces vio llegar a un hombre alto, de traje negro. Sus hombros abarcaron la puerta. Entró y se acercó a la barra, cansado como si hubiera corrido, y preguntó al camarero en castellano, salpicado de eses:

-Escucha, ¿hablas español?

El interrogado, abriendo mucho los ojos y con un gesto de extrañeza que dirigió a Emma por haber preguntado lo mismo poco antes, negó con todo lo que tenía: voz cabeza y manos.

-De acuerdo, ponme una cerveza –pidió entonces en un inglés de duro

acento que arrastraba las consonantes.

-¿De qué tipo?

-Fría.

Tenía pelo negro y bigote, pero sobre todo su apostura descollaba entre los parroquianos. La fina corbata oscura caía algo torcida sobre una camisa blanca que resaltaba el moreno de su piel. Agarró la pinta por el mango de la jarra y se la tomó de un trago. Aquella cerveza pareció disfrutarla como, pensó Emma, deberían disfrutarse todas las cervezas del mundo. Se secó la comisura de sus labios con la mano y entonces reparó en Emma, la mujer a la que había mirado el camarero. Aunque su aspecto seguía siendo serio, cuando le pidió al dependiente que llenara de nuevo la jarra, bajó un poco la voz para preguntarle:

-¿Ha venido por aquí un tipo canijo, que lleva bigote como yo, vestido con elegancia?. Usa un traje de raya diplomática y un abrigo de vicuña sobre los hombros... Tiene los ojos hundidos y unos cuarenta años...

Emma reconoció la descripción de Sir Billy Kildrake y se le escapó un suspiro de sorpresa, para enseguida arrepentirse de haberse hecho notar. No conocía a ese hombre ni sabía qué relación tenía con el dandy. Alguien que irrumpía con tal apresuramiento en el local y preguntaba por su enemigo no era el mejor candidato para hacer amigos. El recién llegado y el camarero volvieron sus rostros hacia ella, que rápidamente giró los ojos en dirección a su vaso. Reanudaron la conversación y de nuevo insistió el desconocido en dar detalles sobre la indumentaria suntuaria del dandy, hasta que dijo su nombre.

-Por aquí lo conocen como Sir Billy –dijo.

Francamente asombrada, casi con miedo, Emma se retiró de la barra y del recién llegado con tanta premura que derramó su taza y el color verdoso del té plasmó una viviente mancha sobre el mármol gélido antes de que la porcelana estallase contra las baldosas.

-Lo siento, lo siento... –repitió, azorada y pálida. También su bolso había

caído al suelo con un sordo abandono y el desconocido se acercó a recogerlo. Sus manos casi se cruzaron.

-¿Puedo ayudarla? –preguntó él.

-¡No, no, déjeme! –se retiró, pero, al estar en cuclillas, casi cayó ella misma al suelo.

El hombre la sujetó y notó su turbación. Entonces le habló en un tono más urgente.

-¿Qué le ocurre, señora?

-Nada, nada...

-¿Es que me tiene miedo?

-No... Yo no sé nada... Déjeme.

-Usted conoce a Sir Billy... ¿No es eso?

-¡No, no! No sé de qué me habla.

Emma trató de entretenerse en limpiar con sacudidas el polvo del bolso para no mirar al hombre, que se había erguido cuán largo era y no pareció apartar los ojos de ella.

-Entonces él no ha venido...

-No –contestó.

Emma comprendió que acababa de caer en la trampa y esto la enfureció. Sin embargo, el hombre desprendía más desconcierto que enfado. Que no pareciera peligroso la confortó hasta cierto punto. Además, su condición de español suponía una ventajosa oportunidad. Tal vez pudiera facilitarle noticias de Alonso Bando o del otro tipo, el tal Lucas. Venía bien afeitado y su traje era pulcro. Del chalequillo interior pendía un reloj de cadena, confiriéndole una apariencia algo pasada de moda, como si estuviera chapado a la antigua. O simplemente, no usaba su ropa habitual. Seguía esperando una



respuesta o una aclaración de Emma. La ausencia de modales sugería las maneras de un militar vestido de paisano.

-Le repito que no ha venido –fue toda la explicación de Emma. Estaba harta de ofrecer información a desconocidos. Aunque la actitud directa del hombre, su aspecto formal, excluía la mera posibilidad de guardar intenciones ocultas. Debía frisar los treinta y cinco años y su rostro delgado estaba demasiado acostumbrado al sol y al aire para ser un conspirador. Su mirada, algo embravecida aún por su apresurada llegada, era sin embargo franca. Bajo el bigote, se mordió el labio inferior un momento, señal de que trataba de entender la actitud de Emma.

-Lo siento, no me he presentado. Soy el capitán Miguel Laredo.

Le extendió la mano, amplia, de dedos firmes, y Emma la estrechó muy brevemente.

-Soy la señora Wells, Emma Wells.

-Señora... –hizo una rápida inclinación de cabeza, con cortesía tan marcial y exacta que parecía aprendida en un entierro militar.

Con un gesto, le pidió que volviera a su taburete y él acercó su jarra. El camarero, que se había quedado embobado viendo la peculiar escena, reaccionó al ver que el capitán le pedía un nuevo té para la señora y retomó sus labores tras el mostrador.

-Imagino que, para ser justos –dijo el capitán Laredo-, los dos deberíamos explicar qué sabemos de Sir Billy y por qué estamos aquí.

-Eso lo dice usted. Yo no me siento obligada a explicarle nada.

-Sí... Es cierto. No nos debemos nada.

El capitán se volvió más grave, si eso era posible, dilucidando el modo de enfocar la conversación. Echaba una ojeada de vez en cuando a la puerta y de pronto se fijó en un hombre desarrapado, que andaba con piernas arqueadas y usaba un sombrero ladeado, que parecía perder el tiempo en la

acera. Soltó la jarra sobre el mármol con tal golpe que Emma creyó que la partiría.

-Ahora me dirá que también conoce a ése... –musitó él entre dientes.

Antes de que Emma pudiera contestar, el capitán Laredo salió raudo a encararse con el tipo de la calle, que tenía la apariencia de una especie de Harpo maligno. Ya en la acera comenzaron a discutir. O más bien el capitán le soltó una reprimenda al mendigo, si es que no le amenazó, porque éste se mostraba apabullado por su enfado. Encogía los hombros y torcía los brazos, temiendo algún golpe. La imponente presencia de Laredo lo humillaba, o la severidad de sus advertencias. Emma reconoció de lejos al pedigüeño, sus ojos maliciosos, su dentadura inexacta, el color pajizo de sus revueltos cabellos bajo el sombrero. Era el mismo hombre que había visto salir del despacho de Roger en Scotland Yard el día anterior y que la había evaluado con tanto descaro.

La presencia de ambas personas en el mismo sitio que ella no podía ser una coincidencia. Con un escalofrío, se preguntó en qué clase de trampa estaba cayendo. Echó de menos a Vivien Carroll; su compañía la confortaba, era la única amiga que tenía en esos momentos. El capitán, después de detenerse en la acera con los brazos en jarras y ver cómo se alejaba el mendigo, que obedeció contrariado y sumiso, volvió a entrar. Se alisó la corbata con cara de pocos amigos y echó un trago de cerveza. Se dijera que se comportaba como esos clientes solitarios que los sábados por la noche se lamentaban ante una copa y contaban al camarero sus problemas. Pero era demasiado apuesto y había tomado demasiado sol para confundirse con los parroquianos. Claramente se veía que provenía de otras latitudes; irradiaba otros paisajes mentales.

Apoyado con ambas manos en el mostrador, no levantó siquiera la mirada para dirigirse a Emma. Aún quedaban en él ciertos resabios de su disgusto.

-Señora Wells... Dígame sólo una cosa: ¿puedo achacar a la casualidad el haberla encontrado aquí?

El capitán parecía incómodo en medio de aquel desconcertante cúmulo

de encuentros y, al contrario que Emma, no estaba dispuesto a andarse por las ramas. Su sinceridad era indiscutible, pero la insinuación que hizo de algún tipo de confabulación, con ser cierta hasta cierto punto, pues ella también había acudido al café Madrid en busca de Kildrake, le ofendía.

-¿Qué insinúa? –exclamó ella con su tono más beligerante-. ¿Cómo se atreve a hablarme así?

Con la misma varonil facilidad con que acababa de interrogarla, el capitán enmudeció y agachó la cabeza. Alguna idea navegó por su frente, que se arrugó en busca de una traducción para sus pensamientos. Entonces se volvió hacia ella para abrir unos ojos claros que destacaban en el rostro moreno, con sus cejas y su bigote oscuros. Tenía ojos azules, notó Emma.

-Disculpe mi rudeza... Maldita sea, en este país todo parece un acertijo. Llevo una semana aquí y no paro de topar con enigmas.

Dicho esto, Laredo trató de restablecer su aplomo o al menos su hermetismo. Se apoyó en la barra con ambos codos, buscó el asa de la jarra y mantuvo su mirada en el color dorado de la cerveza.

Emma no se felicitaba por aquel encuentro, pero el azar o el perverso destino le acababan de regalar una oportunidad única. Por un lado intuía que un militar extranjero debía tener un trato de lo más sospechoso con Kildrake, pero lo que de verdad le atosigaba era la posibilidad de que ese español, que parecía involucrado en el mercado negro, conociera de algún modo a Alonso Bando. Si algo así fuera posible, ella no debía cerrarse semejante puerta... Le convenía restablecer el trato con él.

Claro que ella no era Matahari, ni siquiera tras los retoques que le había hecho a su vestuario Vivien con su despreocupada liberalidad. El espejo del bar le devolvía la imagen de una mujer corriente, quizás incluso demasiado pálida. Pero la necesidad apremiaba. Precisamente, caviló, ese aspecto de secretaria inofensiva era su mejor arma y su coartada.

-No quería disgustarle –dijo entonces Emma, que se asombró de cómo las palabras melifluas escapaban de sus labios-. Sólo conozco a Kildrake como un ocasional vendedor de piezas de arte. Ignoro sus demás actividades.

-¿Se dedica usted al arte? –le preguntó Laredo.

-Bueno, lo estudio. No pinto ni nada de eso...

-¿Ha hablado con él?

-¿Con quién? ¿Con el arte o con Kildrake? –había hablado sin pensar, pero la ocurrencia hizo reír a los dos-. Sólo lo he visto una vez, pero nuestro encuentro no fue muy agradable.

Algo más distendido, el hombre ofreció un cigarrillo que ella rehusó y se encendió uno. Emma siguió hablando y contó la versión que le propuso el inspector Roger, la de una aficionada al arte antiguo con demasiado tiempo libre. Se retrató a sí misma como una amiga de coleccionistas. Mentir una segunda vez se le hizo más fácil, o tal vez el capitán parecía más crédulo que Dorian. Se sintió cómoda al mencionar Oxford y el libro del profesor Mackenzie, nombres que actuaban ya como dioses penates que otorgaban un sabor doméstico a sus aflicciones.

Laredo no comprendía que una señora de aspecto normal y expresión equilibrada antepusiera la mera erudición, una curiosidad científica, a la seguridad de su propia piel. Le dijo que corría peligro, que nadie en sus cabales se metería en una ciudad asediada. Londres era una ratonera y cualquiera que expusiera su vida por motivo tan peregrino como buscar antiguallas actuaba como un insensato. Pero esos argumentos ya los había expuesto días atrás su marido Anthony y la impacientaban. ¿Qué podía saber un rudo militar de su búsqueda del amor?

-¿Qué pretende que haga? –se defendió ella- ¿Meterme en casa hasta que acabe la guerra? Vivo aquí. ¿Y por qué un extranjero se mete en esto que llama una ratonera? ¿No corre también el mismo peligro?

-Mi caso no tiene nada que ver. Yo hago mi trabajo. No tengo más remedio que acatar órdenes... Trabajo para mi gobierno.

La carrera de Laredo había estado varada por motivos largos de explicar, según él mismo reconoció, por eso había aceptado una misión que al principio creyó bastante sencilla. Era una oportunidad que le había ofrecido

un amigo de confianza que trabajaba en el ministerio de cultura. Le hacía un favor encomendándole una tarea con cuyo éxito tal vez recuperase su graduación. Ahora tenía sueldo de teniente. De modo que ni se planteó protestar; hizo el petate y se vino a Londres.

-Entonces trabaja usted para el gobierno español... Para un dictador.

-¿Qué quiere oír? Igual que usted dice, vivo allí.

Un extranjero a las órdenes de Franco era el candidato idóneo para actuar como espía del enemigo. Tipos así constituían un peligro y, cuanto más patriotas, más peligrosos. Emma no podía fiarse de la integridad que rezumaba el capitán. Con toda su honradez y su firmeza, personificaba justo lo contrario de sus propios principios. Pero Laredo ya había advertido el rechazo en el gesto de Emma y mostró en su rigor espartano un asomo de humanidad:

-Aunque no lo crea, vengo de un país neutral. No soy el enemigo.

-Pues sepa que en lo que de mí dependa, no se llevará a su país ninguna pieza, aunque sea de Kildrake. El arte se quedará aquí, en una democracia. Nuca servirá como adorno para la colección de un tirano.

El silencio del capitán podía ser elocuente. No respondió al desafío de Emma y con gesto inexpresivo sacó de su bolsillo unas monedas que colocó sobre la barra. Tintinearón y una de ellas dibujó un círculo antes de tumbarse boca arriba. Sólo una vez más la miró.

-Le da usted muy poca importancia al arte, se lo aseguro.

La pesadumbre con que dijo estas últimas palabras detuvo en seco las descalificaciones que la británica indignación de Emma le ordenaba añadir. Iba a recriminarle su obediencia a un gobierno usurpado por la fuerza de las armas, pero aquella sorpresiva alusión al poder del arte no la terminó de entender. ¿Qué beligerancia le cabía al arte en los asuntos políticos? ¿Qué plan, qué designio le atribuía Laredo a su misión? Quizás un éxito de aquel piloto le abriera alguna puerta en el régimen, desde la que actuar mejor por el bien general, o quizás le sirviera como objeto de canje en alguna negociación

secreta. En cualquier caso, la incógnita ensombreció el pensamiento de Emma.

Ante la duda, no era buena política demostrar abierta hostilidad contra un adversario. No debía olvidar que el capitán había venido desde España persiguiendo la estatua, una credencial inmejorable para conocer el paradero de Alonso Bando. A Emma casi le dolió que se fuera tan pronto. Tenía tantas preguntas que hacerle...

-Capitán, espere –le llamó-. No tenía intención... –comenzó a decir y luego dejó que su boca inventara coartadas y excusas, mientras ella se quedaba algo así como fuera, viendo desde el otro lado la escena que ambos protagonizaban. Sólo necesitaba que ese hombre se quedara, ganar su complicidad para interrogarle sobre lo que de verdad buscaba. Laredo, incómodo, se detuvo en el pasillo, delante de los carteles de toros que hablaban de tradiciones increíbles y mundos incomprensibles para la flema inglesa, mientras ella insistía en reafirmar su condición de turista cultural, simulando ser una desocupada amiga de banalidades y colecciones tediosas. En realidad se culpó de falta de modales y achacó su malhumor al nerviosismo que sentía por los bombardeos de Londres. Ella no entendía qué clase de estrategia dictaba atacar una ciudad y arrasar simples viviendas. Todo eso le parecía una locura. Lamentaba que las discrepancias ideológicas de las que, por cierto, él no había hablado, enturbiaran su encuentro.

No hubo más. Porque, sin avisar, el cielo se llenó de un ruido furioso y ensordecedor. Parecía que los engranajes del universo hubieran empezado a chirriar y el mundo se cubriera de gruñidos metálicos, como si todo el cielo fuera una inmensa gruta donde resonaran infinitos ecos de truenos. Comenzaron a chillar las sirenas y un gigantesco grito de pánico saltó al unísono a las calles. Los rostros de los clientes del café palidecieron y se oyó un clamoroso alarido de niños y mujeres en todas las aceras y casas. Pero los quejidos y lamentos apenas se distinguían ante la intensidad de la cúpula aullante, la férrea muerte que anunciaban todas sus alarmas y motores. Muchos soltaron sus bebidas y platos y corrieron hacia fuera. Emma tembló de espanto y sucumbió al fragor del pánico. Buscó el brazo del capitán, que alzó la voz en su oído para hacerse entender en medio del estrépito:

-¡Señora, venga conmigo al túnel del metro! ¡Allí estaremos a salvo!

¡Hay una entrada subterránea a cien metros de aquí!

Por un instante Emma se quedó sin reflejos, como sonámbula, inerte ante la inmediatez del peligro. Sólo era capaz de sentir espasmos en su espalda y un escalofrío hiriente como el hielo en sus dedos. Con labios temblorosos consintió en recibir la ayuda del capitán. Ya se disponían a salir cuando el maleante Harpo, el mendigo de los ojos aviesos, volvió a cruzar la acera, escrutando con maligna sonrisa al café. El capitán soltó el brazo de la mujer.

-¡El zambo! –gritó-. Señora, tengo que irme. Siga a esta gente. Van todos a la boca del metro. Si no la veo, vivo en...

Pero Emma no oyó nada. Casi creyó que Laredo le había pedido que lo esperara. Se quedó sola, a merced de la muchedumbre enloquecida. Simplemente se acurrucó junto al mostrador, como forma de defensa, cuando vio el zafarrancho que alborotaba la calle. El camarero maldecía su mala estrella por no poder desalojar el bar y largarse. Era rehén de su público. Los clientes se apuraban en pagar las consumiciones antes de irse corriendo. Esto parecía ridículo en tal situación, pero al menos con ello seguían un orden, aunque fuera civil e inútil, en lugar de regirse por el caos del horror. Emma veía los chelines y peniques golpear el mármol y la máquina registradora abrirse una y otra vez, pero no oía nada más que los motores, explosiones y gritos del exterior, como si los actos de esas personas no tuvieran peso ni sonido y se hallaran flotando en una pesadilla. Dos o tres parroquianos, los más ancianos, prefirieron quedarse y se hacían señas entre ellos de ánimo. El camarero, bajo una rociada de sudor frío, hubiera deseado salir corriendo, pero tenía que resignarse y quedarse tras la barra para seguir las directrices comerciales del dueño. Cuando terminó de cobrar a los que se largaron, se apresuró a tomar nota de los clientes que habían huido sin pagar. Los anotaba con labios balbucientes y pulso sísmico en una libreta de anillas que había junto a la caja. Se oían los aviones que pasaban como ráfagas y los truenos de las bombas que hacían temblar el suelo si caían lo suficientemente cerca. Algún bebedor atrevido calculaba la distancia y el barrio de las detonaciones, con ánimo más deportivo que cínico.

Emma, sofocada por un calor intenso en la garganta, calculaba si sabría llegar a la boca del metro y si aún estaba a tiempo de guarecerse en un

refugio que la mantuviera a salvo de tanta calamidad. El estrépito infernal que lo envolvía todo le daba ganas de llorar. Comprendió que había sido un error quedarse en un simple edificio (lleno por ende de cristales dispuestos a volar hechos añicos a la primera onda expansiva que se acercara) en medio del Apocalipsis que sobrevinía. Las idas y venidas de algunos aviones que la habían aterrizado en Oxford le parecían ahora meros paseos comparados con el aquelarre incendiario y de acero que se desplegaba sobre Londres. Desde el domingo anterior, la Luftwaffe había desistido de seguir atacando aeródromos y fábricas para concentrar toda su furia sobre Londres. Docenas de bombarderos alemanes escoltados desde más arriba por doscientos cazas Stuka y Messerschmitt constituían una flota infernal dispuesta a anegar en sangre y consumir bajo el fuego a la población. Se añadían al estruendo de sus descargas los disparos de los cañones antiaéreos (aún no se había decidido prescindir de ellos por ineficaces y causantes de más alarma) y los tiros despavoridos con que los miembros de la Defensa Civil oponían sus rifles a los invasores.

El camarero dejó la libreta abierta sobre el mostrador y le ofreció a Emma, la única mujer que quedó en el local, una servilleta para que se secase las lágrimas que sin darse cuenta le corrían por las mejillas. Se restregó el papel sobre los ojos y al soltar la servilleta sobre el mármol vio el nombre de Alonso Bando escrito en la cartilla. Estaba apuntado a bolígrafo, con letra menos apresurada que la de ese día, y con una cifra de 1,50 L.

¿Estaba viendo visiones? Alonso Bando había dejado una cuenta sin saldar en el lugar donde ella estaba, quizás el día anterior o esa misma mañana. Usando las manos como altavoz, preguntó al camarero si había escrito él ese nombre y si conocía al tipo. El hombrecillo le contestó del mismo modo, en medio de la tonante catástrofe:

-¡Estas notas son de ayer! ¡Debe haberlas escrito el dueño!

Su jefe concedía a veces esas treguas a los remisos pagadores si le caían bien y le indicaban una dirección a la que dirigirse para cobrarles al cabo de una semana.

-¿Es que tiene la dirección de Alonso Bando? –le preguntó a voz en grito.



El empleado abrió la libreta por el final y buscó con desvaído pulso. Leyó en voz alta la dirección, pero Emma no le oía. Le acercó la carilla de la página y entonces vio apuntado junto al nombre de Alonso Bando la calle Newman, 13. Preguntó al camarero dónde quedaba eso. El hombrecillo puso los codos sobre la barra para hacer altavoz y chillarle al oído:

-A dos manzanas de aquí. Pero no le aconsejo que vaya... –el hombre parecía compungido y los ojos saltones imploraban que no le preguntase por qué, cosa que ella hizo más con un gesto que con la voz. Algo colorado, descorazonado más bien por la índole ingrata de sus tareas laborales, respondió-... Es un hotel por horas... Una casa de mala nota... Le dicen “la casa de madame Piccard”.

Uno podía morir aplastado y despanzurrado, convertido en carne picada, pero no perder la compostura ni el respeto debido a una señora inglesa.

Pero qué importaban los remilgos burgueses, la guerra, el mismo horror de la muerte, el sueño de Hitler de poner de rodillas a la población de Londres y forzar una paz sangrienta, ahora que tenía el continente bajo su bota y sus soldados desfilaban desde el Cantábrico hasta el mar de Noruega. Qué importaban la gloria patriótica, la blandura de la carne ante la metralla, su lentitud ante los proyectiles en que se convertían las tejas rotas o los cascotes, su desamparo entre los hierros y la gravilla, el ladrillo o el vidrio. Toda la materia inorgánica se confabulaba contra la vida humana, siempre tan porosa y accesible, tan débil ante el primer embate, tan susceptible de amputación y fisuras, de cortes y tajos limpios, de perforaciones y aplastamientos. Los gobernantes no debieran soñar ni arrastrar a la gente en su delirio de muchedumbres con antorchas. Pero fatalmente el pueblo es siempre tan manejable... Nada se interpone entre un líder (una vez que se ha desecho de las ataduras cristianas de amor al prójimo) y su plebe sumisa, ni siquiera los gritos de las madres ni el desconcierto de los perros aullando.

Emma Wells corrió tras otro sueño más humilde, pero absolutamente maravilloso. Alonso Bando podía estar en ese mismo instante a dos calles de ella. Era accesible por fin. Había estado allí mismo, bebiendo en la misma barra que ella, tal vez recordándola. Enseguida podría verlo, hablar con él, abrazarlo. Sólo tenía que darse prisa, antes de que se fuera otra vez, de que se esfumara de nuevo. Ni se despidió del camarero. Sólo quería salir a la calle, a

la calle de su libertad por fin.

DIOSES NO CATALOGADOS

Emma Wells apareció demasiado tarde para impedir el primer asesinato, y tan desprevenida iba, tan ausente de los apretados horarios de la muerte, que llegó al último demasiado pronto.

Se atrevió a salir a la calle justo cuando las sirenas chillaban de pánico (sirenas muy distintas de las que hechizaron a Ulises en un mediterráneo virgen, en un mar donde las olas elevaban sus bocas de espejo hacia un riente sol)

Caía la metralla desde un cielo de hierro. Los escaparates se protegían con tablones, las bocas de metro con sacos de arena, los sótanos tras las rejas de lanzas. La ciudad parecía un cúmulo de guaridas. Los ángeles desertaban del cielo, a no ser los exterminadores, las bombas detonaban sin rencor, con mortífera eficacia. Tampoco los pilotos que soltaban su carga, odiaban a nadie de allá abajo en particular. Hacían su trabajo. Como cumplían con su deber los que morían en tierra. La guerra en el siglo veinte se había convertido en un oficio nacional.

Las torres y campanarios aupaban sus hocicos, husmeando el enemigo como sabuesos ateridos. Los reflectores antiaéreos horadaban las nubes con dentelladas inhábiles.

Todo aquel espanto sólo podía ser un error, una macabra equivocación. Emma había discutido días antes sobre esos bombardeos, en la relativa seguridad de Oxford, con su marido, que demoraba la mañana en la mesa del desayuno, extendiendo ante él un periódico. Anthony Wells analizaba las noticias a base de guturales quejas, que impartía con ecuánime contrariedad sobre la tetera que humeaba, y carraspeaba ante la novedad que suponía aquel asedio aéreo a Londres por la Luftwaffe. Emma comentó que no se trataba de un ataque estratégico para conquistar una plaza. Esta vez Hitler había diseñado el ataque militar sobre la población civil sólo para asustarla, de tal

modo que obligara a claudicar a su gobierno. En otras palabras, había degradado la astucia bélica y la obediencia del soldado, hasta convertirlos en terrorismo.

-Pero eso es una perversión de la guerra –dictaminó el marido, cuya papada se tambaleó con enojada dignidad. Aquel profesor nunca había tenido aspecto juvenil, se dolió en pensar Emma, que procuró distraerse con la cucharilla del azúcar, abriendo y tapando un blanco hoyo con los granos del azucarero.

-Es el peligro que se corre cuando dirige la campaña un loco –respondió ella. Era una de esas conversaciones políticas de hogar inglés, calmosa a la vez que irritante.

Ahora se encontraba en aquel infierno. Temblaban las calles por las explosiones; una bomba cayó tan cerca que hizo saltar un coche. Emma observó con terror la parábola que dibujó el Austin negro y su incrustación en un escaparate, cuyos cristales se esfumaron como polvo. Le pitaron los oídos durante varios minutos. En todo el Soho aulló el histerismo, mientras los pasos de Emma ni siquiera sonaban, como si el mundo en ese momento fuera algo meramente onírico, sin peso. De la fachada de una iglesia aterrizaban gárgolas, buscando la tierra de la que una vez soñaron desprenderse, mientras la sombra de un caza surcaba toda la calle disparando su horror a bocajarro. Un perro aullaba a la muerte junto al Austin negro, cuyo amo yacía con la cabeza abierta sobre el claxon.

Emma siguió corriendo, sin dejarse amilanar por los disparos de rifle que los vigilantes de la Defensa Civil lanzaban al aire, apuntando quién sabe si contra su propia mala suerte por no tener a mano un avión con que perseguir y dar su merecido a esos canallas.

Nueve escuadrones ingleses despegaron de los aeródromos y pistas cercanos: cientos de hurricanes y spitfire (Huracanes y Fierrecillas) surcaban el cielo para interceptar los bombarderos sobre los tejados de Londres. Emma dejó atrás la cantina con sus clientes acobardados, aferrados a sus pintas como a salvavidas, y pisó los adoquines entre apresuradas madres que empujaban cochecitos. Allí había colisionado una camioneta con un chico en bici y la pierna maltrecha del muchacho le hacía renegar de la fragilidad de la

carne con los improprios que aprendió de su padre, un carnicero de las afueras de Devon, amigo de las cantinas y la cerveza negra.

Emma ansiaba llegar a la casa Piccard con esa urgencia que hemos sentido todos cuando creemos que nuestro bien nos espera al otro lado de una calle. Ojalá conociera una prosa deslumbrante que retuviera la tragicomedia de su esperanza, la locura de que bajo un arco iris de estelas rugientes y nimbos cómplices, en otro año que no era el de su recuerdo, buscara ese egoísmo de felicidad con que a todos nos engaña la vida.

Espejismo por tanto. Oh Emma, el poeta suelta lastre: eres una rosa, todos lo somos, unas marchitas y otras recién germinadas, pero el sexo es nuestra espina de dolor y llanto que nos aparta de todo y nos individualiza, por así decirlo. Nos vuelve hostiles al medio. Desconfiemos de la mano amiga, del zumbido visitante, de la perfidia del aroma o la ingratitud de la podredumbre.

Por eso, antes de que rechinen los goznes de la puerta cuyo barniz se cuarteaba con geológica persistencia y una bombilla confundiera con oportuno la sangre derramada, antes de que una ventana rota mostrase los humeantes tejados de un Londres sin esperanza, Emma apuró entre sustos la dulce copa de la víspera, la anticipación de la dicha más inminente, que la recorría como una delicia sin fin.

Su expresión, sin ella saberlo, reflejaba la angustia del bombardeo, pero no cejó hasta encontrar la calle Newman. De la casa Piccard aún salían los últimos huéspedes. Una chica de medias corridas y mejillas manchadas de pintalabios empujó a Emma al bajar los escalones. La seguía un cincuentón con la corbata en la mano y la chaqueta en el brazo. Esquivó la mirada de Emma, ruborizado de que la intempestiva muerte sacara a la luz los menudeos del vicio.

No halló a nadie en el recibidor ni logró hacerse oír con la campanilla en medio de la debacle. Subió sola las escaleras que una mísera bombilla en el primer descansillo maldecía. En el tramo siguiente, halló a una mujer que empuñaba una escoba, ataviada con una especie de kimono del rojo borgoña más impúdico que Emma recordaba haber visto jamás, con el pelo teñido de azul, y una peca negra pegada a la mejilla flácida, como un sucedáneo

infernado de Voltaire. Parecía la momia de un deseo, el espantajo de la vejez que acabara de devorar a la lujuria.

-Oiga, espere, ahora no recibimos a nadie –la avisó la máscara, o la amenazó, alzando un poco el escobajo.

-¿Alonso Bando? –preguntó Emma, tomando resuello.

-Ático, tercero B.

Ya no había dudas. Nada que temer. Estaba allí. El encuentro al fin. No le pesaron las piernas en los siguientes escalones, cuyo ascenso ni siquiera notó. Al fin llegó ante la puerta de él. Al otro lado le aguardaba el pasado y, a la vez, el presente más ilusorio. Apenas se detuvo un instante a retocarse el pelo alborotado y aplanarse el abrigo sobre el estómago. Tomó aire y llamó con varios golpes. Ni se había dado cuenta de que la puerta sólo estaba entornada y al contacto con su mano cedió. Entonces la apartó del todo. Alonso, Alonso, repetía.

La habitación era tan pobre que cualquier descripción sería un ejercicio retórico, de mero estilo. No merecía la pena describir la mesita de noche, con un cajón de caoba cuyo pomo de asas pendía roto de un lado como un ahorcado, ni los desconchados de la pared en un falso salmón, ni la inclinación del techo hacia la calle, cuyas esqueléticas vigas de madera denunciaban la miseria arquitectónica, ni el débil fulgor de una bombilla mecida por la corriente de aire.

Emma no vio nada de eso ni lo recordaba. No pudo percibirlo sino lejanamente, como se adivina una nube en el horizonte. Porque lo único que acaparó su atención fue el cuerpo tendido en el suelo, bocabajo, sobre un charco de sangre, bajo el cristal roto de una ventana que exhalaba bocanadas de aire frío y el fragor de la batalla.

Dio un grito, más de rechazo que de alarma. No podía ser cierto lo que temió en ese instante, jamás, eso nunca. Que Alonso hubiera muerto no podía tolerarlo, no ahora, que lo había sentido tan cerca. Se acercó llena de espanto al caído, tapándose la boca con el nudillo de la mano, incapaz de calibrar las consecuencias de sus actos, atenta sólo a salir de dudas. Como en

una pesadilla, concentró el peso de su temor en observar con detenimiento ese rostro que amenazaba su cordura. Lo primero que vio fue un cuello oscuro, cuarteado por años de intemperie. Miró su rostro, un mero perfil inmóvil. Imploró que aún viviera, que quedara aliento en él. Sin embargo los ojos vacíos de alma declaraban la amargura de la muerte. Lo más extraño, aparte del horror inaugural que la soliviantaba, fue no reconocer aquellas facciones angulosas que nada tenían que ver con las de Alonso Bando. No era él.

Entonces recordó la foto de un rostro abotargado que el inspector Roger le había enseñado la tarde anterior, el retrato en blanco y negro de Lucas, el hombre al que buscaba la policía por sospechar que había traído la estatua de Diana a Londres. Esa era la imagen que tenía ante sí. Esa cara hirsuta y sorprendida por el vacío de lo infinito pertenecía a Lucas. Lo habían asesinado. Pero la nueva identidad del cadáver no le aclaraba nada, no le explicaba qué hacía en la habitación de Alonso Bando. Tal vez Alonso había huido de allí, quizás por ser el culpable de su muerte. Un súbito espasmo le impidió tocar nada.

Madame Piccard había subido tras ella, pero al descubrir el cadáver se detuvo con la mano en el pomo como si le hubiera electrizado. Fue el único gesto espontáneo que se permitió, porque a partir de ahí omitió las gesticulaciones y el dramatismo. Con cara de malas pulgas, oteó una perspectiva de incordios policiales que interrumpirían la fluidez de su negocio, siempre amigo de la discreción. Le hizo gestos a Emma.

-¡Voy a llamar a la policía! ¡Quédese ahí, pero no toque nada! ¡No toque nada! –le ordenó madame Piccard, imperiosa, mientras bajaba las escaleras- ¡No quiero problemas cuando lleguen los agentes!

La mención de la policía tuvo un efecto cauterizador en Emma. Se alejó cuanto pudo del cadáver, tocando con la espalda la pared. Vio como en neblina los tejados de Londres a través de la ventana abierta, las nubes pardas, oyó el ruido de vaivén de todos aquellos aviones que se perseguían por el cielo, entre detonaciones. La policía nada menos. Significaba una investigación oficial, asociar su nombre al antro de madame Piccard, involucrarse en un asesinato. ¿Qué iba a pensar su marido Anthony? La alusión a la autoridad tuvo la virtud de devolverle a su cotidiana cautela civil.

Toda aquella planta, por no decir el edificio entero, se cubrió de un profundo silencio, cuya oscuridad la dejó a solas con el muerto. Aquella situación era todo lo contrario de los sueños que minutos antes la embarcaron en su carrera hacia el hotelucho. Era una insensata, se lamentó. ¿Qué había ido a hacer allí? ¿Descubrir que Alonso era un criminal? ¿Que la muerte rondaba alrededor de todas las esperanzas humanas? Como si hiciera balance, recordó que tenía una casa y una hija en Oxford. ¿Qué la retenía en Londres?

Quiso huir, pero coincidió en la escalera con madame Piccard, que ya subía y le lanzó una mirada de fiscal. Tuvo que desandar sus pasos, abochornada. Los ojos de Piccard eran todo un testimonio de desconfianza, casi una prueba en contra de Emma. Ambas se quedaron en el pasillo, estudiándose. La imagen de la dueña recelosa con su lunar extravagante y su kimono no la tranquilizaba precisamente

-¿Usted venía a ver a Alonso? –pregunta inútil, hacía un instante le había contestado sobre la habitación en que se alojaba.

-Sí, eso es –admitió Emma de mala gana.

-Pues si el señor Bando es familia suya, lo siento –dijo madame Piccard, ladeando la cabeza en dirección al cadáver.

-Ese hombre no es Alonso Bando.

-¿Cómo que no? Lo tengo registrado en el libro. Se inscribió con ese nombre ayer mismo. ¿Cree que no reconozco a mis clientes? –pero la expresión de desconcierto que se dibujó en la cara de Emma la convenció de que le decía la verdad. Así que el difunto la había engañado hasta el punto de escamotearle su auténtico nombre. En un negocio como el suyo no se verificaban los apellidos con que se inscribían los clientes (que solían ser sospechosamente comunes)- Ay, Señor. Más problemas con la policía...

Un suspiro de alivio salió de los labios de Emma. De manera que Alonso Bando no se había alojado allí, sino un impostor que usurpó su nombre. Eso alejaba la posibilidad de que Alonso fuera el asesino, como ella temió en el primer momento. Lo más probable era que su amigo no tuviera nada que ver con la buhardilla. Simplemente Lucas se había guarecido de las



autoridades usando un nombre falso y no se le ocurrió otro que el de Alonso. Lo que no sabía Emma era el motivo de esa elección. Ni la relación entre ambos hombres. ¿De qué podían conocerse un arqueólogo exitoso y un ganapán al que el inspector Roger había calificado de maleante por aspirar a hacer fortuna aprovechando el caos de la guerra civil?

Si aquel había sido su escondrijo tal vez quedara aún alguna pista o indicio sobre el paradero de Alonso o la estatua que todos buscaban. Emma se reprochó que no se le hubiera ocurrido antes registrarlo. Ahora ansiaba con todas sus fuerzas hurgar en el armario y bajo la cama. La impaciencia le quemaba los dedos, pero tuvo que reprimirse ante la Piccard. Esa mujer, que conocía todos los vicios, poseía ojos de halcón que radiografiaban los pensamientos. Había decidido esperar a la policía y retenerla a ella como testigo principal el tiempo que fuera preciso, a pesar de los escuadrones de la Luftwaffe.

El eco de unos gritos en el piso de abajo las obligó a asomarse a la escalera. Una mujer, cuya piel blanca como el alabastro contrastaba con los negros tirantes y ligas, adiposa, con el pelo caoba y un cigarrillo en la boca, arremetía contra un tipejo de poca más edad que ella, pero que peinaba sienes blancas y llevaba gafas de concha. El hombre, en camiseta, había hecho un revoltijo con su camisa y su chaqueta y se valía de ellos como un escudo para protegerse. Sin despegar la colilla de sus labios, ella le hacía llover bofetadas y le exigía el dinero de su servicio, que él decía haber pagado ya. El tipo huía y pedía ayuda, tratando de despegarse de la mujer, que unas veces lo agarraba de los tirantes de la camiseta y otras del cinturón para retenerlo hasta que soltara la pasta. Madame Piccard bajó a poner orden.

Cuando Emma se quedó sola, volvió a entrar en la habitación y abrió el armario. Sólo era una carcasa, pues no tenía fondo y ofrecía la vista de la pared y el suelo. En ese interior falsario había una maleta cerrada de poco peso, posiblemente conteniendo una muda blanda, que se movió sin ruido al agitarla. Cerró las puertas de aquel fraude mobiliario, mera ilusión de ropero, y escudriñó los cajones de la mesita de noche, vacíos. Miró debajo de la cama, aunque sólo descubrió rastros de humedad y pelusas.

La cama estaba deshecha. Su rancio olor repelió a Emma cuando miró

bajo la almohada. No se atrevió a remover una sábana que había dejado de ser blanca hacía tiempo y no se decidía entre la natilla y el gris. Exploró bajo el colchón, cuyos muelles maltratados rechinaron sin el menor interés en la maniobra. Sobre el somier de muelles había una libreta de anillas. Emma la tomó rápidamente y leyó su portada, escrita a bolígrafo: Notas. Alonso Bando. Lo leyó varias veces para poder creer lo que veía. ¡Alonso Bando!

Dos lágrimas saltaron a sus ojos y se apresuró a esconder el delicioso botín en su bolso, justo antes de que madame Piccard regresara a la habitación con el apresuramiento de un guardián que ha dejado abierta la celda.

-¿Qué hace aquí? ¿Por qué ha entrado? –preguntó, arceciando su mirada todos los rincones como un águila en busca de su presa- ¿Qué ha cogido?

-Nada –mintió-, es que me pareció que el hombre se movía.

-¿Éste? Está más muerto que el clavo de una puerta. Se lo habrá imaginado usted. Salga inmediatamente hasta que venga la policía.

Desde que tuvo el cuaderno en su poder, conteniendo los pensamientos íntimos, las confidencias y preocupaciones de Alonso, Emma apretó su bolso contra sí y sólo contaba los minutos para salir de allí, ansiosa por volar a la pensión Bellyard y encerrarse en su cuarto a leerlo. Lo sujetaba y acariciaba con la secreta delicia con que se saborea un pecado. Trataba de disimular su anhelo y mostrarse tan decepcionada y odiosa como la arisca Piccard.

En pocos minutos llegaron los policías, dos bobbys de caras coloradas, el primero de ellos regordete, con una nariz ancha que reinaba sin oposición sobre su cara y el otro, más joven, que enarbolaba su porra como si sólo deseara impartir golpes para largarse rápido. Su nerviosismo asomaba por la forma en que bajaba y subía su nuez a lo largo del cuello. Saludaron sin mirar a las mujeres y observaron el cadáver con acelerado desinterés. Preguntaron quién lo descubrió y el narigudo tomó nota de los nombres de las testigos. Se comportaban con esa mentalidad plana que sólo la burocracia sabe injertar en lo que debieran ser hombres, de modo que, en lugar de aplazar el interrogatorio hasta que pasase el bombardeo, insistieron en hacer preguntas y registrar el cadáver, sin consideración alguna por la presencia de las

mujeres.

La escena hubiera sido reprobable y provocado arcadas a Emma en condiciones normales, pero en esos instantes retenía bajo su brazo una mágica libreta que sólo el dios de los azares podía haberle procurado. Ansiaba devorarla y casi la saboreaba de antemano, previendo hallazgos maravillosos sobre Alonso. Esto le ayudó a recibir con cierta ironía la actitud de los agentes y la dueña. Cuando los aviones se acercaban mucho, todos se agachaban. El bobby más joven interrumpía continuamente el registro de una habitación que poco podía ocultar a la vista, para asomarse a la ventana, como quien sigue un partido, y decir: “Ahí vienen, Mike”, lo que hacía temblar a todos, encomendarse a las paredes o cubrirse la cabeza. Luego continuaban tomando apuntes para el atestado, en su ridículo ritual. A madame Piccard se le insistía inútilmente en que recordase a quién había visto entrar o salir del hotel, porque sólo estaba dispuesta a declarar que había estado ocupada en limpiar una vomitona en el segundo piso, antes del bombardeo.

Pero lo peor no había pasado. Al poco rato se personó un superior de Scotland Yard cuya aparición dejó boquiabierto a Emma. El inspector Roger, con su clara gabardina que casi se iluminaba sola en la oscuridad. Su ropa sin arrugas y su porte sereno, irritaron a la abatida Emma. Por su parte, Roger se asombró al reconocerla.

-Señora Wells, ¿qué hace usted aquí?

Ya se sentía lo bastante cansada como para atreverse a devolverle la misma pregunta. Contra lo que esperaba, el inspector le respondió. Dijo que, en cuanto le transmitieron el nombre de la víctima, se sintió obligado a acudir. Por suerte, circulaba cerca de allí y pudo presentarse de inmediato.

-Cuando oí mencionar a Alonso Bando no fue cosa de pensarlo – concluyó. Se acercó al cadáver y se agachó a reconocer su rostro. Entonces declaró por simple cuestión burocrática que el tipo no era el español que esperaba encontrar, sino otro al que ya daba por desaparecido: Lucas.

Se abstuvo de mostrar sorpresa por semejante usurpación de identidades. El bobby grueso le explicó que el impostor llevaba muerto pocos minutos.

Conjeturaba que una ráfaga de disparos de algún avión había atravesado la ventana y le había alcanzado el pecho. Eso explicaba que en las jambas apenas restaran unos fragmentos de cristal adheridos a sus marcos, temblando. Al señalar este hecho, Emma se fijó con detenimiento en el suelo por primera vez, de un terrazo gris rústico, demasiado basto para ser barrido con esmero. Apenas halló algunos restos de vidrios esparcidos cerca del vano.

-No puede ser –dijo el bobby más joven-; si hubiera sido un avión, los disparos habrían venido desde muy arriba y habrían alcanzado el suelo.

-Y los cristales habrían caído dentro, pero apenas hay rastro. Más bien parece que todos salieron despedidos a la calle –observó a su vez el propio Roger.

Él policía joven sacó la cabeza por el hueco de la ventana. Todos hicieron lo mismo, menos una fastidiada madame Piccard, y pudieron observar la acera, donde unos añicos de cristal estrellados apenas devolvían algún destello al cielo. Roger frunció el ceño cuando se dirigió al agente.

-Cabo, anote ese hecho que he señalado. Que quede constancia.

Preguntó entonces quién había encontrado el cadáver, primicia que se atribuyó Emma a regañadientes. Repitió la historia que ya había contado. Roger la miraba asombrado y le costó un chasquido de labios el callarse la pregunta de por qué una señora decente había elegido subir a una buhardilla nada menos que en el hotel Piccard.

Contuvo sus naturales impulsos, pero un rescoldo de contrariedad aún arrugaba su ceño, cuando preguntó a madame Piccard si había visto a alguien sospechoso esa tarde. La expresión de la mujer se volvió de un escepticismo desafiante y su cara descreyó por completo de las pesquisas hasta rozar el ateísmo cuando le respondió:

–Dígame su dirección. El día que vea entrar aquí a alguien con una intención honrada, quiero avisarle.

Roger ni se inmutó. Le pidió noticia de las mujeres que ocupaban las

habitaciones del propio ático y las de los pisos de abajo ese día. Necesitaba interrogarlas. La perspectiva de que vinieran, envaró a los policías, que se sonrojaron hasta donde les permitió el uniforme. Empezaron a carraspear, cuando madame Piccard informó al inspector de que las “chicas” habían huido con sus “amigos” a la boca del metro, a guarecerse.

–¿Qué espera? –le espetó Roger al más joven-. Vaya a buscarlas... No, un momento. Eso lo hará luego, de todos modos ya han salido del hotel –y los miró recriminándoles su dejadez, aunque era demasiado profesional para enfadarse-. Quiero que baje a cerrar las puertas para que no salga nadie más ni tampoco entre. Y a los agentes que he dejado en la puerta, dígales que no dejen pasar ni al gato sin mi permiso, ¿me oye?

Todos se movían con rapidez, chocando entre ellos tontamente, sin tino, como sonámbulos. El mero hecho de actuar bajo el ataque aéreo, les llevaba a un nivel de realidad distinto. No sabían cómo comportarse, si como héroes o como víctimas. ¿De qué manera debe proceder un civil en medio de una batalla?

Roger pidió los objetos personales de Lucas, pero los guardias sólo habían encontrado unas monedas en los bolsillos. Abrieron la maleta del armario. Sólo hallaron una muda de ropa, como había deducido Emma. Una chaqueta con coderas, calcetines, una camisa blanca sin cuello... Faltaba el pasaporte de Lucas. Tampoco apareció por ninguna parte un solo billete, menos aún documentos de identificación.

-Esto me huele a robo –dedujo el bobby bajito.

Roger impartió algunas apresuradas instrucciones sobre la necesidad de cerrar la habitación a cal y canto y acordonarla, para evitar pesquisas de curiosos. Acto seguido, Madame Piccard le entregó sin el menor entusiasmo la llave. Entonces Roger se encaró con Emma.

-... Bien... ¿Qué hacía usted aquí?

De cerca, lo notaba alborotado. Inclemencias de la guerra. Su pelo estaba revuelto y sudaba bajo la camisa de impecable blancura.

-¿Me creerá si le digo que he encontrado a este hombre por una desdichada casualidad?

-¿Casualidad? ¿Acaso insinúa que frecuenta lugares como éste? –se exacerbó Roger. Era difícil mantener la etiqueta bajo el fuego enemigo, pensó Emma. Ni se dio cuenta del insulto que se infería del comentario del inspector. Sólo temía complicarse más de lo que ya estaba en todo el embrollo.

-Pensé que mi suerte había cambiado, eso es todo –contestó.

-No me ha respondido qué hacía aquí –insistió el inspector, casi escandalizado. O no era eso, a lo mejor se obstinaba en encajar las piezas. Pero ninguno de los dos tenía suficientes datos para eso. Emma se contuvo. Y un instinto nacido quizás de aquella locura de crímenes e interrogatorios bajo el asesinato en masa que perpetraba la aviación nazi le sugería que su mejor aliado sería el silencio.

-Oí hablar de Alonso Bando y acudí, como ha hecho usted –fue su escueta respuesta, casi en telegrama. Que Emma acotara sus palabras y casi las calibrase antes de dárselas, le causó extrañeza al agente, que observó sus ojos al formular la siguiente pregunta.

-Pero ¿a quién oyó hablar de él? ¿Y dónde?

-Estoy demasiado cansada para pensar. Todo esto es horrible. Quiero irme a casa.

Empezó a quejarse. Realmente se sentía agotada y su mente se resistía a elaborar disculpas. Su única cita era con la libreta que atesoraba en su bolso y que quería salvar de las garras policiales a toda costa. Por lo demás, no quedaban en ella fuerzas ni paciencia para explicar a Roger su conocimiento de Vivien Carroll o de Dorian, menos aún del capitán Laredo ni el zambo. Y sobre todo quería ocultar las sospechas que la llevaban hacia el omnisciente Sir Billy Kildrake, el hombre que se citó con Vivien en el café Madrid, cercano al lugar del crimen y del que el propio Lucas era cliente con las señas de Alonso Bando.

Las interrogantes eran muchas y las respuestas que pudiera darle Roger ninguna. Cuanto antes se desembarazase de él, mejor. Le dolía no poder irse, le dolían la lentitud policial, los chirridos y disparos continuos, el brutal desenfreno del horror bélico, el absurdo entero de su presencia en Londres y su implicación estúpida en el crimen de aquella buhardilla. Sólo quería saber del hombre al que había amado, averiguar si aún lo amaba o quizás atreverse a reconocer que no había dejado de quererlo en todos esos años de aislamiento en su casa de Oxford, de quehaceres familiares y académicos que cada vez le resultaban más vacíos, casi tan huecos como la propia mitología pagana cuando ya no la iluminaba el corazón de los hombres y que ella se limitaba a catalogar mecánicamente para libros que los estudiantes abrían con desgana. Su mano izquierda retenía en ese instante lo único que le unía a Alonso y aun eso podían quitárselo aquellos torpes agentes a los que nada importaba, salvo el servicio.

Roger pareció leer el cansancio, el profundo hartazgo y tal vez un escondido temor en sus ojos.

-Está bien –dijo secamente-. Váyanse todos. Y usted, señora Wells, es mejor que no salga de la ciudad, por si tengo que interrogarla. De hecho, espero que venga a verme mañana a la comisaría. Quiero que me cuente lo que ha hecho hoy y qué la trajo hasta aquí precisamente.

Al fin la amnistía. Todos se precipitaron a las escaleras. A Emma ya no le interesaba ver ni oír nada más del mundo, que al fin y al cabo siempre es un medio hostil contra el que luchar. Se volvió sorda y ciega a las explosiones y derrumbes, a los truenos y relámpagos que cientos de aviones armados convocaban, al humo y las colisiones del tráfico. Nada en aquel atardecer sangriento le importaba ya y acaso era el modo de sobrevivir a una guerra. Recorrió cientos de metros bajo la guadaña de acero y fuego, imperturbable a los alborotos y el dolor universales. También ella perseguía una victoria, un botín y quizás estuviera oculto en su bolso. No sintió cansancio en su larga carrera hacia el Strand y su habitación en la pensión de la señora Bellyard, a quien no recordaba haber atendido cuando ésta la vio llegar y salió al pasillo para atosigarla con preguntas. Fue como si los velados reproches por su pernocta fuera no hubieran llegado hasta ella o se hubieran dirigido a otra persona.

Emma sólo vio el momento de cerrar la puerta de su habitación, ducharse y ponerse ropa seca (quizás había llovizado un poco, no se fijó). Ansiaba abrir el cuaderno y dejarse llevar por la caligrafía peculiar de Alonso, con sus letras redondas y optimistas, sus palitos sobre las tes, breves como alas de moscas. Quería imaginar que oía de nuevo su voz, conocería lo que pensaba y había hecho en esos años, indagaría en sus recuerdos y sentimientos, iba a empaparse, en fin, del corazón mismo de Alonso.



*“Esta facilidad mía para aparecer cuando nadie se lo espera,  
debe ser fruto del carácter.*

*El gusto por la sorpresa ya parece cosa de la educación.”*

*Aventuras de un español en  
Oxford*

Un jornalero de piel terrosa se encorvó sobre el espacio de tierra que su sombra cubría y clavó el azadón. El filo de la hoja tropezó con un obstáculo. El labriego farfulló una maldición rudimentaria, inconsciente como el gesto de quitarse la gorra al oír la campanada del ángelus. Soltó el mango del apero y se hincó de rodillas a sacar la piedra. Cuando enterró las manos entre los grumos del mantillo abierto, sus encallecidos dedos no tocaron una piedra al uso, sino que recorrieron una forma de contorno sinuoso. Entonces vislumbró una blancura ósea, fantasmal, al fondo de las desmenuzadas raíces de grama, entre las lombrices y hormigas.

Alonso Bando habría comenzado así esta historia, con una imagen aparentemente trivial, pero de inquietantes consecuencias. Siempre prefirió los inicios simples, que permitieran al lector visualizar el meollo del problema. Apenas se habría detenido a esbozar al fondo la silueta de un pueblo, habitado sólo por ladridos y una ululante desazón entre los olivos. Cierta nube en el horizonte modelaba la forma de una yegua furiosa. Quizás el optimismo de Alonso no hubiera reparado en las torvas miradas que el labrador dirigía a su alrededor, donde otros hombres doblaban la cerviz contra sus respectivas zanjas.

El campesino escupió la colilla y se secó el sudor de la frente con una manga, antes de que sus manos excavaran con la impaciencia del perro que olfatea el hueso. Su apresuramiento alertó a los demás, que le rodearon para que les enseñara lo que había encontrado. Se incorporó en el hoyo a regañadientes. Entre los terrones del humus primordial, bajo las botas del cavador que se rascaba el mentón, contrariado, los cinco hombres vieron el rostro de una mujer esculpido en mármol, cuyas pupilas blancas parecían contemplar con extrañeza el cielo, como si éste fuera una extravagancia a la que la serena estatua no estuviera acostumbrada. Los aldeanos la observaron arrobados, con cierto temor, como si su larga estadía subterránea le hubiera comunicado telúricamente algún poder. El hombre más joven, el de la camisa blanca, dirigía la cuadrilla, aunque faenaba tanto como los demás, e impartió alegres órdenes para terminar de desenterrar la cabeza sin dañarla.

A eso se dedicaron el resto de la tarde, hurgando en la vieja madre, que pacientemente soportó la exhumación. Ahondaron más por si aparecía el resto de la estatua, pero no la encontraron ni la echaron de menos. La tierra, que no olvida, devolvía una de sus criaturas y los hombres, que aman el presente, se deslumbraban ante el pasado como si fuera nuevo. Así la imagen de una diosa que una vez dominó templos, ritos y ofrendas, yacía ahora sin estrépito sobre una estera y era envuelta en un jirón de mantas dentro de una espuerta para ser portada por manos infieles.

Alonso Bando no habría recalcado esa distancia mental entre los que adoraron una vez aquella imagen y sus flamantes descubridores. Odiaba esa manera de hacer literatura en que se interrumpía la narración cada tantas líneas para elaborar sentencias contundentes. Su modesto parecer era que había opiniones demasiado categóricas, y que vivíamos rodeados de frases lapidarias que nos hacían víctimas de una contundencia verbal que desarraigaba al lenguaje de su verdadero carácter aproximativo, de sujeción provisional a las cosas.

“Encontrar el tesoro era lo peor que podía pasarme ahora”. Así rezaba la última línea escrita en el cuaderno y Emma se apresuró a escudriñar el resto de las páginas, que aletearon en blanco, o al menos en un color palidecido pero limpio, sin aliviar el temor de sus ojos.

Cuatro años la separaban de aquellos trazos que la premura curvaba y de

ese último renglón que parecía cortado a pico y dejaba caer en un vacío de incertidumbre el destino de Alonso. Porque confirmaba el hallazgo de la cabeza de Diana que todos buscaban en Londres, pero a la vez constataba una desolación que sobresaltó a Emma.

En realidad todo el cuaderno, datado en España en 1.936, respiraba peligro y la frase con que Alonso interrumpía sus notas de campo en pleno apogeo de la intriga, abrumó el corazón de Emma. No cabía atribuirla a una broma; no era ése el estilo de aquellas notas escritas por un hombre preocupado, bastante impresionado si podía colegirse algo así de una lacónicas frases apuntadas a voleo, rápidas como dagas.

Emma temblaba al imaginarlo en medio de un cerro silvestre, rodeado por una partida bravía de cavadores desconfiados, con aquella joya en sus manos poniendo a prueba la codicia y la lealtad de todos, cuando a su alrededor se desencadenaba la peor guerra concebible.

Alarmada, dejó caer la libreta en su regazo. La había leído a toda prisa; casi se atropelló entre sus párrafos, apremiada por el anhelo de saber cosas de Alonso, a la luz de la lamparilla del escritorio, con las cortinas echadas y los tapaluces cerrados. El bombardeo había cesado y la ciudad trataba de recuperar el ritmo, su pulso cotidiano, aunque el ruido resultaba demasiado ortopédico, encorsetado por sirenas de bomberos y ambulancias, derrumbes y gritos.

Al principio del cuaderno, creyó haber encontrado (con indecible placer) al mismo Alonso que escribía las Aventuras de un español en Oxford. Parecía tan alegre como entonces, mencionando sus recientes visitas a Yucatán, donde había participado en excavaciones que le ganaron grandes amistades y experiencias felices. Le atraían mucho las ruinas mayas y su desnivelada coexistencia con los restos aztecas. Pero pocas páginas después el arqueólogo enamorado de su profesión casi desaparecía. Su ánimo se ensombreció de malos presagios.

La Sevilla a la que había regresado, el hogar del que se ausentó por casi tres años, se había convertido en una ciudad desconocida para él. El acogedor mundo que recordaba se había derrumbado y sobre sus ruinas (los edificios seguían en pie, observó, pero de un modo meramente arquitectónico) la gente

se mostraba desquiciada, violenta, impredecible. Se recogía la cosecha de décadas de mala siembra, protestó para sí mismo Alonso. Demasiado tiempo, dirigentes insensatos y partidos exacerbados habían inoculado su odio en la gente con proclamas incendiarias y consignas sangrientas. No se trataba de contrastar ideas, de evaluar su eficacia o su bondad, sino de aniquilar las contrarias y arrasar a los que pensarán de modo distinto, tratarlos como a enemigos. Los hombres se congregaban en torno a banderías que requerían sacrificar a sus rivales para mantener la pureza platónica de sus ideales.

Nada había preparado a Alonso para asistir a los asaltos, las delaciones, a la irracionalidad con que los políticos arengaban a sus seguidores. Sólo oía hablar de asambleas violentas enfervorizadas por la propaganda de la destrucción y pulpitos manchados por palabras sin caridad. La rebelión militar le pareció otra asonada más. Los crímenes manchaban las calles, algo que le había parecido impensable en aquellas aceras de cal y naranjos, de risas que sabían a espliego y cantares. “Sólo puede ser una pesadilla” había escrito tras contemplar impotente cómo moría un hombre desangrado en el umbral de su propia casa.

Tuvo que alejarse de Sevilla, temiendo que la mera inercia lo arrastrase a la vorágine. Ingenuo como pocos, la única política que entendía era la de las civilizaciones pasadas, como si el mundo fuera una continua mudanza entre Julio César y Augusto. No lograba tomarse en serio el comunismo. Pero ahora la inactividad le quemaba en aquel delirio general. Decidió retirarse a una casa que tenía su padre en un pueblo cercano. Ya menguaba el calor del verano cuando se dirigió a Santiponce. Quería excavar el cerro de San Antonio, en las ruinas romanas de Itálica.

Itálica, el esqueleto de la ciudad que levantaron las legiones de Roma, dormía a un paseo de golondrina de Sevilla. Sus torcidos huesos se maceraban abandonados desde los tiempos de los visigodos, enterrados por el olvido de mil años o exhibiendo la osamenta cansada que un día saboreó ese incierto mediodía de la gloria. Las piedras que no pulía la intemperie o habían servido de cantera para la propia Sevilla, yacían sepultadas con sus memorias.

Pegado a esos restos, cuando no encima, se había levantado un pueblecito, un nudo de casas encaladas que se apretujaban en torno a la cresta

de una colina, rodeadas de olivares. Santiponce era entonces un poblacho ahíto de cuestras y cascotes romanos, apiñado al amparo de un monasterio que siglos atrás había mandado erigir Guzmán el Bueno. La cartuja parecía una fortaleza medieval y su nombre, San Isidoro del Campo, se avenía con su soledad agreste, rezando entre amapolas y acebuches. Lo coronaba una torre picuda cuya negra capucha de sabor barroco la hacía parecer un vigía o un gigante que pastorease las vacas que pacían con sus melancólicas esquilas desperdigadas por la campiña. A la espalda del villorrio, las colinas del Aljarafe detenían su oleaje de piedra bruscamente, como si se hubieran encontrado de pronto la llanura sin fin, dulcemente fértil, del Guadalquivir.

El valle se extendía hasta el horizonte y, por oriente, se dibujaba la silueta de la Giralda, que oficiaba de antorcha del amanecer cuando el sol ascendía tras ella, encendiéndola de fuego y oro. Emma nunca había estado allí, pero tantas veces describió Alonso el pueblo de sus vacaciones, su vida junto a las ruinas de Roma, sus juegos entre los capiteles y mármoles que amarilleaban bajo la maleza mediterránea, junto a una recua de mulas o un carro de heno tomando el sol contra una tapia.

Si Alonso creyó que allí encontraría un remanso de paz, se equivocaba. También el pueblo sufría la fiebre de la guerra, demasiado cercano a la capital para no sentir sus alborotos. La guerra ofrecía la excusa para solventar de una vez todos los rencores acumulados. Los fusilamientos y saqueos barrieron como un huracán cualquier atisbo de decencia. Un hecho le demostró el peligro que corría su mundo.

Nada más llegar al pueblo, los primeros días, se había ofrecido para acompañar a los jornaleros en sus tareas. El capataz era amigo suyo y salían con el sol hacia el olivar del Garrotal, una pequeña meseta que se elevaba sobre la llanura. Cavaban las cuchillas alrededor de los troncos, limpiándola de malezas, piedras y tallos. Era tiempo de desvaretar. Para llegar a la meseta del Garrotal tenían que atravesar un amplio prado llano como la palma de la mano, llamado el Plahillo. En aquel espacio libre, de pasto, siempre había algún potro o yegua con su traba, paciendo. En invierno se inundaba de agua y en mayo se llenaba de margaritas hasta el punto de volverlo blanco como si hubiera nevado y que envolvían el campo de olor a manzanilla.

Una de aquellas tardes, volvían a sus casas después de acabar la faena y,

al atravesar el Plahillo, encontraron el cuerpo muerto de una muchacha en la cuneta del camino, arrojado sobre la hierba y los cardos. Como nadie sabía quién era ni qué bando la había asesinado, ninguno se aventuró a decir nada. Nadie estaba seguro de dónde militaban los demás. Sólo el capataz cubrió por pudor la cara de la chica con su pañuelo. Taciturnos, con aquel aviso de peligro clavado en el pecho, siguieron su camino y regresaron al pueblo.

Los hombres fueron a casa del capataz, cobraron su jornal y se separaron en silencio. Pero Alonso no podía olvidar que allí continuaba el cadáver tirado sobre las piedras y las margaritas, escarnecido por los laboriosos insectos, bajo el tibio consuelo del viento. No podía olvidar la inacción de todos, como si no quedara piedad cristiana en el mundo. Pasada la medianoche, saltó por la barda del corral al campo. Llevaba una manta al hombro y una pala. Dónde enterró a la joven, qué oraciones y lágrimas acompañaron la oscura merced, quedó en el secreto de los grillos y luciérnagas, bajo el suspiro de las constelaciones que de niño aprendió a nombrar, Aldebarán, Orión, Altair...

Leyendo esos secretos, Emma comprendía qué lejos había estado de la realidad cuando imaginó que Alonso sólo podía habitar lugares felices. Y fue en medio de aquellas crueldades cuando Alonso había encontrado la cabeza de la estatua de la diosa Diana. El mayor logro de su carrera, pero sobre todo un ancla que sujetaba el mundo a la historia y le hacía comprender que todas las calamidades pasaban y al final sólo merecía recordarse la belleza.

La tarde del hallazgo, todos regresaron al pueblo, más taciturnos que nunca. Alonso se dibujaba a sí mismo descendiendo por la cuesta de la Luz, bajo los rayos oblicuos del último sol. Su sombra y las de sus hombres se alargaban sobre el pasto agostado. Los perros ladraban de todas partes, haciéndoles sentir ladrones.

Aquella noche Alonso se quedó despierto, estudiando la estatua que, a su vez, lo miraba con serenidad espectral bajo la luz de una bombilla. Un temblor en el cristal lo alertó. Oyó ruidos y salió al patio. Sólo halló el viejo brocal del pozo y el mismo mirto oscuro bajo el palio de las estrellas. Alonso paseó por el descampado y se acordó de Don Quijote cuando velaba las armas antes de ser armado caballero. Así de ridículo se sentía, custodiando una estatua olvidada en medio de la guerra; tan hostil le era el país. Lo mejor

sería entregar la cabeza en Madrid. No quería tener cerca algo que podía convertirse en un peligro. Por primera vez cedía a la seguridad, a la lógica, anotó. Sólo entonces escribió el nombre de Emma y ella se emocionó de verse recordada. El hombre, atribulado por la desolación de cuanto amaba, se aferraba a algún recuerdo feliz, a Emma Osborn. ¿Habían existido sus besos ante aquellas vidrieras de los colleges de Oxford, que dormitaban en un eco de pupitres, en las paradas de autobús que parecían paragüeros, bajo aquellos tejados legañosos, ante el agua siempre distinta del río verde? Aquellos horarios de estación, las señoras con gatitos, Emma y él, altos, sinuosos, enamorados.

Creyó oír un ruido como de viento cansado y observó alguna tapia que sólo blandía un jirón de luna. Prefería esa oscuridad después del día pasado que, de tan brillante, dolía. Volvió a cerrar la puerta del patio y se entretuvo en contemplar la diosa Diana, con su fantasmal mirada tendida sobre su estudio. Ah, los dioses ignoran el temor, eso los diferencia de manera insalvable de nosotros.

Primer análisis: Cabeza ligeramente mayor que la humana, posiblemente en mármol de Paros. La piedra se hallaba estragada y oscurecida en una mejilla. Ataviada con sus habituales atributos iconográficos: la diadema sobre el pelo ondulado que se recogía detrás para no molestar las labores de caza.

Alonso detenía la yema de sus dedos sobre la superficie pulida. En la oscuridad, la diosa parecía acoger el silencio del firmamento, reino para otros menesteres que no son la vida.

Aquella piedra olvidada había campeado en templos y acogido los juguetes, los mechones de pelo y las muñecas de las novias que iban a desposarse; las vírgenes se despedían de su blanca soltería en sus altares. Las columnas procuraban sujetar bajo el azul, en un friso, la armonía del mundo y los hombres, fugitivos como sombras, la sorbían ansiosos.

Casi se burló de sí mismo Alonso, viéndose a sí mismo como un Hamlet flamante que tuviera ante sí la calavera de Yorick. Había venido a olvidarse de todo y se encontraba este problema. Vieja piedra, en manos de tu creador tal vez vibraste al unísono con las constelaciones y los días, surcaste las marejadas del corazón humano y latiste con secreta ternura o rabia. Pero todo

eso acabó y sólo quedabas como adorno inerte para el salón, el museo, el botín, la ciénaga. “Encontrar el tesoro era lo peor que podía pasarme ahora.”

Nada más. Así acababa el cuaderno, sin más noticia del transporte a Madrid entre los avatares de toda una guerra. Emma se desesperaba, ahora que lo había sentido tan cerca, más que nunca, por primera vez en años. Cuánto lo echaba de menos. Si hay recuerdos que es mejor no remover, este le hizo el daño de uno de éstos.

No debería haber pensado en él y, sin embargo, su memoria se le hacía irresistible. Lo recordaba espigado y esbelto, con su piel aceitunada y su cabello negro, caminando con tal garbo que suponía un rayo de luz y lo hacía destacar sin esfuerzo en los pasillos grises, entre los alumnos demacrados e imberbes. La luz del sur terminaba antes a sus hijos. Creía admirar en él la gracia y el frescor de Andalucía, a la que Mark Twain llamó el jardín de la vieja España cuando escribió que nunca se había despedido de una tierra con más pesar. ¿Cómo sería un amanecer de oro en una primavera andaluza, junto a él, bajo la exuberancia vegetal? Si España merecía embajadores como él, qué país sería. Amaba la sola idea de lo andaluz. Si algo echaba de menos era haber viajado hasta allí, probar su forma de vida, la más culta del mundo. No era una civilización para eruditos, sino latente, a flor de piel, vitalísima, que se impregnaba en las yemas de los dedos y cristalizaba en cada muchacho para perfeccionarlo.



*“Éramos muy pocos los que nos colamos en la fiesta. Pero si alguien cree que sólo son felices los inconscientes, está a dos océanos de la auténtica delicia. Lo que más nos divertía era saber que, a despecho de la probabilidad, habíamos logrado entrar allí.”*

*Aventuras de un español en Oxford*

Jueves, 12 de septiembre de 1.940

Un diario. Eso es lo que Alonso habría elegido, de ser él quien escribiera estas pesquisas. Me lo imagino poniéndose en mi piel, jugando a ser yo, o a la imagen que tenía de mí (siempre me vio algo orgullosa, muy segura de mí misma, pero es que entonces yo no conocía la duda, no me había equivocado aún de la manera que ahora me pesa tanto).

Alonso siempre encontraba la forma de engarzar sus opiniones, mientras narraba los hechos, pero yo soy más reservada. Desconfío de la palabra escrita y temo que un tercero encuentre mis notas y profane mi intimidad, como le ha pasado a él.

¿Qué hubiera escrito de mí Alonso si se hubiera puesto en mi lugar? ¿Cómo me hubiera retratado? Creo que a pesar de estos años pensando en él, sigue quedando una zona en sombra, una parte de él indescifrable para mí. No entiendo por qué prefirió vagar libre en lugar de seguir el plan de vida que imaginé para él, para nosotros. Habría sido un gran profesor, se habría ganado la atención y la amistad de los chicos mil veces mejor que mi jefe, el

perezoso Mackenzie, o que el severo Tony, por ejemplo.

Siento que todo esto es una prueba, un aldabonazo en mi orgullo, al que he renunciado desde el momento en que vine aquí. Estas calamidades han sofrenado mi vanidad y me han bajado los humos. Y quizás está bien así; me preparan para el reencuentro.

Cuánto había echado de menos su voz sin yo saberlo, su contagiosa alegría, su serena visión de las cosas. No lo supe hasta que no volví a cruzarme con sus palabras. Resultando tan distinto, seguía siendo el mismo.

Lo primero que debiera apuntar es el miedo: a lo que me pase, a lo que encuentre. Camino por una tierra de nadie donde no conozco ningún asidero ni veo la menor señal de la que fiarme. Todo me resulta extraño y confuso, como si el mundo se hubiera vuelto del revés ante mis ojos. Londres sólo parece capaz de ofrecerme cadáveres y turbios manejos, pero no a Alonso.

Sin embargo, me siento viva con una intensidad que no esperaba. Las cosas me parecen nuevas de una forma exultante, y la gente. No abría una libreta en blanco desde mis tiempos de estudiante. Por momentos siento que todo puede suceder, que participo en la aventura de la vida de nuevo. No sé si deliro al decir estas cosas. Me pregunto qué puede pasarme si emprendo lo que nunca hice, ¿seguiré siendo yo o me convertiré en una persona distinta? No lo sé. Tendría que averiguarlo.

Leí demasiado deprisa las notas de Alonso. La impaciencia por conocer su suerte me impidió saborear sus palabras y creo que me perdí su íntimo sentido; pero no importa, pienso releerlas a menudo. Caí rendida y me dormí con el cuaderno en las manos, imagino que acariciándolo. Soñé que volvía a la estación de Oxford. De pie en el andén, la lluvia sonaba tierna como un piano tocado a lo lejos. De nuevo era joven y esta vez esperaba el tren donde regresaba Alonso. Casi podía adivinarlo asomado a la ventanilla. Su llegada la presentía inminente en el horizonte. En ese preludio estribaba la gloria del sueño, esa víspera la colmaba de alegría. Pero me desperté sin que llegara a consumarse la llegada.

Con el día, reapareció en la ventana la iglesia de Santa María del Strand, imperturbable en su soledad de aguja mística abandonada al albur del

tráfico. Unos soldados cargaban sus patatas por la acera, ojerosos tras la francachela de la madrugada. La guerra también despierta.

Me duché, a ver si el agua, siempre dispuesta a olvidar, alejaba los augurios. Al menos mi aspecto mejoró con una falda gris de cheviot y una chaqueta azul de cintura ceñida. Luego, bajé a desayunar al comedorcito de la señora Bellyard.

Tomé asiento en una silla cuya cojera me incomodó, pero más aún el glacial saludo de dos enfermeras que ocupaban una mesita junto a la ventana, ataviadas con sus capas azules y sus gorros blancos, y de una mujer con cara huesuda que destilaba el rictus agrio de una institutriz. Leía el periódico, pero sus ojos dejaron de rodar por sus líneas para mirarme, a través de unos anteojos que parecían pegados al arco de la nariz y que apuntó contra mí como un arma de dos cañones. Imposible no notar que todas me observaban de soslayo y no había pasado un minuto cuando su curiosidad se sobrepuso a la frialdad inicial.

Me acribillaron a preguntas y pronto entendí la razón. La señora Bellyard les había contado que llegué a la pensión y entré en pleno bombardeo, en lugar de guarecerme en el metro. La señora Bellyard se sintió tan alarmada por mi temeridad que me había ofrecido bajar al sótano (ni me acordaba de eso), donde se escondía con su periquito, pero rehusé cualquier precaución y subí a toda prisa a mi habitación, “casi recreándome en el peligro”. Tal alarde de sangre fría en su flamante huésped, venida de provincias además, suponía un acto de heroísmo hiriente para las demás, casi un desafío.

Contesté a base de monosílabos y recibí con un encogimiento de hombros los elogios, pues esas anomalías de conducta me abochornaban, y como rehusé dar relieve a lo ocurrido, las demás tomaron mi aparente modestia por arrogancia. Sin duda los valientes estaban hechos de otra pasta y no concedían importancia a sus proezas, declaró la institutriz, sentencia recibida con un general silencio en que todas me estudiaron, cohibiéndome más aún. Me limité a poner en orden los cubiertos de la mesa, como si se tratase de un problema de geometría. Sólo deseaba cumplir cuanto antes los trámites del desayuno para subir a la habitación, donde mi bochorno no tuviera testigos.

La señora Bellyard apareció entonces con una bandeja de latón donde una cafetera tintineaba. No parecía de mejor humor que sus clientas.

—Señora Wells, buenos días. Estas damas y yo nos preguntamos por qué no bajó anoche a escuchar el parte de la radio, cuando acabó el bombardeo. Habló el primer ministro —esto sonó tanto a reproche patriótico que un oscuro velo de traición limpió el polvo de los muebles y sacó brillo a los cristales, cosa que la salita agradeció.

Como no supe qué contestar a tan clara acusación, una de las enfermeras, la que parecía más joven y cuyo cabello castaño caía en ondas cortas sobre el almidón del cuello blanco, salió en mi defensa, mientras rebañaba los restos de mermelada de frambuesa que quedaba en un tarrito de cristal muy arañado y lo untaba como un ungüento mágico sobre el pan.

—¿Qué más da? Esas cosas me cansan. Ya se han convertido en una ceremonia. Hay que dejar lo que una esté haciendo para ir a escuchar la radio. No niego que sea reconfortante (porque en fin, ya saben, quién no se siente mejor al saber que no está sola en estos momentos). Pero no convirtamos esto en una obligación nacional. Ya sabemos que más nos vale ganar la guerra. No hace falta repetirlo mil veces.

—Por favor, hable con respeto —la contuvo la institutriz, alzando la cucharilla de café como una palmeta o una tiza. Casi se la veía escribir con ella las palabras más destacables de su discurso—. Anoche precisamente nuestro primer ministro, Churchill, se esforzó en dar ánimos “a los que resisten”. ¿Le parece esto baladí? ¿De veras piensa que puede burlarse de esto como de una tontería?

La otra enfermera, de mediana edad y cara seria, habló con una serenidad no exenta de tristeza, dejando un limpio rastro de arruguitas en torno a sus ojos, lo que ensombreció sus finos rasgos.

—Son días oscuros. ¿Quién mejor que nosotras puede saberlo? Cada vez que entro en la sala de urgencias comprendo lo espantosa que es la guerra.

—Pero nos ha tocado soportarla a nosotras —alegó la institutriz como si estuviera pleiteando ante un jurado de doce miembros y todos estuvieran

sordos—, eso no tiene vuelta de hoja y no podemos evitarlo. Nadie se lo propuso, pero hemos venido a convertirnos en protagonistas de este momento histórico.

—Momento histórico —repitió la enfermera más joven, con hartazgo—. Uf, lo que es por mí, podía haber pasado la historia de largo.

Su mohín de burla fue tan desdeñoso que se enrojeció bajo la mirada de la fiscal. Traté de apurar el café con la mayor naturalidad que pude, pensando sólo en terminar cuanto antes para huir.

Fue la enfermera serena, de ojos apesadumbrados, la que empleó una voz más dulce.

—Yo oí a Churchill cuando anunció la batalla de Inglaterra. Mi marido y yo pasábamos unos días en Kent, en casa de mi hermana, y recuerdo lo que sentí. Dijo que de nosotros depende la supervivencia de la civilización cristiana. Y si fracasamos, todo cuanto hemos amado se hundirá en una Era Oscura que será siniestra y prolongada debido a las luces de una ciencia pervertida.

—Claro, claro, nos conmovió a todas —la interrumpió la señora Bellyard—. Sin embargo, los discursos no parecen hacer mella por igual en todas nosotras —y me dirigió una mirada a modo de amonestación.

Terminado el brebaje, no me quedaron fuerzas para probar la tostada. Concluí el trámite y me levanté con la urgencia del colegial que ha acabado sus deberes, poniendo la servilleta en su sitio con mucho cuidado, lo que me dio una excusa para no cruzar la mirada con mi hospedadora. Me sabía incapaz de defenderme.

—No todas sienten la lealtad del mismo modo... —insistió Bellyard.

Me creí en la obligación de decir algo antes de escapar.

—Si me disculpan, señoras... No me encuentro bien.

—Descanse, parece que ha dormido poco —me aconsejó la enfermera más

joven.

–Cada uno sobrelleva estos tiempos difíciles como puede –añadió su compañera como para sí misma, boicoteando los esfuerzos de su anfitriona por arrinconar a su extravagante cliente.

Como escapaba sin que lograra hincar el diente a mi conducta escandalosa y mis ausencias nocturnas, la señora Bellyard se interpuso en mi camino a la puerta de la salita y alzó hasta la altura de mis ojos una tarjeta que sostuvo entre los dedos como un naipe vencedor.

–Un momento, señora Wells, tengo algo para usted. Creo que esto es suyo porque estas señoras no lo han reconocido. Debió caérsele ayer, justo mientras subía con tanta prisa a su cuarto... Parece una cita. Tenga.

Rconocí la tarjeta con la que Sir Billy Kildrake había invitado a almorzar a mi amiga Vivien en el café Madrid el día anterior. Unía el elegante membrete de Sir William Kildrake Tercero con una nota a pluma en el reverso firmada por él. Una invitación así se convertía en un documento comprometedor. Esto atrajo de nuevo la atención sobre mí. Sentí que me subían los colores a la cara cuando recogí la cartulina, que sustraje a las miradas guardándola en el bolsillo de la chaqueta rápidamente, como si la exposición a la luz incrementara su maléfico poder.

–Sí, gracias –murmuré sin apenas voz, intimidada por las sospechas que intuía, todas pecaminosas y que, en el fondo, eran ciertas, aunque por motivos distintos de los que ellas pensaban. Las apariencias jugaban en mi contra.

No me atreví a decir nada más. Subí a su habitación y me encerré en ella con ganas de llorar. Había sido testigo de un asesinato la tarde anterior y ahora ponían en duda mi virtud. Todos aquellos despropósitos por un desvarío, por acometer una búsqueda insensata en el peor momento. Con disgusto, caminé de un lado a otro.

Ni siquiera me había parado a pensar en la situación legal en que me hallaba como testigo de un asesinato. No sabía cómo comportarme en Scotland Yard, ni qué contaría. Tomé un cigarrillo que ni me acordé de

encender, simplemente lo manipulaba entre los dedos y me rascaba la frente, dando vueltas en torno a la alfombrilla. Entonces reparé en el cubrecama pardo, cuya carencia de estampados le daba un aire militar muy acorde con los sentimientos que la señora Bellyard pretendía inculcar en sus huéspedes. Allí reposaba el cuadernito de Alonso Bando y de nuevo me fijé en su caligrafía, su pulso varonil. Lo tomé y lo apreté contra mi pecho. Ay. Ese hallazgo era lo mejor del viaje y, sin embargo, también me preocupaba, porque abría preguntas impredecibles.

Sofocada por esa carencia de apoyos, de un asidero que me concediera una esperanza, casi me asusté cuando unos golpecitos sonaron en la puerta. La voz de la enfermera más joven me llamaba al otro lado.

—Señora Wells, preguntan por usted al teléfono.

Bajé al descansillo de la escalera, donde se había colocado el aparato de teléfono con salomónica equidad entre las dos plantas. Miré con recelo en ambas direcciones y bajé la voz al hablar. Temí que fuera el inspector Roger para citarme a un interrogatorio. No podría soportar más preguntas. O que fuera Tony. Me reprocharía que no le hubiera llamado en esos dos días, con toda la razón. No estaba preparada para contestar nada, por eso me acerqué el auricular con recelo.

—¿Oiga? ¿Hay alguien? —oí decir. Era una voz confiada, masculina. La reconocí enseguida, para mi alivio.

—Tío Ferdinand —le saludé, con alborozo instantáneo. Oír al coronel Osborn, mi pariente más querido, me reconfortó. No supe hasta ese momento lo que necesitaba escuchar una voz amiga—. Me alegra que me hayas llamado.

—¿Ah, sí? ¿De veras? Pues bien que me lo has demostrado, jovencita. Ni siquiera te has dignado venir a verme al caserón para despotricar de mis cortinas. A un viejo podenco como yo hay que hacerle una carantoña de vez en cuando, demonio. ¿Es que todavía no has aprendido eso, jovencita?

Siempre me llamaba así, desde los tiempos de la escuela, cuando me visitaba y me hacía regalos exuberantes de la India o Africa, donde solían

enviarlo como entrenador de pilotos aéreos. El apelativo me rejuveneció. Ni siquiera pensé ya en las posibles escuchas apostadas en los pasillos de la pensión.

—Tío Ferdinand, tengo tantas ganas de verte —necesitaba su apoyo incondicional, su cariño— Te ruego que me ayudes. Me he metido en algunos problemas y quiero que alguien me aconseje.

—Claro, ahora finges que estás deseando verme ¿no? Está bien, me resignaré a creerte... Mira, si quieres, podemos almorzar en un restaurantito que conozco... Espera, me señala el ordenanza que tengo cosas que hacer... Demonio. Oye, Emma, si no puedes esperar para ver a esta vieja momia, ¿por qué no te pasas por aquí? Tomaremos una empanada de jamón de esas que me preparan especialmente mis envenenadores del cuartel. Tengo un ordenanza sibarita que me mimaba como a un bebé glotón. Ven a eso de las dos a Bentley Priory, es un priorato a las afueras de Londres, al noroeste. Cualquier taxista lo conocerá... Dejaré un pase con tu nombre a los soldados de la entrada para que te dejen entrar. Así me cuentas cómo está el mundo por ahí fuera, ¿de acuerdo, jovencita?

Fue un placer aceptar la invitación. Recuperé el ánimo y no me importó tropezar con la institutriz, cuyas gafas de dos cañones me apuntaron con aplomo marcial. Me peiné adecuadamente. Con la mente más clara, pensé en Sir Billy y en el café Madrid, ese local tan cercano al hotel donde mataron a Lucas. El truhán de Sir Billy tenía que saber muchas cosas y era mi mejor baza si quería sacar algo en claro sobre Alonso Bando.

La propia tarjeta con que citó a Vivien la otra noche en ese café y que pocos minutos antes había recuperado de manos de la señora Bellyard llevaba troquelada su dirección, resaltada con caracteres dorados. Tal vez era el momento de actuar con valor. Había venido a Londres para encontrar a Alonso, enfrentándome a todos los obstáculos. Si me retiraba ahora y volvía a encerrarme en la oficineta, todo (aquella juventud, el amor, los ojos de Alonso) acabaría para siempre jamás. No aceptaba esa posibilidad. Decidí buscar al lobo en su guarida. La señora Bellyard se ocupaba falsamente en cambiar el cuenco de agua al periquito, porque me estudió con ojos fríos como el metal helado.



–¿Es que vuelve a salir? –preguntó, y acaso quería decir “¿aún se atreve a tanto?”

–Sí. Buenos días –me despedí, con una secreta sonrisa.

Durante el trayecto, intenté poner orden en mis pensamientos. Ahora que reflexionaba sobre ello, el asesinato de Lucas empezó a cobrar cuerpo en mi mente como un escollo. Era el aviso más elocuente del peligro que podía significar acercarse mucho a los asuntos de la diosa Diana. Tal vez su espíritu cazador se había despertado al cabo de los siglos y exigía renovados tributos de piezas cobradas. Pero no temía ninguna maldición, pues a las claras sabía que no hay mayor maldición que la codicia humana, el pozo sin fondo. Lo importante era saber quién poseía la cabeza y quién la buscaba.

Los autobuses dibujaban su contorno rojo contra un cielo plumizo, tan oscuro que la luz parecía emanar por sus propios medios de los edificios como una aureola dolorosa.

Dieron las once cuando el taxi me dejó ante la mansión de Sir Billy Kildrake, o al menos la dirección que indicaba la tarjeta. Estaba al final de una calle sin salida, que se alargaba sobre una planicie abandonada de Belgravia, a la que asomaban varios edificios de ladrillo rojo. Si en aquel lugar había latido la vida, ya sólo parecía un recuerdo. La fachada del caserón acumulaba desperfectos a lo largo de dos plantas de presunción victoriana, a uno de cuyos lados una gran cristalera, desteñida por el polvo de cien años, parecía una protuberancia. No mucho más gallardas, asomaban a su tejado varias buhardillas y chimeneas. Daba escalofríos su lúgubre aspecto de galeón fantasma.

Dejé ir al taxi y atravesé de mala gana la puerta de la verja. Se erguía la mansión sobre un pequeño promontorio y en su porche la parra se tomaba demasiadas libertades. Las celosías de las ventanas ofrecían mil huecos. La pendiente del tejado amenazaba con echar abajo sus desdentadas tejas. Subí los escalones del porche, toqué el timbre y esperé. En el ventoso día, las nubes se apresuraban a cubrir cualquier vestigio del sol vagabundo. Volví a llamar. Sólo oía los desgarrs de los abrojos sacudidos por el viento.

Tal vez debiera rodear la casa por si hubiera otra puerta. Conforme

estudiaba el edificio, calculé que jugar al escondite con el dandy no podía resultarme gratis. Entonces noté que una sombra se movía tras de mí.

En el día gris, hasta los charcos parecían depósitos de cenizas, pero aquel movimiento entre la maleza me alertó.

—¿Quién anda ahí?

—Señora Wells, ¿es usted?

Salió de entre los arbustos el capitán Laredo, incorporándose. Se movió con cierta dificultad, por la rigidez de sus articulaciones, demasiado tiempo encogidas, y se acercó con precaución de no ser visto desde las ventanas, a la vez que hacía señas con el dedo en los labios para que callara.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —me preguntó el español a media voz cuando se acercó lo bastante.

—Evidentemente, vengo a ver a Kildrake —respondí, contagiada de su sordina, a la que añadí una gota de altivez.

—No está aquí. Al menos no da señales de vida, llevo esperándolo una hora.

—Se pasa la visa siguiéndolo ¿no es eso?

—Tampoco la he visto a usted muy lejos —fue la respuesta sardónica del hombre, que sin embargo no hizo el menor gesto. Su cara seria y su bigote componían el retrato inexpresivo perfecto.

Venía con su traje oscuro, sin gabardina ni sombrero. Ni siquiera traía un paraguas. Cuando le pregunté por él, contestó que siempre los perdía o los olvidaba. No estaba hecho para la lluvia, concluyó, frase en cuyo laconismo casi cabía un reproche desdeñoso por la isla en su conjunto.

—No me ha contestado —dijo el capitán—. Pero ya no hace falta. Ahora sé que busca la cabeza de Diana.

Me indignó la desfachatez con que me había acusado.

—Oiga, no me gusta cómo expresa sus conjeturas, capitán. Ni lo que insinúa, como si me moviera un motivo espurio o ilegal. Lo que yo haga o deje de hacer es asunto que sólo me concierne a mí y, por lo que yo sé, esa cabeza que menciona no le pertenece a nadie, y menos a su gobierno.

—Si la he ofendido, lo lamento. Pero sobre la propiedad de Diana hay mucho que discutir. ¿No ha oído hablar del código civil? Lo que ustedes llaman el código napoleónico. Es un libro muy curioso que habla sobre cosas muy raras como, por ejemplo, el hallazgo de un tesoro.

La mención del tesoro me recordó la frase con que Alonso Bando acababa sus notas. El sombrío augurio y un velo de tristeza pasaron delante de mis ojos, pero me sobrepuse al vaticinio para dar paso al enfado.

—Si lo que pretende es sugerir que Diana pertenece al gobierno de su país, hay un detalle que incluso una profana en la materia como yo advierte. Si de veras tuvieran derecho sobre ella, la habrían reclamado oficialmente a nuestras autoridades y no habrían enviado a un buscador extraoficial, vestido de paisano.

No podía evitarlo. Siempre que trataba con el capitán, imponía mi desconfianza política.

—Muy perspicaz —admitió Laredo—. En realidad existe un detalle técnico. Los nacionales nunca llegaron a tomar posesión de la cabeza de Diana. Había sido robada al gobierno de la República durante la guerra.

—O sea, que no es de ustedes, que puede quedársela el primero que la encuentre.

—Por eso estoy aquí —dijo Laredo, sin mostrar la menor ironía.

Pensé que Alonso había tenido éxito en llevar la cabeza hasta Madrid, tal como se proponía hacer cuando se interrumpía el cuaderno de notas, pero desconocía qué hizo luego y por qué había desaparecido la estatua. ¿Estaría el propio Alonso implicado en el robo? Lo pregunté como quien lanza una moneda al aire y se juega su destino a cara o cruz. Temía que recayeran las sospechas sobre Alonso, pero el miedo no podía interponerse en mi camino a

la verdad, necesitaba saber qué había ocurrido.

–¿Quién robó la estatua? –pregunté, con un hilo de voz trémula.

Ignorante de mis temores, el capitán se acercó a una de las ventanas y miró en su interior. Respondió sin darle más importancia a sus palabras que a una charla intrascendente, sin la menor emoción.

–El ladrón fue Lucas. Siguiendo su rastro es como he llegado aquí.

Esa respuesta me dio oxígeno y no pude reprimirme de hacer la siguiente pregunta:

–Entonces... ¿Alonso Bando...?

Al capitán le costó reconocer ese nombre. Tuvo que hacer memoria para responder, en el mismo tono neutro, sin dejar de mirar adentro.

–Ah, el descubridor... Está bien informada. Me gustaría saber quién la ha puesto al corriente.

–No es ningún desconocido para mí. Alonso Bando estudió conmigo en Oxford. Fuimos amigos... –titubeé a la hora de calificar nuestra relación. La amistad me pareció el grado más manejable de proximidad para tratar el asunto.

Si para el capitán aquella conversación era pura cháchara, podía inferirse de su actitud descuidada, pues no se ocupó en ningún momento de mirarme. Trataba de descubrir quién había en la casa y no notó mis sucesivos sonrojos y tartamudeos.

–¿Amigos, eh? Eso la coloca en primera línea de información. Quizás sepa más que yo. Aunque me temo que también usted ha perdido el rastro de él y de su estatua... Si no, no andaría siguiendo a Kildrake.

–Hace tiempo que no me escribe. Por eso le pregunto a usted si sabe algo de él.

A base de esfuerzo, haciendo palanca con un palo, presionó con el

suficiente vigor para abrir la ventana. El chirrido de los goznes resultó tan amortiguado que podía tomarse por un bostezo subterráneo.

–La pista que he seguido –respondió Laredo, después de resoplar, pasándose la manga por la frente– es la de Lucas. Del arqueólogo no sé más que el nombre.

Esta respuesta me resultaba del todo insatisfactoria. Antes de que pudiera pensarlo, insistí en el interrogatorio.

–¿No cree posible que también Alonso haya venido a Londres a recuperar la estatua?

–Claro, yo lo haría. No dejaría que me robaran lo que es mío.

Precisamente después de desaprobar el robo como concepto, se internó en la casa ajena con la desvergüenza más inaudita. Lo recriminé en voz baja, escandalizada de semejantes métodos.

–¿Qué hace? ¿Está loco?

–Quédese, si quiere. Ya me he cansado de jugar al ratón y al gato con Kildrake. Si ha escondido la estatua aquí, voy a descubrirla.

La oferta era irresistible. Los salones recibieron nuestra visita con una indiferencia aristocrática. También se percibía una oscura desidia, como si los muebles y cortinas se hubieran aburrido demasiado y pensarán en jubilarse.

Un poco por olvidar el miedo que sentía, le pregunté al capitán si distinguiría la estatua si la viera.

–Bueno –respondió él, mientras recorría los bustos de la biblioteca–. Me mostraron otras cabezas de la misma diosa. Debería llevar una diadema, el pelo ondulado recogido detrás en un moño y sé que a ésta en concreto le falta la punta de la nariz. Ya es mucho. No espero encontrar tantas cabezas de piedra con esas señas que puedan confundirme. Así que esté tranquila: no me equivocaré.

Seguimos indagando en estancias y cuartos, donde el olor a tapicería y

humedad se volvía espectral. Laredo se cansó de danzar por todas partes y yo llegué a una conclusión.

–Nuestro amigo Sir Billy no es muy hogareño. Esta casa solariega debe usarla sólo para dormir y amilanar a las visitas.

–Pero falta el acceso al desván de arriba... –observó él– ¿Dónde está la escalera o la trampilla o lo que sea?

Un sonido nos sobresaltó. El teléfono. Era extraño que algo cobrara vida en aquel silencio.

–Cójalo usted –me ordenó Laredo– y diga que es del servicio. Veremos quién es.

Pero retrocedí, negando con la cabeza. No me atreví a hablar, temía ser descubierta. El capitán alzó las cejas resignadamente y con una tranquilidad pasmosa descolgó el auricular. Respondió monosílabos, a la vez que se divertía de ver mi nerviosismo.

–¿Sí?... Sí... Bien... ¿Dónde?... Está bien, adiós –y colgó.

El alivio de que saliera del paso hizo que me volviera sarcástica.

–Creí que sería usted mejor conversador... Hable: ¿Quién era?

–...Me tomó por Sir Billy. Era un tal Curtis y llamaba para recordarme que tenemos una cita en Hampstead Head, en un cementerio de cierta calle... ¿Le interesa saber más?

Preguntó esto con aversión. Seguía manteniendo que el asunto podía resultar demasiado correoso para mí. Pero insistí en ver a ese Curtis.

–No olvide un detalle: que no somos Sir Billy –fue la fría respuesta de Laredo. Se evidenciaba que rechazaba involucrar a una mujer.

–De acuerdo –admití–. Sin embargo, nada impide a dos paseantes mirar las lápidas de un cementerio ¿verdad? A mí tampoco me gustan estos métodos, pero cuando la cabeza cambie de manos, nadie venderá entradas

para verlo.

Hubo un instante de silencio. A veces el sol asomaba el ojo por entre las nubes y la luz buscaba acomodo entre los muebles. El capitán miró con desazón el vacío exterior y la luz del día incidió en su rostro.

–Dirá que soy un alarmista, pero tengo la sensación de que las cosas se están precipitando. No sé si es por los bombardeos o por esta maldita guerra, la cuestión es que todo parece suceder muy deprisa...

–Por eso, por el bien de todos, debemos resolver este problema cuanto antes. Dos cabezas piensan más rápido.

–De acuerdo, está bien –desistió Laredo de discutir con una mujer que argumentaba mejor que él–. Vamos allá.

A unos cincuenta metros de la mansión Kildrake, el capitán había aparcado un Ford negro de un modelo antiguo. Dijo que se lo había prestado un amigo que tenía en la embajada, un agregado técnico. Aún no se había acostumbrado del todo a circular por la derecha, confesó, pero llevaba una semana de prácticas y el hecho de poder contarle resultaba bastante alentador.

–Me hago muy pronto con las máquinas de todo tipo. Por eso me he dedicado siempre a la aviación.

–¿Es usted piloto?

–Sí, aunque me tienen en la reserva.

Laredo se había valido de un mapa de la capital para situar su objetivo. Viéndolo tan serio, no parecía el mismo asaltante audaz que había registrado la casa de Sir Billy. Podían habernos acusado de allanamiento de morada y quién sabe si de robo con escalo. Y no olvidaba que lo había conocido muy cerca del lugar donde mataron a Lucas. Decía ser piloto, pero manejaba con bastante soltura el idioma inglés y se orientaba sin dificultad por la ciudad. El problema era que Laredo ya sabía mucho de mí. En mi inocencia, tal vez había hablado demasiado. Por algún motivo, me transmitía confianza. Me propuse actuar con más cautela. Lo mejor sería continuar con el papel de

ingenua y tratar de sonsacarle lo que sabía, sin despertar sospechas. Hablé como quien busca tema de conversación, imitando una sonrisa desvaída que el capitán no vio.

—Me dijo antes que había venido a Londres siguiendo a un tal Lucas... ¿Qué sabe de él?

Laredo guardó silencio diez segundos antes de responder:

—Principalmente que está muerto.

Dijo esto con un tono tan neutro que no cabía la posibilidad del sarcasmo. Aun así, me heló la sonrisa. Traté de remontar la corriente y sobreponerme, fingiendo.

—¿Muerto? —exclamé—. ¿Y cómo ha sido?

De nuevo hizo falta sortear otra pausa, en que el capitán se limitó a mirar al frente.

Respondió con el mismo tono, pero añadiendo una expresión indefinible de cansancio en el rostro.

—Esperaba que me lo dijera usted.

Los dos habíamos descubierto nuestras cartas. Yo no era la mera coleccionista que pretendía ser y él acababa de revelar que anduvo por el lugar del crimen. Aparte de que se me subieron los colores a la cara por la vergüenza, las conjeturas ensombrecieron mi frente. Imperceptiblemente apreté el bolso entre las manos, quizás como arma contundente en caso de apuro, medida fútil, pero inevitable, mientras mis labios temblaban, después de haber mentado con tal ineficacia.

Laredo notó la rigidez que se apoderaba de mí y trató de tranquilizarme.

—La vi salir de allí, eso es todo. Cuando perdí de vista al zambo, volví al café Madrid, pero ya se había marchado. Al no encontrarla en el metro, me aventuré a buscarla por los alrededores y entonces encontré a un grupo de policías y curiosos en la calle Newman. Me contaron lo de un español muerto



y me quedé allí. Al cabo de unos minutos, usted bajó los escalones del hotelito, pero iba con tanta prisa que no me hizo caso. Salió tan pálida y con la expresión tan abatida, que no me atreví a importunarla.

Si Laredo explicaba eso como disculpa por la forma en que acababa de acusarme, el placebo no hizo efecto. Traté de sobreponerme al desaire que sentía y pregunté con voz cavilosa:

—¿Cómo sabe que el muerto era Lucas?

—Verla salir de allí me dejó intrigado, de modo que me quedé para enterarme de lo que había pasado. Y al poco bajaron el cadáver. Trataban de taparlo con una colcha, pero los guardias iban tan nerviosos que tropezaron en la escalinata; entonces el cobertor se movió y distinguí la cara del cadáver.

Crearlo o no creerlo, ésa era la cuestión. Ajeno a las cábalas que me hacía, el capitán se permitió condolerse por la suerte del difunto.

—Pobre hombre... Un tipo sin suerte en la vida.

Dijo esto con una sinceridad hiriente. ¿Por qué se compadecía de alguien a quien había perseguido? Fingí aceptar sus palabras, aunque en esos momentos lo odiaba rotundamente. Sobre todo cuando, sin transición, el capitán me preguntó por qué había entrado en el hotel Piccard. Pasé del sonrojo a la irritación de la inocencia ofendida. ¿Estaba insinuando el capitán que tuve algo que ver con el asesinato?

—...Cree que lo sabe todo —protesté, suspirando antes de emplear el tono más cínico—. Pues no tiene de qué preocuparse. No pienso matar a nadie hoy. Los jueves descanso ¿sabe? —A partir de ahí preferí arroparme de un carácter oficial que cubriera los flancos de mi verdadera pesquisa sentimental y así evitar entrar en el pormenor de los hechos con Laredo—. Para su información, le diré que el gobierno de su majestad me recompensará espléndidamente si consigo encontrar la estatua.

El hombre no tomó a broma mis palabras. Parecía preocupado.

—Vaya. Meterse en todo este asunto por dinero... —caviló en voz alta, con

los azules ojos en el pavimento.

Observé cómo reflexionaba, moviendo los labios quedamente bajo el bigote.

—Lamento oírlo —añadió luego, como si hablara para sí—. Exponerse a que le maten a uno, no es forma de ganarse la vida.

Las calles seguían atestadas de vehículos y gente cargada de cachivaches en eterno éxodo. En los edificios demolidos por las bombas, se aglutinaban las máquinas y los obreros. El olor a gasolina, los cascos y brazaletes blancos de la policía militar, los gestos rápidos, merodeadores, de la población asediada, junto con la luz norteña con que el día nublado instauraba su racionamiento de sol, pesaban sobre el ánimo. El capitán estuvo dándole vueltas a algo en su cabeza. Sólo habló cuando lo meditó bien.

—Mire, señora Wells, si es por dinero, no sé cuánto me darán si consigo encontrar esa cabeza, pero le ofrezco la mitad. Confíe en mí, no la engañaré. Sólo le pido que deje este asunto y vuelva con su familia.

Hasta qué punto su oferta podía encubrir una amenaza, mi suspicacia no sabría decirlo. Pero ambas perspectivas me desquiciaban.

—Cuando necesite caridad, se lo haré saber —cambié de tono, para establecerme en el orgullo herido—. De momento, confórmese con competir deportivamente, ya sabe, juego limpio. Debería compartir lo que sabe y yo haría lo mismo con usted.

Contrariado, el capitán asintió. Pero no le gustaba la situación, su ceño lo proclamaba.

—Por ejemplo, ese Lucas —añadí—: ¿Qué sabe de él? ¿Llegaron a hablar?

—Sí, hace unos días, en Scotland Yard. Avisaron a la embajada de que había un ciudadano español detenido y, al oír su nombre, me personé allí junto al secretario del embajador. Le hicimos algunas preguntas sobre la cabeza de Diana, pero se negó a contestar. Se defendió, diciendo que había huido y exigía ser tratado como exiliado del régimen de Franco. Pidió asilo

político, pero, claro, con sus antecedentes penales, no se lo tragaron. Sí advertí que estaba nervioso, como si acabara de ver algo o reconocer a alguien inesperado y le temiera.

–Pero ¿sabe por qué vino Lucas a Londres precisamente? –pregunté–  
¿Qué pretendía? ¿Qué hizo en realidad?

–A Lucas sólo lo conozco por sus antecedentes penales y no creo que esa fuente de información le haga justicia a nadie.

Si el sarcasmo de Laredo contenía un rasgo de equidad, la expresión de su cara no lo aclaró. Contestó, sin el menor interés en lo que contaba.

–Le procesaron los mismos republicanos durante la guerra. Lo pillaron disfrazado de miliciano, haciéndose pasar por vigilante nocturno de un depósito de obras de arte...

Aquí se detuvo Laredo. Tenía que explicar algo más:

–Verá, señora Wells... Dirá que exagero, pero durante la república mi país ha sufrido la peor devastación artística de su historia. Los socialistas y los anarquistas quemaron y saquearon iglesias, conventos y todo tipo de casas. Para preservar las obras de arte, el ministerio de cultura decidió guardar bajo llave en almacenes vigilados cuanto pudo salvar del pillaje. Uno de esos depósitos en Madrid estaba en una iglesia que se llama la Cúpula de San Francisco el Grande. Pues bien, Lucas se hacía pasar por guarda nocturno. Cuando lograba emborrachar a sus compañeros y todos dormían en buena paz y compañía, robaba lo que podía. No sé si lo cargaba en un camión o un carro o en una mula. Parece ser que el muy bruto lo vendía todo al peso a una especie de marchante sin escrúpulos, un extranjero que se decía de las brigadas internacionales, aunque nunca vistió de uniforme, según declaró Lucas en los interrogatorios del juicio. El lo conocía por el apodo de Rasputín y este socio pintoresco era quien le pagaba una miseria a cambio de todo el trabajo y los riesgos que corría. Pero Lucas no sabía hacer nada mejor para ganarse la vida, porque antes de la guerra sólo había sido un bracero del campo que llegó a Madrid a probar fortuna. Era Rasputín el que contactaba con los coleccionistas extranjeros que no hacían remilgos y habían acudido a la rapiña.

—¿Quién era ese Rasputín?

—Espere. Aún no he terminado con Lucas.

Laredo no era un hombre hablador y yo no sabía lo novedoso que le resultaba resumir toda la trayectoria criminal del muerto. Claro que no había recibido instrucciones sobre el particular y, en todo caso, yo le parecía tan sensibilizada por la diosa Diana, tan vinculada a aquel problema, que no supo negarme la información que le pedía. De todos modos, estoy segura de que evitó los aspectos más sórdidos del historial del ladrón, tal vez robos por asesinato.

Cuando cogieron a Lucas, continuó explicando, el juicio se celebró en medio de las calamidades de la guerra. Los atestados y expedientes se elaboraron con prisas, en medio de mil apuros y carencias, por lo que los funcionarios esbozaron la lista de hechos probados y sospechas casi a cálculo. Muchas atribuciones no pudieron contrastarse y tal vez por todas esas irregularidades del procedimiento, una vez acabada la guerra, cuando Lucas llevaba dos años entre rejas, se consideró que ya había cumplido bastante pena para un pleito sin apenas garantías procesales, de manera que, aunque era un preso común, se le indultó.

La cabeza de Diana viajó desde Sevilla, atravesó las líneas enemigas, entrando en Madrid, y llegó a las puertas del Museo del Prado, aunque Laredo ignoraba quién dirigió semejante expedición. Sólo podía decir que en noviembre de 1936 el director del Museo del Prado la vio envuelta en una manta, metida en un cajón de vino. Un hombre sin identificar se presentó ante la puerta del museo en obras. El director rehusó guardar la estatua en sus dependencias, porque no podía garantizar su seguridad, de modo que, al pie de las propias puertas, envió a los héroes que la habían salvado hasta la Cúpula de San Francisco el Grande. Debió ser una gran desilusión para el portador de la estatua, tras jugarse el cuello para conducirla hasta allí, verse rechazado con excusas burocráticas. Lo cierto era que no constaba el ingreso de la estatua en el otro almacén. Durante el juicio de Lucas, nadie pudo testificar que la hubiera visto en San Francisco el Grande. Tal vez Lucas borró su nombre del registro de entrada, tal vez asaltaron a quienes la conducían antes de llegar a su nuevo destino, quizás el propio custodio se cansó de que lo usaran como porteador unos funcionarios.

–¿Pero fue Alonso Bando el que llevó la estatua hasta el Museo del Prado? –pregunté, de una vez por todas.

–No puedo decirle. El director sólo se acordaba de un hombre alto, de aspecto cansado. Pero no lograba recordar más. Compréndalo, esos meses fueron un caos, con las obras de acondicionamiento para resguardar las piezas del Museo de las bombas, con el realojo de otras, y a eso se unía la gente que se presentaba pidiendo amparo para piezas de toda índole. El director sólo recordaba que vio en aquel trozo de piedra (y esto es textual de su declaración) “la belleza, la infinita tristeza de la cabeza de la diosa, que parecía mirarnos, con nuestros monos de trabajo, sudorosos, inquietos, como si no entendiera nuestras tribulaciones”. Lucas fue detenido a mediados del 38 y para entonces ya había transcurrido mucha guerra. Al director y los demás testigos les fue imposible explicar nada más de la cabeza de Diana, cuando tantas cosas desaparecían, si no las propias vidas de los implicados. La única prueba de que Lucas tuviera algo que ver con la estatua fue una carta que le llegó a la cárcel.

–¿Qué carta?

–Pues una que enviaron a Lucas al cabo de los meses, sin remite. Ya supondrá que en medio de la guerra, el derecho a la intimidad no era ni siquiera una opción para las autoridades, que leían toda la correspondencia dirigida a los presos. Y vieron la carta de Lucas, donde alguien sin firma le pedía que le devolviera la cabeza de Diana. Amenazaba con mandar que lo mataran dentro de la propia celda, como si tuviera amigos dentro, si no le decía dónde la escondía. Esa es la prueba que vincula a Lucas con la estatua. Luego, no me pregunte por qué, no se cumplió la amenaza. Pero cuando liberaron a Lucas y él salió del país, me enviaron a seguirle, por si aún tenía en su poder la estatua o venía en busca de quien se la quitó.

–Vaya, ni siquiera saben si la tenía –dije, dándome una palmada en la frente como si en ese momento cayera en la cuenta de la fatuidad de todas las pesquisas del capitán. Pero si pretendía burlarme, a él no pareció molestarle.

–Decepcionante ¿Verdad? –contestó él.

El capitán casi sonrió. Traté de asimilar toda la información que me

acababa de proporcionar, pero quedaba colgando el fleco de la carta y el misterioso socio que amenazaba al preso.

—¿Qué sabe de Rasputín?

—No lograron identificarlo nunca. Las descripciones que hizo Lucas fueron tan vagas que se contradecían. Parece ser que sólo se reunía con él estando borracho, imagino que a altas horas de la madrugada y en tascas infectas y mal iluminadas. Por eso no era capaz de recordarlo con mediana coherencia. Lo único de lo que estaba seguro era de haberse peleado con él a navajazos y Lucas fanfarroneaba de haberle hecho un buen tajo en el hombro izquierdo —Alonso hubiera mencionado un cuchillo de destazar reses, de escribir él esta crónica—. Le partió la chaqueta y se jactaba de que Rasputín debió chillar horrores. Siempre recelaron uno del otro, aunque colaborasen estrechamente.

Laredo no quiso mortificarme con detalles escabrosos que en nada afectaban a mis preocupaciones actuales. Sus normas de cortesía eran antiguas y estaban en desuso, pero las había aprendido muy joven y se ceñía a ellas siempre.

—De modo que una cicatriz en el hombro derecho hecha a navaja... —comenté, pensativa—. No parece un detalle muy prometedor. ¿Y sabe por qué pelearon?

—Por una partida de cartas —respondió, lacónico, Laredo. No se atrevió a añadir que la reyerta se disputó en un burdel de Serrano y que al herido le salvaron la vida unas cuantas chicas y un médico de Santander que estaba allí de paso y del que nunca más se supo. Pero aún reflexionó un momento—. Entre cómplices de robos y desmanes, en medio de la carnicería de una guerra, lo normal hubiera sido que Rasputín hubiera muerto. Que saliera vivo, acháquelo a la suerte.

—Lo hago ¿qué cree?

Pero mi broma no la entendió el capitán o no le pareció oportuno cumplimentarla con una sonrisa. Acabábamos de llegar al cementerio de Hamsptead Head y ninguno conocía a Curtis, el misterioso hombre con quien

se había citado sir Billy. De modo que el capitán me pidió, antes de salir del coche, que tuviera mucho cuidado.

*“Cada página que no lleve el aliento de tu voz, el pulso de tu corazón, es un página perdida. Lo mismo pudiera decir de los días. Si estoy vivo, quiero saberlo. No convertiré mi existencia en un secreto. Muchos se tomaron molestias para ponerme aquí...*

*Sería desagradecido.”*

*Cuaderno de Alonso Bando*

Cuando tomé la decisión de quedarme en Oxford y dejar que Alonso se marchara, pensé que había sido yo la sensata, que pronto se arrepentiría de andar por ahí sin mí. Tenía a mi favor la razón, el prestigio de mi mundo. Nada sabía de la inmensidad de afuera, de la incesante llamada que suponía la vida, del preciso reclamo de la libertad. Y ahora que me había atado de pies y manos a un trabajo, a mi hija Iris, emprendía esta búsqueda desatinada. Como si fuera posible recuperar el pasado o sustraerme a quien de verdad soy.

Yo, la orgullosa Osborn de antaño, vago errática, haciendo eses a través de un caos endiablado, hago juegos malabares con el peligro, participo a ciegas en un juego de ilusos. A veces temo que este sea el viaje más inútil de mi vida y a la vez, el que la defina, el que señale una línea en la arena que la resuma, sin apelación. Toda mi vida marcada por este viaje a ninguna parte, señal de que nada logré, que fue una espera sin resultado, una mano vacía.

Si Alonso leyera esta confesión, ¿qué pensaría? No creo que incidiese en la herida proclamando “te lo advertí”. No era hombre ostentoso, ni cuando llevaba la razón. Habría tratado de animarme, eso sí. Pero estas conjeturas me hieren. No quiero demorarme en ellas.



Llegamos a un cementerio cuya capilla elevaba su puntiaguda torre para señalar alguna nube hereje y las ojivas, ávidas de lechuzas, apenas recordaban el color de los vitrales que el polvo carcomía. Cuando la cancela fue abierta, gruñó con un chirrido gatuno, y eso nos obligó a entrar con el doble de precaución, aunque sólo encontramos callejas vacías que se bifurcaban y retorcían sin el menor ánimo urbanístico, interrumpiéndose a veces por nichos colocados al socaire del viento, abiertos quizás a golpes de inspiración por algún enterrador descuidado, mereciendo tal acumulación de sepulturas una descalificación catastral en forma de grietas y mármoles mohosos, azulejos ennegrecidos y nombres medio borrados de las lápidas. El musgo y las enredaderas trepaban por los tapiales y las cándidas estatuas de los santos, y las telarañas se aferraban a las cruces enmohecidas. Prevalecía el gris o el verde.

Buscamos en todas direcciones a Sir Billy o al posible Curtis. Encontramos al final de una callejuela a una señora mayor de luto que rezaba ante un nicho, donde se pudría un ramo seco como el esparto. Laredo observó las tapias del camposanto, demasiado altas para saltarlas, y me pidió que esperase junto a un ángel oscuro que meditaba en su pedestal sobre los hongos y la yedra que lo agobiaban, mientras daba vuelta por el otro lado.

Un anciano canoso, en mangas de camisa, portador de una gorra redonda como un disco, se esmeraba en recoger las hojas del camino con un rastrillo. Sus manos expertas se aferraban con soltura al mango y medio silbaba una coplilla al ritmo de sus propias evoluciones en la tarea, con toda la parsimonia del mundo.

—No he visto a nadie —dijo Laredo al volver—. Deduzco que ni sir Billy ni el señor Curtis han llegado todavía... ¿Tiene hora? Da igual; déjelo —sacó su reloj de cadena del bolsillo del chaleco, y aplicó a su oído el mecanismo antes de mirar las manecillas. Luego comprobó la posición del sol en el cielo, labor penosa por las nubes—. Pronto será la una. No falta mucho. Lo mejor será que simulemos rezar ante cualquiera de estas tumbas. No creo que les haga ningún mal y éste parece un buen lugar de observación, a salvo de curiosos.

Agachó entonces su seria cabeza en señal de respeto ante una lápida, con las manos cruzadas. Con su traje negro, casi parecía un deudo del difunto y esta trama divirtió a la irreverente anglicana que hay en mí.

–¿Simula rezar con frecuencia? –pregunté, sardónica.

Laredo apenas había respondido con un alzamiento de cejas, cuando oímos al otro lado de la tapia el frenazo de un vehículo. Sus llantas devoraron el asfalto y el motor se detuvo bruscamente, provocando los consiguientes cláxones y voces de alarma. Laredo corrió a la salida y me hizo un gesto para que no me moviera.

–Maldición: la reunión era fuera. Quédese aquí por si acaso. Y tenga cuidado.

Desapareció como si le quemaran. A los pocos instantes de un desconcertante cruce de chirridos y golpes metálicos, sonó un disparo, cuya rotundidad cortó el aire. Vi correr a la señora enlutada y al jardinero hacia la capilla para guarecerse. Me agaché junto al pedestal del ángel. El silencio que siguió se volvió opresivo; las cosas no sabían volver a la rutina y no se fiaban de aquella calma en espera. El capitán volvió pronto y me habló en voz baja.

–¿Se encuentra bien? –pregunté. Tras asentir en silencio, le interrogué con los ojos—. No he visto a nadie en la calle delantera. Debe tratarse de la de este lado. Voy a ver si hay una puerta detrás de la capilla... A propósito –dijo, palpándose la chaqueta con las manos abiertas–, ¿tiene un arma?

–¿Quién? ¿Yo? –me sorprendí.

–Agáchese –me empujó por toda respuesta Laredo—. Creo que llevo una pistola en la guantera del coche... Pero ya no hay tiempo... –era hombre de decisiones rápidas y se irguió de nuevo para irse—. Esté atenta y sobre todo no se mueva.

Allá que iba el desarmado capitán a buscar una salida hacia la otra calle. Lo perdí de vista entre los cipreses y nichos. Al poco, en medio de la confusión y el tumulto, sonó otro disparo, esta vez más cerca, o tal vez tenía los oídos más atentos. Busqué la protección del capitel medio cubierto de enredaderas que formaban una trama verde alrededor. A mi lado había una puerta tapiada, donde se había colocado una hornacina con un santo, que bendecía con una mano gangrenada por la humedad y ostentaba una orla de madreSelva, como un verdadero elegido selvático. Me agaché bajo su sombra,

intentando adivinar a qué respondían los pasos y golpes que sonaban más allá de la tapia. Tronó de pronto otro disparo, que hizo blanco en la espada que el ángel fúnebre sostenía sobre mi cabeza. Me tiré al suelo antes de ver cómo la espada enhiesta se desprendía del resto de la potestad divina y caía a plomo sobre el suelo que, unos instantes antes, había pisado. El enorme trozo de piedra se partió en dos contra el suelo, sobre mis propias huellas. El resto del ángel mostró una sombría indiferencia que en nada me tranquilizó.

Había estado a punto de morir aplastada. Si me hubiera quedado bajo la estatua, todo habría terminado allí mismo. Un espasmo me recorrió la espalda y susurré ardientes ruegos a lo alto. De nuevo oí golpes de portezuelas de coches; sopesé cómo uno y luego otro motor se encendían, cómo los vehículos salían disparados en inconcretas direcciones, en lo que parecía una persecución que desaparecía en el ruido de la ciudad. Tras esto, noté que me temblaban las manos. Me las froté para exorcizar los nervios.

Laredo regresó al poco, llevando la chaqueta desabrochada y secándose el sudor de la frente con un pañuelo blanco de hilo que realzaba la morenez de su rostro. Cuando vio la espada rota en la tierra, su voz titubeó.

—Señora Wells... ¿Está bien?

—Bueno, una espada de piedra ha estado a punto de romperme la crisma — contesté—, pero si me pregunta si respiro, lo hago.

—Santo Dios...

—Si me llevo a quedar donde usted me dijo que me escondiera, ahora estaría muerta.

Sabía que era injusto quejarme de los disparos al apesadumbrado capitán, pero el miedo que fustigaba mi cuerpo como un látigo me prohibía ser ecuánime. Estaba furiosa y a él lo tenía cerca. Me desahugué, reprochándole su imprevisión y su falta de recursos. Todo eso resultaba ridículo y lo sabía. Pero me despaché a gusto hasta calmarme. Laredo lo soportó todo, sin terminar de dar crédito a lo que veía. “Una bala perdida” musitó en algún momento, sin dejar de mirar a la tapia y al ángel que, desde lo alto, parecía reprochar al santo del penacho selvático que le hubiera

estropeado su jugada vengadora.

Me guardé de decir que Laredo empezaba a parecerme sospechoso. “Si hubiera querido deshacerse de mí, no lo habría planeado mejor”. Mi suspicacia no encajaba con el balbuciente rostro de Laredo, pero nos hallábamos en medio de una guerra sin cuartel y un espía no iba a conducirse con miramientos.

–Bien –dije–. Ya se ha divertido. Me ha tirado al suelo y casi consigue que me rompan la cabeza, además de darme un susto de muerte. ¿Tiene más ideas para eso que usted llamó nuestra colaboración?

–...Lamento todo lo ocurrido –acertó a pedir disculpas, concentrando su atención en la espada rota, como si fuera un meteorito vomitado de otro mundo.

–Esto ha llegado demasiado lejos.

Me alejé, exasperada; había decidido abandonar su compañía. Pero la perspectiva de andar a ciegas entre los peligros de la ciudad tampoco me tranquilizaba. Pronto volví sobre mis pasos, cavilando conforme avanzaba sobre las piedrecitas y la arena del camino. El capitán no se había movido.

–Dígame... Por lo menos, ¿vio algo ahí fuera?

–No mucho... Sólo un coche azul que huyó deprisa como si le pisara los talones el mismo diablo –respondió, taciturno.

Pocos vehículos solían tener un chasis azul. Aunque mi amiga Vivien Carroll conducía uno así. El dato me resultó extraño, pero por eso mismo fiable. Pedí que me contara qué más había visto.

–Otro coche le siguió, no me pregunte de quién ni por qué. Sí puedo decirle que parecía muy lujoso, tal vez un Rolls Royce... No sé, estaba demasiado lejos... Todo esto es un maldito acertijo...

La consternación del militar era demasiado evidente. Titubeé en mi decisión. Sin saber cómo, me oí a mí misma hacer un comentario con tono

apaciguador.

—¿Quién lo diría? La gente se persigue y se mata a dos pasos de nosotros, mientras usted se dedica a pasear entre lápidas y simular que reza...

El capitán no respondió a mi escéptica sonrisa ni yo lo esperaba. Tras este lapso, aún añadí otra cosa.

—Tengo una curiosidad. En toda esta semana que ha estado en Londres, siguiendo a Lucas, me pregunto si llegó a encontrar alguna pista.

—Apenas —contestó Laredo, con áspera firmeza—. Después del fiasco en Scotland Yard, traté de encontrarlo. Pero Lucas ya había desaparecido del hotel en que se alojó al llegar a Londres. Se había llevado sus pertenencias sin dejar rastro. Lo único que saqué en claro es que por allí andaba Sir Billy Kildrake, un civil sin arte ni parte. Esto me hizo sospechar de él y me dediqué a seguirlo por si me conducía hasta Lucas. Pero llegó usted y en un santiamén se lo encontró, ya muerto... En fin, supongo que la historia de mis pesquisas no es para vanagloriarse.

Tal vez Laredo me había contado todas sus peripecias para recuperar mi confianza. Preferí reconciliarme con él.

—Capitán —le dije—, quiero confiar en usted. Será porque necesito creer en alguien para pasar este amargo trance.

Casi iba a decir que necesitaba conservar la fe en el bien, sentir que aún quedaba lugar para la esperanza, pero me detuve. Laredo recibió mis palabras como una amonestación, pero eso no le impidió mirarme a los ojos, atento.

—Para abreviar —dije—: Voy a pedirle un favor.

—Veamos —se detuvo, dispuesto a compensar su torpeza anterior con cualquier servicio.

—Necesito que me lleve a las afueras de Londres, a un lugar llamado Bentley Priory...

Salimos del cementerio, mientras el jardinero y la señora enlutada aún

asomaban con precaución la cabeza por la puerta de la capilla. El capitán sacó el mapa de la guantera y tardó un rato en confeccionar un itinerario que pudiera comprender con su forastera ciencia. Una vez más, las calles de Londres a través de un parabrisas se convirtieron en telón de fondo para mis aprensiones y vi desfilar de nuevo los vetustos edificios. Laredo parecía buscar los coches que protagonizaron el tiroteo del cementerio, como si las calles fueran a despejarse para mostrar en un claro de luz a los culpables.

Empezaba a temer que el mercado negro del arte era más violento de lo que había creído al principio. Esperaba tranquilizarse visitando a tío Ferdinand. Para hacer más tangible esta esperanza, le hablé al capitán del hombre que me esperaba en Bentley Priory y con quien almorzaría: un militar de carrera y condecorado, también del cuerpo del aire, el coronel Ferdinand Osborn. Creí que aludiendo a él me confería respetabilidad y otorgaba cierta pátina oficial a mis correrías. Pero este menudeo castrense no mereció comentarios de Laredo. ¿Sería cierto mi temor de que no engañaba a nadie y todos advertían que sólo buscaba a Diana por motivos privados? ¿Adivinaban en mi extravío una romántica impertinencia?

—¿Sabrá llegar? —pregunté al cabo de unos minutos de silencio. Volvía con ello a cierta cotidianeidad, a gestos triviales que me alejaban de los presagios que los últimos sucesos atraían y que, como ya advirtiera el capitán, parecían haberse acelerado.

Laredo no recogió el tono mordaz de la pregunta, o quizás lo evitó.

—Por supuesto. El noroeste de Londres, Stanmore, Middlesex... Con mi mapa, la ruta no tiene secretos para mí. Si alguna vez termino con esta misión, podría buscar empleo en una compañía de taxis.

—No habrá perdido el tiempo, entonces.

—Quizás no sepa que lo primero que aprende un piloto es a orientarse con un mínimo de coordenadas. En este caso, en el de Londres, quiero decir, el principal elemento decisivo desde el aire sería el río: por eso he deducido la distancia con respecto a él. He calculado los kilómetros que me separan de él. Aunque usted no lo entendería, porque ustedes miden en millas y pies... No son amigos del sistema métrico decimal. Lo que quiero decir es que si me

quedara sin el mapa podría llegar a Bentley Priory, calculando mi posición en este momento. Claro que sería más fácil si luciera el sol, porque sin él, resulta complicado.

El rostro moreno del capitán se relajó mientras hablaba. Mostraba más emoción al referirse a sus técnicas de pilotaje que cuando se enfrentó al tiroteo del cementerio. Parecía insensible a la violencia y sí humanizarse con el vuelo. Sin embargo, la amenaza que nos seguía resultaba casi palpable, como una sensación física. Recordé la pistola de la guantera y la abrí, pero mi mano no tropezó con nada que no fueran las paredes del compartimento.

—¿No tenía aquí la pistola?

—He decidido llevarla encima. No creí que tuviera que usarla, pero ya ve cómo están las cosas. Supongo que sus últimas aventuras la harán desistir de su búsqueda. Ante tantos peligros ya no le merece la pena buscar la estatua.

—Lo mismo le digo —contesté, cansada de que se pusiera en duda mi valor. Bien era cierto que los fortuitos disparos del cementerio significaban una amenaza demasiado inconcreta para darme por aludida.

—Entiéndalo. Aquí hay algo más que una cabeza de Diana. No sé lo que se oculta detrás de todo este asunto, pero no es bueno —dedujo el hombre y no se atrevió a conjeturar nada en voz alta. De cualquier modo, su silencio me disgustó. Tal vez fuera sincero y desconocía la búsqueda del espía alemán, el Barón. Por supuesto no sería yo quien me traicionara al explicárselo. En ese momento, toda conversación resultó inapropiada.

Los arrabales de Londres debían pertenecer a un país distinto, al que la guerra no llegaba más que como una resaca apagada. Toda la gravedad de los edificios públicos, la verticalidad imperial, se desvanecían en una serie de granjas y casas desmañadas que se sucedían entre arboledas tapiadas y pastos incultos, en una suerte de ajedrez urbanístico al que oprimían la negrura del cielo y un viento húmedo que resfriaba la nariz, a poco que lo intentara. Bentley Priory, el priorato de Bentley, era un enorme edificio alzado en medio de un prado rodeado de olmos, presidido por una torre cuadrada, al que se habían ido adosando varios pabellones como una camada de piedra. Su aspecto huraño concordaba con los policías militares que custodiaban la

enorme cancela.

Laredo detuvo el coche en el arcén de la carretera, a pocos metros de la garita de los soldados. Contemplé la torre, los aparcamientos dentro del parque del edificio, una pista de cemento al fondo donde reposaban dos aviones Spitfire, de gris primordial, el color al que, según Alonso, toda Inglaterra se acercaba a tientas, como un anhelo.

—¿La dejarán pasar? —me preguntó Laredo, que miraba el lugar con cierto reparo—. Si quiere, puedo esperar hasta que entre, por si tiene alguna dificultad y debe volver a Londres.

—No se preocupe, gracias. Mi tío me espera. Cuando me vaya, tomaré un taxi.

Nunca me había parado a pensar en mi mal genio. Pero así era: no dejaba opción y el capitán hubo de limitarse a alejarse en su viejo Ford entre las cercas y olmos, de regreso a la ciudad de la guerra. Sólo atisbos de amarillo por el horizonte reflejaban alguna fantasía de vida, y el zumbido lejano de la ciudad añoraba disolverse en los quejidos del viento sobre las copas de los árboles. Me acerqué a los soldados con cautela, no tenía ningún pase de acceso y de nada sirvieron mi sonrisa nerviosa ni mi timidez. Di las señas del coronel Osborn y uno de los vigilantes entró en el parque y caminó a medio trote, con el arma al hombro, hacia el edificio, mientras el cabo, su superior, mascaba chicle y estudiaba sin el menor reparo mi figura y mis piernas. A los pocos minutos, el otro soldado regresó con la misma carrerilla de larga zancada y se cuadró ante el cabo, sin el menor síntoma de esfuerzo ni pesar. Con sus alegres veinte años en las mejillas arreboladas, marcaba un feliz contraste con la cuadrada quijada del superior.

—El oficial de guardia autoriza la entrada a la señora. La señora Wells ya tenía pase, señor —anunció con timbre militar, dirigiéndose al cabo, que se llevó las manos a la espalda y descansó sobre las piernas abiertas como si le sometiera a revista de uno.

—Muy bien —y se volvió hacia mí, con la actitud de dirigirse a un rango inferior—. Debió haber dicho que ya tenía pase —Buscó en su bolsillo de la camisa y sacó un ramillete de papeletas amarillas, de la que extrajo una con



mi nombre escrito a boli, donde una firma de una generosa letra O destacaba sobre el resto del apellido Osborn— Señora Wells... Aquí tiene. Adelante.

Caminé sola hasta el edificio del priorato. En la puerta enorme, apareció un teniente de escaso pelo rubio y mirada blanquiceleste, con el mentón prieto como un torniquete, que no parecía capaz de despegar los labios si no se accionaba el resorte adecuado. Me condujo a una enorme sala interior, cuyo suelo de mármol, limpiado con serrín y agua, resplandecía como plata a la luz. Las paredes ofrecían blancos fantasmas de cuadros desalojados, denunciando la urgencia con que se había realizado la mudanza. Hombres y mujeres uniformados de caqui o azul marino, atendían los teléfonos o tecleaban a máquina sin descanso, en mesas de despacho que se apretaban en los testeros, ahítas de documentos y carpetas, sin más orden que la cabida. En general el aspecto era austero, a pesar de la alta bóveda del techo y sus lámparas de araña, sin duda preservadas del expolio castrense porque no alcanzaron a descolgarlas. Los cables desparramados por los rincones y lo irregular de los carteles con nombres de molde pegados a las puertas, anunciaban lo provisional y precipitado del aparato logístico que se albergaba allí, con esa rudeza espartana inherente a lo militar.

El teniente de mandíbula sellada se limitó a señalar con la mano el cartel donde se había escrito OSBORN, pegado a una puerta alta de roble que enseguida tocó con los nudillos. Cuando oyó el preceptivo “¡Adelante!” abrió y me dejó pasar.

Tío Ferdinand aguardaba de pie, delante de la mesa de despacho, en un salón que sin duda había pertenecido a algo parecido a una biblioteca y aún ofrecía una puerta de cristal, asomada a una terraza y al parque donde los dos cazas descansaban sus alas. Tan desgarrado y sonriente como lo recordaba, con su uniforme de campo algo arrugado, pero de espléndido color verde y del que destacaban las botas relucientes, se apresuró a estrecharme en un abrazo. Me llamó Emmy y cariño, me confortó preguntándome por mi hijita y el estado general de la vieja universidad donde había disfrutado de su juventud y a la que iba a visitarme de tarde en tarde. Cada vez menos, le reproché, con fingida seriedad, porque estaba encantada de verlo. Sus cejas blancas parecían chorrear sobre los ojos, frondosas como algodón sobre los ojillos claros.

Las altas botas realzaban su aspecto de oficial de caballería, hasta el punto de echar de menos la fusta. Sobre su aguileña nariz se atusaba un largo bigote blanco que cubría en parte sus estrechas mejillas. Los años no terminaban de ajustarse al nudoso caballero de aspecto espigado, que parecía conducirse con cierta inocencia juvenil. La mirada feroz que ocultaban sus cejas se iluminaba de alegría cuando pidió al ordenanza que trajera comida para dos y elogió el servicio que le prestaba su nuevo “ayuda de cámara”, mucho más eficiente y sobre todo más honrado que el anterior. Contó con grandes aspavientos las sisas y mermas a que lo había sometido aquel canalla con uniforme durante su servicio y esto dio ocasión a francas risas. El nuevo ordenanza actuó con diligencia y rapidez para servirnos los bocadillos y un pequeño refrigerio embotellado en Escocia, que nos servimos sin ceremonia ante la mesa del despacho. La comida fue tan distendida como cabía desear, aunque tío Ferdinand se disculpó por no salir a almorzar conmigo “a un sitio de postín”. Los asuntos que despachaba eran demasiado urgentes y no podía desatenderlos más de una hora. Por eso teníamos que tomar el tentempié casi “a lomo de caballo”.

—Pero tienes que descansar.

—Emmy, querida —sonrió con un movimiento de bigote que le abrió sus claros ojos bajo la mata blanca de las cejas—, me gustaría pensar en mí. Pero me basta reposar la cabeza en la almohada para acordarme de todos los muchachos que suben a esas máquinas del demonio —y señaló con su fusta imaginaria al parque donde estiraban sus brazos los aviones— y que, Dios sabe por qué, dependen de mí. Todo lo que hago por ellos me parece poco. Espero que perdones las debilidades de un viejo carcamal. Además, habrás advertido que Londres ya no es lo que era. Hay cierta amenaza en el ambiente... Y eso me trae a colación una pregunta que me creo autorizado a hacerte en nombre del parentesco del que me vanaglorio... ¿Por qué demonios has venido, contra mi parecer y el de todos? ¿No has oído hablar de una entelequia llamada sentido común? ¿Qué misión es esa que decías en tu llamada del lunes, que no podía esperar ni siquiera a que se firme un armisticio o una tregua entre caballeros?

Trataba de corregir de la manera más suave posible el extravío en que había incurrido con mi aventura, pero me sentía demasiado involucrada en la

búsqueda de Alonso Bando para poder atenderle. Veía tan lejano todos los pequeños problemas de Oxford, las labores académicas, esos libros polvorientos cuyos datos había que revisar constantemente sin que nada en realidad cambiara por ello, las conferencias archisabidas de mis colegas y superiores, las quejas matutinas de Tony, por el lumbago en verano y la tos del fumador en invierno, Tony caminando por el pasillo con su cepillo de dientes, mientras oía las noticias deportivas de la noche, las regatas Oxford y Cambridge que ya no soportaba, el lento palpitar de la lluvia que contemplaba acodada todas esas mañanas en el despacho, siempre con el muchacho que corre a lo lejos para guarecerse bajo un portal, en un mundo distinto al mío, el recoleto jardín que me afanaba en cuidar todos los sábados, en tanto Tony leía sus libros de geografía y ensayaba en voz alta las lecciones que había de impartir la semana siguiente con gutural concisión.

Debía tratarse de una persona distinta. Ahora, la señora Wells que en Oxford echaban de menos, no estaba disponible, no recibía a nadie. No me reconocía en ella. Me había imbuido de una personalidad distinta, trataba de recuperar algo que había dejado atrás muchos años antes y cuya pérdida no soportaba.

Me froté el dorso de la mano como si todas esas ideas me escocieran en la piel y medité, con la misma velocidad que había convocado esas imágenes del pasado, que ya era demasiado tarde para volver. Tío Ferdinand no debía saber los peligros que corría, porque ya no podía evitarlos. Había acudido allí en un momento de debilidad, pero no iba a renunciar a la esperanza tan fácilmente. Supe enseguida cómo actuar. Evitaría mencionar el espionaje o mis últimos encuentros con cadáveres y disparos. La índole de mi misión era tan peliaguda que no quise alarmar al buen oficial, hombre demasiado atareado para cargar sus hombros con más preocupaciones.

Sólo hablé de encontrar una estatua recién descubierta, un hallazgo arqueológico que el Museo británico perseguía. Ofrecí así a tío Ferdinand la versión oficial de mi cometido, la que siempre usaba con los neófitos. Pero el coronel era viejo zorro, demasiado avisado de las tretas del mando y el trato con los hombres de toda laya para percibir el matiz nuevo en mi actitud, pues ahora fingía ligereza, cuando días atrás lo llamé con órdenes perentorias.

–Está bien, está bien –dijo levantando las palmas de las manos para

detener mi parloteo, y sonreí encantada por su prudencia—. No me lo cuentes. Sólo te pido que seas cauta y tengas cuidado. Y sobre todo, pequeña, oye mi consejo de hombre que ha batallado algo en el mundo. Si aceptas la veteranía de estas canas como consejera, date prisa en cumplir tu misión y vuelve pronto a Oxford. Saber que estás de vuelta en casa, me rejuvenecería cinco años y eso se agradece a cierta edad, ya lo creo.

Me apresuré a cambiar de tema para que no se afligiera y le pregunté por qué habían habilitado el viejo edificio de Bentley. El coronel, aún apesadumbrado por mi reticencia desusada, que le confirmaba que el asunto era grave, no quiso prolongar tampoco sus preocupaciones. Ya no era una niña y él debía confiar en mi criterio. Tratando de recuperar su buen humor, me mostró el mapa de Inglaterra que había en la pared y mostraba la isla, atiborrada de cifras y nombres en medio de un mar azul turquesa, cuadrulado con esos paralelos y meridianos que la cartografía regala siempre a los soñadores.

—¿Ves esta isla venturosa de aquí? —bromeó—. ¿La reconoces? Este anillo de oro, esta corona de reyes, este alegre jardín del amor y sus esporádicas secuelas. ¿O tendré que darte pistas?

—Me hago una idea, sí.

El coronel se había puesto de pie y señalaba con el brazo extendido los lugares, como un profesor. Era muy fácil adivinar su costumbre castrense de impartir instrucciones a los pilotos antes de las misiones.

—¿No te has preguntado nunca cómo nos las ingeniamos para interceptar los aviones enemigos que nos atacan? ¿Cómo los detectamos y decidimos el número de cazas que dirigir contra ellos?

—Pues no, la verdad... Supongo que tenéis vigías o algo así.

—Algo así —sonrió el coronel.

Me explicó que, a lo largo de la costa sur de Inglaterra, se habían instalado torres de radar que detectaban las incursiones aéreas enemigas. Se llamaba la cadena de la patria. Tras esta primera barrera había otros lugares

de observación. Todos ellos comunicaban telefónicamente al cuartel general de Londres los avistamientos de enemigos. Previendo así su número y dirección, el Cuartel General de Cazas decidía qué patrullas más cercanas podían interceptar los aviones enemigos y ordenaba a los aeródromos de cada sector su objetivo.

Los radares eran torres de ciento diez metros de altura. Parecían vulnerables, pero demostraron ser resistentes a los bombardeos. Resultaban dianas pequeñas, desagradables; los pilotos tendían casi instintivamente a cambiar de dirección cuando veían una masa de alambres que se acercaba y, al ser barras de acero al descubierto, no recibían de lleno la carga explosiva, sino que dispersaban su impacto. Su parte más vulnerable eran los alambres y equipos, pero resultaban más fáciles de reparar que las propias torres.

–Estupendo –admiré lo ingenioso del sistema–. ¿Y dónde está ese cuartel general donde reciben esos datos y pasan todas esas cosas importantes?

–Lo estás pisando en este momento, querida. Es este edificio. Hemos elegido un lugar tranquilo y apartado de Londres para que los alemanes no sospechen. El mariscal del Aire Dowding tiene su despacho arriba. El es el máximo responsable... Bueno, él y otro cabeza dura, Parks... Por supuesto, lo que acabo de contarte es secreto. Nadie debe saberlo.

Tal vez por distraerme de mis problemas o por retenerme a su lado un poco más, tío Ferdinand me llevó hasta una sala de operaciones que presidía una gran mesa con un mapa de Inglaterra de varios metros, donde unas chicas de uniforme colocaban miniaturas de aviones rojos y negros, usando largos palos, como los crupieres de un casino. A su vez, otros soldados de ambos sexos recibían llamadas sin cesar a su alrededor y les comunicaban los cambios. Cada avión llevaba un cartelito con el número y el rumbo que seguiría. Esa pantomima de batalla de sobremesa permitía al alto mando hacerse una idea de la situación a un simple golpe de vista en cada momento. Se trataba de adivinar los movimientos y maniobras enemigos para adelantarse a ellos. Fácil era ver que todo el aparato táctico de la defensa dependía de ese centro. Me maravillaba de lo hábiles que habían sido los jefes de la Armada a la hora de aprovechar sus escasos recursos en una empresa tan descomunal como la defensa de la batalla de Inglaterra. El propio Churchill visitaba la sala a menudo.

A cada instante, algún teniente u otro subordinado reclamaban la atención del coronel Osborn con nuevos partes e instrucciones y aunque él les restaba importancia y los demoraba para luego, adiviné las urgencias que lo reclamaban y no quise entretenerlo más tiempo. Me despedí de él lo más alegremente que supe, invitándolo a visitarme pronto en Oxford, aunque a mí misma me resultó vacía la mención del lugar. Pero insistí en que debía ver a mi pequeña Iris.

—Claro que iré a verla. Me comportaré como un viejo chocho y babearé lo que haga falta, Emmy —dijo, y trató de no entristecer su noble semblante cuando sostuvo mis manos con fuerza—. Ten mucho cuidado...

El avellanado piloto que había comandando una escuadrilla de cazas en la primera guerra mundial y ostentaba en el pecho condecoraciones que se me antojaban recuerdos de sus viajes, temía por mí. No se había atrevido a impartirme manidos consejos, prefirió dejarme ir con su bendición. Era cuanto el viejo se creía capaz de ofrecer a su testaruda sobrina.

*“Tras viajar por el mundo, lo más común que he encontrado en toda la gente es el deseo y a la vez la imposibilidad de ser feliz. Y es un ansia invencible postergada por una absoluta incapacidad. No sé, tal vez si estuviera en nuestras manos conseguirla, ya no querríamos.”*

*Cuaderno de Alonso*

*Bando*

Ver a tío Ferdinand removi6 aún más los recuerdos. Pero no quise extraviarme en ellos. Si algo nos enseña el pasado, es que hay que seguir adelante, como sea, a toda costa. Yo había venido a recuperar el presente, a remodelar mi vida a partir de aquí. Si es que me atrevía a tanto, si reunía fuerzas. Era en esa duda, en esa cuerda floja, donde me encontraba.

En mi estado de ánimo, no hubiera soportado otra escenita con la señora Bellyard. Prefería ver a Vivien en la Cueva del Comodoro y saber qué había hecho desde que se fue la otra tarde del café Madrid, ése de los carteles tostados con broncos toros. Si días atrás me hubieran dicho que preferiría tratar con una contrabandista antes que con unas señoras honorables, no lo habría creído, lo habría considerado insultante.

Cuando Vivien me abrió la puerta, me espantó. Tenía el rostro magullado. Un moratón en la mejilla izquierda se oscurecía bajo el ojo y el párpado algo hinchado se cerraba ligeramente, deshaciendo la simetría ovalada que tan bella hacía su cara. Los labios pálidos retenían menos color que los ojos, enrojecidos por haber llorado. La bata con que me recibía, el pañuelo arrugado que apretaba en su mano, indicaban que no estaba para visitas.

No atendí las excusas con que trató de disuadirme de pasar y entré. Me sentía responsable de aquella joven que se había portado tan generosamente conmigo. No quise dejarla sola e insistí en hacerle té o manzanilla, en llamar al médico si era preciso. Pero una alterada Vivien exclamó que nada de médicos. Volvió a la mecedora que noches atrás me había acogido, al lado de la estufa barriguda, en el mismo salón cuyos muebles ensabanados surgían como fantasmas del hogar. Definitivamente aquella era la butaca del dolor.

—¿Quién te ha pegado?

Vivien negó con la cabeza y rehusó mirarme: no quería hablar de eso. La conjetura no podía ser más clara.

—Ha sido Dorian... —acusé en voz alta y, como no me devolvió la mirada, me enfurecí ante la evidencia—. ¡Maldito cobarde!

Más que miedo, sentía preocupación por el porvenir que le esperaba a la muchacha si persistía en unirse con ese cafre. Como quería ayudar de algún modo, la muchacha aceptó que le preparase un té, esperando mantenerme ocupada y que así no le hiciera más preguntas. Calenté el agua en el fogón de la cocina. Me bastó ver el agua vibrar bajo el calor del hierro colado para recordar que mi amiga había estado temblando, mientras me ocupaba de clamar por la justicia. Así no le estaba ayudando a recuperar el ánimo. Tenía que relajarme. Alguna vez me habían dicho algo así, cuando me impacientaba con la pequeña Iris. Ser más una madre y no una fiscal. Comprensión, paciencia y caridad, eran las palabras que siempre me recetó papá para tratar con la gente, aquel hombre valiente y trotamundos que se retiró a las aulas para reposar de la vida.

Al volver al lado de Vivien, me estaba esperando con su argumento, reclinada como un rey vencido se sujeta por última vez a su trono:

—El me quiere... —su voz sonó más implorante que firme, mientras se cubría la mejilla herida con sus finos dedos—. Pero a veces se enfada. No podemos estar siempre de acuerdo ¿no?

—Ya. Una pelea de enamorados... —dije. Me dolió mi propio tono de voz. Debía controlarme.



–Tiene muchas preocupaciones. Es un hombre al que nadie ha ayudado nunca, que ha tenido que hacerse a sí mismo. Por eso, no podemos juzgarle.

–No ¿verdad? Pues se ha hecho a sí mismo un granuja. Un matón de barrio; eso es tu Dorian.

Bastó que las palabras salieran expelidas de mi boca para arrepentirme de haberlas pronunciado. Siempre ocurría así. Pero esta vez no sólo estaba poniendo el dedo en la llaga de una amante maltratada. De pronto cavilé en que mi propia seguridad estaba en manos de aquella joven enamorada, que parecía capaz de soportar todas las humillaciones de su amante. Nada impediría que le diera cuanta información pidiera su amo y señor a cambio de unas carantoñas. La triste realidad era que, a pesar de apreciarla sinceramente, no podía fiarme de Vivien porque, aun sin pretenderlo, podía traicionar mi confianza. Estaba claro que aquel mandarín había golpeado a la muchacha por ponerle en contacto con una entrometida, a la que había llevado hasta sus cercanías.

–Te ha pegado por mi culpa ¿no es cierto? –pregunté.

Vivien no se atrevió a responder y aminoró su malestar para enfundarse en una aparente desgana, como si mi insistencia le aburriera, pero su silencio contrito resultó más amenazador que todas las palabras que pudiera haber dicho. Ambas entendimos esa negativa a hablar; por eso Vivien se sobrepuso al abatimiento y buscó un resorte de salida.

–A Dorian no le gusta que vaya haciendo favores a cualquiera. Tiene que andar con ojo, porque vive rodeado de enemigos. Eso es todo –lo justificó–. También se preocupa por mi seguridad ¿entiendes?

No me atreví a insistir. Demasiado sabía ya que Dorian andaba a la caza de la estatua, aunque me lo hubiera ocultado. Ella era la confirmación palpable de que, por simple azar, me había acercado mucho a la cabeza de Diana y estaba sobre la pista correcta. Casi me dio miedo mi propia clarividencia. Pero, sobre todo, temía por mi integridad física. Si Dorian golpeaba sin miramientos a una cómplice imprescindible, ¿qué le haría a un simple obstáculo como yo?

Dejé que la meliflua lengua de Vivien cantase las bondades de su amado. La desdichada incluso se atrevió a elucubrar una versión edulcorada del brutal correctivo que el bribón le había aplicado, como si alguien que la amara pudiera golpearla así. Impresionada por la ceguera del amor, por la capacidad alucinatoria de ese sentimiento, me pregunté si no sufriría también yo sus síntomas, porque me obstinaba en buscar a Alonso Bando, cuando él nunca regresó a Oxford por mí.

Las incertidumbres del amor cesaron al unísono con un reloj de pared, que saludó solemnemente a las seis de la tarde. No debía arriesgarme a permanecer en la Cueva del Comodoro toda la noche. Dorian podía aparecer en cualquier momento y complicarme la vida hasta extremos inusitados.

—Lo mejor será que me vaya —anuncié.

Vivien se aturrulló en su chal, casi con un refunfuño de abuelita, deseando que las cosas hubieran salido de otro modo, hasta que una idea la iluminó.

—Ya no me acordaba de que hoy es jueves. Porque lo es ¿no? Los jueves, Dorian acude al boxeo... Las apuestas le dan mucho quehacer. No vendrá en toda la noche.

Agradecí la espontaneidad con que me ofrecía un acomodo precario, inestable, pero de corazón. Aunque sólo acepté la invitación para tener ocasión de prepararle a la chica una cena casera que no podía hacerle ningún daño. Su estómago bohemio estaba demasiado acostumbrado a piscochis y bocados fríos en saraos y clubes, regados siempre con champán y vino. Una dieta sana debía reportarle mucho bien. Improvisé un caldo de pollo con los pocos alimentos potables que hallé en esa cocina preparada sólo para confeccionar refrigerios. Pero pensaba en Dorian, en la posibilidad de que, sin pretenderlo, hubiera pulsado la tecla correcta y estuviera más cerca de la estatua y de Alonso Bando de lo que pude imaginar.

Para saberlo, tenía que volver a aproximarme a él sin ser vista y espiarlo. Y la ocasión la pintan calva. No había mejor lugar que un combate de boxeo, camuflada entre la muchedumbre del público. Así tendría ocasión de observar sus actividades y a sus cómplices. En la ventana repiqueteaban las gotas de

lluvia, que caía a rachas, impidiendo cualquier ataque de la aviación nazi. La noche que caía, se mostraba propicia al intento desesperado que concebí. Con aire casual, acompañé a Vivien, medio adormilada en su mecedora, y le comenté que nunca había ido a un combate de boxeo.

–...Me gustaría ver un torneo. Se dice así, ¿no?

–Le dicen de todo. Pero la palabra que más le cuadra es tongo.

–Pero no sé dónde se celebra.

–Oh, está junto al cementerio de Hampstead Head. De hecho, también le llaman El cementerio... Ya sabes, humor negro. A veces los púgiles son más brutos de lo que aparentan (que ya es decir) y alguno resulta malherido. Incluso alguno cayó muerto alguna vez. Qué animales son los hombres. Si los dejáramos solos, se arrastrarían por el suelo.

La información descorrió el velo de mi ignorancia. De modo que ese local apodado El Cementerio había sido el lugar de reunión y no el pobre osario que yo había visitado, mal aconsejada por el capitán. Aunque semejante error quizás nos hubiera salvado la vida, alejándonos de los disparos esa mañana. Fuera como fuese, aquello debía aclararlo. Sir Billy y Curtis se habían citado en aquel lugar al que ahora iba a acudir Dorian. Si allí no resolvía nada, mejor haría en abandonar Londres cuanto antes. Cómo me hubiera gustado contar con la protección del capitán Laredo. Pero no me quedaba tiempo para pensar. Si quería desentrañar alguno de los misterios que manejaban aquellos hombres, debía actuar enseguida.

Hice cuanto pude para que Vivien se sintiera cómoda y no se preocupara. Hablamos de naderías y dejé que la chica subiera a acostarse, una vez cenó. Fingí quedarme abajo a fregar los platos, pero sólo esperé que pasase un tiempo prudencial antes de salir sin ser advertida. Los combates debían empezar a eso de las ocho, según la información de la muchacha. En el vestíbulo de la entrada, me subí las solapas del abrigo para ocultar parte de la cara.

No estaba por allí el Chrysler azul de Vivien. Tal vez fuera ése el que participó en la batalla campal del cementerio, lo que implicaría a Dorian

directamente. No se me ocurría quién más podía usar el coche de mi amiga. Descerebrada, desesperante amiga que no parecía conocer las consecuencias de sus actos y los peligros a que la exponían sus socios.

Apenas había caminado unos pasos por la acera, cuando un taxi aminoró su marcha al pasar junto a mí. El conductor bajó la ventanilla y preguntó si necesitaba que me llevase a algún sitio. La actitud descarada del famélico taxista, cuyas mejillas parecían buscar la dentadura en su interior para adherirse a ella, a quien el uniforme y la gorra venían grandes, como si al ponérselos lo hubieran consumido para crecer a costa de su sustancia vital, me intrigó. Reposaba el brazo sobre la portezuela, en actitud muy poco profesional, y se atrevió a sonreír con insolente laxitud, adelantado el mentón hasta casi rozar el brazo.

Miré en todas direcciones. La calle dormitaba en el más grisáceo olvido. Si alguna vez el día había poseído color y calidez, la noche los ocultaba como mercancías demasiado valiosas para exponerlas a la intemperie. Sus únicos herederos eran unos destellos de farolas negras que parecían carbonizadas, a cuyo rescoldo las fachadas languidecían con el abandono de la vejez, con ese malestar de los objetos abandonados a su suerte.

—Lléveme a Hampstead Head —dije, abriendo la portezuela trasera del coche— ¿Conoce un lugar al que llaman El Cementerio?

—¿El matadero de Hamsptead? ¿Cómo no? —respondió, dándose un coloquial golpe del dedo índice en la visera, que le hizo descubrir una frente tan pegada al cráneo como un guante reseco.

Empezó a rodar el coche hacia su destino y en todo el trayecto no dejé de vigilar con sigilo al hombrecillo. Su cuello rojo y cuarteado como el cuero, su pelo fino y negro como ala de cuervo y aquellos pómulos, puro diseño de la calavera, en la que los ojillos hundidos brillaban como única concesión a la vida, a una vida desabrida por la expresión que mostraban de astucia, llenaban de malos augurios mi imaginación. Temí que fuera un espía de Dorian que, después de golpear a su novia, la hubiera hecho vigilar. Alarmada por esta suposición, me guardé de hablar con el taxista que, a cada rato, se asomaba al retrovisor y me obligaba a esquivar su mirada.

Ni siquiera habló del tiempo o de los partes de guerra, conversaciones que, hasta donde había comprobado, copaban todos los taxis. Lo único móvil en su persona eran los ojos y las huesudas manos, cuyos nudillos mantenía fijos al volante como garfios.

La noche se había derramado, hecha añicos. Luces fugaces y reflejos dolorosos alborotaban el mundo con feroz resistencia a la negrura. La calle de Hampstead Head estaba muy concurrida. Los obreros, que vivían hacinados en las plantas altas de las tiendas y almacenes que asomaban sobre las marquesinas de los rótulos, salían a tomar una cerveza, y las madres que no habían huido de Londres por imposibilidad económica, paseaban a sus hijos por las aceras o les enviaban a comprar a las tiendas, o a pasear al perro. Empleados jóvenes llevaban a sus novias de la mano a algún cine y los adolescentes merodeaban en pandillas, a la caza de novedades. El cementerio que por la mañana tanto me había asustado, a esa hora sólo suponía un paredón de ladrillos terrosos que bien podía pasar por la tapia de un convento o de un jardín abandonado.

En la acera de enfrente se abría un estrecho callejón por el que algunos viandantes entraban. El taxista lo señaló con su índice fino como un lápiz. Suspiré de alivio cuando escapé de su jurisdicción. Caminé por la acera, tras un par de obreros que vestían chaquetas con coderas. Iban sin prisa, con las gorras hacia atrás y las manos en los bolsillos. Los seguí hasta el callejón, que se ensanchaba para ofrecer espacio a la fachada de una bodega. No había letrero y sólo un portalón de madera interrumpía las hileras de ladrillos bermellones que una farola vigilaba. Los parroquianos pagaban las entradas a un hombre corpulento de nariz rota que tenía aspecto de viejo púgil. Un tipo sonado de esos a los que se convida siempre para reírse de sus torpezas y compadecerlo por su perdida gloria. Le apodaban Campeón con sorna masculina, directa. Le pagué mi entrada y el gigantón blandió en su manaza las monedas para contarlas con sus dedos de salchicha, antes de sonreír sin dientes y dejarle pasar, no sin destocarse la gorra, lo que dio lugar a que un gracioso dijera que Jimmy el Campeón tenía modales de galán de cine.

Me abrí paso entre grupos de apostadores, que comentaban en una jerga propia las expectativas de los púgiles, sin que faltaran risotadas, palmadas y apretones de manos para confirmar los tratos. El humo de tabaco envolvía el

interior como una atmósfera propia y apenas dejaba ver las bóvedas de la bodega.

La concurrencia se agolpaba en las gradas provisionales ante un cuadrilátero vacío, donde sólo una lámpara central, suspendida a dos metros de altura de la lona, enfocaba las volutas azules del tabaco. Entre los estibadores y obreros, se distinguían soldados acompañados de sus chicas, marineros y señores vestidos con chaquetas limpias, posiblemente tenderos o jubilados. También acudían tipos inquietos y canijos, con aspecto de buscavidas o rateros de poca monta, que parecían dispuestos a apostar la vida por una esperanza de beneficio.

Chicos de caras sudorosas repartían bebidas y un par de mujeres vendían cigarrillos, recibiendo las bromas y achuchones de los clientes con un sentido del pudor exasperante.

Elegí un rincón junto a una de las gradas para otear entre la concurrencia. La aspereza general se convirtió en aclamación al salir los boxeadores del vestuario. Vi de cerca sus horribles caras aplastadas bajo una mata de pelo cortado casi al cero. Brillaba su piel recién duchada y avanzaban flexionando mucho las piernas, haciendo balancearse las batas brillantes que colgaban de sus hombros como gorilas cansados. Los custodiaban orondos entrenadores en mangas de camisa que resoplaban tras enormes cigarros y otros tipos de caras desconfiadas que lucían gemelos de oro y caros sombreros de fieltro.

No pude dejar de seguir con la mirada a la comitiva. Subieron a la plataforma los contrincantes con sus entrenadores y, cuando les quitaron las batas, mostraron sus cuerpos llenos de magulladuras bajo la luz cenital de la lámpara. El presentador, con una flor amarilla en el ojal y un bigotito podado para reducir su grosor al de un cordón de zapatos, sin dejar de mascar chicle, dio la bienvenida al público. Luego presentó a los púgiles: a su derecha, el toro de Salisbury, ganador de seis torneos y hacedor de un K.O. terrorífico que dejó a su rival a las puertas de San Pedro. El luchador alzó los brazos para recibir el clamor de vítores. A la izquierda, un hombre más bajo y corpulento, con cuello de bisonte y pelo al cepillo, que respondía al apodo de Sangriento Rudy (Bloody Rudy) y hacía honor a su nombre con una mirada feroz. Se estudiaron ambos con desconfianza y sus entrenadores,

incorporados a sus pueros, parecían azuzarlos a odiarse más. A instancias del árbitro, chocaron los guantes en señal de saludo.

Sonó la campana con un agudo timbre que volteó en las bóvedas con un eco fáustico y vibrante, casi de ensoñación mística, que apenas sirvió para que los orates se desgañitaran y los contendientes comenzaran a dar saltos y alzar los puños para atacarse, observados de cerca por un árbitro avejentado y mofletudo, de piernas ágiles, que se movía alrededor de ellos como un satélite desbocado. Aparté los ojos cuando, tras unos previos tanteos, comenzaron a golpearse con saña bestial, jaleados por el vaivén vociferante. Volví la cara hacia los espectadores para buscar a Kildrake o a Dorian. Había un sector en el graderío de enfrente donde parecían concentrarse las damiselas más maquilladas y coquetas, acompañando a tipos de trajes caros y jóvenes aristócratas de esmoquin y pajarita, que disfrutaban de lo lindo al mezclarse con el populacho.

Tras una larga panorámica, me topé con el rostro ancho y minucioso de Dorian, que me miraba desde un asiento de primera fila, escudado entre periodistas deportivos que menudeaban sobre sus blocs de notas y sujetaban cigarrillos en las orejas. Su mirada tenía la más socarrona perplejidad. Era como si no le sorprendiera en absoluto encontrarme allí, a la vez que se felicitará por ello. Di un respingo para alejarme cuanto antes. Justo en el momento en que volvía la espalda, distinguí, en otro ángulo cercano al cuadrilátero, a un pesaroso Sir Billy Kildrake, también desentendido de la pugna en la lona, ocupado en hablar con alguien sentado a su lado, cuyo rostro cubría un sombrero tan eficazmente que no pude identificarlo. No me detuve. Sorteé los corrillos de espectadores, pero antes de llegar a la salida, se interpuso el gran cuerpo de Dorian, con su largo abrigo y su sonrisa de más allá del mal.

—Señora Osborn, qué tremenda casualidad, más bien endiablada, diría yo —me saludó con la alegría congelada en los gruesos labios. Me atenazó del brazo con su mano derecha—. Me encantan las sorpresas, ¿no se lo he dicho nunca? Sí, sobre todo, lo que prefiero es darlas. Pero venga por aquí, no pondrá reparos a una charla entre amigos, ¿verdad?

Sin más cortesías, me tiró del brazo como a un muñeco hasta el vestíbulo que se abría cerca de la entrada, donde se alojaban una cabina

telefónica y los vestuarios. En aquel pasillo alumbrado por unas bujías cansinas, quebrado de pintura y en bancarrota de limpieza, se extendía un banco de madera que parecía robado de alguna iglesia cercana (tal vez de la capilla del cementerio que prestó el nombre al local) y en ella me sentó Dorian por la fuerza.

Un reportero, con notas prendidas en la cinta de su sombrero y los puños de la camisa manchados de tinta, telefoneaba desde una cabina y se oían sus palabras a través de un cristal que no existía.

—No quiero sacarte los cuartos, Mike, pero es tu oportunidad —repetía—. Cincuenta machacantes y te lo pondré en bandeja para el mes que viene. Convertiré a ese saco de pulgas en el aspirante al título más famoso de los que tienes en tu cuadra. Sí, y en menos que canta un gallo. Vas a ganar más pasta de la que sepas contar. Pero los necesito ahora, idiota. Vamos, ¿qué me dices? Te hablo de un caballo ganador...

Dorian acogió esta interrupción con un módico arqueamiento de cejas que mostraba la amplitud de su comprensión por las debilidades humanas. Se permitió soltar mi antebrazo y acercarse al periodista. El tipo, sucio, sin afeitarse, movió sus ojos de borracho hasta la figura de Dorian, que con su gran corpacho le hacía parecer un pelele. Dorian se limitó a mover una ceja y a señalar la salida con el pulgar.

—Te dejo, Mike, piénsalo bien y no seas imbécil... —dijo el tipo, a la vez que colgaba el teléfono y sonrió con rastrera sumisión. Debía conocer a Dorian y su estatus allí. Una vez solos, Dorian insistió en ofrecerme una ligera mueca de vuelta de todo.

—En este mundillo dejamos que cada cual actúe a su modo... o casi —susurró—. Es lo que yo llamaría libertad de empresa.

Se sentó junto a mí, gesto que en nada me tranquilizó, porque su imperturbable calma era la máscara más falsa que había conocido. Dijo tener cuentas que aclarar conmigo y que no me dejaría salir sin hacerlo. Yo no sabía cómo escapar. Había sido una estúpida creyendo que pasaría desapercibida entre la multitud. Los hombres como Dorian tenían ojos y oídos en todas partes y no le faltarían chivatos. Posiblemente estaba al cabo



de la calle de mis movimientos.

Pero no tenía prisa. Oyendo las aclamaciones del público, encogió sus labios con desdén.

–Oyelos... Son como gusanos arrastrándose. Sólo están medio vivos. Malgastan el tiempo en cualquier oficio mal pagado y de noche se meten en un garito o cualquier agujero de éstos para creer que hacen algo emocionante. Los pobres no saben que sólo vienen para llenarme los bolsillos.

No respondí. Aquel brillo de desprecio en su cara no auguraba nada mejor para mí.

–Bien, señora Osborn, desde que nos vimos ayer, han pasado algunas cosas –suspiró, como si hubiera llegado a una benéfica conclusión. Su calma era lo peor, me desquiciaba de pánico.

–No puede retenerme aquí. Sé lo que le ha hecho a Vivien. Es usted un canalla –le acusé. Si la mejor defensa era el ataque, debía mostrarme firme y resuelta. Era mi única opción para esquivar sus amenazas.

–Bah, peleas de enamorados... –sonrió con aburrimiento de dos días–. Ya sabe cómo son estas cosas... Primero se discute, hay cierto acaloramiento, no lo niego... y luego llega la reconciliación.

–Me está reteniendo contra mi voluntad –protesté.

–¿Es que no pueden hablar dos viejos amigos tranquilamente? Vamos, Emma, no sea tan quisquillosa. Toda una testigo de asesinato no debería amedrentarse por cualquier cosa...

–¿Cómo sabe eso? –pregunté, alarmada.

–En muchos aspectos, Londres funciona como una aldea. Los chismes y cuentos vuelan. Ya le he dicho que en este mundillo cada uno sabe cómo moverse y yo sé dónde tengo que poner la oreja para cazar las noticias.

Dorian me agarró entonces de la muñeca con fuerza.

—En cierto modo, su presencia en el lugar de los hechos —y decía esto como si el dolor y el miedo humanos fueran simples quimeras y él jugara con ellas como un experto mago— me confirma la sospecha que tuve al principio de que iba a resultar una personita muy curiosa.

La tenaza sobre mi muñeca se cerró más y empezó a torcerla.

—Supongo que esas aventuras de ayer le dieron ocasión de hablar con la policía. Y me pregunto qué es lo que les habrá dicho. Qué es lo que saben en Scotland Yard sobre esos hechos que comentamos aquí, tan alegremente.

Me quejé y empecé a doblar el cuerpo en la dirección que el brazo torcido pedía.

—¿Qué quiere que sepan? —contesté con voz dolida—. Que mataron a un hombre de un balazo.

—Ya. ¿Y qué más? ¿Qué encontraron? Si estaba con la pasma, vería cómo registraban la covacha. Y siendo tan lista como parece, seguro que no se daría un disgusto a sí misma, negándose a contarme lo que encontraron. A ver... ¿qué encontraron? —retorcía más la muñeca y mi escorzo se pronunciaba, prácticamente agachada sobre las rodillas—. No sea tímida, sé que está rabiando por decirme lo que vieron allí. ¿Qué encontraron de valor?

—Aparte de la vida de un hombre, nada —respondí con un temblor en la voz. No quise mencionar el cuaderno de Alonso Bando que a nadie importaba. Y menos aún la estatua. Mentarla era involucrarme para siempre en sus manejos. Y quizás Dorian aún no sabía lo que buscaba con exactitud. No quería ser yo quien le diera pistas. Resistiría el dolor cuanto pudiera, pero el problema era que no aguantaría mucho más.

Dorian no se conformaba con mi respuesta y negó con la cabeza, casi con lástima, como si culpaba a la situación por obligarle a hacer lo que no quería.

—No me pones las cosas fáciles, nena. He intentado razonar pacíficamente como un buen amigo, pero no me estás ayudando. No voy a tener más remedio que emplear otros métodos para que desembuches.

–Le estoy diciendo la verdad –exclamé, alzando la voz suplicante–. ¿Qué esperaba que encontrara en una buhardilla zarrapastrosa como aquella? Sólo vi a un hombre muerto en el suelo. La policía llegó enseguida y no encontraron nada, aparte de ropa vieja.

La garra sobre la muñeca torció aún más mi mano y lancé un grito de dolor.

–Suélteme, le digo que me suelte –imploré y ordené, todo a la vez.

Dorian me levantó, sujetándome de ambos brazos.

–¿Para quién trabajas? Dímelo... ¿Quién te ha enviado? ¿El español? ¿Curtis? ¡No tengo todo el día, estúpida!

Abrumada como estaba por no lograr zafarme, sentí sin embargo un repentino deleite al escuchar la mención del español. ¿Sería Alonso? ¿No confirmaba aquella pregunta que él andaba por allí, en busca también de la cabeza de Diana? Esa sensación fulminante de esperanza brilló como una luciérnaga, como una estrella lejana. Pero me urgía escapar. El problema era que nadie podría oír mis gritos con el clamor de la muchedumbre de fuera. Además, Dorian parecía intocable en aquel tugurio, ¿quién se atrevería a defenderme? Tironeé de él, gritando que me soltara, pero sujetó mis muñecas con la mano derecha y pareció dispuesto a golpearme con el dorso de la izquierda, sin atender, o más bien aguijoneado por mis lamentos y protestas.

–Habla de una vez ¿Quién te ha mandado venir?

En ese momento, una sombra apareció en el pasillo, aunque apenas le vi los zapatos, retenida de espaldas a la puerta bajo la férula del maltratador.

–¿Interrumpo?

Dorian se giró lo suficiente para yo también volviese los anhelantes ojos. La escasa claridad de la bombilla mostró el traje negro y las facciones del capitán Laredo, que caminaba con despreocupada calma hacia la cabina telefónica y parecía buscar en un bolsillo del pantalón una moneda para meterla por la ranura del aparato.

–Tengo que hablar con mi mujer. Si no le digo dónde estoy a esta hora se pone hecha una fiera... Ya sabe cómo se las gastan las esposas celosas. Quieren llevar la cuenta de todo lo que uno hace.

Se comportaba con tan desenvuelta tranquilidad que se hubiera dicho que contaba la verdad. De hecho, Dorian no tuvo ningún motivo para dudar de él. No lo conocía.

–Márchese, amigo. Interrumpe una conversación privada –la violencia de sus ojos y su ceño iracundo se imponían sobre su estrecha nariz y afirmaban en su rostro una férrea determinación.

–¿Privada? Pues entonces no se queden aquí, hombre... ¿Por qué no eligen otro lugar para sus juegucitos? –respondió Laredo con una impertinencia espectacular. Pero cambió de actitud. Sacó la mano del bolsillo y se interesó por la escena que protagonizábamos—. Eh, ¿qué pasa aquí? Señora, ¿este hombre le está molestando?

–¿No me ha oído? ¿No sabe quién soy? –le amenazó Dorian, sin el menor atisbo de ironía, pero soltándose al fin.

–Ni falta que hace. Yo hablo con cualquiera –fue la respuesta de Laredo, que abandonó su actitud casual y se encaró con Dorian.

Ambos hombres se mantuvieron frente a frente a un metro de distancia. El porte de ambos era tan vigoroso que temí que se abalanzaran uno contra el otro y derribaran todo cuanto había en el pasillo, haciéndose añicos los dos. La mirada de Dorian echaba chispas, pero como su contrincante no se amilanó ni movió un músculo que mostrara la menor señal de impresionarse, su resolución flaqueó. Por un momento había apretado los puños y creí que comenzaría la tormenta de golpes. Entonces los gruesos labios del tipo se ensancharon en un amago de mueca burlona.

–Tengo la sensación de que volveré a verle, extranjero. Por cierto, ¿qué es? ¿Italiano... español?

–Decídale usted.

–La próxima vez, no le será tan fácil salirse con la suya.

El capitán recibió sus fanfarronadas con imperturbable continente. Demasiado ocupado estaba en estudiar cualquier movimiento en falso del adversario. Dorian entonces me lanzó una fugaz ojeada y una sonrisa cínica le curvó los labios.

–Una escena conmovedora: el valiente caballero rescatando a la dama en apuros. Me ha emocionado, de verdad. Bravo.

Se alejó con pesada autoridad hacia la puerta y se embauló un chicle del bolsillo de su largo abrigo sin el menor asomo de lo que pensaba en realidad.

–La conversación empieza a aburrirme. En cuanto a usted, forastero, no sabe dónde se ha metido, pero tendrá tiempo de arrepentirse, ya lo creo. Y usted, señora, no confíe en la suerte la próxima vez –antes de salir del pasillo, nos apuntó con el dedo índice, imitando el cañón de una pistola, y de esta guisa desapareció con una seca carcajada.

Cuando nos quedamos solos, los ojos de Laredo se volvieron hacia mí con verdadera ansiedad, abiertos como platos, abarcando el círculo completo de su iris azul, que en ese momento adquirió una tonalidad de espliego.

–¿Está loca, señora? ¿Cómo se le ocurre venir aquí sola? No quiero ni imaginar lo que podía haberle pasado... ¿Es que no aprendió nada ayer, cuando se encontró el cadáver de Lucas, ni esta mañana en el cementerio? Estos tipos no juegan. No puede entrometerse alegremente en sus asuntos...

Al verme libre de Dorian, una oleada de gratitud se había asomado a mis labios, pero los reproches y advertencias de Laredo (tan distinto ahora del héroe que momentos antes había sido) congelaron mi entusiasmo. No podía soportar que me riñera como a una niña. Ni siquiera mis padres discutieron nunca mis decisiones y no soportaba que nadie me dijera cómo actuar. Siempre tomaba la iniciativa, de eso me jactaba (incluso cuando dije a Alonso que se fuera sin mí, ultimátum del que tanto me arrepentía). Siempre actué por mi propio criterio y no toleraba injerencias ajenas.

–Me doy cuenta de que he estado en apuros. No soy ciega –intervine para

detener los consejos del capitán, que me irritaban.

–No puede actuar por su cuenta. Debe entenderlo. Si quiere continuar buscándose problemas, lo mejor será que busque ayuda, alguien que pueda protegerla...

–Alguien como usted, supongo –le interrumpí.

Laredo se dio la vuelta, pasándose la mano por el cabello con incredulidad.

–No la entiendo, que me aspen sin alguien puede entenderla –comprobó que la salida del pasillo estaba despejada de indeseables y recuperó su aplomo–. En fin, si ya ha terminado de saludar a los amigos, lo mejor será que nos vayamos, señora Wells.

Acepté y seguí los pasos del capitán hasta la salida. Cuando respiré al fin el aire fresco de la noche, llené los pulmones de libertad y caminé aprisa para alejarme cuanto antes de los oscuros presagios de uno y otro cementerio. Laredo me llevó hasta su viejo coche y salimos de la maldita calle con rapidez. Pero el capitán no estaba tan contento como yo de haber escapado indemne.

–Ahora que nadie nos oye –dijo Laredo, cuyo perfil se recortaba azul contra las escasas luces y faros que rubricaban las calles–, ¿puede decirme quién era ese criminal con el que casi me parto la cara?

–¿Por qué quiere saberlo? –pregunté, más para ganar tiempo que por otra cosa. Aún no había decidido cómo manejar la información que poseía.

–Llámelo curiosidad masculina. Cuando alguien parece dispuesto a sacarme los ojos, me gusta saber a quién le debo el placer.

Me resigné a contestar. Aquel hombre me había salvado la vida o poco menos. No tenía sentido negarle lo que pedía. A esas alturas, era consciente de que la investigación y todo el asunto de la estatua parecían caminar solos, es decir, fuera de mi alcance. En cualquier caso, se me escapaba de las manos y casi diría que me limitaba a pagar las consecuencias

de sucesos paralelos que iban ocurriendo a la vez que los míos, en otra parte. Iba por una calle, pero los hechos relevantes del caso sucedían en otra. Esa era mi sensación. Y necesitaba exorcizar mi incompetencia con la ayuda de alguien tangible, cercano.

—Sólo sé de él que se llama Dorian. Y que le pegó una paliza a una amiga mía para que no se fuera de la lengua. Lo que él llama una pelea de enamorados —me permití la burla. Quería mostrarme sarcástica para que Laredo no notase cierto temblor en mi voz. Aún estaba impresionada por el peligro vivido.

—Genial. Y hace un momento iba a repetir su proeza otra vez... —su forma de conducir con las manos agarradas al volante como si pilotase, también incluía mirar al frente con fijeza, pensando—. De manera que el grandullón también anda tras la cabeza de Diana —se rebulló en su asiento, incómodo—. La existencia de esa cabeza empieza a ser un secreto a voces.

El capitán había postergado una importante reunión para socorrerme. Tenía una cita con Curtis, el tratante americano, en persona. Marchábamos hacia su hotel. Me asombró semejante grado de influencia y lo felicité por el ascenso social que reflejaban sus últimas relaciones. Pero el capitán no tenía oído para las sutilezas en ese momento y se limitó a explicar que había sido una casualidad. Esa tarde estuvo en la embajada española y en una conversación con su amigo, el agregado técnico, el que le había prestado el coche, mencionó su búsqueda de Curtis. El secretario le dijo conocerlo de haber concurrido juntos a subastas de arte y le preparó una cita para esa misma noche en el hotel donde se alojaba, el Imperial.

—Aún no me ha dicho, capitán, cómo pudo encontrarme en el cementerio.

—Ah, eso fue fácil. Cuando la dejé en Bentley Priory, contraté a un taxista para que la siguiera y me telefonara a la embajada si la veía en problemas.

—¿Un taxista? ¿Está seguro de que lo era? —recordé al hombrecillo del traje que le quedaba grande y la mirada pícaro—. ¿Y cómo me reconoció?

—Supuse que en Bentley Priory todas las mujeres irían con uniforme. Sólo le indiqué que era una mujer... —quizás iba a decir bonita, pero se calló, o eso

quise creer. El capitán vaciló un momento, pero retomó el hilo— una mujer que llevaba ropa de paisano, una chaqueta azul y falda gris. Le expliqué que saldría a eso de las tres de la tarde. Me telefoneó hará una media hora y cuando me dijo el lugar donde se había metido salté al coche. Casi me mato en un par de esquinas para llegar a tiempo, aunque por una vez he tenido suerte...

El capitán era sagaz. Y observador; no estaría de más atusarme la falda para que no hiciera arrugas justo entre las rodillas. Hacía tiempo que otro hombre no se fijaba en la ropa que llevaba. O eso pensaba. O es que no me importaban las adulaciones acobardadas de Anthony, sus requiebros de sobremesa...

Miré la noche. Arriba la luna se asomaba con insidia a través de todas las bocacalles, una y otra vez empañaba con su osamenta dorada las ventanillas del coche. La luna podía trabajar como el más eficaz foco de la Luftwaffe, iluminando los objetivos sin descanso. Por suerte, negras nubes navegaban hacia su cénit y se apoderaban por trechos de su brillo, robando al enemigo su poderoso delator.

Sobre la puerta del Imperial, colgaban como pendones hasta una docena de banderas, de las que se había sustraído el pabellón alemán por esa veleidad de la corrección política. Parecían viejas telas puestas a secar o tal vez buitres descoloridos y famélicos a la espera de la presa propicia.

El capitán señaló un Rolls Royce de color marrón claro, casi albero, con sus guardabarros negros como alas de cuervo. Tal vez fuera ese el Rolls que participó en el tiroteo del cementerio. Laredo lo estudió a la escasa luz del recibidor del hotel, buscando quizás algún balazo o rasguño que lo delatara, pero sólo apreció cierto desgaste en las llantas del vehículo. No noté nada. Había poca luz y no entendía de dibujos de neumáticos.

Los esplendores del Imperial se derramaban como el mármol de sus columnas, a través de moquetas y espejos, creciendo bajo las hojas de sus plantas y macetas, o en pequeñas dosis, como los taburetes de un bar reluciente. Nunca había estado en un sitio así, donde las lámparas creaban un silencio distinto y parecía que los crímenes de la guerra no tenían cabida. En aquellos salones de instintos adiestrados y camareros con librea, el mundo



suicida de fuera no tenía lugar. Me sentía insignificante.

Pero no habíamos entrado para admirar la seda ni la caoba. El recepcionista, apoltronado tras la barra de mármol, miró con incredulidad nuestro sencillo aspecto y sólo esbozó el asomo de una sonrisa cuando oyó mencionar al señor Curtis, que nos esperaba. Hizo brillar las gafas doradas al mover la cabeza entre las lamparillas para señalarnos el ascensor. Última planta, ático de la suite imperial. Su voz pausada y suave poseía tal grado de condescendencia que comprobé el botón del cuello de mi blusa dos veces.

Arriba encontramos un pasillo con una sola puerta, del mismo color que las paredes, de nata clara, donde sólo el pomo de plata destacaba. El suelo seguía los dictados de una alfombra roja que conducía inapelablemente a su único objetivo y por él caminamos sin oír nuestros pasos. Incluso nos miramos, tratando de darnos ánimo, antes de aplicar Laredo los nudillos a la puerta.

Abrió un mayordomo, cuya mirada mostraba tal carencia de expresión que parecía anhelar que lo confundieran con el mobiliario. En su calva cabeza, la única profusión de pelo elocuente caía en forma de patillas de color gris que seguían la curva de la mandíbula minuciosamente, hasta morir justo donde terminaba la oreja. Con voz nasal, como si su nariz fuera el ventrílocuo y el resto del cuerpo una mera marioneta, arrastró una sola palabra mirando a los pies de ambos visitantes, interesadísimo en el lustre de nuestros zapatos.

—... ¿Quién? —preguntó.

—Anuncie a Miguel Laredo y a la señora Wells —solicitó un envarado capitán.

Cerró la puerta ante nuestras narices y, sólo tras dar el recado y recibir las oportunas órdenes al respecto, volvió a abrirla, para permitir que le siguiéramos adentro. Fuimos conducidos hasta una sala donde un hombre leía el periódico, medio engullido por un tresillo blando. Su expresión, con las piernas cruzadas y los ojos vacunos entornados sobre el periódico, el Times, poseía un deje de lejanía colonial, pasado de moda. La pose de su mano sobre un vaso donde un líquido cobrizo derretía unos cubitos de hielo, se me antojó sencillamente aristocrática.

Curtis necesitó ambos brazos para alzarse del sofá que lo envolvía y estrechar la mano de sus invitados. Frisaría los cincuenta años. Era un hombre bajo cuyo pelo, de hebra escrupulosamente peinada, caía tras sus orejas en señal de obediencia. Olía a loción seca, en realidad toda la estancia supuraba un fino aroma que mezclaba la madera con el alcohol. Nos ofreció una porción de fórmulas protocolarias y nos invitó a sentarnos frente a él. En medio quedaba una mesita de patas torneadas, sobre cuya superficie de mármol reposaba una bandeja con vasos, un recipiente de hielo y una botella panzuda de whisky que Curtis ofreció, aunque no aceptamos.

Tal vez para encajar mejor en el ambiente, vestía Curtis un traje de franela. Su cigarrillo colgaba de una boquilla y la expresión con que Curtis nos miró era tan indiferente, tan escrupulosamente distante, que parecía haber preferido mil veces seguir leyendo su periódico, como tan apaciblemente lo habíamos encontrado. Se mantenía delgado y se movía con elegancia.

Tras dar una calada a su boquilla, oyó con indolencia la explicación que Laredo se sintió obligado a darle sobre mi presencia allí. Le contó que también yo había sufrido el tiroteo del cementerio y que, como ellos, buscaba la estatua. La noticia no aclaró el semblante de Curtis, que contrajo los ojos en una estrella de arruguitas.

—Me temo que podemos formar un club a estas alturas... —comentó Curtis, tras un corto silencio en que me limité a tragar saliva. Noté en su acento un deje germánico difícil de situar, como un resquicio antiguo. El oído extranjero del capitán no lo percibió. El señor Curtis advirtió mi extrañeza y creyó necesario explicar, desde más allá del aburrimiento, que había nacido en Hamburgo, pero que emigró con quince años a América. En realidad su apellido era Kurtz, pero lo había americanizado para integrarse mejor en la tierra de las oportunidades y gozar del modo de vida de su nueva patria, a base de omitir cualquier interferencia remotamente alemana o semita—. Qué contradicción, ¿verdad? —sonrió levemente—, el alemán y el judío no son los mejores pasaportes en este momento. Actúo por prudencia, ¿sabe?

—Por favor, no tiene nada que explicar —me apresuré a disculparme.

—Quiero hacerlo. Soy un hombre de negocios... pacífico. Me he limitado toda mi vida a servir a mis clientes con diligencia. Si he conseguido algún

ascenso social ha sido gracias al esfuerzo...

—Claro —asentí, sin comprender por qué se enfurecía ese hombre meticoloso.

—Por eso no puedo tolerar... ¡Han tratado de matarme! —gritó—. Ya era duro lo que he sufrido en Londres desde que he llegado, por esos horribles aviones, y las pérdidas que han mermado mis negocios. No me extenderé en las dificultades financieras que nos aquejan a todos. ¡Pero esto es intolerable! Mi única labor es comercial y cuando me dispongo a cerrar una transacción con sir Bernard Kildrake Tercero y me presento en el lugar de la cita... ¡me han disparado!

Si no se levantó, hundido en su sofá mullido, su voz pareció incorporarse y recorrer la habitación con denuedo. Su cara perfectamente simétrica se había arrugado por el enfado. Una ligera rojez envolvía sus mejillas y brillaba en los ojos como si le escocieran. Toda su calma aparente había huido e incluso un remanso de su pelo lustroso se desplomó sobre la frente. Tal vez para apaciguarse tomó un sorbo de su vaso de whisky y se detuvo a observar cómo los cubitos de hielo flotaban.

El capitán trató de calmar los ánimos y afirmó que por ese motivo nos habíamos reunido allí, para unir fuerzas y evitar las artimañas de Kildrake.

El frío gesto de Curtis se había congelado. Rehizo su pelo y evitó mirarme, como se le avergonzara su propio enfado y esto fuera un asunto personal que no debiera traslucirse al público. No estaba acostumbrado a mostrar sus sentimientos ante extraños, menos aún los de rabia y miedo, aunque aún los sentía al recordar el lance del cementerio. Laredo musitó apaciguadoras frases, insistiendo en que la ayuda mutua nos proporcionaría mayor seguridad a todos.

Curtis asintió, con el gesto aún tenso, pero entendiendo que Laredo tenía razón. El capitán se animó entonces a proponer la necesidad de un plan que neutralizara a Kildrake y le hiciera salir de la ecuación, de manera que nos ahorrara nuevos apuros a los demás. Tal vez denunciarlo a la policía.

—No tendríamos pruebas con que acusarle, sólo sospechas —intervino

Curtis.

–Entonces sólo nos queda una opción: tenderle una trampa.

Curtis se tomó su tiempo en contestar. Probó otro sorbo. Luego, sus ojos fueron del licor a mí y de mí al capitán, alternando este movimiento varias veces. Sus ojos eran castaños, pero el reflejo del cristal del vaso le confería un matiz ambarino, como de gato. Bebió un poco más y carraspeó con voz áspera.

–Pero somos tres y sólo hay una estatua. ¿Qué ganaremos cooperando? –enfocaba el problema de su colaboración en términos de resultados, cosa que podía parecer dura, pero que ya había hecho yo cuando acepté la ayuda de Laredo. Aunque, a diferencia mía, él estaba preparado para discutir la cuestión.

–Usted es un mediador, un intermediario a comisión para comprar la cabeza –contestó Laredo con una franqueza que en cierto modo mantenía rígido al señor Curtis–. Si mi gobierno mejora la oferta de su comprador, su prima será incluso mayor. Considéreme un colaborador en sus gestiones. Siempre puede aducir ante sus clientes americanos que Londres es una ciudad en guerra para justificar su fracaso y nadie se lo discutirá. Incluso le agradecerán que pusiera en peligro su vida. Nadie sabría que se había embolsado el dinero... Lo importante es deshacernos del peligro que supone Kildrake.

–De acuerdo, pero ¿y la señora Wells?

Pronunció la frase con voz engolada, pero sus maneras ocultaban en realidad a un mercader egoísta. Laredo no supo qué responder, atado por el cariz monetario de la pregunta. Fui yo quien reaccionó con majestuoso desdén.

–No se preocupe por mí. También mi gobierno hará una oferta –mentí. Ni lo sabía ni me importaba. Sólo me interesaba encontrar a Alonso Bando y, en cuanto al gobierno de su majestad, les bastaba con desenmascarar al Barón. Pero tal vez fuera demasiado nueva en el oficio de mentir. No lo afirmé con rotundidad, como había hecho el capitán. Mi voz flaqueó o la frase se

escurrió de mis labios sin pasar por mis entrañas, titubeando por un breve instante, un lapso demasiado corto para ser apreciado por quien no fuera un entendido. Curtis lo era.

El hombre meditó la respuesta y sus dedos sostuvieron un acompasado tamborileo sobre el moaré del tresillo. Laredo y yo nos miramos, expectantes. Casi le reproché al capitán que me hubiera dejado sola ante la pregunta inquisitorial del tratante, pero por otro lado notaba que sí podía confiar en él, que era un hombre íntegro, y me felicité de contar con él.

—Está bien, así sea —exclamó Curtis con el alivio de quien ha superado un escollo difícil.

Los dos hombres discutieron entonces qué tipo de estratagema debían emplear para cazar a Kildrake. No atendí este aparato táctico, porque me di cuenta de que estaba comprometiendo los resultados de mi investigación al actuar junto a unos sospechosos. Mi cometido era identificar al Barón y la falta de escrúpulos del comerciante me avisó de que un espía hábil podía ocultarse bajo cualquier aspecto.

Pedí un vaso de agua, que el mayordomo me sirvió, apareciendo de la nada y tratando de imitar la inexpresividad de la porcelana. Era como si atravesara las paredes. Las patillas debían haber crecido sin su permiso, pues su cara entre paréntesis ignoraba el énfasis.

Los dos hombres acordaron arrestar a Sir Billy y encerrarlo en unas dependencias que Curtis poseía junto al río, hasta el momento en que apareciera la estatua y pudieran abandonar Londres sin intromisiones. El anzuelo sería una nueva cita con Curtis, en algún lugar público que no levantase sospechas. Finalmente el mayordomo le acercó el teléfono y llamó a su víctima. Esta vez, Sir Billy estaba en casa.

—...No puedo quedarme más tiempo en Londres —decía el mercader con aterciopelada voz de locutor de radio—. Si quiere ofrecerme esa pieza única que dice poseer, citémonos mañana y la veré... Por lo menos, una fotografía... Esta vez quiero quedar en la estación Victoria, en la nave de entrada... A mediodía... Es su última oportunidad si quiere que cerremos el trato... No diga más, mañana hablaremos... Adiós.

Cuando colgó el teléfono se olvidó de cortesías y lanzó a Laredo una mirada furibunda.

–Ni siquiera ha mencionado los disparos de esta mañana, el muy desaprensivo. ¡El canalla! Debe estar muy nervioso si acepta volver a verme. Habrá que tener cuidado.

Se levantó, sin olvidarse de abrochar el botón de la chaqueta. Su gesto iba destinado inequívocamente a desalojar la habitación de invitados y una fría despedida nos colocó de nuevo en la noche londinense. Pero antes, en la puerta, conscientes todos del peligro al que nos exponíamos al día siguiente, Curtis se ajustó las mangas de la chaqueta, sin mirar a nadie en particular, para explicar sus razones:

–Ustedes no lo comprenden. En realidad el dinero no importa con la cabeza de Diana. Es la posteridad, la gloria. Algún día su poseedor puede donarlo a un museo y su nombre figurará para siempre ligado al de la cabeza de Diana. “Cedido por...”. Esto queda para siempre, es un rasgo de inmortalidad de los que pocas veces se presentan a los coleccionistas. Hasta para los más poderosos resulta un lujo inalcanzable: vincular su nombre a un hallazgo único.

–Por eso el precio será abusivo –comenté.

–¿Cuánto vale un dios no catalogado? Un dios desconocido es como un mundo nuevo, otra forma de mirar el cielo. El que lo tenga puede pedir lo que quiera. Ese es el poder de la cabeza de Diana.

Añadió:

–En confianza, me llevaría una buena comisión si consigo comprar la pieza. Estoy autorizado para pagar hasta doscientos mil dólares. Mi representado es un magnate de la prensa, William Randolph Hearst. Buenas noches.

Me quedé asombrada. Hearst, el gigante de la prensa que adquiría obras de arte compulsivamente y las almacenaba al por mayor en su castillo de miles de acres, San Simeón, en California, muchas sin desembalar siquiera.

Su hambre pantagruélica de coleccionista casaba mal con la serenidad rural de Diana. Pero reflejaba bien el cambio de los tiempos. Y ponía cifra, para mí, a la codicia desatada. Doscientos mil dólares, hasta Laredo lo consideraba inalcanzable por su gobierno y frunció el ceño. La codicia y la inmortalidad. Dioses sin catalogar.

*“Sensación de que las ciudades que más me pertenecen son las que nunca he conocido, aquellas en las que nunca he puesto el pie ni visto amanecer...”*

*Cuaderno de Alonso Bando*

Ser consciente de que participaba en la trampa tendida a un hombre (aun de Sir Billy, lo mismo daba) me aterró. ¿Cómo había dejado que aquella cabalgata de rufianes y matones de billar me llevara hasta esa encrucijada? Hubiera jurado que desde el instante en que el inspector Roger entró en mi despacho de Oxford con el sombrero en la mano, había nacido una historia paralela de mí misma, una vida distinta que nunca debiera haber conocido.

No encontraba puntos de referencia ni podía contar en esta realidad alternativa con los apoyos de la costumbre o los amigos, ni tan sólo con el consuelo que daban todas esas pequeñas cosas, esas insignificancias que sin embargo retenían en prenda mis hábitos: el rosario de mi madre, las ropitas y la habitación de Iris, los rosales que cuidaba en el jardín trasero de la casa los fines de semana, la hamaca con la labor de punto donde me relajaba cada noche junto a la chimenea, la música del gramófono, los libros que heredé de papá y que él atesoró con la delicia del dueño de una bodega. Lejos de esas líneas que me separaban del caos, de todo aquello que ocupaba mi vida, ahora me sentía desnuda ante la incertidumbre. No lograba reconocermme.

También desequilibraba la balanza esa ilusión final que me confundía, la esperanza de encontrar a Alonso Bando. Tal espejismo desviaba cada decisión que tomaba, bajo la intuición de que, si la cordura me alejó una vez de Alonso, habían de ser mis insensateces las que me lo devolvieran. Pero



quedaba un resquicio de sentido común bajo esa flamante espontaneidad, la sensación de que el arrojó a posteriori no gana las batallas, que la ocasión es irrepetible como la juventud y por eso tan peligrosamente valiosa.

Insensata era si quería atrapar el relámpago y preverlo, si había aspirado a recoger la luz de la tormenta y filtrarla entre mis dedos como quien cierne arena.

Absorta en estas premoniciones, salí a la oscuridad de la noche sin percibir mis propios movimientos. Había subido al coche del capitán, que puso en marcha el motor y se ofreció a llevarme adonde le indicara. Sin pensar, le respondí a la Cueva del Comodoro. Y sólo lo advertí cuando el capitán me preguntó quién vivía allí.

–Vivien Carroll, una amiga –expliqué– y tengo que comprobar que se encuentra bien.

–¿La conoce desde hace mucho? Es decir... ¿Estará segura allí? ¿Puede fiarse de ella?

–¿Quién sabe? Ya no me atrevo a asegurar nada. Aunque me fío de ella más que de su amante, ese mal nacido de Dorian.

–¿Cómo? ¿Ese matón? ¿Pero se ha vuelto loca? Ya ve lo que pudo haberle pasado esta noche. Si se la encuentra, aunque sea por casualidad, despídase... ¿Es que piensa ponérsele a tiro? Es una estupidez.

–Oiga, sólo tiene que llevarme a donde le he dicho; el resto es cosa mía.

Su ultimátum anudó un silencio sin luna que la figura del capitán soslayó tras una breve lucha consigo mismo.

–De acuerdo, haré lo que me pide. Pero yo me quedaré a dormir en la puerta de la casa, en el coche.

–No lo consentiré. No podría dormir, sabiendo que tengo a la puerta un centinela pasando frío. ¿Acaso me toma por una niña?

–¿Cree que me quedaría tan tranquilo dejándola en manos de Dorian? Eso

queda descartado. Si se empeña en ir a la cueva esa de los ladrones, lo haremos a mi manera.

Quisiera ocuparme del peligro, de tomar precauciones, pero estaba demasiado cansada. Sólo me venían a la cabeza pasajes del cuaderno de Alonso.

*“Una vez más en Itálica, entre estas ruinas habituadas a las huertas y los olivos, y mi presencia agridulce como las cáscaras de las mandarinas. De niño, mi único afán era correr y vagabundear entre las granjas sombrías, donde la tierra latía herida al desgajarla la azada, y gusanos y caracoles se guarecían bajo las endeble hojas, cuyos ramos lavaba el rocío; conocía caminos en sierpe que se asomaban a las pendientes de misteriosas riberas, donde imaginaba legionarios romanos en vela, entre álamos que erguían sus largos dedos con paciencia de creyentes y abedules y acacias atravesados por haces de luz que flechaban toda la vereda. Cuando revivo esos días, casi creo tocar con los dedos el ligerísimo aire y oír los gorjeos, el viento, la caída del agua, cigarras, ecos. Hubo amaneceres, de camino a mis aventuras, en que había visto el sol erguirse como una manzana de oro sobre el horizonte, mientras, al otro lado, el gajo de limón de la luna se hundía en el licor celeste.”*

No atendí a los desvelos que se tomaba el capitán, ni tan sólo hice lo que él hubiera esperado, una enérgica declaración de independencia. En realidad deseaba contar con alguna ayuda por si me topaba con Dorian o Sir Billy o quien fuera. A esas alturas, mi estancia en Londres se me antojaba un carrusel de menesterosos.

Cuando el motor se puso en marcha y los focos iluminaron una húmeda porción de alquitrán reciente, alfombrado de hojas de castaños y colillas, mi mente navegaba por palabras de otro tiempo.

*“Y ahora los hombres se persiguen para matarse, porque unos empuñan una bandera y los otros la contraria. Como si no existieran en el mundo cosas infinitamente mejores que hacer, más trascendentes, más hermosas y reales. Pero quizás el poder ha jugado siempre así con la gente, la ha*

*manipulado a su antojo, planteándole ecuaciones sencillas, que todos puedan abarcar: o estás conmigo o contra mí. Y así simplificamos nuestra existencia, nuestras incertidumbres y temores, nuestros pecados... Los mil conflictos que nos aquejan se difuminan para dejar espacio a este ajedrez mortal, donde todo puede ser utilizado como una nueva ficha, otro peón más en la estrategia.”*

También yo me sentía otro peón en una jugada ajena, y eso me volvía irreal, ay Alonso, como tú mismo, tan lejano a veces, y otras tan cerca que casi sentía tu aliento en mi oreja. Me aferré a mi frío asiento para tomar constancia de mi vida. El capitán seguía allí, conduciendo. Atravesamos una larga avenida de casas con jardines cuyas verjas y aldabas relumbraban fugazmente como soldados que presentaran armas al paso de los faros.

–Este coche está lleno de corrientes de aire. Se resfriará. De madrugada puede hacer mucho frío, se lo advierto –observé con voz persuasiva, que pretendía ser informadora.

–Bueno, en el maletero llevo una manta. Me acurrucaré con ella.

–No se burle... Si tuviera consideración... –queja que yo misma noté caprichosa. Laredo prefirió mostrarse expansivo para restar importancia a su ofrecimiento.

–Estoy acostumbrado a dormir en cabinas. Más de una vez mi avión se quedó sin combustible o sufrió una avería volando en pleno desierto (porque he servido en Africa, no sé si se lo he contado). Tenía que improvisar una pista en cualquier lugar medianamente llano, para no quedarme clavado en la arena. Y eso siempre quedaba muy lejos de cualquier lugar habitado, o no podía fiarme de los nativos, que la mayoría de las veces no eran amistosos. A veces caía en territorio hostil. Las noches del desierto llega a helar. Si arreciaba el relente, tenía que improvisar una candela con lo que pudiera encontrar. Siempre llevaba papeles y cerillas. Encendía un pequeño fuego a media madrugada y dormía a sus pies, para que me calentara un poco, además de ahuyentar los escorpiones y las serpientes. Sí, mi vieja manta y yo nos hemos acostumbrado a dormir en los asientos más incómodos. Este coche es un palacio comparado con las aperturas que soporta un piloto dentro de la carcasa de un avión. Como se suele decir, en peores garitas he hecho guardia.

Tan desconocido como el destino de Alonso, se presentaba para mí el pasado del capitán. No sabía nada de él. Pero estaba cansada para pensar. Entré en la casa de Vivien y dejé a Laredo acomodarse en el coche. Vivien dormía sola en su habitación. Me retiré a mi dormitorio y me asomé desde allí a la calle. La presencia de Laredo no parecía gran cosa, ahora que me hallaba dentro del caserón. Pronto se quedaría dormido y Dorian no llegaría a su escondite con una banda de música precisamente, sino intentando pasar desapercibido. Incluso cabía la posibilidad de que eligiera entrar discretamente por la puerta lateral que daba al callejón, de la que el capitán no había sido advertido. Me reproché este olvido. Tal vez debí haber dormido en la pensión Bellyard, pero aquella señora me ponía enferma con sus sospechas. Me había ofendido de todas las maneras concebibles. Además era posible que no admitieran la entrada a ciertas horas de la noche; con gente así de mojigata nunca se sabía.

Sobre todo, confiaba en que Dorian no tendría ninguna prisa en visitar a su amiga vapuleada, cuyos lamentos o reproches podía evitar, limitándose a no aparecer. Un tipo listo como ése, preferiría que la ingenua Vivien volviera a echarlo de menos y olvidara el asunto, de modo que a su regreso lo recibiera de nuevo con toda la solicitud que ella le prodigaba. De un desaprensivo como Dorian sólo podía esperarse la conducta más cobarde.

Aunque me empeñé en pensar de ese modo, no las tenía todas conmigo. A lo largo de la noche me desperté varias veces, creyendo oír ruidos o golpes en las inmediaciones de la casa. En esas ocasiones, me levantaba para asegurarme de que el coche del capitán seguía en su puesto, su negro capó atravesado por finas hebras de reflejos amarillos de una farola, y con esta garantía de que al menos tendría una oportunidad de pedir socorro, volvía a la cama.

*“Cuando te conocí no advertí enseguida que se tratara de ti y no podía imaginar que pudieras convertirte en ese Tú decisivo en la vida, si a esto se le puede llamar vivir, de modo que no hubo aparición alguna de la intuición o la fuerza de la sangre o la llamada del destino ni nada que se le pareciera. No hicieron acto de presencia, en contra de toda la tradición romántica que tan buenos resultados ha dado. Pasaje sólo para realistas: por aquel entonces ni siquiera tenías nombre. La primera vez que te vi, contra todo*

*pronóstico, yo seguí convencido de que no había nada nuevo en este viejo globo donde todo aire ya ha sido respirado y toda agua bebida. Un mundo tan ceniciento cómo podía concebir espontaneidad alguna, sólo eras una chica más, alguien que se distingue por un instante entre la gente, pero que uno ya sabe que se disolverá de nuevo en la hidra anónima de la ciudad y la hiedra vetusta de Oxford. Por eso hablar de ti como si pudieras leerme o estuvieras ahí de verdad es inventarte y yo no quiero eso, yo deseo acercarme con la reverencia del iniciado, con el ansia respetuosa del ferviente peregrino, a ella, a esa persona que abracé bajo la luna, aunque tal vez esos brazos nocturnos no eran míos sino de alguien más feliz que decía ser yo, como yo lo digo ahora y quién sabe si aquel no fue un buen sueño o este uno malo o los dos el mismo, y hay preguntas viejas como el hombre. La hallé por azar y con esto no estoy culpándolo, porque el azar es, como lo niños, irresponsable.*

*Y ahora este problema de Diana, y la guerra alrededor devorando a sus hijos. Quizás he despertado la caja de los truenos al desenterrar esta cabeza. Encontrar el tesoro era lo peor que podía pasarme ahora.”*

Las primeras luces del alba me encontraron de pie ante la ventana. El duermevela de la noche me había dejado intranquila y no tuve paciencia para aguardar el amanecer en la cama. Nubes espesas empantanaban la luz del día y los edificios grises, de una ancianidad rugosa, se envolvían de la ligera neblina. Las chimeneas, agrupadas de tres en tres, conspiraban con negros designios. Traté de divisar a Laredo en su coche, pero no era sencillo. El cristal reflejaba la escasa luz y me impedía ver su interior. Tanto me entretuve en fisgar por la ventana que no vi llegar a Vivien, en camión de dormir. Me dio los buenos días con voz ronca, frotándose la cabeza despeinada.

—Creí que estarías dormida... —añadió, con los ojos legañosos—. Vine para saber si te habías quedado anoche. No estaba segura de lo que pasó. No me habrás estado velando todo el tiempo ni nada parecido ¿verdad?

Le pregunté cómo había dormido y qué tal se encontraba. Esas frases de uso vulgar que sin embargo alivian una situación. Sonriendo, confesó que la manzanilla tuvo tal efecto sedante que prácticamente la envió al limbo. No se había enterado de nada y por eso quería saber si había venido “alguien”

durante la noche. Alguien: eufemismo de Dorian.

La tranquilicé. A la vez, examiné su ojo izquierdo, ligeramente hinchado aún su párpado superior, pero con la marca lívida de su cuenca mucho más tenue. La felicité por la mejoría y le recomendé unas abluciones con agua y sal. Luego, aprovechando su restablecimiento y que había restañado las heridas (del amor, iba a decir, pero no me atreví), le prepararía el desayuno. A cambio, me invitó a cambiar de ropa. Le gustaba presumir de amigas guapas y no podía consentir aquella facha que yo llevaba siempre, “de voluntaria del ejército de salvación”. Su generosidad sin tasa me conmovía, sin que lograra entender cómo, a pesar de las miserias de su vida, había mantenido impoluto su corazón de oro. Aunque este pensamiento no era caritativo, me reproché, a solas ante el ropero de la chica, eligiendo un conjunto discreto ante la sugerente figura del espejo. Tal vez las penurias que sufrió Vivien eran la sementera donde crecía mejor la misericordia. Su alegre hospitalidad salía de la muchacha con la naturalidad del niño que derrama arena entre sus dedos.

Me decidí por una blusa de hilo rosa, una falda verde oliva de algodón y una chaqueta de similar color, corta, con unas trabillas en la espalda. Hacía mucho tiempo que no me entretenía con estas frivolidades, pero de algún modo me tonificaba, me rejuvenecía desprenderme, aunque fuera por un instante, de las preocupaciones.

Bajé relajada. Vivien ,en cambio, parecía taciturna, a pesar de haberse arreglado un poco. La bata de andar por casa, reforzaba la impresión de su convalecencia más que el moratón del ojo.

–Tienes que dejar a ese tipo –le dije–. No puedo consentir que aguantes sus palizas y menos que creas sus mentiras.

–¿Te digo yo lo que tienes que hacer, eh, acaso te lo digo? –se defendió la chica.

Insistí en que me preocupaba por ella y su porvenir. La chica se burló. De sobra sabía el futuro que le esperaba con la clase de vida que llevaba. Algún día una víctima de sus estafas denunciaría la venta de mercancía robada o de falsificaciones y ella daría con sus huesos en la cárcel. Luego

saldría demasiado vieja y fea para seguir con su especialidad y se las tendría que componer en cualquier oficio mal pagado hasta que una enfermedad o el alcohol se la llevara. No, no se hacía ilusiones, por eso quería apurar los días buenos, las claridades de su juventud, ahora que aún podía disfrutar de la libertad impunemente. Pero dejó escapar un matiz de sombra, cuando titubeó para explicar que tal vez Dorian pudiera aparecer por la casa y encontrarme. En un esfuerzo de suavizar su pensamiento, dijo “no le va a gustar verte”. Al comentarlo, anudó sus dedos crispados y bajó los ojos, fijos en la loza del suelo, en la que un tímido haz de luz reposaba sin prisa.

Me sentía lo bastante jovial para quitar importancia a sus temores y añadí que tenía escolta. Como la chica me interrogase con los ojos muy redondos, la llevé hasta la puerta de la calle. Bajamos los peldaños de la entrada y me asomé al Ford negro del capitán. Pero no había nadie, sólo una manta arrugada en el asiento trasero.

—¡Capitán, capitán! —llamé, buscando en todas direcciones—. Estaba aquí. Se quedó dentro a pasar la noche.

—Conque un guardaespaldas. Pues pobrecillo, qué trabajo más incómodo.

Pero su desaparición me había asustado. Temía que le hubiera pasado algo malo, quizás Dorian lo hubiera descubierto de madrugada y lo hubiera agarrado por sorpresa. Esa perspectiva provocó un martirio espantoso en mi imaginación. Me sobrecogió tal temor que me sentí mareada. Vivien me pidió que entrara dentro, para no llamar la atención.

Ya había subido dos escalones, cuando oí a un hombre acercarse y saludarnos con un alegre “Buenos días”. Laredo caminaba hacia nosotros y cargaba una bolsa de la compra, de esas de estraza. Recobré el aliento, pero estaba tan inquieta aún que no encontré palabras y hubo de ser el propio Miguel Laredo el que se presentase a Vivien Carroll. El capitán no esperó para señalar su bolsa de papel y explicar que se había tomado la libertad de comprar algunas cosas para el desayuno. Ignoraba si en la casa estaríamos provistas de esas menudencias y prefirió ser previsor. Había visto abrirse una tienda a la vuelta de la esquina y eso le dio la idea. Vivien recibió el paquete y a su portador con la más encantadora hospitalidad y entramos todos. El capitán no se atrevió a comentar nada de las señales de golpes que vio en el

rostro de la muchacha y trató de mostrarse lo más cordial posible. Sí advirtió que yo lucía hoy un aspecto distinto. Aún confusa, no respondí. Tuvo que ser Vivien, en su mejor tono humorístico, quien otorgó todo el mérito a su guardarropa, que hacía milagros.

–En cambio, usted está horrible, capitán –dije, mortalmente seria–. Tiene que quitarse ese traje arrugado. Si quiere pasar desapercibido en Londres, no puede llevar la chaqueta tan desastrada. Será mejor que se mude de ropa, porque ya parece un distintivo.

Admitió Laredo que no iba hecho un pincel y la asamblea decidió que el desayuno le permitiría recobrar fuerzas suficientes para ir a su apartamento, darse una ducha y cambiarse. Aun así, me sentía intranquila y me parecía excesivo el buen humor de los otros. Se atrevió el capitán a parafrasear aquella cita del Quijote:

Nunca fuera caballero / de damas tan bien servido / como fuera un capitán / cuando a Gran Bretaña vino.

Mientras los huevos revueltos con jamón dibujaban sus aceitosas estelas sobre el plato y el café humeaba en la mesa, Vivien insistía en llamar guardaespaldas al capitán, quien aseguraba que no podía permitir que sobrase nada, por si acaso venían mal dadas. Tal vez fueran celos lo que sentí al contemplar la juventud flexible de la muchacha, que no necesitaba maquillaje ni afeites para resultar atractiva. Aún recordaba con qué gracilidad había manejado a sus admiradores en el club Cleopatra. A su lado, me sentía envejecida, inerme. Una sinuosa envidia serpenteó en mis labios y afeó mi cara cuando conté, como de casualidad, que la chica debía agradecer el moratón a su amante Dorian. Esa mención heló la mesa de repente. Vivien ocultó con la mano el ojo lívido, en un torpe disimulo, y Laredo soltó el tenedor sobre el plato para entretenerse en limpiar unas migas de pan con la servilleta, sin alzar los ojos.

–Parece que se recupera bien – se atrevió él a comentar, en vista del prolongado silencio que me valió un arrepentimiento y a Vivien un disgusto.

A pesar de lo que creí, la muchacha no coqueteaba con el capitán y habló en serio cuando trató de disculpar la brutalidad del maleante al que



idolatraba, musitando que tenía muchas preocupaciones por la guerra y demás, como si quisiera convencerse a sí misma. Su repertorio de excusas se fue hilvanando por sí solo, pero la vida de semejantes evasivas suele ser corta y, cuando se le acabaron los argumentos, se sintió lo suficientemente acosada como para reprocharme que lo juzgase sin conocer su vida y circunstancias.

Sin darme cuenta, había vuelto a jugar con la cucharilla en el azucarero, igual que en mis desayunos caseros con Anthony, cuando él peroraba, imponiendo sus opiniones manidas. Pero en esta ocasión no era el aburrimiento lo que reprimía mi voluntad, sino la culpa. El capitán se levantó con la servilleta aún en la mano y dio a entender que era hora de marcharse.

–Voy a cambiarme –dijo en tono neutro, sin dirigirse a nadie en particular –. No tardaré.

Se oyó cómo cerraba la puerta en el vestíbulo. Vivien y yo aguardamos quietas este golpe y, contra lo que temía, la muchacha no frunció más el ceño ni me reprochó mi indiscreción sobre Dorian. Se limitó a quedarse recostada en el fregadero, con una mano rodeando su cintura y la otra acercando la taza a los labios. Me miraba sin bajar la taza, a través del ligero vapor del poso de café que quedaba, y sus ojos se fueron entornando hasta acompañar una sonrisa cómplice.

–Menudo capitán has encontrado... Qué apuesto.

Lejos de agradarme semejante complicidad, me apresuré a enfurruñarme, pero mi puritanismo era mera fachada y no la engañó.

–No hay nada de eso. ¿Cómo puedes...? –musité, pero la hipocresía de mi sonrisa me obligó a recogerme los mechones del pelo varias veces tras las orejas–. Sólo me ayuda en la investigación. Soy una mujer casada, ya lo sabes.

–Eso es algo que debieras contarme más despacio ¿no crees? –respondió con un guiño. Luego se entretuvo en relatar, lo que me dio un respiro, que había tenido tiempo de adquirir algunas experiencias sobre el mundo y, a pesar de su corta edad, no se asustaba fácilmente.

Como sus insinuaciones corrían el riesgo de eternizarse, abandoné la mesa y me ofrecí a fregar los platos. Quería interrumpir la conversación mediante la actividad, pero mis tareas no detuvieron la diversión de Vivien. Sin dejar de bromear, encendió un cigarrillo y se ofreció a salir de la casa si prefería quedarme a solas con él a determinada hora. Mis mejillas coloradas le hicieron sonreír, hasta que sonó el timbre de la puerta. Lanzó el cigarrillo con un dedo al agua del fregadero, dejando la colilla flotar como un tronco sin hogar. Helada, clavé los ojos en ella.

—Es muy pronto para que haya vuelto nuestro capitán Amor ¿no? —dijo—. Por si acaso, escóndete debajo de la escalera, en la puerta del trastero.

Todo en Vivien delataba su temor. La obedecí de inmediato. La chica entonces recorrió lentamente el vestíbulo medio en penumbra; dejando que sus manos apretaran el cinturón de la bata, mientras sus ojos permanecían fijos en la puerta. Se asomó con miedo a la mirilla por la que la luz de la calle lanzaba su fina flecha. Si musitó algo, no pude oírla desde mi escondite.

El trastero, sin ventilación, hedía a lejía, a amoníaco, a bayetas húmedas. No sabía quién limpiaba la casa y mi carácter me hubiera impedido meterme en esas confianzas prácticas con Vivien. Pero no me la imaginaba agarrada a una fregona.

Ni siquiera Vivien confiaba en detener la cólera de su amante si llegaba a descubrirme. Su jurisdicción y su ascendente sobre Dorian parecían circunscribirse a los momentos de calma y a los ardides del estraperlo, porque cualquier dificultad devolvía al desalmado a una tierra de nadie donde imponer su fuerza. Y la inminencia desató mi imaginación. Nada impediría al instinto merodeador de Dorian encontrar indicios de mi estancia allí.

Recordé que había desalojado la mesa del desayuno, pero mi sombrero colgaba delatoramente en la percha del recibidor, donde Dorian colocaría en un instante su sombrero de fieltro. Apretando la mejilla al rugoso tacto de la puerta, no lograba evaluar la voz del visitante ni distinguir sus palabras. Noté que el hombre elevaba el tono y usaba frases cortas que acentuaban su timbre imperativo. Las respuestas de Vivien no sonaban menos recriminatorias y tajantes. Estaban discutiendo.

El intercambio de acusaciones duró poco. Luego les oí subir los escalones, arrastrando los pies sobre la moqueta. Me arriesgué a salir al vestíbulo, aunque los goznes de la puerta chirriaron. Aparte del sombrero, recordé haber dejado el bolso junto a la puerta. Ya no estaba segura de nada y me urgía deshacerme de esas pruebas. Anduve despacio, alargando los pasos con zancadas que me permitieran mullir las pisadas.

Efectivamente, hallé el sombrero y el bolso sobre los lugares que temía, aunque por suerte el visitante no había reparado en ellos. Pero todas estas ceremonias del miedo podía ejecutarlas mi cuerpo por su cuenta. Mi mente se abstraía hacia otra esfera, desde la que me contemplaba en esta tragicomedia de amenazas y matones. Y me preguntaba qué hacía yo allí, qué es realmente vivir: hacer cosas, o contemplar la creación, o sentir, o soñar, o todo junto en un revoltijo perenne y enmarañado. Si la felicidad que anhelaba como una colegiala compensaba el sufrimiento, o si el dolor es la parte cierta de la vida y la felicidad sólo una aspiración, una hipótesis que se vislumbra en el horizonte y hacia el que caminamos, aun desfalleciendo.

Escondí las prendas en el salón de las vitrinas y el jarrón de petunias, cuando oí que bajaban las voces de arriba. Desde mi posición, no tenía posibilidad de regresar al pasillo sin ser vista, así que me amparé tras un viejo tresillo estilo Imperio. Me postré de rodillas y apreté el hombro contra el respaldo, tratando de ocupar el menor espacio posible.

Las voces se acercaron. Cerré los ojos con la inteligencia del avestruz, en parte para no ver las motas de pelusa que se adocenaban bajo el sofá y un cadáver que, si no era de una cucaracha, estaba embalsamado como tal. La conversación dejó de ser un ruido atmosférico y devino en palabras, primero sueltas y luego incrustadas en oraciones completas.

–Has prosperado, nena. Cada vez reúnes más cosas –dijo la voz del extraño–. Aunque hay material imposible de colocar: esas antiguallas de arriba, por muy muebles bizantinos que quieras llamarlos, no los querría ni un anticuario.

–Pero no tengo ni un penique, lo sabes ¿no?

–Nada de cuentecitos... Bah, visto el bazar que habéis montado, sólo te

estoy pidiendo calderilla.

Agucé el oído. La voz afilada y nasal que albergaba de sombra las paredes no se correspondía con el fraseo áspero de Dorian. No lograba identificarla. Estuve a punto de mirar, alargando el cuello hasta el brazo del tresillo, pero el miedo se interpuso en el camino natural de mi curiosidad. Preferí esperar.

—Ya has visto que no falta nada —decía la chica—. Pero no puedes pretender que mantenga los mismos precios. Eso se ha acabado, la gente está pasando apuros, son tiempos de emergencia y...

—Menudo montón de mierda estás contándome, nena. ¿No sabes hacerlo mejor? Si engatusas así a tus clientes, tienen que ser realmente tontos para picar.

—Yo no nací entre algodones ni tengo tíos en el gabinete del gobierno — exclamó ella con tono más violento—. Sólo dependo de mí. Ojalá me hubieran dado las oportunidades que tú has desperdiciado, sólo la mitad; verías entonces cómo no sableaba a la gente, y menos a una simple buscavidas, harta de pisar las calles.

La referencia al gobierno aclaró mis dudas. Mi amiga había recibido, en bata de andar por casa, nada menos que a Sir Billy Kildrake, el dandy, el crápula, el calavera de la aristocracia al que llevaba buscando dos días. Ahora sí reconocí su alambicada entonación, apta para ser recibida en los clubes y garitos de las dos orillas trasatlánticas. Capté cómo Sir Billy gastaba su rico vocabulario en revelar la mezquindad de su corazón.

—No pintas un autorretrato muy halagüeño. ¿No crees? Debes reforzar tu autoestima... Yo creo que si logras reunir la suma que te pido, eso te ayudará a considerarte una ciudadana más apta en todos los sentidos. Te dará confianza.

—No puedo juntar tanto dinero en tan poco tiempo. No puedo. Te digo la verdad.

—La verdad... —se burló el dandy—. Esa es una mercancía peligrosa. Y

cara. No lograrás colocarla ni al más imbécil de tus pardillos... –como la chica porfiara en sus protestas, el dandy se impacientó y su tono se volvió apremiante—. Ya me has oído. Tienes dos días para venderlo todo.

–¿Cómo? ¿En esta época? ¿Esos fraudes y esa chatarra?

–Eso es, con la comisión habitual. Y quiero el dinero en efectivo. Ni un maldito cheque. Quedando advertida de que si no pones en mi mano hasta el último billete, me veré obligado a efectuar una interesante llamada a Scotland Yard. Estoy convencido de que cuando registren tu bazar de las sorpresas, no lo podrán creer. Se quedarán atónitos.

–Pero no puedo vender todo el paquete en tan poco tiempo. Me pides demasiado.

–Volveré el domingo a mediodía. Sé puntual. Y quiero contar cinco mil libras. Si no, vístete de fiesta, porque vas a recibir en casa a los cuatro jinetes del Apocalipsis.

–¿Y cómo pretendes que venda los cuadros al contado, en plena guerra? Ya casi no me quedan clientes en Londres, americanos menos, y no vienen turistas. Incluso he tenido que cancelar tratos que tenía medio cerrados.

–Ni siquiera tú te crees esas patrañas. Sabes tan bien como yo (porque yo te lo enseñé) que los coleccionistas se mueven en un tiempo distinto. Adquieren a largo plazo. No se guían por el horario de Greenwich. En realidad te estoy haciendo un favor. No tienes que vender las piezas, puedes quedártelas tú. Luego, cuando acabe todo esto, podrás colocarlas por diez veces su valor.

–Ya... Sólo necesitaré pasar el pequeño trámite de sobrevivir a la guerra. ¿No has pensado que también yo puedo denunciarte?

–Por favor, no uses esa terminología grosera. Deja al descubierto tu educación. Además, como tú misma has dicho... ¿Con un tío en el gabinete? Vamos, sé razonable.

–Maldito timador... –y explotó con toda su rabia—. Eres un cobarde.

Esto hizo reír a Sir Billy con franca superioridad.

–Uy uy uy, qué modales. Veo que el nivel de la conversación está descendiendo al nivel del tugurio donde te conocí. Entonces sí que nos divertíamos, ¿eh, nena?

La chica trató de recuperar sus argumentos, de aminorar el desastre de alguna manera. Casi pude reconstruir, sin verla, su expresión de súplica, con las manos extendidas del que implora.

–Pero fíjate en mi cara magullada, ¿cómo esperas que con este moratón pueda engatusar a ningún primo, haciéndome pasar por una palomita?

–Seguro que te las apañas. Apostaría a que has salido de dilemas peores, más... ¿Cómo decirlo? Más sangrantes.

La voz de Vivien conservaba un tono honesto, una cristalina tersura que se deslizó en un tropel de ruegos ensartados para aplacar el ultimátum de Sir Billy. No pude evitar sobrecogerme al considerar las imposiciones tajantes del canalla y, ensimismada, no me di cuenta de que reculaba hacia la pared. Empujé con los pies las puertas de un taquillón, cuyos pernos chocaron con sus goznes y titilaron mínimamente.

–¿Quién anda ahí? –preguntó sir Billy, acercándose al salón.

Me detuve y mis manos se quedaron rígidas, estampadas contra el suelo. Contuve la respiración y me encorvé como un gato.

–Bah, los muebles son viejos y crujen de vez en cuando –acertó a decir Vivien en un tono apresurado, aunque lo trató de arreglar, mostrándose sarcástica–. ¿Quién crees que va a venir a visitarme? ¿El párroco?

–¿No será...? –titubeó el dandy.

–¿Dorian? ¡Ja! –rió amargamente–. Si Dorian estuviera aquí, no sería él quien se escondiera... Por cierto, lo estoy esperando.

Tal vez la referencia al rufián hiciera palidecer la cara de Sir Billy, no podía saberlo, pero sí entendí que el tipejo se apresuraba para no coincidir

con Dorian. En cualquier caso, sus pasos lo llevaron hacia la salida.

—Volveré el domingo...

Salí de mi escondite, pero no me dio tiempo a hablar con Vivien, porque subía aprisa la escalera. Ni siquiera esperó a que el malandrín de Kildrake hubiera cerrado la puerta. Fui tras ella en cuanto sonó el portazo en la calle. Sir Billy había desaparecido, pero su maléfico poder seguía contaminando la mansión. Hallé a la muchacha vistiéndose, buscando un cinturón a juego con su vestido de pequeños lunares blancos sobre fondo rojo. Necesitaba llamar la atención si tenía que conseguir el dinero. Estaba perdida si no obedecía las instrucciones del dandy. Yo no entendía por qué ese ultimátum repentino.

—Porque se larga —respondió Vivien con prisa, mientras limpiaba con un pañuelo unas motas de los zapatos de aguja que acababa de calzarse. Aún notaba cierto temblor en el pulso, por la irritación. Pero no era de las que se recreaban en el dolor, sino una superviviente. Cuando dejó inmaculadas y relucientes las puntas de piel, se sentó ante el espejo para calibrar una salida a su aspecto con el maquillaje—. Sí, esa serpiente va a emigrar a Estados Unidos y, como no conoce ningún medio honrado de ganarse la vida, tiene que liquidarlo todo para llevarse la pasta... ¿Te das cuenta? Con este ojo, tengo que salir ahí fuera y traerme cinco mil libras antes del domingo.

—¿Por qué quiere huir? Así, tan de repente...

—Qué sé yo. Porque lo han pescado o porque es un cobarde —y detuvo su labor con la sombra de ojos para buscar por el reflejo del espejo mi mirada, mientras calculaba—. Quizás sea una oportunidad para mí. Si consigo darle su parte, me quedaré con todo lo que ha guardado arriba. Sólo los cuadros y los tapices pueden suponer unas... Pero ¿de dónde sacaré la pasta?

Hubiera querido saber de qué escapaba Sir Billy. Esa huida apremiaba mis propios asuntos. ¿Y si se llevaba la estatua? Hasta ahora, era el número uno de mis sospechosos, seguido por Dorian, el señor Curtis y, por qué no, el capitán Laredo. Tal vez Sir Billy tuviera la cabeza de Diana en su poder y quisiera llevársela a América, para que semejante posesión no le delatara como el Barón, el espía nazi.

Se me ocurrió explicarle que podía solucionar su problema si lográbamos arrestar a Sir Billy, pero eso dependía de que el plan del capitán Laredo y Curtis saliera bien, dentro de poco más de una hora. Posiblemente el dandy se estuviera dirigiendo en esos momentos hacia la estación Victoria para encontrarse con Curtis. ¿Y si el dandy llegaba antes que nosotros y nos veía acudir? Habría otro tiroteo, temí. ¿Cómo había logrado ese miserable de Kildrake engañar a Scotland Yard, siendo tan peligroso?

Mientras cavilaba en las astucias de Sir Billy, Vivien buscaba vías de liquidez para su dilema. Tal vez debiera pedir prestado a Dorian, quizás su amante hubiera tenido suerte en las apuestas del boxeo de anoche, pensó en voz alta. Iba a ser un palo para él que su habitual financiadora se descolgara pidiendo pasta, pero trataría de engatusarlo. Quizás se sintiera culpable cuando viera su moratón del ojo. Y también le quedaban los dos banqueros de la otra noche, interesados en un retablo robado en Essex que ella les había ofrecido como un recuerdo familiar de San Petersburgo. Lo difícil sería esquivar el ojo lívido, que no les alertase sobre la precariedad de sus procedimientos y la inconsistencia de sus relatos.

La mención de Dorian me escandalizó. Con un sexto sentido que no era sino snobismo soterrado, recordé aquella frase de que las clases bajas se diferenciaban de las clases altas en que estaban dispuestas a humillarse. Sin comprender la urgencia que la agobiaba, sin meterme en su piel y sin ese rasgo caritativo que merece quien no tiene salida, protesté contra la idea de Vivien y cerré los oídos a su carencia de otros recursos. Pero Vivien no podía preocuparse por mis prejuicios hipócritas; sus opciones eran tan limitadas y evidentes que, salvo el robo, actividad que dependía demasiado de la oportunidad y la suerte para planearlo, no le quedaba otra salida. Me negué a entender que también yo estaba tragando muchos sapos en mi búsqueda caprichosa de Alonso Bando. Cuando el colorete rebajó el grado de la contusión y unas gafas oscuras realzaron cierto aspecto festivo en la chica, descubrí sus cardenales en los brazos, y me atreví a mencionarlos como prueba de la buena colaboración que hallaría en Dorian.

—No sabes nada de mí —me acusó la chica—. De otro modo, no hablarías tan a la ligera.

Esto me devolvió a la cara mi estrechez de miras. No podía intervenir



en asuntos que se me escapaban. Mi amiga no me pertenecía. Demasiado cortés había sido al recibir con una frase educada mis pullas indignas. Abochornada por esta certeza, abrí la puerta al capitán Laredo, que había llegado al fin. Llevaba un traje azul marino que se distinguía muy poco del negro, salvo en la escasez de arrugas.

–Espero que no me ponga pegadas otra vez –comentó el capitán, al apreciar la fijeza con que lo miraba.

*“Mi filosofía es la siguiente: yo soy yo, a pesar de mis circunstancias. En cuanto a la idea de que haya nacido y tenga que morir, es decir, que estas cosas tan fundamentales para ser yo, sucedan ajenas a mi voluntad, casi de un modo atmosférico, como si hoy llueve y mañana hace sol, a veces me incomoda.”*

*Aventuras de un español en  
Oxford.*

De un cielo turbio, empantanado, llegaron los aullidos de las alarmas antiaéreas, que nos sorprendieron a Laredo y a mí, camino de la estación Victoria. El capitán estaba tan ocupado en recordarme los peligros de la emboscada a la que podíamos enfrentarnos junto a un socio inestable como el neoyorquino Curtis, y nada menos que ante Kildrake (que había demostrado no tener reparos en usar armas de fuego a la menor ocasión), que tardó más de un minuto en sentirse aludido por las alarmas. Las pitadas de los vehículos se multiplicaron en una especie de protesta general del tráfico contra el engorro bélico que se sumaba a su propio caos. El horizonte supuraba destellos de cobre y todos los ojos se volvieron hacia las nubes. Muchos conductores se detenían sin más y desalojaban los coches para buscar refugio donde pudieran.

Habíamos llegado a los parques de Buckingham y teníamos ante nosotros el propio palacio real. Una furgoneta azul acababa de encajarse contra el guardabarros trasero de un taxi que había frenado de golpe. Ambos conductores, en lugar de discutir, se limitaron a proferirse insultos y salir corriendo en busca de una boca de metro. Laredo mantuvo la calma y aparcó junto a la acera. Luego me ordenó que me guareciera bajo cualquier castaño

del parque. Era casi mediodía y no quería retrasarse en su cita con Curtis. Estaba dispuesto a esperar allí mismo que las alertas terminaran para reanudar enseguida nuestro camino. Me pareció temerario: no sabíamos lo que duraría el bombardeo, pero la réplica del capitán fue que hiciera lo que quisiera, sabía a lo que me exponía cuando acepté ayudarlo. Nos sentamos bajo un tronco cuya corteza estaba acribillada por lemas y nombres escritos a navaja. Nos acurrucamos, esperando que amainase, cubiertos por una rosaleta.

Se veía el palacio de Buckingham sorber su angustia con un encogimiento de la piedra y, delante de su plana silueta, el Memorial de la reina Victoria, un alto monumento coronado por un ángel dorado. A sus pies meditaba la estatua sedente de la soberana, una matrona a la que la oscura piedra convertía en una bruja cansada, mientras las alas del ángel se recortaban amenazantes sobre el cielo abominable. Los propios soldados de la guardia real se agachaban tras los parapetos que formaban gruesos sacos de arena. Veía sus casacas, rojas como la grana, debatirse por no desertar de sus puestos.

Muchos coches se detenían y formaban especies de fortificaciones aisladas, como si los atacaran los indios. Eran mundos de terror y patriotismo en que algún tipo diligente daba instrucciones a los demás sobre la mejor manera de encarar el peligro, y les aconsejaba tumbarse bajo el coche o ponerse en posición fetal o cubrirse con ropas y mantas, según su sentido común le diera a entender. Esos líderes naturales mantenían el espíritu de combate con su ejemplo de improvisado coraje y por unos instantes aquel reducto se convertía en una célula de defensa nacional, que suplía la carencia de protección mediante ese espíritu de resistencia. Luego, cuando se alejara el peligro, todos se dispersarían un poco a escondidas, como si desmontaran con rubor el pequeño escenario y su líder se marcharía el último, también un poco avergonzado de haber cobrado un protagonismo excesivo, que no le correspondía.

Aviones sobre las nubes rugían en las alturas, persiguiéndose, disparando, y las detonaciones empezaron a estallar en las calles. Esta vez cayeron cerca y me asusté mucho. Aquel estruendo me daba ganas de llorar. La batalla resultaba indescifrable para un profano, pero el capitán calculó que

los atacantes no debían ser más de una docena. También dedujo que los cazas ingleses aparecían con rapidez por la profusión de ráfagas que se multiplicaban contra los bombarderos. Pero yo no era capaz de atender a las deducciones con que Laredo trataba de tranquilizarme. Sólo sentía las vibraciones del suelo, los chillidos de niños y mujeres a lo lejos, poblando la ciudad de desesperación, los latidos de mi corazón, sacudiendo mi garganta ante la catarsis del fin inminente. Se oyó un estampido en el cielo, que Laredo atribuyó a un avión derribado. A eso siguió una caída en barrena y un silbido que se fue alejando para estallar quién sabe dónde, sobre quién o qué, en el maltrecho Londres. Algún suicida persistía en circular con su vehículo, tal vez creyendo que la premura lo alejaría del peligro o que la guerra le brindaba la ocasión de superar con más facilidad las señales de tráfico y los impedimentos urbanos.

—Ahí se acerca un bombardero ¿lo oye? —dijo el capitán, con la misma actitud que si lo retransmitieran por la radio y se entretuviera en adivinarlo—. Va más despacio que los cazas que lo escoltan.

—Cúbrase —imploré, mientras me tumbaba boca abajo sobre el césped, con los brazos cubriendo mi cabeza.

—Oh oh. Oiga cómo silban las bombas. ¡Se acercan! ¡Dios mío! ¡Van a caernos encima! ¡No se mueva, agáchese!

El capitán me protegió con sus brazos y se tendió también. Las bombas descendían silbando, hasta que el sonido de su aproximación se volvió intolerable. Entonces estallaron varias detonaciones a unos cientos de metros y su fúnebre clamor se expandió como un manto por las inmediaciones. La tierra vibró en un mar de ondas. Se oyeron derrumbes de techos y paredes y los soldados, con sus casacas escarlatas sucias de polvo y tierra, corrieron hacia el palacio. El humo asomó sobre los tejados.

—¡Han bombardeado Buckingham, han atacado al rey! —la alarma se extendió como una inundación. Sentí alivio de seguir viva, alegría de no haber sido yo la víctima de los artefactos, pero esta deslealtad como súbdita del Imperio se vio rápidamente acompañada por el desconcierto más abrumador. Si el rey, el buen rey Jorge, había caído, era señal de que en la nueva guerra ya no se otorgaba seguridad a nadie. Sentí a flor de piel el

horror del ciudadano descabezado, del seguidor sin líder, a la vez que mi imaginación ya visualizaba en imágenes de cine el cortejo real y las plañideras en torno a la abadía de Westminster. Me levanté sin atender al capitán, que me pedía que siguiera agachada porque la muerte aún borboteaba en los cielos.

Quise correr hasta allí para saber lo que había pasado. En esto coincidieron varios transeúntes. La gente se juntaba para insuflarse ardor nacional, que a su vez les demostraba que seguían vivos. Ni siquiera noté que varias hojas habían caído de los árboles sobre mi cabeza, sacudidas por la onda expansiva, y entreveraban sus formas helicoidales con mis cabellos revueltos. El capitán me retuvo en último extremo.

—¿A dónde va? ¿Qué cree que hace? Tenemos asuntos que tratar más importantes que comprobar la lista de bajas.

—Pero es el rey —balbuceé, con los ojos extraviados aún en el palacio.

—Si necesita ayuda, se la darán, no se preocupe.

Nos quedamos de pie, tras la inocua rosaleta, concentrada en aquilatar unas jugosas florescencias que nadie iba a agradecerle, empeñados todos en la guerra. Pronto salieron tipos que corrían en todas direcciones con la noticia de que el rey se había salvado. Las bombas sólo habían alcanzado el tejado de la capilla real. Esto aminoró el pánico y la gente apostada por los alrededores fue incorporándose a la salva de brindis general con vivas y saludos.

—Bueno, ya nos hemos divertido —dijo el capitán—. Creo que los aviones se alejan. Cuando cesen las alarmas, debemos apresurarnos. Son más de las doce y tenemos una cita en la estación Victoria.

—¿Pero no se da cuenta de lo que ha podido pasar?

—Que podíamos haber muerto.

—¡Se han atrevido a atacar al rey! ¡Es imperdonable! —denuncié, sin atender el poso de ironía con que él me trataba, viéndome henchida de ardor guerrero.

–Todos estábamos en la diana ¿no? Cálmese. Piense primero en conservar el pellejo. Su familia se lo agradecerá más.

Estos comentarios subversivos me indignaban.

–Sepa, capitán, que cuando habla conmigo lo hace con una súbdita de la Corona británica.

–¿Por qué le gusta plantearlo todo en términos rotundos? ¿Nunca se toma unas vacaciones? ¿No se da un respiro?

–Estas son mis vacaciones. En realidad no sé si lo sabe, pero este viaje a Londres lo he forzado, más bien es una escapada.

El capitán hizo un gesto de resignación. Había amainado la batalla. Los aviones se alejaban entre nubes de acuarela. Las alarmas comenzaron a quedarse sin aliento y, sobre su bramido amortiguado, volvieron a imponerse las cantinelas y ecos de la ciudad. Se recomponía con prisas el ceremonial de vuelta al civismo. Los edificios continuaban erguidos en actitud de reto al cielo, como un desafío a la muerte. Pero me parecían frágiles como tiendas de campaña. El temblor de mis manos, que no había notado hasta entonces, pero que abarcaba hasta el codo, me impidió aceptar el cigarrillo que me ofrecía el capitán. Recuperar la vida civil, la más estrecha de las vidas posibles, resultaba una tarea fatua, porque los rostros crispados y los gestos rápidos mostraban la inseguridad de la gente.

Ahora, casi saltaba de indignación en el asiento cuando veía al capitán someterse de nuevo a los criterios de un semáforo. La adrenalina no sabía contemporizar, no asimilaba las cesuras de la paz. Necesité el desastroso paseo hasta la estación Victoria, interrumpido una y otra vez por los vehículos que se incorporaban y los que habían obstaculizado la calzada, o incluso con gentes que salían a la calle como sonámbulas, ciegas a cuanto no fuera el espasmo del pánico, para recuperar el control de los nervios y calmar esa impaciencia vigilante del que se enfrenta al peligro.

La fachada de la estación Victoria, en contra de mis sensaciones, ofrecía una imagen de solidez casi insultante. Sus techos de azul cobalto aprisionaban como un capirote triste la mole, que infundía a toda la avenida

su rigor. Esa contundencia le daba aspecto más propio de las construcciones calvinistas de Suiza que del gótico británico. Se hubiera dicho que la debieran haber construido en Ginebra y estaba allí por un error de localización.

—Ahora esfuércese en andar alerta, señora Wells —me aconsejó Laredo—. Tenemos que actuar con precaución. Ya sabe que esto (también) es peligroso.

Aparcó en una esquina frente al edificio y bajamos después de que el capitán mirase a todos lados, por si nos vigilaban. Los transeúntes aún recomponían sus quehaceres con desabrida indiferencia. A pocos metros de su coche, encontramos el Rolls Royce color arena de Curtis, que destacaba entre los vehículos negros estacionados. Nos acercamos con sigilo, pero no logramos asomarnos al interior de la parte trasera, cubiertas las ventanillas por unas cortinillas plateadas.

El capitán llamó con dos golpes de nudillos. Un chófer de mejilla flácida y piel sonrosada, sin mácula capilar alguna que trascendiese bajo su gorra, nos abrió la puerta del compartimento de pasajeros. Dentro esperaba el señor Curtis, que nos invitó a pasar, a la dama primero. Las paredes aparecían forradas de piel color avellana. Había asientos a ambos lados de la cabina que permitían hablarse cara a cara. El señor Curtis daba la espalda al conductor y la mampara de cristal devolvía destellos de las lucecitas interiores que brillaban en el techo.

Curtis parecía bañado en colonia de madera y su pelo engominado caía sin entusiasmo sobre su nuca. Sobre los hombros de su traje color vainilla llevaba un abrigo de vicuña. Sus zapatos lustrosos de piel de cocodrilo eran lo más refinado que había visto en mi vida y complementaba la labor de marroquinería un bastón de caoba con una empuñadura de marfil tallada, cuya forma de cabeza de león hubiera dado envidia a Sir Billy, por muy dandy que fuese. El león parecía haber sido detenido en mitad de un bostezo fiero o un rugido desmañado y, en sintonía con él, también el rostro ligeramente moreno del señor Curtis mostraba cierta aspereza matutina, como si aún estuviera abotargado por el sueño o hubiera dormido mal. Varias veces se atusó el cabello, lo que debía ayudarle a pensar. En esas ocasiones, veía el anillo del dedo anular de su mano derecha, donde destacaba un rubí de transparencias carmesíes.

Nos dio los buenos días con acento americano, transcontinental, que me sonó a hotel Ritz, a cine de Hollywood. Ambas partes nos pedimos disculpas por el retraso que había provocado la última escaramuza aérea y no pude dejar de comentar que había asistido al bombardeo de la capilla del palacio de Buckingham, lo que no dejó de sonar a mis propios oídos como un chisme para turistas, una anodina anécdota que no reflejaba en absoluto mi terrible experiencia.

–Espero que la familia real no haya sufrido daño alguno... –comentó el melifluo Curtis sin viso alguno de preocupación, como mera fórmula protocolaria, que aun así quedaba respetuosa.

–No –respondí, aún impresionada–. O eso dijeron: que no ha habido heridos.

–Eso me tranquiliza... Aunque la advertencia queda clara: los enemigos no van a respetar nada.

–Nunca lo hacen –dijo Laredo, impaciente, antes de dirigirse a Curtis con precisa urgencia–. ¿Lleva usted un arma?

Por toda respuesta, Curtis sacó de su chaqueta una pistola cuyo cañón brilló como la plata. Por suerte apuntó al aire, porque me llevé un susto cuando la vi. El neoyorquino pidió excusas por su brusquedad y devolvió el artillugio a su escondite, bajo la ropa de aparente frivolidad, que desdecía de sus intenciones.

–Ya sabe cómo ha de actuar –le instruyó el capitán, en cuyo serio semblante se leía la firmeza del momento–. Procure distraerle con su charla, ponga pegas en su trabajo, quejese, oblíguele a estar concentrado en usted de modo que no se dé cuenta de que me acerco por detrás. Así podré arrestarlo.

–¿Arrestarlo? ¿Es que piensa entregarlo a la policía? Creí que esto era un pacto entre caballeros. ¿Y qué cargos presentará? ¿Qué se mueve en el mercado negro, como nosotros?

–Puede acusarlo de tentativa de asesinato, por la emboscada que le preparó ayer en el cementerio de Hampstead.



–No cuente con ello. Tendría que explicar muchas cosas a Scotland Yard.

–Allí conozco... –empecé a decir, pero me interrumpí. Si explicaba que colaboraba con el inspector Roger, esa información sería una bomba para todos. Además, recordé que no había comparecido a la citación de Roger. Tal vez a estas horas ya circulara una orden de busca y captura, o lo que fuera. Enmudecí de pronto y, tras un lapsus en que ambos hombres esperaron una frase que no llegó, continuaron discutiendo.

–Lo importante es que lo inmovilicen unos días –concluyó el capitán–. Kildrake no negará lo del tiroteo y usted no tiene que explicar nada más. Como si luego quiere retirar la acusación. Nos basta con ganar tiempo para adelantarnos a sus movimientos y encontrar la estatua.

–Todo eso parece humanitario y útil, pero no olvide que Kildrake ya ha abierto fuego. Quizás no nos deje opción de desarmarlo. Si comienza a disparar, puede morir alguien...

–Trataremos de evitarlo. Confío en entrar en acción antes de que comiencen los juegos.

–Ya veo, cree que tiene al azar de su parte. Intuición de aviador ¿no?

–Claro –sonrió Laredo, sin convicción, para después volverse hacia mí–. Quiero que se quede aquí dentro y mantenga los ojos abiertos.

–Pero...

–Recuerde lo que pasó ayer. ¿Tanto le gusta tentar a la suerte?

Me sublevaba que me dejaran con la palabra en la boca, pero antes que las réplicas aflorasen a mis labios, ambos compañeros de misión salieron a la calle. Vi a cada uno caminar por un lado. El capitán buscó los recovecos, apostado entre los vehículos y, sólo al cabo de unos minutos, vislumbré su silueta a lo lejos, entrando en la estación por una puerta lateral. El señor Curtis, en cambio, cruzó el centro de la calle con relajada indiferencia, dejándose ver. Su traje claro tal vez fuera normal en la soleada California, pero en el sombrío Londres resultaba exótico como las prendas de un sultán.

Desde mi ventanilla, los transeúntes se movían con bastante normalidad. Dos oficinistas de bombín y paraguas se encontraban por la acera y se saludaban con una cortesía fría y una breve conversación, que sólo podía durar lo que se alargase la acera, para despedirse sin emoción. Un operario manejaba una carretilla llena de maletas enormes y estudiaba los números de tiza que había escrito en ellas antes de dejarlas junto a un taxi, donde una mujer buscaba en su bolso una propina lo suficientemente mezquina para no considerarla un dispendio.

Curtis entró bajo las arcadas de la estación Victoria y en su interior, más oscuro bajo las dispersas luces, apenas alcancé a adivinar cómo avanzaba hasta un quiosco, donde se demoraba en comprar unos cigarrillos y un periódico. Mientras le devolvían el cambio, echó una distraída mirada alrededor que en realidad fue abarcadora, antes de sentarse en un banco rojo que sombreaban las hojas de un macetón enorme, donde crecía un platanero. No podía saber dónde se agazapaba el capitán ni qué hacía Curtis allí sentado, tal vez simular leer el periódico, o fumar sin boquilla. Sólo era cuestión de tiempo que sir Billy apareciera, a saber con qué intenciones. La espera me desesperaba, respirando aquella mezcla de olor que destilaba el coche, entre la piel nueva de los forros, colonia carísima y tabaco de importación. Quería averiguar lo que pasaría, no había viajado a Londres para quedarme al margen de las cosas, como en Oxford.

No había terminado de encorajinarme para participar en la trampa, cuando reparé en el conductor del Rolls Royce. Este hombre de uniforme azul marino y gorra a juego, sin la menor excrecencia capilar que animase su cara de piedra, se destocó, mostrando una coronilla reluciente. Con una agilidad pasmosa, sacó una pistola del bolsillo interior de su chaqueta, cuya munición comprobó con dos secos movimientos de la recámara. A continuación se apeó del coche, sin decir esta boca es mía. Asombrada, reconocí al mayordomo de Curtis, el que nos atendiera la noche anterior en la habitación del hotel, con las patillas afeitadas. Incluso quedaba aún la marca un poco blanquecina que delataba este esquilmo en sus atributos. Ya la noche anterior pareció querer confundirse entre el mobiliario y ahora había cumplido su papel de chófer con similar aspiración por la simbiosis.

Que también él entrase armado en la estación no podía ser bueno para

nadie; las manos metidas en los bolsillos del pantalón, mostrando la desgana de quien va a esperar a su suegra.

—Laredo no sabe nada de ese tipo... —me alarmé—. Quizás Curtis le haya preparado una trampa al capitán.

Ahora sí que desconocía todos los parámetros de la situación. Frenética, sólo una cosa urgía en ese instante: avisar al capitán de que corría peligro. Ya había muerto un español, Lucas. Tal vez fuera el turno del siguiente. Casi salté al adoquinado resbaladizo de la calle. Un golpe de aire fresco me recibió, saturado del hedor de la gasolina y el rancio detritus de la ciudad. El mundo se mantuvo quieto, detenido, encapsulado en una especie de limbo sin sucesos en que los coches no querían moverse ni la gente llegar pronto. Hasta el vuelo de algún gorrión se detenía en el aire, suspendido sobre el gris opresivo del cielo. Los chasquidos, pasos y motores habían atemperado su sonido hasta un flotante murmullo y sólo mis tacones prestados, pulimentados con un esmero que yo nunca igualaría, golpeteaban la eternidad del suelo, en que también algunas hojas caídas se despedían de la muerte con numismático detalle.

Sea que la fatalidad juega a cámara lenta con los hombres o que un atávico temor señala las personas a quienes el destino ha de apartar de las demás, me invadió la premonición de que no llegaría a tiempo. Sentí que había desperdiciado preciosos instantes en el Rolls, porque ahora toda prisa era poca para avisar a Laredo del peligro.

El recinto barruntaba a lo largo de sus bóvedas grises los ecos de pasos y autobuses, de carretillas y llamadas, como si éstos pertenecieran a la urdimbre arquitectónica y no a la vida, rehén aún del tiempo detenido. Todo ello acolchado por profundos mugidos de los trenes que, en las vías del fondo, tras una arcada de ladrillos color arenisca, se vertebraban. Las agujas de los relojes continuaban labrando su guerra sorda, sin más lágrimas que los destellos de cromo que provocaban en sus pantallas de cristal las luces del día.

El mayordomo debía haber adoptado el color de los mozos de equipaje o el desvelo de los soldados que volvían a sus campamentos como remisos estudiantes, porque se había mimetizado con el ambiente y no lograba

distinguirlo. Bajo el plátano, Curtis extendía su periódico como un general su mapa y nunca supe si llegó a verme, aunque fuera de reojo. Algún guarda, cuyas ojeras delataban el doble turno, arrastraba con pereza congénita un manajo de llaves. Me aparté hacia la zona de equipajes, a través del bosque de columnas de un área de servicio, iluminada casi exclusivamente por las bóvedas acristaladas. Sus farolas habían sido rotas por los soldados, para poder despedirse de sus novias en la intimidad. De momento, sólo un par de parejas se abrazaba en los ardientes rincones. Me alarmó el megáfono, al anunciar la salida del tren hacia Southampton. El volumen exorbitado lo atenuaba el timbre nasal de la voz, que desistía de la naturalidad a favor de la cadencia.

Una súbita impresión me detuvo. Había creído reconocer a lo lejos, por la zona de los quioscos, las piernas torcidas y el bamboleo desastrado del hombre zambo al que el capitán Laredo parecía tener manía. Se alejaba bajo el brillo tentador de unos escaparates. En ese instante, los hechos se precipitaron. Decidí seguirlo, hasta que el hombre volvió la cabeza con su horrible mueca. Me agazapé tras una columna de hierro. Al colocar la espalda contra el pilar, mis ojos dieron con un estrecho pasillo junto a la consigna de equipajes, donde el capitán Laredo acababa de situarse, vigilando el banco en el que aguardaba Curtis. Inútil gritarle a esa distancia entre la gente. Quise correr hasta él para advertirle que no se fiara de Curtis. El capitán, aún de perfil, tardó en verme lo justo para que, en el preciso momento en que nuestros ojos se cruzaron, sonara un disparo. Su detonación retumbó contra las bóvedas metálicas como una tormenta a domicilio. Su estrépito reverberó a través del estrépito de la histeria hasta fundirse con la estampida general que partió en todas direcciones, como si nacieran cien ondas instantáneas a la vez.

El susto me hizo tropezar y caer contra el pavimento. Me levanté aprisa, conforme un haz de piernas en movimiento ejecutaba todas las gamas de la flexión para escapar a mi alrededor. El hueco del capitán estaba vacío y sólo lo ocupaba un cartel de publicidad de cigarrillos sobre fondo escarlata, donde una dama de rizos dorados y mejillas cursis retenía entre los dedos la fuente de su placer. Temí que el disparo hubiera abatido al capitán, pues era imposible calcular la dirección y el origen de la bala, pero no lo vi en el suelo. Eché un vistazo que pretendió ser general, aunque giré sin ver nada.

Comprendí que la gente ya había detectado el lugar más peligroso y se alejaba a la carrera del banco que ocupaba Curtis.

Sin entender el riesgo a que me exponía, atenta sólo a salvar la vida de Laredo antes de que fuera demasiado tarde, corrí hacia el corazón de todos los problemas. Actuaba instintivamente, a impulsos del temor. De nuevo, otro disparo tronó, haciendo añicos los ecos que se rompían en oleadas contra los sombríos pabellones. Sin posibilidad de cobijarme en medio de la diáfana instalación, me eché al suelo y me restregué contra la aspereza de la solería otra vez. Casi juraría que la bala silbó a mi lado. Aún me palpaba el cuerpo, incapaz de discernir si estaba herida, cuando alcé la cabeza hacia el banco donde debía estar Curtis.

Las barras horizontales del respaldo se dibujaban contra la cerámica de la maceta. El asiento estaba vacío. En cambio, vi al mayordomo arrodillado y con el rostro vuelto hacia alguien caído. Sólo pude distinguir la cabeza del yacente, su pelo negro, y temí lo peor.

—Curtis...

La expresión del ayudante permanecía tan indiferente como la de un empleado de pompas fúnebres, incluso el color de su rostro se había decantado por el gris ceniza, en parte por el reflejo del suelo. Reclinado sobre el cuerpo, le había elevado la cabeza de aceitoso brillo. Distinguí el traje vainilla, del que la vida roja se escapaba en una mancha purpúrea que se agrandaba sobre el paño. Los ojos ahuevados de Curtis miraban hacia arriba como si no pudieran creer lo que sucedía, como si la sorpresa hubiera tomado en sus ojos de melaza su último bastión y resistiera a la muerte. Tragó aire a sorbos sin articular palabra. Sólo contempló por un instante el rostro inexacto de su chófer y luego trasladó ese desconcierto a mi cara, donde quedaron fijas sus pupilas, cuando el último destello de conciencia se esfumó.

Me dolió no haber sido justa con ese hombre valiente que había muerto para atrapar a Kildrake. Nadie merecía morir así, repentinamente, entre extraños y sin consuelo, sin haberse puesto en paz con el Altísimo. A saber qué cuentas tendría pendientes en el otro mundo.

*“Hoy he visto el rostro de una muchacha muerta. Estaba tendida en*

*una cuneta, donde la habían tirado sus asesinos o cualquier subalterno cómplice. Ese cuerpo irremediable, templo que había sujetado un alma, ese cáliz de vida y esperanzas, donde la risa y la juventud habían vibrado apenas días antes en toda su gloria, yacía sin más, atravesado por la eternidad, sin que una mano amiga le dedicase atención, abandonado a la cólera del aire y del sol, como los restos de una alimaña. ¿En qué nos convierte eso a los que lo hemos visto? ¿Se puede caminar erguido después de contemplar cómo se desmorona todo en lo que uno cree? ¿Merece la pena fingir que se sigue siendo el mismo? ¿A quién engañas cuando te haces llamar un hombre?”*

Me devolvieron a la realidad los silbatos de la policía, que rasgaron el aire como chasquidos. El mayordomo soltó el cadáver y corrió hacia la salida más cercana, metiéndose en el bolsillo su arma. Ahora estaba sola ante el contraído rostro, que parecía el de un encantador de serpientes al que hubieran mordido a traición. Incluso el frío de sus ojos retuvo cierto rescoldo de reptil sorprendido. En su mano derecha aún constaba la pistola reluciente que no pudo desenfundar a tiempo. Eso demostraba que había visto venir al agresor, que sólo podía ser el mayordomo, el único que estaba cerca, como en las novelas baratas. Casi para corroborar tan exigua sospecha, o quizás por hallarme indefensa ante otra posible agresión, no dudé en apropiarme del arma. Sin atreverme a tocar la mano del cadáver, como si profanara un ente sagrado, la tomé por el cañón y me incorporé, temerosa de recibir un último disparo de algún lugar invisible. No ocurrió nada de eso, sino que un policía a lo lejos me divisó y repitió sus pitidos, acelerando el paso en mi persecución.

De nuevo la policía; de nuevo un crimen y el inspector Roger haciendo preguntas. Y me habían visto con un arma en la mano. Si me paraba a explicar lo que pasaba, me atraería nuevos problemas y eternizaría mi presencia en aquel lugar de muerte, sin saber si el francotirador o el mayordomo iban a ejercitar de nuevo el tiro al blanco. No podía quedarme, en definitiva, y todo este algoritmo voló por mi mente a la velocidad de la luz. Mis piernas decidieron antes que yo y echaron a correr en dirección a las vías del tren, lo más veloces que pudieron. Dentro del pabellón del andén, vi a lo lejos al capitán persiguiendo al zambo, que esquivaba los grupos y maletas con envidiable pericia. Aún había gente huyendo.

*“Durante los años de estudio en Inglaterra, echaba mucho de menos mi país. Una de las formas de tranquilizarme era hablar con Emma de todo esto, del sol, de la gente... Lo extraño es que ahora me siento forastero en mi tierra, como si el odio y la violencia hubieran abierto las puertas a una dimensión distinta de la realidad y ya nada fuera lo mismo. Me pregunto, cuando acabe todo esto (que acabará mal, gane quien gane), cuantas generaciones serán necesarias para reconstruir el mundo que yo conocí. Para empezar de nuevo.”*

El tren, todo vapores y desperezos, comenzaba a moverse y el exterior del recinto devolvía un perlado brillo a las oscuras máquinas. Con el aliento en la carrera, no pude avisar a Laredo. Fue el quien me distinguió, cuando los silbatos le hicieron volver la cabeza. Viéndome en apuros, abandonó la casi captura que estaba a punto de obtener y enfiló sus zancadas hacia donde me dirigía. Aprovechando el tumulto y la confusión, se desvió para perder de vista a mis perseguidores. Entonces me señaló el último vagón del tren, que salía en ese momento de la estación y se movía casi a nuestra velocidad.

—¡Suba! —me gritó— ¡Suba de prisa!

Obedecí. La policía no nos vio. Nos internamos en el pasillo del vagón y tomamos asiento en el primer compartimento que hallamos vacío. El silbato del tren engulló los de la policía, a los que dejamos con un palmo de narices, resoplando y apoyándose en las rodillas, sin explicarse lo que había pasado. Pronto no quedó de la estación más que el recuerdo y fuimos acostumbrándonos a los gruñidos acompasados de las ruedas que gemían sobre los raíles. Permanecimos sentados, viendo cómo se iban quedando atrás las zonas industriales y los barrios suburbanos.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el capitán, cuando respiramos suficiente para recobrar el ánimo.

—Sí... —respondí, con el corazón aún cabalgando desbocado en el pecho—  
¿Y usted?

Asintió sin ganas. Se reclinó contra el respaldo y cerró los ojos. Parecía

contrariado. Yo no entendía aún qué había pasado en la estación Victoria. Quién mató a Curtis ni por qué. Qué pintaba allí el zambo. Sentía el paladar seco como la estopa y a la vez el gélido sudor de la frente.

Huir de los agentes había sido un error, recapacité, o traté de fingir que recapacitaba. En realidad largarse de allí como alma que lleva el diablo me parecía la única salida posible, pero mi conciencia de ciudadana respetuosa con las normas me pedía sentirme culpable para contrarrestar la prodigiosa sensación de felicidad que me había producido escapar de mis perseguidores por tan poco margen. No quería volver a enfrentarme a los interrogatorios intempestivos de Scotland Yard, ya tuve dosis más que suficiente con lo de Lucas. Ante aquellos asesinatos hubiera necesitado ayuda, consuelo, protección; no atestados oficiales ni reproches de Roger y su pulcro sentido del proceso. Huí por miedo y porque me asqueaban los espectáculos de la ley y el orden.

Y como castigo a mi insensatez, ahora viajaba en un tren, sin conocer mi destino.

—¿Por qué la perseguían los guardias? ¿Y qué hace con la pistola de Curtis? —preguntó impaciente el capitán, desquiciado por el trance de la fuga.

Ni recordaba que sujetaba en la mano izquierda el pedazo de metal plateado. Era tarde para ocultarlo en el bolsillo de mi chaqueta, pero aun así lo hice, con tal de no verla.

—Todo ha sucedido tan de repente... —me excusé para no tener que pulir una declaración que podía ser usada en mi contra. El capitán observó mis pupilas como si rebobinase en ellas las imágenes de la estación. Por ello, bajó la voz y la matizó con un tono más relajado.

—Pues cálmese. Ahí viene el revisor.

Salió al pasillo y lo vi hablar con él y pagarle los billetes. Finalmente, el hombre se fue.

—Le he contado un cuento chino y he comprado dos billetes para la próxima estación. Por cierto, este tren se dirige a Southampton.





*“Los ángeles no pueden juzgarnos, porque son perfectos. Ellos no conocen el desamparo y la aflicción de ser humanos. Nuestra angustia es tan inmensa que debiera generar entre nosotros una corriente de simpatía general, de hermandad por lo que padecemos. Y el hecho de interrumpirla continuamente es otro motivo de pesar.”*

*Cuaderno de Alonso Bando*

El compartimento sacudía sus espaldas con los rítmicos compases del avance. Como no podía ser menos, discutieron. Ante la incertidumbre de los que les esperaba, ambos querían saber qué hizo el otro. Por qué él no impidió el ataque que sufrió Curtis, por qué ella huía de la policía y les metió en ese disparadero ferroviario. El silbato de la locomotora y el traqueteo inmisericorde del vagón se confabulaban para volver inaudibles tramos de sus frases, de modo que volvían a empezar y la escena se demoraba, recurrente, para exasperación de ambos. Las palabras corrían el riesgo de volverse inútiles.

Frente a ellos, la ventana describía un paisaje itinerante de postes y árboles, de colinas y granjas, con una monotonía vulgar.

Todo aquel continuo inagotable, el aire que se filtraba por los resquicios, sus piernas extendidas sobre el asiento bamboleante por el vaivén de las poleas, les devolvía a la corporeidad del orbe, que giraba ajeno a sus planes. A Emma en especial le desconcertaba esa batahola lúdica de sensaciones y trataba, con espíritu protestante, de anegarlas en un marasmo de reticencias y deberes.

Más por reprimir ese desorden de injerencias que por someterse al criterio del capitán, Emma fue la primera en contar lo que había visto en la

estación Victoria. La historia del mayordomo sorprendió al capitán, que no lo había reconocido, y le apabulló saber que había entrado armado en la estación. Ni se percató de que a Emma se le encendían las mejillas al narrar cómo fue en su busca para advertirle de que temía una trampa contra él. Laredo sólo se detuvo a amonestarla por haberse puesto en peligro.

Tocó el turno al capitán de explicar lo que pasó. Emma esperaba un informe metódico y ordenado, como convenía a un militar de carrera, acostumbrado al peligro. Pero el capitán se levantó y dio un par de vueltas por el compartimento con el precario equilibrio que imponía la batea inestable. La pesadumbre recorría su cara, sin abrir los labios. Se apoyó la mano en el cristal y le dio la espalda, con la mirada fija en la ventana.

—Si yo no hubiera hablado anoche con Curtis, ese hombre estaría vivo ahora.

La frase tremoló en el aire, tan quedamente musitada que Emma casi tuvo que descifrarla. No se le había ocurrido pensar en las consecuencias de sus actos, llevada únicamente, ahora lo reconocía, por su designio de encontrar a Alonso Bando. Pero el mundo de la responsabilidad abría continentes enteros, duros de explorar. No era eso lo que le convenía en su loca aventura, no era eso lo que perseguía. Sin embargo, tenía ante sí a una víctima de sus locuras, de su intrepidez impertinente. El capitán se culpaba por la muerte de un hombre y eso, sin ser cierto, resultaba de una viscosidad indignante cuando alguien se lo planteaba. Buscó palabras de consuelo, pero le costó tanto que casi tuvo que extraerlas de su magín a cucharadas.

—Curtis se prestó voluntariamente, como nosotros... Todos queríamos desenmascarar a Sir Billy... Lo ideamos juntos... Pudieron dispararnos a los tres... Sabíamos a lo que nos exponíamos —fue desgranando, a modo de muestras de elocuencia que apenas logró inflar con algunas monsergas más, pues la humanidad que el capitán demostraba la hizo sentir miserable y prefería no hablar demasiado, no descubrir su falta de convicción.

—Ese hombre tendría una familia —la interrumpió al rato el capitán, sin oír su cháchara— Y ahora su viuda está desayunando en América, sin saber lo que le ha pasado. No, no sabíamos a lo que nos exponíamos... Y usted, señora Wells... Yo no podría cargar con su muerte. Tiene que abandonar

ahora, en este instante.

Temblaba como una hoja. Parecía poseído por el temor a su propio remordimiento.

–No quiero tener que reprocharme más muertes, señora. Vuelva a casa.

El silencio entre ambos se volvió azul, como la penumbra del vagón, tachonado de reflejos. Emma frunció el ceño. No hubiera sabido ponerse en pie con aquel traqueteo, pero su voz sí lo hizo; se irguió con autoridad.

–Nadie me manda. Lo que debo hacer, quiero hacerlo.

–¿Pero qué diantres se le ha perdido a usted aquí? –preguntó, en tono de queja–. Mire dónde estamos. Y piense en lo que ha podido pasarle. Si es por el dinero, o por un compromiso con su gobierno...

En esa tesitura en que casi parecía dispuesto a abandonarla a su suerte, a ella no le quedó más opción que revelar le la verdad.

–Usted no lo entiende –se desesperó Emma–. No lo hago por eso. ¡Lo hago por mí! ¡Quiero encontrar a Alonso Bando!

Laredo se retiró. Sin darse cuenta, había torcido la cabeza en un mohín de aceptación. Casi necesitó calibrar con los labios el nuevo escenario que semejante confesión implicaba. Se atusó el bigote, tal vez para amortiguar su gesto. Recuperó en ese momento el rictus serio con que ella lo conoció. Habló quedamente, tanteando el aire, como si planteara una hipótesis.

–Debe ser un hombre importante para usted si arriesga la vida.

–Lo es –exclamó, completamente abochornada y dispuesta a zanjar el asunto para siempre. Sin embargo, el pudor que le anudaba la garganta no evitó que por su voz corriera, líquida, la delicia del caramelo.

Su última frase voló como una golondrina vagabunda que buscara cobijo en algún rincón para anidar. El capitán prefirió guardar silencio. Por fin, al cabo de un tiempo que Emma consideró prudencial, a efectos de recuperar su medida británica y su compostura, que siempre usaba en defensa propia,

Laredo volvió a sentarse, esta vez frente a ella, junto a la puerta.

–Posiblemente la policía haya alertado a la próxima estación de que nosotros, los dos fugitivos, los sospechosos, viajamos en este tren... Nos esperarán. Tendremos que bajar del tren en marcha si no queremos que nos detengan. Lo mejor será estar atentos por si ralentiza la velocidad en alguna cuesta o, si no se da el caso, saltar cuando aminore al acercarse a la parada siguiente, antes de que nos vean desde el andén.

Trataba de ser práctico, pensó Emma. Eso favorecía la conversación, los relajaba a ambos. Tenían que ser precavidos si querían salir del apuro. El capitán repitió esas instrucciones, o las estudió en una especie de plan de acción, antes de proseguir con nuevas coordenadas. Ella admiraba su capacidad de sobreponerse a las dificultades. No estaba acostumbrada a tratar con hombres como él:

–Luego intentaremos regresar a Londres por carreteras secundarias, donde no nos busquen. Tenemos que procurar no levantar sospechas... En cuanto a la pistola que lleva encima, seguro que está cargada. Será mejor que me la entregue, antes de que pueda hacerse daño.

Cuando lo palpó en su bolsillo, aquel chisme metálico había tomado prestado el calor de su cuerpo y Emma tiró de su cañón cálido con dos dedos, sintiendo la misma repugnancia que si palpara un áspid, una víbora sinuosa que se hubiera ocultado en su seno. Apretó los dientes cuando lo depositó, con mucho cuidado, en el asiento. Allí quieta, la pistola parecía que quisiera anidar entre los asientos forrados. Temía que el arma se disparase, casi por voluntad propia. En todo caso, bastaría una pequeña presión en el gatillo para matar a alguien. No comprendía de dónde le vino la inconsciencia para quitar la pistola de la mano muerta de Curtis, sin que le temblase el pulso. Peor: ¿en qué estaba pensando? Debía empezar a temerse a sí misma, si no era capaz de controlar sus impulsos. Más recatada ahora, pues ya había visto dos cadáveres por arma de fuego, admiró el tremendo poder que encerraba esa maquineta entre el percutor y el punto de mira. Ingenio horrible, fruto de la mera inteligencia, fría como el acero.

–Acérquemela –pidió el capitán.

Ella se la entregó con un gesto de aprensión y el capitán comprobó el cargador y la montura. No había sido disparada, dictaminó. Curtis no había tenido tiempo de apuntar antes de recibir la descarga fatal. Laredo incluso olfateó el cañón. Admiró la suavidad de la culata antes de guardársela sobre la camisa, en el cinto. La suya propia iba en el bolsillo interior de la chaqueta. Emma observó aquellas evoluciones de entendido armero y le sobrecogió no saber aún qué había hecho el capitán en la estación Victoria. Sin querer que su imaginación labrase la menor sospecha, para acallarla casi, le pidió a Laredo que le contase lo que pasó, en nombre de la simetría, la buena fe o el compañerismo, lo que él quisiera.

El capitán trató de esquivar el compromiso, pues dudaba de que implicarla más en el caso le beneficiara, pero Emma no cejó en aquilatar las nociones patrióticas, feministas, adulatoras, sentimentales... Tanto insistió que Laredo prefirió contar lo que sabía.

Explicó que cuando Curtis se colocó de cebo en el banco rojo, él ya se había escurrido por los pasillos de los alrededores y buscaba un lugar de observación a buen recaudo de curiosos, entre los armarios de las consignas. No observó nada de particular ni Kildrake dio señal de vida, hasta que le pareció distinguir el rostro del zambo entre el público de la estación. Quiso perseguirlo, pero el tipo se esfumó entre la gente. Cuando volvió a su escondite, sonó el disparo, le pareció que a una distancia de unos cien metros. Siguió el rastro del sonido, no sin antes ver a Curtis derribado, y voló hacia el perímetro del revólver culpable. Entonces volvió a ver al zambo, tras el que corrió a toda vela, pero desapareció entre el revuelo general. Debía haber tomado la salida lateral que conducía al apeadero del tren, pues nada más girar en la puerta, el rufián le disparó y a punto estuvo de matarlo. Tuvo que tirarse al suelo, dando un batacazo del que todavía se resentían las rodillas. También hizo caer a una señora obesa que le dedicó unos insultos que por suerte su dominio del idioma le vedaba, aunque pudo intuir un excelente uso del vocativo y del imperativo: *lárguese, reviente*, etc. Tras zafarse de la ultrajada señora, continuó la persecución y casi había atrapado al malandrín con sus propias manos, cuando apareció Emma abriendo paso a unos agentes de la policía, lo que le pareció un detalle muy cortés. El resto ya estaba contado.

Se infería sencillamente que Kildrake nunca compareció ni pensó hacerlo. En su lugar, envió a un sicario, posiblemente el zambo, para matar a Curtis. Ellos, idiotas, le habían ofrecido una segunda oportunidad, que esta vez sí supo aprovechar. Al fin, Kildrake había quedado al descubierto, aunque a un precio brutal. Había consumado su atentado (ya no quedó en tentativa como en el cementerio), sin que Laredo hubiera sabido evitarlo.

Como esta reflexión le abatía, Emma trató de animarlo, alegando que Curtis hubiera buscado a Kildrake de todas formas, si iba tras la estatua. Ellos al menos le brindaron la oportunidad de contar con aliados. Y Sir Billy pagaría por lo que había hecho. Estaba dispuesta a telefonar a Scotland Yard (pensaba en el inspector Roger) y contar el incidente. Pero el capitán no era tan optimista.

—¿Denunciarlo? ¿Con qué pruebas? Sólo podemos atestiguar que Curtis hizo una llamada de teléfono. Pero quién sabe si su interlocutor era Kildrake o sólo lo fingió ante nosotros. En cualquier caso, no vimos a ese hombre en la estación... No tenemos con qué acusar ni a una mosca.

El ferrocarril aminoró su marcha y varios berridos del silbato anunciaron que se aproximaban a alguna parada. El capitán, contrariado por los enigmas que se le planteaban, se levantó de mala gana y pidió a Emma que le siguiera. Fueron a la puerta de atrás, la que no se veía desde el andén. Debían saltar, antes de que los descubriera la policía, y alejarse a campo través. Emma se asomó al terraplén, donde punzantes guijarros de grava y piedra corrían bajo sus pies. Ya se divisaba la silueta de la ciudad de destino. Pronto divisarían la estación, que se adivinaba como una mancha gris en el horizonte. No debían esperar mucho más si pretendían pasar inadvertidos. Los aullidos del silbato se prolongaban con obstinación y la marcha de las ruedas comenzaba a encabritarse con los trompicones de la frenada. El capitán la instruyó para saltar los dos a la vez, cuando contara hasta tres. Se tomaron de la mano, las de ella sudaban por el vértigo. Miró a la estación, que cada vez se agrandaba más, sus tejados de pizarra ya se delineaban a lo lejos. Si esperaban más, los verían saltar.

Una, dos y... El capitán le apretó con sus fuertes dedos y tiró de ella. Emma se lanzó al vacío con un vuelco en el corazón y los dientes apretados. Cayeron rodando sobre la cornisa de grava del balasto y la grama. Emma se

detuvo sobre un puñado de yerba. Sintió el dolor del choque en ambos tobillos y en los codos, pero, una vez pasado el mareo de los giros, se levantó ilesa, aunque pálida como la cera. El capitán la felicitó por su valentía. Ahora debían apresurarse, sugirió; esconderse entre las hileras de árboles que deslindaban los labrantíos y las praderas de pasto.

A Emma se le había roto un tacón y caminaba con esa cómica dificultad. Debían avanzar a campo traviesa, entre brezales y surcos, hasta encontrar un sendero poco concurrido por el que volver a Londres sin contratiempos, pero el zapato de Emma podía delatar su condición de fugitivos. Necesitaban procurarse un par nuevo, antes de que las tiendas cerrasen.

A los primeros prados acotados con cercas, siguieron pedregosos caminos entre granjas que se asomaban tras los robles, cuyas hojas empezaban a dorarse con el final del estío. Procuraban pasar inadvertidos y se ocultaban cuando pasaba algún granjero en su tractor. Algún jinete remolón atravesaba los senderos de tierra.

—Sólo es un chico pasando el rato —protestó Emma, cansada de agacharse tras un arbusto.

—Es lo que temo. Mientras más desocupado esté, con más atención se fijará en nosotros.

El camino, protegido con un murete de piedra, ascendía en zig zag hasta un pequeño promontorio. Se sentaron a descansar. Desde allí, Laredo divisó un campanario de aguja punzante como una espada, que les indicaba el pueblo. Un par de lagartos verdes como la grama se deslizaron junto a Emma, cuando se le ocurrió romper el otro tacón del zapato para ganar en simetría. Necesitó sacudirle varios golpes contra un canto, pero el resultado, dos especies de zapatillas brucas, estuvo lejos de resultar idóneo para sus talones.

Cerca del poblado encontraron una especie de mercería que dormitaba su siesta. El interior parecía colapsado por una multitud de géneros en todos los grados de almacenamiento y exposición. El dueño era un señor calvo de levita y gafas de concha, que rellenaba un crucigrama a la luz del escaparate.



Emma halló unos cómodos zapatos de flexible suela y Laredo se hizo con dos paraguas para el camino. Su excusa fue la de dos paseantes extraviados.

Más relajados, encontraron una hostería con su cartel de madera ostentando la silueta roja de un águila que descendía a atrapar con un tenedor un muslo de pollo en un plato. Semejante dibujo se realzaba sobre un fondo que, si fue negro, había encanecido hasta el gris. Sobre la puerta habían rotulado con letras góticas el nombre *Pincho de halcones*.

El local, casi vacío, sólo acogía a un par de fumadores de pipa y a un anciano con la nariz medio hundida en una taza de té, como si se diera curas de vapor. Pidieron el menú del día, trucha, y saborearon los puddings locales, unidos a un vino del condado que les aconsejó la hospedadora, de sonrisa bonachona y vozarrón acogedor. Le preguntaron por la estación de autobuses, que quedaba varios kilómetros al oeste, en la villa principal de la que su aldea era pedanía.

Repuestos y confortados, iniciaron la marcha, no sin antes asegurarse de que no merodeasen policías ni patrullas por los alrededores. Así reemprendieron su fuga hacia el gris horizonte, a través de un camino alquitranado a tramos, estrecho, asediado por la hierba. El vino local, del color del borgoña, dejaba un gusto ácido en el paladar, pero tenía la virtud de soltar la lengua. Andaban calmados, hablando naderías, sobre las comidas de la región, o la lluvia inminente, sobre el precio que imponían a los turistas y su posible camuflaje como tales. Y vino con naturalidad la curiosidad de Emma sobre cómo Laredo había llegado a dominar tan bien el inglés.

El capitán tenía facilidad para los idiomas, reconoció. Había pasado algunos años en El Cairo y las noches del desierto se hacen largas sin un periódico encopetado como el Times. Tenía amigos en la embajada de Londres y había visitado el país algún verano, lo que le permitió paladear las nasales inclinaciones de los nativos. Emma se escandalizaba de que tratara su idioma como una curiosidad antropológica, pero no quiso cortar la distendida camaradería que en ese momento reinaba.

Sobre una colina se empinaba un marchito hotel, rodeado de algunas palmeras asilvestradas, cuyas hojas más viejas, sin cortar, abrumaban sus copas. Varios caminos de tierra pretendían ser veredas para pasear entre

parterres y setos, que nadie había talado en años. Al pie del parque de esa colina, junto a la propia carretera, se izaba una cabina telefónica, roja como una caja de bombones.

Se sentaron en un banco del parquecillo, donde hubieran pasado por clientes si el hotel hubiera dado señales de vida. Tenían ante sí una fuente sin agua, anegada de hojas y flores mustias que se dijera los papeles de la quiebra. Mirando su perezoso angelote, Laredo lo pensó dos veces, antes de hacer una pregunta tan personal que le mantuvo incómodo como un traje estrecho.

—No me ha dicho qué tal era su amigo Alonso...

Emma nunca había contestado a una pregunta tan íntima, pero no era la osadía ni la impertinencia lo que paralizó sus labios como un beso larguísimo, sino el alud de sentimientos que convocaba en su pecho el intento de expresar, de reducir a las cartesianas artes de la gramática, el brillo, la lozanía, la nostalgia, el deseo radiante que Alonso Bando despertaba. Por eso dejó que el capitán se retirase discretamente hasta el filo del banco, temiendo alguna protesta (con esa inglesa nunca se sabía) y que un minuto transcurriese entre ellos como un enjambre de hojas, hasta que sonrió un poco, mirando la fuente, como si recordase en ese momento que no estaba sola, para responder con toda la tibieza del sol que no brillaba, la lejanía del horizonte que nunca luciría como ellos merecían en la bruma norteña, con un suspiro:

—...Lo era todo.

Si hubiera añadido algo, si hubiera extendido en un ápice la frase o movido las mansas manos de su regazo, si hubiera añadido alguna fecha o conjurado hechos y propósitos, aportado un episodio o contado la trama o el desenlace de esa respuesta, ésta no habría sido tan vehemente, tan febril y desahuciada como salió de su boca.

Sumado al delicioso rencor con que pronunció su confesión, quedaba la circunstancia, nada desdeñable, de que se jugaba la vida sólo para dar con el paradero de ese hombre. Tales evidencias hicieron al capitán cruzarse de brazos, sin apartar los ojos de la fuente, dilucidando algo que pronto pudo

concretar:

–Siendo un español en Londres, tal vez sepan algo de él en la embajada. Espere, llamaré a mi amigo el secretario, para pedirle que investigue.

Se acercó en dos zancadas a la cabina. El polvo de los años había opacado sus cuadrículas de cristal, que destilaban el mismo abandono agreste del hotel, donde seguía sin verse un alma. Emma lo vio moverse dentro del rojo cajón y se dio cuenta de lo fácil que hubiera sido hacer esas gestiones si hubiera tenido los pies en la tierra y no se hubiera subido en una nube aquel día que le mencionaron el nombre de Alonso Bando.

Aunque no era tan fácil. Quizás Alonso Bando intentara pasar desapercibido para las autoridades. Aun así, agradeció al capitán su dinámica generosidad.

Tal vez lo instantáneo de su acción animó a Emma a tomar la iniciativa en otro asunto. Echaba de menos a su hija Iris y pensó que oír su voz disiparía por un instante la soledad que la abrumaba en Londres. Por eso, cuando salió el capitán de la cabina, ella anunció que llamaría a su marido. Laredo se ofreció a echar un vistazo por la carretera y otear si había moros en la costa. En realidad, se alejaba para dejarla a solas.

La cabina mostraba una colección de humedades y manchas poco halagüeñas. Olía a moho y el chirrido metálico de la línea al marcar le resultó demasiado clínico para su ánimo. Cuando recordó el teléfono de la salita de su casa y se imaginó a su marido descolgando el aparato, entendió que no estaba preparada para contestar las preguntas inevitables que él le haría, ni para justificar su retraso en darle noticias de sus actos.

La voz de su esposo, gutural, monótona, la devolvió a la realidad con una rapidez que la hirió. Ya no se sentía parte de la vida de Oxford. Si algo había sucedido en esos días, fue su alejamiento, un extrañamiento de Emma Wells hasta convertirse de nuevo en Emma Osborn.

–¿Diga...? –respiró con desalentadora lentitud el marido y luego, titubeó  
– ¿...Emma?

–¿Tony? –habló finalmente, cuando le faltó valor para colgar el teléfono. Casi había llevado el auricular hasta su horma, pero se arrepintió de semejante deslealtad. En esos momentos, medía su ánimo por esos detalles. No se atrevía a indagar más dentro de sí–. Soy yo.

–¡Por Dios bendito ¡Emma! –se disparó la voz con vehemencia–. ¿Dónde estás? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué no me has llamado antes? ¡Me has tenido de los nervios!

Aquellas quejas resultaban casi groseras a estas alturas. No sentía que perteneciera a Anthony Wells. Su viaje la había apartado de tal hábito mental. Sólo echaba de menos las manitas, la sonrisa de su hijita. Por toda contestación a las recriminaciones y preguntas maritales, trató de formular su petición del modo más inofensivo posible:

–¿Está Iris contigo? –musitó, acariciando las palabras como si diera palmadas de apoyo al caído–. ¿Puedes ponerla para que la oiga?

–¿Pero estás loca? ¿Para qué quieres oír berrear a la niña? Soy yo el que ha estado preocupado todos estos días. A mí es a quien has puesto furioso con tus locuras... Te exijo –y su voz adquirió un tono imperativo a la vez que didáctico, con la pericia adquirida en su trabajo– que vuelvas a casa inmediatamente. Ya está bien de aventuras y novios perdidos –esto lo dijo Tony agarrándose el pecho con la mano derecha, pero Emma no tenía modo de verlo–. No puedes continuar así. He frito a telefonazos a tu tío Ferdinand y he dejado no sé cuántos recados a la pensión. Por Dios, Emma, esto tiene que acabar. Sea lo que sea que hagas, no vale la pena y es muy peligroso.

Pero las imágenes del pasado se hacían añicos en los ojos humedecidos de Emma. Veía al capitán Laredo, ocupado en fisgar en los brezales con teatral preocupación para dejar patente que no la observaba. Veía las motas adheridas a los cristales durante décadas, veía su puño golpear los junquillos de la puerta con nerviosismo. Pero su mente se negaba a pensar en Tony más que como dispensador de la voz de Iris.

–Estoy bien. No te preocupes –insistió con la más edulcorada de las impacencias–. Sólo quiero que se ponga mi hija.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿Qué clase de respeto crees que me estás demostrando? Comportate como es debido. Tus burlas ya han llegado demasiado lejos. No estoy dispuesto a consentir ni un minuto más esas macabras vacaciones, temiendo oír la radio por si te ha pasado algo. Te ordeno que vuelvas a casa inmediatamente. ¿Me oyes, Emma?

No se dio cuenta de que las lágrimas corrían por sus mejillas. Sonrió nerviosamente, con la inconsciente certeza de que se estaba despidiendo de Tony, de que nunca oíría a Iris por el auricular por mucho que lo implorase, porque su marido no iba a cejar en sus exigencias. Abatida por esa melancolía y ese miedo, las piernas le temblaron, mientras volvía a mendigar unas palabras de la vocecita de Iris.

—Por favor, sólo te pido que me dejes oír a la pequeña un momento. La echo de menos. Luego te contaré todo lo que quieras, te lo explicaré todo... Vamos, déjame hablarle, sólo unas palabras.

—¿Pero a qué estás jugando, si puede saberse? ¿Qué es lo que te pasa? Tienes que venir enseguida... Te prohíbo que sigas por ese camino. ¿Estás en tus cabales, mujer? Si no atiendes lo que te digo...

Colgó, llorando. No había el regreso, no le quedaban fuerzas para volver a Oxford, ahora lo sabía. La tensión le hizo flaquear las piernas y se aferró al anaquel del teléfono. Una incipiente llovizna ocupaba al capitán con el paraguas y le ocultaba su rostro. Necesitó unos instantes para reponerse, mientras el campo se acongojaba bajo una tristeza fragante de agua y barro. Salió de la cabina sin rumbo y sólo unos pasos por el sendero de grava la calmaron.

Regresó junto al capitán, que observaba un perro a lo lejos. Más allá de la valla, un establo descolorido recibía la luz de jengibre de la tarde. Las ancas de un mulo que rumiaba a dos universos del entusiasmo reflejaban la lluvia con un brillo azul cobalto. Del portalón del establo pendía un farol de petróleo. El capitán le propuso ampararse allí, a salvo de curiosos, antes de que se les empapase toda la ropa. En su huida, no le preguntó por la conversación telefónica, vista la turbación que temblaba aún en sus labios.

El hedor del heno podrido casi podía masticarse y el golpeteo de algún

postigo desvencijado que empujaba el viento hacía revolotear las luciérnagas en el fondo oscuro. El perro quiso seguirlos, pero el capitán lo echó, porque insistía en lamerle los zapatos. Soltó dos ladridos que parecían dos fragmentos furiosos de la lluvia, que arreció por unos minutos. Unas herraduras desperdigadas por la entrada refulgían como azulejos con el agua y Emma se sentó a mirarlos, en un taburete rústico que descansaba junto a unos aperos del color de las pasas. El perdiguero trotaba a lo lejos.

Que aquella súbita belleza se la hubiera perdido Curtis por su ansia de hallar la gran comisión, el gran porcentaje, o que ella misma estuviera a pique de arriesgarla por seguir los pasos de Alonso Bando, intrigaba a Emma.

—¿Recuerda —preguntó al capitán— aquello que nos habló Curtis sobre los dioses descatalogados, los que no tienen precio?

—Era un gran vendedor. Sabía persuadir.

—Pero tenía razón, siempre buscamos lo que no tenemos, como si echáramos en falta algo, algo que nos saque de esto... Si supiera lo que soy, si me conociera, tal vez no estaría aquí...

Quiso decir que se echaba de menos a sí misma, no sólo a su hija Iris o al Alonso de su juventud. Pero no podía regresar a nada de aquello, no podía ser más que lo que era en ese momento. Una señora metida en un par de asesinatos siguiendo pistas insensatas, junto a un piloto extranjero, en medio de la guerra. No se reconocía en ese retrato, pero tampoco en la eficiente secretaria de Oxford. Semejante biografía era un error, un cúmulo de desastres. La vida, la humanidad que latía en ella, su anhelo de amor, de belleza, habían quedado apartados en algún mundo paralelo a éste y a veces se le revelaba en ciertas sensaciones inaprensibles, como un punto de nostalgia, o una forma de recibir la brisa de la tarde, o en el silencio de una antigua foto.

Pero si esto apenas cabía comprenderlo, menos aún explicarlo a un extraño. Debía seguir adelante, se lamentó. Laredo leyó el abatimiento en su expresión y volvió al tono pragmático, para darle brío.

—Tenemos que encontrar a Kildrake. Y se me ocurre que nuestro amigo el

mayordomo podría darnos una pista. Seguro que ha vuelto al hotel Imperial a recoger sus cosas. Veamos hasta dónde nos lleva.

—¿Sospecha de él?

—¿Por qué no? Tenía un arma ¿no? El zambo también estaba allí, pero no sacó la pistola hasta que sonó el primer disparo... Mire, ha descampado. Adelante.

Las nubes velaban el desplome del crepúsculo. Caminaron deprisa, esquivando los faros de algún coche. Ya se adivinaban las luces del pueblo, cuando oyeron los rugidos de varios aviones que se acercaban.

Los aparatos zumbaban en su invisible guerra, esta vez siguiendo alguna línea recta. El capitán conjeturó que venían del noroeste, bombarderos alemanes que después de soltar su carga huían de los cazas ingleses, porque les disparaban. Sobre aquellas andanadas atmosféricas se impuso entonces un ruido más cercano, el de la caída en picado de un motor. Un caza abatido se precipitaba en barrena. En la oscuridad creciente, una columna de humo se estiró a todo lo largo del cielo para estrellarse más allá de una colina, donde retumbó una explosión amortiguada, como un ronquido de la tierra. Un resplandor, cegador como un rayo, dibujó durante medio minuto el perfil de la colina.

—Juraría que era un Stuka —dijo el capitán, que había observado con atención la silueta del aparato.

Emma no entendía eso. ¿Un qué? Preguntó. Un avión alemán, contestó él.

—Hemos escapado de milagro —observó Emma.

—Eso no es lo peor. Mire arriba.

Una mancha gris, como un iris desteñido con su pupila negra fija en el centro, descendía del cielo con lentitud. Se fue alejando hacia un bosquecillo como un hongo enorme.

–Un paracaidista –se alarmó Emma.

–Sí. El piloto alemán ha saltado a tiempo.

–Caerá cerca. Y está armado.

–El problema no es ése, sino que ahora van a venir para acá todos los policías, reservistas y voluntarios de la comarca a detenerlo. Y nos van a pillar en medio.

–¿Qué podemos hacer?

–Huir no. Peinarán toda la zona y nos cogerían. Nuestra única oportunidad es detener al alemán nosotros. Así seremos dos buenos patriotas. Bueno, usted será la patriota y yo un simpatizante. En medio de la conmoción, pasaremos inadvertidos.

–Pero el piloto se va a defender.

–No podemos elegir. El es nuestro salvoconducto para salir de ésta... No se preocupe por ese hombre: sabe que no tiene escapatoria. Se entregará sin resistencia.

El capitán echó a correr hacia el bosquecillo de tilos y robles. Emma fue tras él, maldiciendo las malezas e irregularidades del terreno que la oscuridad le impedía ver. Que el mundo es un lugar inhóspito y ajeno al hombre, lo sabemos, pero sólo de noche lo sentimos en la sangre. La oscuridad devolvía a los árboles su misterio telúrico. Las ramas crujían, atosigadas por la marea del viento, las ululantes aves y algún búho omnipresente inquietaban a Emma, que no lograba orientarse entre las sombras y seguía al capitán casi a ciegas. Sólo el blancor del cuello de su camisa le permitía verlo. La copa de algún roble elevaba su jerarquía rupestre igual que una cúpula y la niebla ascendía de la tierra como si tuviera fiebre.

El capitán aminoró la marcha, temía que el piloto acechase en cualquier escondite de la floresta. Sacó la pistola, que devolvía una liviana claridad. El bosque parecía haber doblado su tamaño con la noche ante los ojos de Emma. Pero por mucho miedo que tuviera, podía advertir la seguridad del capitán.



Le había explicado que cualquier piloto alemán sabría que no tendría escapatoria posible si caía en la isla. No podía pasar inadvertido y no conseguiría huir. Pero una cosa era la lógica y otra detener a todo un soldado enemigo en plena oscuridad, en mitad de la nada.

Finalmente, oyeron una especie de gruñido sordo tras unos arbustos, más febril que acompasado. Agachándose, se acercaron y vieron una figura tratando de recoger la enorme lona del paracaídas, que se había extendido sobre el brezal y se enganchara, impidiendo doblarla. Musitaba juramentos en voz baja, como un rumor, impaciente por las dificultades, y quizás aún mareado por lo sucedido. Cojeaba, se había torcido un tobillo.

A los lejos comenzaban a escucharse motores de coches y motos, y las luces de los faros se divisaban entre los tilos. Emma y el capitán se agacharon, igual que el piloto, que, sin decir palabra, aligeró sus evoluciones con los cordajes, desconcertado, cada vez más nervioso. Emma nunca había estado tan cerca de un enemigo y temblaba como una hoja, pero el capitán actuó con una sangre fría que la desconcertaba. La empujó detrás de un tronco, apretó los dientes y se levantó cuan largo era para ser bien visible por el piloto.

—¡Alto, amigo! ¡Arriba las manos! ¡Soy policía!

El piloto no intentó sacar el arma. Laredo se acercó con zancadas lentas y empuñando su pistola de manera ostensible para que el piloto no dudase de su palabra.

—Muy bien, tranquilo. Voy a desarmarlo, pero no intente nada. Los demás policías se acercan —le había parecido que la palabra policía podría entenderla un alemán y además los mencionó porque aseguraba cierta neutralidad administrativa que el soldado agradecería.

Laredo le quitó de la funda un pequeño arma, que se guardó en el bolsillo, y también halló una linterna en su cinto con la que le iluminó su cara rubicunda y sudorosa. Sólo era un chico asustado con la nariz enrojecida por el frío de las alturas. Un mechón amarillo colgaba de su frente. Se había quitado los guantes y tenía las palmas en carne viva de forcejear con la cuerda. Miraba espantado a su captor, que con un movimiento rápido había

tomado un trozo de cuerda del paracaídas para amarrarle las manos a la espalda. Sólo cuando lo tuvo bien sujeto, sacó una navaja y cortó la tralla del resto del cordaje del paracaídas.

—Amigo —pronunció despacio—, tranquilízate, porque para ti la guerra ha acabado —Le encendió un cigarrillo y se lo puso en la boca. Al muchacho, con un nudo en la garganta, le costó tragar, pero lo logró y esto apaciguó su nerviosismo un poco.

Sólo entonces pidió Laredo a Emma que saliera. Ella se acercó al piloto, que aunque mostraba una actitud dócil, retenía en los ojos el miedo.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Friedrich.

—Bienvenido a Inglaterra, Friedrich. Esta señora se llama Emma y yo Miguel. Ahora no te asustes. Voy a disparar al aire para avisar de que te hemos encontrado.

El capitán apuntó la pistola al cielo y repitió a ambos que no se preocuparan, que sólo quería indicar su posición a las patrullas. Lanzó dos disparos al aire y empezó a elevar la voz para gritar bien claro que había capturado al piloto y que se había entregado sin resistencia.

—¡Se ha rendido! ¡Se ha rendido! —repetía Emma, a su vez.

La oscuridad hacía parecer a los tres, señalados por el fulgor de la linterna, animales peligrosos. Emma estaba muerta de miedo y su cara pálida no podía ocultarlo. En realidad no sabía cómo comportarse, pero el capitán estuvo grandioso, dando palmadas en el hombro al chico y diciéndole que iba a pasarse la guerra jugando a las cartas y leyendo los periódicos. Sólo necesitaría permanecer tranquilo esos momentos y responder despacio cuando le preguntaran. Emma casi temió que tratara de confraternizar con el enemigo. Ella no aprobaba semejantes confianzas. Un alemán era un alemán, por muy desencajado que tuviera el rostro por el pánico cuando se acercaban las patrullas con sus ladridos, voces, linternas y candiles. Pronto se congregaron dos docenas de hombres en distintas partidas de cazadores,

reservistas, guardias y granjeros de mediana edad, cuyo aspecto desmañado y ojeroso decía muy poco del espíritu bélico a ciertas horas de la noche.

En el prado iluminado por las constelaciones silenciosas, los hombres mostraron su desilusión por la pacífica rendición del alemán, que les impedía expresar el odio que sentían.

—¡Está inmovilizado, se ha entregado sin resistencia! —les advertía el capitán a todos, para que bajasen las armas.

Unos voluntarios se dedicaron a desenrollar el paracaídas en busca de material de guerra o planos secretos, ansiosos todos por colgarse alguna medalla con aquella, más que inusual, imposible casualidad que había sido encontrar un piloto enemigo en la comarca. El sargento reservista de mayor graduación fue quien presidió el ceremonial de la entrega, con modales bruscos e incómodos. Laredo le dio la pistola del piloto, una Luger muy apreciada por los civiles, que se la pasaron con evidente placer, y la linterna, que el sargento tomó con palpable desconfianza, como si fuera explotarle en las manos.

Algún aldeano mal afeitado, no satisfecho con proferir un sinfín de insultos obscenos, le dio varias patadas en el trasero al prisionero. Dejaba claro que aún no había salido del humus patriótico primordial, pero un policía local, que vestía uniforme mal abotonado y no había tenido tiempo de anudarse una corbata ni ponerse la gorra, lo contuvo, llamándolo por su nombre y pidiéndole que no pusiera las cosas más difíciles. La mayoría de los asistentes se sentían fascinados por la proximidad del enemigo, encarnación visible del mal, que les abría la posibilidad de generar violencia justificada. No estaría mal lincharlo, dijo alguien, o dispararle en el pie que cojeaba para curarlo, bromeó otro. El capitán Laredo trató de contenerlos, pero no se atrevía a señalarse, al fin y al cabo era un extranjero que sólo quería pasar desapercibido. Por suerte, el sargento reservista se puso delante del atónito piloto y prohibió las intemperancias bajo pena de arresto.

—Es un prisionero de guerra y lo protege el tratado de Ginebra —repitió sin convicción, y como los demás no parecían decidirse sobre cómo desencadenar la violencia que llevaban dentro, se cohibieron de hacerlo. Sólo un señor mayor, de aspecto turbulento, derribó de un empujón al chico para

demostrar quién ganaría la guerra si de fuerza de brazos dependiera.

Al muchacho, la caída al suelo le tranquilizó, sin embargo. Se le había abierto una pequeña brecha en el pómulo izquierdo, pero casi sonrió. Parecía pensar que quizás tuviera valor, después de todo, para afrontar el sacrificio por su Führer. El policía desaseado quería interrogar allí mismo al piloto, por si habían caído más aviones, cosa imposible de saber para el chico. En realidad, todos le preguntaban a cuántos ingleses había derribado, o cuántas bombas había lanzado. En general, deseaban saber a cuántos compatriotas había matado para hacerse una idea del odio que debían sentir por él.

El sargento insistía en que ésos no eran el lugar ni el momento oportunos para un interrogatorio. Los obligó a todos a caminar delante de él, mientras llevaba del brazo al prisionero, a quien había colocado unas esposas, sin soltar por ello el nudo que improvisó el capitán. Parecía un ejercicio de enardecimiento castrense preguntarse qué harían con el prisionero cuando lo llevaran a Londres y cada uno apostaba por un método de interrogatorio más cruel que el compañero. El reservista, con años de experiencia en la India, se quejó de que entre militares no tendrían lugar semejantes escenas de escarnio y se rascaba el mentón en señal de desaprobación.

Emma caminaba sorprendida de la precisión con que había previsto los hechos el capitán. Había pronosticado que nadie se fijaría en ellos cuando tuvieran delante un uniforme alemán. La impresión de esa cercanía, la novedad del avistamiento y el peligro, habían borrado las diferencias y las suspicacias dentro del grupo británico. A pesar del acento extranjero que delataba a Laredo, su rostro moreno lo alejaba de cualquier confusión con los arios alemanes. Su piel actuaba como su mejor pasaporte. Pero más que eso, fue la vista de un piloto enemigo lo que concentró la atención de todos como una atracción diabólica, como la mirada hechizadora de la serpiente. En realidad, Emma se espantó de la facilidad con que pudo ocurrir una desgracia. El bando más fuerte estuvo a punto de cometer una injusticia y esa sensación de maldad intrínseca que desprendía la humanidad en ciertos momentos resultó demasiado feroz para una infeliz intelectual como ella.

A Friedrich se le saltaban las lágrimas, sabiéndose prisionero y apartado de la gran hazaña del Tercer Reich en que le habían enseñado a creer. Era tan joven y tan dañino. Si no hubiera sido por las ametralladoras de un maldito

aviador que lo persiguió como un zorro a un conejo, habría vuelto a su aeródromo sin novedad. Era un piloto bien entrenado y capaz, que manejaba los mandos con maestría rayana en el virtuosismo. Le encantaba volar y disfrutaba de la holgada camaradería de sus colegas.

Ahora decía adiós a sus amigos, a su familia, a la gran prueba histórica de su país. No sospechaba que su confinamiento, como el de tantos de los suyos, en la decente Inglaterra, su trato diario con gentes de otras naciones y con los reclusos y heridos de su patria, le iban a preparar para la tarea más ardua y la más ingrata, pero mucho más heroica: la de regresar algún día a su país, arrasado por la guerra al final de su aventura suicida, y ayudar a reconstruirlo con humildad, esfuerzo y coraje. Pero ni él ni nadie conocían los designios del futuro, menos aún las encrucijadas por donde discurriría la guerra. No podía saber, adiestrado en el horror racista, que su verdadera vida y su oportunidad de redimirse de sus errores comenzaban esa oscura noche, en una incómoda camioneta, con el tobillo torcido, maniatado y sufriendo codazos e insultos en un idioma apenas comprensible.

En el pueblo, la agitación era aún mayor si cabe que entre los miembros de la patrulla. El prisionero fue recibido en la puerta del ayuntamiento con sonoros abucheos a la vez que se aplaudía a los compatriotas. A Emma y al capitán nadie les había preguntado nada y se limitaron a tomar habitaciones en un hotelito, en ese momento abarrotado de paisanos que se menudeaban a preguntas entre sí sobre la captura del piloto. Huyó de las preguntas como del diablo y obedeció al capitán cuando la dejó ante una puerta de nogal. Pasó adentro y por fin se encontró a salvo, aislada de la curiosidad y los héroes vocacionales de la comarca. Todo era tan extraño como una pesadilla. Ni se fijó en el aspecto de zaguán que poseía su habitación, llena de muebles antiguos y cortinas viejas, que el hostelero les había mostrado en un periquete, sin cansarse de preguntar una y otra vez por las circunstancias de la captura y los peligros vividos por sus convecinos, los protagonistas de la jornada.

Emma, completamente agotada, cayó en la cama como un saco. Laredo le había dicho que la despertaría para tomar el autobús por la mañana. También había oído algo de recibir los informes de la embajada sobre Alonso, pero no recordó nada. La noche la llamaba con su estrellado silencio,

el sueño era la mejor medicina para el dolor. Apretó el botón de la lamparilla y se rindió. Fuera quedaban el jolgorio y la alharaca de la guerra. No le dio tiempo a preguntarse dónde estaba el capitán ni cómo pagarían la habitación, si apenas les quedaba dinero para el autobús.





















# LUZ DE TORMENTA



*“Un buen hospedero inglés nunca te refriega la factura por la cara. Prefiere acercarse a la mesa, despotricando de los malos pagadores que ha conocido, tan distintos de los nobles señores que tiene delante y luego, jovialmente, hace sonar las monedas del bolsillo y dice: –Apostaría el cuello a que llevo cambio de una libra.”*

*Aventuras de un español en Oxford.*

Hacía años que Emma no se despertaba en un hotelito rural. Con nostalgia, percibió la candidez de aquellas estrecheces de la hostería inglesa, con sus cortinas de encaje, el olor a alcanfor que achicaba los armarios, el podenco tumbado en la cerca del camino, el desayuno a base de arenque ahumado y gachas de avena, servido por una chica rubicunda y parlanchina. La última vez que había dormido en un albergue parecido, aún se apellidaba Osborn, aún se abrazaba al cálido torso de Alonso Bando. Le confortó alejarse, aunque sólo fuera con el recuerdo, de los dos asesinatos a tiros en que andaba implicada, del peso de su matrimonio y de una hija vedada a su cariño.

A pesar de lo desorientada que estaba, no se arrepentía de haberse arriesgado cuando la reclutó el inspector Roger. Aunque ahora tuviera muchas cuentas pendientes con él (no había ido a declarar a Scotland Yard sobre el primer asesinato, y del segundo, mejor no hablar), fue la llegada de aquel hombre con su gabardina impoluta, la que le abrió los ojos sobre lo hondo que había sepultado sus sentimientos, el ímpetu vital, la curiosidad. Del despecho que sentía hacia Oxford. Estaba viva y no lo recordaba. Esta es la historia de la rebelión de Emma Osborn contra Emma Wells, la usurpadora que había encorsetado el profundo anhelo y las aspiraciones de su juventud.

Esas eran las luchas que merecía la pena librar y no la aberración de la guerra con su maniqueísmo geográfico, que imponía, por un deslinde de fronteras, quiénes eran los amigos y los enemigos.

Tras el desayuno, paseó por el vestíbulo y encontró al capitán en un saloncito, jugando al ajedrez con el casero, que encendía su pipa sin apartar los ojos del tablero. El capitán la saludó y el hospedero, tras dar los buenos días, confesó a Emma que llevaba un año sin encontrar un rival digno de ese nombre para echar una partida. Sus parroquianos y vecinos sólo servían de adversarios frugales, por eso se felicitaba de que el señor Laredo resultara un oponente interesante. Se habían puesto a charlar al poco de amanecer, cuando Laredo había bajado a tomar café, y como lo vio baquetear con las piezas, se le ocurrió medir sus armas con él. Llevaban casi dos horas, pero aún no se había decidido el lance.

El capitán dijo que el dueño era un bribón y que, de haber sabido lo duro de pelar que resultaría, no se le hubiera ocurrido aceptar su reto por nada del mundo. Se había metido en una ratonera y no sabía cómo salir del apuro. Empleó un tono guasón que demostraba camaradería. El posadero, satisfecho como un niño, le explicó a Emma que, para darle más emoción a la partida, se jugaban el precio del hospedaje, a doble o nada. Sólo entonces adivinó Emma la intención del capitán y miró con interés las figuras desparramadas en su batalla muda. El dueño se frotaba la calva y observaba encantado, casi con ternura, el avance de sus alfiles contra el rey blanco.

–Espero que sepa lo que hace –dijo para sí Emma, bastante sorprendida por los recursos que demostraba poseer Laredo para salir de un aprieto. Pidió permiso para contemplar el final de la partida, admirando la facilidad con que el capitán pasaba de estudiar la posición de un caballo a inventar cualquier broma que permitiera al dueño ufanarse de su estrategia y previsión.

Olía el pastel de carne que preparaba la chica en la cocina y miró el almanaque que había en el vestíbulo, junto a un crucifijo de caoba y un horario de autobuses que señalaba con tinta roja las salidas a Londres del fin de semana.

La partida acabó al poco rato, con un atisbo de decepción en el ventero, que se tornó enseguida en carcajadas. Laredo había alargado una descuidada

torre y enfiló el pasillo del rey negro, que quedó a su merced, en jaque mate.

—Esto ha sido pura suerte —dijo Laredo, estirándose sobre el respaldo—, porque estabas a punto de dejarme sólo con los peones. Mi rey empezaba a sentirse deprimido, la verdad. Ha sido casi ganarte a los dados, John. Lo que en español decimos pura chiripa.

Halagado por los elogios, el dueño quiso invitar a un poco de jerez de la alacena, en honor a la tierra de su cliente. Así terminaron en buena paz y compañía los tres, ante una botella de licor. A esa hora de la mañana, el ventero iba en mangas de camisa y le sudaba la frente, que requería continuas pasadas de un pañuelo, cuya esquina sobresalía del bolsillo de su pantalón. Aprovechó la coyuntura para pedir excusas a la señora Laredo por no haberles podido ofrecer una habitación doble y haberles tenido que separar con dos individuales, pero en esos momentos lo tenían todo ocupado, debido a cierta carrera de caballos que se celebraba por la tarde.

Al oírse llamar señora Laredo, abrió los ojos con una desmesura que el ventero no captó. Calló casi como una forma de protesta, pero en cuanto se quedaron solos, le pidió una explicación a su impostado esposo. El capitán, a contraluz en la ventana, agachó la voz.

—Era la única forma de no despertar más sospechas. Nadie nos conoce, no tenemos equipaje, yo soy extranjero y, para colmo, llegamos anoche, del brazo nada menos que de un alemán. Se me ocurrió que un matrimonio a quien se le ha averiado el coche es más creíble que dos locos sin oficio ni beneficio corriendo por el campo. No hay tiempo para más zalamerías. Cuanto antes nos larguemos del pueblo, mejor. Pronto empezarán a hacerse preguntas, buscarán el coche, sabrán que hemos tomado el autobús a Londres, tal vez quieran que hagamos una declaración sobre la captura del piloto... No queda más remedio que salir pitando. Dentro de quince minutos sale el autobús. Prepárese.

Lo más irritante de Laredo era la seguridad militar con que tomaba sus decisiones, como si actuara alentado por el privilegio del mando. Pero también Emma deseaba poner los pies en polvorosa. Ya habría tiempo de dejar en su sitio al atrevido. En ningún momento pensó en la hipocresía que implicaba darse aires de esposa devota y a la vez perseguir por las calles la

estela de otro hombre. Una vez más, eludía adentrarse en los vericuetos de sus impulsos.

El capitán compró los periódicos de la mañana y subió a la habitación de Emma a leerlos. Quería asegurarse de que no habían sido identificados. Sólo se citaba un misterioso asesinato en la estación Victoria y se proporcionaba el nombre de la víctima, Curtis. Una mujer y un hombre habían huido en el tren de Southampton, pero aún no los habían capturado. No parecía saberse más del asunto. Un periodista literato añadió que la mujer era hermosa, y que tal vez se tratase de un crimen pasional. Esto encendió las mejillas de Emma, que lo calificó de estúpido miope y cantamañanas a sueldo. A Laredo no pudo divertirle más todo aquello.

Salir del hotel con el único equipaje de un paraguas (Emma había perdido el suyo la noche pasada, posiblemente cuando apresaron al muchacho alemán) y recibir el flamante apelativo de señores Laredo, la hizo sentir cohibida como una pecadora primeriza. Y que el capitán se atreviera a llevarla del brazo por la calle, para reforzar su papel, la soliviantaba aún más. Le ardían las mejillas.

—Está llegando demasiado lejos —le susurró a Laredo, que no alteró el paso ni registró la menor vacilación en el gesto. Aun así, bajo el clima de complicidad en que se hallaban, musitó una respuesta, sin apenas mover los labios.

—Usted juegue a las casitas todo lo que quiera. A mí me interesa más esquivar a la policía y encontrar al asesino.

—Oiga, ¿todos los militares son tan estúpidos? —le reprendió ella, también en sordina.

—Se ha levantado con el pie izquierdo y busca una nueva excusa para discutir ¿no es eso? —susurró él.

—Para discutir, me basta con mirarle.

—Perfecto, así pareceremos un matrimonio normal.

—¿Siempre tiene que decir la última palabra?

—¿Usted no?

Emma prefirió callarse. Si no le ofendiera la condescendencia con que la trataba a veces, le divertiría, y era esa tierra de nadie donde se hallaba su relación. No se dignó responderle. Sólo se oían sus tacones resonando contra el empedrado, que en ningún momento debían acelerar su ritmo para no delatar que huían.

Los pocos transeúntes que encontraron por la calle, andaban atareados en comentar los pormenores de la captura del prisionero. Los rumores que mejor circulaban y florecían con mayor exuberancia eran los más escabrosos; no parecían sino cuentos capaces de crecer autónomamente, sin la cortapisa de la verdad. Emma oía al lechero explicarle a una señora, cuya talega del pan sólo parecía una excusa para buscar contertulios, que habían encontrado un carnet nazi en el bolsillo del piloto, o que había luchado a puñetazos hasta que lo redujeron, o que Mike Duncan, el jardinero viudo, se preciaba de haberse lanzado encima del piloto para detenerlo, cuando intentó escapar del grupo. Los disparos que se contaron esa noche ya iban por doce y no llegarían a la cena sin doblar esa cantidad.

Sin otra novedad, recorrieron las dos manzanas que los separaban de la estación de autobuses, un recinto estrecho cuyo suelo de cemento seguía húmedo por la lluvia, si no había sido regado. Dentro, olía a gasoil, a goma de neumáticos, a humedad. Un largo andén con varios bancos de hierro forjado tenía como telón de fondo varios carteles que anunciaban bebidas alcohólicas, acróbatas, carreras de caballos. Sus colores sienas, topacios, esmeraldas, y sus diseños pretendidamente artísticos, alegraban el lugar lo poco que les permitía una simple bombilla colgada de un cable. También había algunos panfletos bélicos, de menor tamaño, donde se lanzaban las consignas y consejos que el gobierno creía oportuno poner en circulación para que el pueblo inglés se condujera con cautela, efectividad y mucha moral, a través del endiablado laberinto de la batalla de Inglaterra. Porque la guerra era eso: una inmisión absoluta de la política en la vida de la gente, colocar el bien del estado por encima de las personas. La gente podía morir, pero que el estado lo hiciera, resultaba intolerable, peor aún, inconcebible. Esa prevalencia era la guerra.

Se sentaron en un banco. Pronto llegaron un matrimonio maduro y un par de soldados que habían agotado los permisos. Todos compartían chismes sobre la captura del piloto, que corría el riesgo de volverse legendaria. Uno contaba que al pobre Mike Duncan se le había escapado un tiro de la escopeta de cazar perdices y le destrozó el sombrero a un muchacho, el hijo de los Cooper, al que casi le arranca la cabeza. El veterano de la India, que había asumido el mando provisional de la patrulla, tuvo que reprimir a golpes a los que pretendieron linchar al alemán. Uno de los soldados juraría haberle visto un ojo morado al piloto enemigo, lo que movió a la señora que los escuchaba a compadecerse de él y de sus padres, que en esos momentos, estarían sufriendo por su suerte. Pero fue una gota de piedad genérica, sin aliento humano que vibrase en el fondo. El soldado parlanchín contó también que quienes encontraron al prisionero fueron un hombre extranjero y una mujer inglesa. Reparó entonces en Laredo y Emma y les preguntó si eran ellos los forasteros que ayudaron a la patrulla la noche pasada.

—¿No estuvo allí?

Emma palideció y le temblaron las rodillas. Pero el capitán no se amilanó. Contestó con calma que se confundía. Ellos se alojaban en el hotel y sólo salieron a la calle a ver lo que pasaba. La pareja que había encontrado al alemán se había marchado a Londres con el prisionero esa misma noche, para testificar sobre las circunstancias de la captura. El aplomo de Laredo disipó cualquier posible duda sobre su sinceridad. El soldado parlanchín encontraba lógico que interrogasen a los descubridores. Pero esta frase que apaciguaba a los vecinos, evidenciaba a los ojos de Emma lo peligrosa y delicada que era su situación en aquel pueblo. Rezó para que llegase el autobús cuanto antes.

El coche era un armatoste de puertas chirriantes y asientos duros. Y costaba imaginar cómo soportaba el conductor su eterno olor a cuero y sus corrientes de aire. A los pocos pasajeros que había, se sumaron tres hombres de caras taciturnas, que ocuparon butacas salteadas, como si pretendieran establecer un amplio triángulo en torno a Emma y Laredo. El de delante llevaba sombrero, para ocultar sus pensamientos, pensó Emma, y el de al lado, pelado a navaja, apretaba los labios de un modo antipático. No pudo evitar advertir una secreta afinidad entre ellos, lo cual la soliviantó aún más.

Tenía los nervios a flor de piel.

—Creo que nos vigilan —confesó, en un suspiro, al capitán, que no pareció entender. Siguió sus débiles indicaciones de cabeza, pero le bastó una ojeada al más cercano para responderle con calma.

—Fíjese en sus manos encallecidas, son las de un trabajador... Tranquila, no empiece a sospechar de todo el mundo.

Al poco de salir a la carretera principal, se cruzaron con varios coches de policía que se dirigían al pueblo. Lo más probable era que fueran a interrogar a los forasteros. Emma entendía ahora la prisa del capitán por salir de allí: su suerte dependía de la perspicacia de la policía para atar cabos y de la rapidez con que el autobús, entre estertores y gruñidos, llegase al gran hormiguero de Londres, donde podrían borrar su rastro. Era una carrera contra el tiempo. Su destino estaba en manos de un conductor que silbaba con los carrillos como cucharas y de un agente local tal vez con resaca, tras las francachelas con que sin duda festejó el día más relevante del pueblo.

Los tres pasajeros sombríos no dieron ninguna señal que aclarase los temores de Emma, sus semblantes hoscos recibían sin humor el mediodía. Por una vez, la campiña se mostraba despejada de neblina y concedía una tregua de esperanza. Imbuida por su claridad, trató de consolarse Emma, pensando que aún cabía la suerte y que tal vez un golpe de timón la llevaría a la estatua de Diana y a Alonso Bando. Que todo saliera a la medida de sus deseos. Claro que eso planteaba otras dificultades. Se derraman más lágrimas por las plegarias atendidas. Ni se atrevía a preguntarse los problemas que le causaría el mero hecho de encontrarse con su antiguo amor. Ella era una mujer casada y bastantes frentes tenía abiertos ya en Oxford.

Sólo la calma del capitán la reconfortaba. Había demostrado ser un hombre de recursos y en quien confiar. Pero aún no sabía nada de él, ni siquiera si estaba casado, aunque el dedo anular aparecía desnudo. Ella sí lucía una alianza de oro, con desgana, casi como una forma de recordatorio. Laredo le había dicho que aceptó aquella misión para intentar volver al servicio activo. Se preguntaba cómo el ejército de su país podía permitirse prescindir de alguien así.

–Laredo, no me ha dicho por qué está en la reserva.

El capitán respondió lentamente, con un aburrimiento que venía de lejos.

–Un general me tomó manía... Aunque no se le reprocho.

–Pero ¿por qué? –tan automáticas como eran sus preguntas, y sin embargo, las respuestas se hacían de esperar una eternidad.

–Fallé en una misión... –al decir esto, sus ojos azules se achicaron un instante, como si la imagen de los hechos pudiera reaparecer en ellos. Luego, al saberse observado, retomó su impassibilidad–. Hará de esto tres años.

–Tres años... En plena guerra civil... ¿Qué pasó?

Laredo se tomó su tiempo en contestar. Hubiera preferido tomarse el mundo o la vida misma en lugar de responder, pero como sólo podía disponer del tiempo, lo retuvo durante un minuto entre sus labios. Calibró sus opciones. Evidentemente no quería contarle todo y, sólo después de cavilar, miró a Emma, tal vez evaluando la confianza que podía depositar en ella. Lo que vio debió tranquilizarle, porque accedió a explicar algo que nunca había salido de su boca hasta entonces.

–Me enviaron a Argelia, a rescatar a un teniente de infantería al que una banda de rebeldes argelinos tenía secuestrado. El teniente había viajado durante un permiso a ver a su mujer, que vivía en un pueblo de la frontera, pero los rebeldes ya lo habían ocupado y lo tomaron como rehén. Querían negociar un trueque, cambiarlo por uno de sus cabecillas que estaba en nuestro poder, pero el general que le he dicho, que era su padre, sabía que el ejército jamás consentiría un chantaje; así que se jugó el todo por el todo. Me dio un supuesto permiso, pero en realidad me impartió órdenes verbales para que cogiera la avioneta más ligera del hangar y viajase al pueblo ocupado. Me acercaría todo lo que pudiera sin ser visto, de noche, para liberar al teniente.

Laredo no le contó a Emma que conocía al rehén, Rodrigo, un gran tipo de humor siempre alegre, ni que había asistido a su boda con la chica argelina, en una pequeña ermita francesa del pueblecito. También se calló



que el general desaprobaba la boda con una aventurera de pasado incierto al que Rodrigo había conocido en un tugurio de Argel, durante un permiso.

—Tuve que aterrizar a un par de kilómetros del pueblo, en una carretera poco usada, pero que ofrecía el mejor firme de la zona. Con suerte, no pasaría ningún camión hasta el amanecer. Corrí hasta el ayuntamiento, donde sabía que estaba la cárcel. Los guardas no esperaban a nadie a esa hora y dormían como osos. Pero en la celda, el teniente no estaba solo. También habían encerrado a su mujer. La cosa se complicaba, porque la avioneta sólo tenía espacio para un copiloto... En fin, salimos al campo, pero con la mala suerte de que unos perros comenzaron a ladrar y pronto se despertaron más y finalmente se encendieron las luces en el pueblo entero. Tuvimos que correr como posesos y pronto oímos el rugir de motos y camionetas. Si nos seguían por la carretera, interceptarían el paso a la avioneta y no podría despegar...

No le hablé del color óseo de la luna ni de las contemplativas dunas que desde el horizonte ignoraban su angustia. La esposa, con el pelo castaño salpicándole la cara, lloraba de miedo. Rodrigo, entonces, viendo que si se acercaban más sus perseguidores no tendrían ninguna oportunidad, le pidió a Laredo el fusil que llevaba en bandolera. Había tenido una idea desesperada. Laredo omitió todos estos detalles, pero en su voz pesaba el recuerdo de unos hechos terribles y a la vez únicos.

—El teniente se quedó en mitad del camino con mi fusil para intentar detener a los rebeldes y concedernos a su mujer y a mí el tiempo justo de despegar. Con suerte, quizás pudiera desaparecer luego en la oscuridad del desierto. Yo no podía quedarme, era el único que sabía pilotar. Sólo teníamos esa oportunidad...

No le hablé del brevísimo abrazo que los dos amantes se dieron ni de las súplicas de ella, ni de la admiración que sintió el propio Laredo de ver encarnarse el heroísmo ante sus ojos, esa sangre fría con que se enfrenta un hombre a la desesperación. Pero en su silencio pareció caber toda esa angustia, esa perfección inimitable de la juventud que se entrega sin remordimientos por lo que ama. Casi se podía palpar el sudor, la arena limpia que enfriaba sus rostros, las luces a lo lejos de las máquinas, la solitaria sombra de la avioneta en el mudo panorama.

—...El muchacho comenzó a disparar y los motores de los coches se detuvieron a pocos pasos, cuando una rueda estalló. Los hombres bajaron de los vehículos para rodear al teniente. Cuando conseguimos despegar, barrimos la zona entre los lejanos disparos... Había caído.

No explicó que no podía olvidar aquella camisa blanca ensangrentada que iluminaban los faros de los camiones. Allí, tendido boca arriba, con los brazos en cruz sobre el sucio asfalto y rodeado de rebeldes que maldecían y disparaban, su amigo parecía despedirlos desde tierra. Nunca hubo noche más oscura ni vuelo menos airoso que el que la ligera avioneta hizo de regreso al campamento.

Escuchando su historia e intuyendo lo que callaba, Emma se dio cuenta de que Laredo era un hombre hecho de otra pasta, distinto a todos los que conocía. Estaba acostumbrada a tratar a intelectuales, a estudiantes, pero nunca había tropezado con alguien que hubiera experimentado en su carne los designios de la vida y la muerte. La realidad era más diversa y apasionante de lo que había calculado en su pequeña oficina. Y ese socio improvisado que viajaba a su lado, personificaba cuantas hazañas y derrotas ella nunca saborearía, una vida paralela a la que había renunciado en pos de la seguridad, como si la tradición fuera una derrota y lo desconocido, ese vértigo, un imposible para sus manos torpes.

Laredo concluyó su historia.

—El general no entendió el sacrificio de su hijo y me culpó a mí de todo. Claro que técnicamente estuve de vacaciones y no podía reprocharme nada según el reglamento, pero se valió de su influencia para enviarme a la reserva y hacerme desaparecer de su vista.

No dijo nada más. Calló que el general se negó a recibir a su nuera, convertida en una desolada viuda que no recibió del comandante el menor cariño ni comprensión. Ella regresó a Argel, donde tuvo el hijo que esperaba y desde donde le escribía alguna vez. Había encontrado trabajo en una lavandería y no había vuelto a casarse. Laredo tampoco le explicó que se mortificaba en las noches turbias, dilucidando cómo debía haber actuado, qué debería haber hecho para evitar aquel sacrificio, preguntándose en realidad cuándo las simples circunstancias se tornaron en los rígidos brazos del

destino.

Que todas estas cuestiones desfilaran por sus pupilas no aclaró las dudas de Emma sobre lo que se guardaba para sí. Esa tozuda discreción, ese hermetismo de Laredo, unas veces la apaciguaba y otras fatigaba su paciencia. Por eso, vista lo abrupto y telegráfico de la información, una vez transcurrido un incómodo lapso en que no se atrevió a mirarlo, se permitió el sarcasmo.

—¿Y cómo se ha ganado la vida estos años, sin poder tirar de los galones?

—He sido piloto privado, en Túnez, en Egipto... Ya le dije que he tenido ocasión de practicar su idioma.

—Pues tiene suerte de que le desmovilizaran en plena guerra civil. Así se evitó participar en ese horror.

—El ejército se equivocó, pero también se equivocaron los gobiernos de la república, cada vez más radicales, más desesperados. Aunque, por desgracia, no tenemos la exclusiva del desastre. También su guerra con Alemania es un monumental error.

—¿Insinúa que debemos quedarnos de brazos cruzados, mientras Hitler sigue invadiendo países?

—Pienso que debieran haber probado otras formas de desbancarlo del cargo. No es justo que pueblos enteros paguen por las salvajadas de unos descerebrados en el gobierno.

—Pero... —no lograba encontrar las mil maneras que creía debía haber para refutar tan escandaloso ideario. Por eso adoptó un ademán de desplante —. ¡Me niego a hablar de política con usted!

—Gracias. Lo tomaré como un cumplido.

La ironía sentaba al capitán como un guante, le permitió salir de la espinosa conversación con cierta prestancia. Pero Emma, aun consciente de ello, se sentía un poco menospreciada. No entendía cómo un simple piloto

podía rebatirle un argumento. O es que aún se sentía impresionada por la gesta que le había contado del teniente en África.

En realidad, nada estaba saliendo como había previsto, por mucho que el paisaje se obstinara en perpetuar un aspecto bucólico, pretendiendo fingir que el mundo nunca cambiaba. Ya se divisaban los arrabales y suburbios de Londres, arremolinados por el suelo con desordenado fastidio. La claridad del día les dejaba ver la polución y los plateados tejados, aún húmedos como caperuzas encantadas. El aspecto pardo, veloz, de las gentes que pululaban por allí hablaba de la desazón bélica, pero también de la lucha por la vida, que no podía detenerse.

Casi reconoció los edificios que había visto desde el tren el día anterior. El autobús los iba a dejar en la misma estación Victoria de la que había huido cuando asesinaron a Curtis. Con siniestro sarcasmo, al huir, volvían al lugar del crimen. Pero Laredo se felicitó por la coincidencia: así podría recuperar el coche que tenía aparcado en la calle adyacente. Emma, en cambio, temía toparse con el mismo policía que la persiguió, que podía reconocerla. Al fin y al cabo, ni siquiera habían cambiado de ropa. Pero Laredo dijo que no era probable encontrarse con él. Confiaba en que pasarían inadvertidos entre la gente. Bastaba que fuera cada uno por su lado y se encontraran afuera, en el coche.

Cuando el autobús abrió sus puertas, se resistía a bajar. Poner el pie en tierra nunca requirió de ella tal esfuerzo de voluntad. Le aterraba colocarse en el punto de mira del invisible asesino o de la policía. El capitán casi la llevó de la mano.

—Vamos, una mujer valiente como usted, ¿qué pretende que piense? Fíjese en la gente, paseando tan tranquila. Venga, actúe con naturalidad, lo hará muy bien.

En realidad caminó igual que una autómatas, o una hipnotizada. Le parecía irreal volver a caminar como si nada en un espacio que ayer poseía la salud de la inocencia y que ahora yacía maldito como si una sombra hubiera marcado cada lugar que recordaba. La gente le parecía desconfiada y un par de policías con sus sombreros absurdos desfilaban con manos a la espalda, evaluando los grados de culpabilidad de cada cual. Emma los eludió, dando

un giro que la llevó hacia el plátano oscuro y su banco rojo. Allí no pudo dejar de ver las baldosas lavadas de todo rastro de sangre, el maleficio de la umbría planta y del torpe asiento que contemplaron la muerte de un hombre. La indiferencia del público sólo suponía otra insidia, otra ignominia más de la realidad contra la justicia. Pero lo que la hacía sudar era el miedo, un terror irracional a que el asesino siguiera apuntando desde algún escondite y la sensación de vacío que semejante posibilidad dejaba en la boca de su estómago.

Al llegar a la calle sintió un alivio inmenso, como una cascada de gloria que se le hubiera derramado encima. Se había salvado y eso le otorgaba un grado de vitalidad que no esperaba. Era como una apoteosis de libertad, de dominio sobre las propias fuerzas. Llegó exultante al coche donde la aguardaba el capitán en el asiento del conductor.

–Hemos tenido suerte –dijo eufórica, casi quería celebrar haber escapado del escenario del crimen.

–Bueno, yo lo hubiera llamado suerte si hubiéramos pillado ayer al tirador, antes de que disparase –era evidente que él no sentía el alivio de ella. A un hombre curtido como él no le ofuscaba el peligro.

El capitán la llevó a Santa María del Strand, a la pensión de la señora Bellyard. Quedaron en que la recogería una hora más tarde, después de que ambos se hubieran aseado un poco. Laredo pensaba darle un sablazo a su amigo de la embajada, el que le prestaba el coche. Para eso estaban los camaradas.

Las calles mantenían su aspecto tenebroso aun de día, pues la luz no hacía sino acentuar unos estragos de la guerra que la niebla había atemperado con su velo. Grandes pilotes y palos sujetaban como improvisados contrafuertes una fachada, los escombros se apilaban en la acera, entre grupos de zapadores y bomberos que se estorbaban mutuamente, alguna grúa desencajaba unas vigas incrustadas en un erial de cascotes. No faltaban cazas de reconocimiento trazando arcos en el cielo y sus rugidos alarmaban a la población, porque a esa distancia amigos y enemigos parecían idénticos, eran lo mismo.

—Calculo que estaré aquí en una hora —le dijo Laredo—. Lástima que sea un día tan claro. Empezaba a temer que no tuvieran aquí de eso, pero ahora no me alegro, porque eso le pondrá las cosas más fáciles a los alemanes.

Se entretuvieron ante la puerta de la señora Bellyard con tan mala fortuna que la propia dueña de la pensión vio apearse a Emma del coche. El ama venía de comprar dos botes de mermelada de frambuesa a una cocinera que conocía, amiga suya del colegio, y que la rescataba por unos instantes de los míseros límites del racionamiento. Había ciertas gabelas que su establecimiento tenía a gala ofrecer a sus huéspedes. Ese capricho le dio la ocasión de encontrar a Emma Wells, desaparecida otra noche más, bajando del coche de un hombre moreno de anchos hombros, lo que casi le hizo detener el paso. Sus ojos verdes se abrieron todo lo necesario para mostrar la única gota de color en su cara, más pálida aún por el contraste con el luto.

Emma la vio acercarse y se apresuró a subir los escalones. Pero la puerta estaba cerrada, lo que la obligó a esperar. La señora Bellyard observó con interés al conductor del coche que se alejaba, antes de subir, empuñando la llave (le pareció a Emma) como una navaja. Su mirada no hacía ningún secreto de sus pensamientos.

—Señora Wells... —la saludó con un timbre de voz demasiado académico para no resultar sarcástico—. Me alegro de que no se haya olvidado de mi establecimiento a pesar de su *ajetreada* agenda.

—Buenos días.

—Buenas tardes ya, querida; es más de la una —no le hubiera importado a la dueña quedarse un rato más observando el rostro y la actitud de Emma, que tuvo que contenerse para no perder los modales.

—Si no le importa, la puerta...

—Ah, sí, claro. Dispense.

Le abrió y Emma pudo entrar sofocada en el recibidor de la pensión, con sus paraguas abandonados y su jaula. De mala gana frotó los zapatos en la esterilla, como le pidió la señora Bellyard, para no ensuciar el suelo ni la

moqueta en lo posible. No le dio tiempo a llegar a la escalera sin que la señora Bellyard la llamase.

—Señora Wells, por cierto... Ese *Hombre* no era el de la otra noche, ¿no? Al que usted siguió en un taxi.

Degustó la palabra *Hombre* con tan omnívora expresión que aglutinó en ella todas las excitaciones, alegrías y excesos a los que los seres humanos de cualquier género aspiran. Semejante intromisión pilló por sorpresa a Emma, que necesitó unos instantes para deducir que se refería a la ocasión en que Sir Billy la hizo seguir y ella le devolvió el favor yendo tras él hasta un club nocturno, donde conoció a Vivien. Hacía una eternidad desde aquel despropósito y a Emma le costó recordarlo. Pero confirmó que se trataba de otra persona.

—Aquel tipo era horrible —dijo, para deslindarlo definitivamente del capitán Laredo.

Tal énfasis sólo enturbió más la puritana imaginación de la señora Bellyard, que se desprendió con parsimonia de su cargamento de estraperlo para poder deslizar sus dedos nerviosos sobre su collar, como si pudiera exorcizarla con él.

—Éste es mejor, entonces —dijo, señalando con la cabeza a la calle por la que se había ido el coche de Laredo.

—Oh, ¿se refiere a... —preguntó Emma, siguiendo la dirección que indicaba su hospedadora. Y casi le dio la risa. Las preocupaciones morales de la señora Bellyard estaban tan en las antípodas de sus problemas, que sólo pudo sonreírse. Pero los ojos fríos de la señora Bellyard no admitían burlas y se desplazaban hacia la ira—. Sólo me está ayudando.

—No lo pongo en duda... Espero que no me malinterprete si me atrevo a recordarle que aquí seguimos unas normas, un tanto anticuadas si quiere, pero que han logrado a lo largo de los años mantener una reputación, un prestigio que me ufano de mantener. Está claro que usted ha venido a Londres con propósitos que no requieren de los esfuerzos de mi pensión. En vista de eso, sean cuales sean los asuntos que la entretienen aquí, creo mi deber señalarle

que, si no va a ocupar su habitación durante más de una noche ni va a usar el comedor, tal vez debiera pensar en alquilar un hotel por horas en lugar de alojarse permanentemente aquí. Creo que sería una solución más económica y más... ¿cómo diría...? Más práctica.

La palabra práctica sonó tan fea en sus labios, que la propia señora Bellyard cubrió con su cuerpo la jaula del repelente periquito para que no sufriera la perniciosa influencia de su cliente. Emma creyó que la copa ya había rebosado y se puso a la defensiva.

—¿Tengo que recordarle que mi hospedaje por una semana ya está pagado?

—Oh, sí, lo recuerdo. Lo pagó un tercer caballero, el coronel Osborn.

—Pues sepa que el coronel...

—Por favor, ya le he pedido que no me malinterprete. No pretendo inmiscuirme en sus asuntos privados, el Señor me libre —dijo, aunque no tenía aspecto de querer librarse. Parecía feliz de prodigar sus consejos y admoniciones. Casi hubiera preferido tener testigos, pero el mundo era imperfecto y se hacía cargo de sus carencias—. El motivo de que crucemos este intercambio de opiniones es preservar esos asuntos dentro de la esfera doméstica para que no perturben la paz y el sosiego de mi humilde local. Ya sabrá que las apariencias son más importantes que lo demás, sea lo que fuere.

Emma pudo colegir por sus infatuadas monsergas que la señora Bellyard había desaprobado las canas al aire desde su más tierna infancia. La señora se mostró todo lo diplomática que su cobardía comercial exigía, pero su insistencia, aun eufemística y burda, terminó por ofender a Emma. ¿Cómo se atrevía esa desconocida a acusarla en la cara con sus vergonzosas conjeturas? Igual que le había pasado cuando desayunó allí, volvió a subir a su habitación en estado de puro arrebato. Aquella pensión de mala muerte era eso: una mala muerte. Sentía la hostilidad de la arpía Bellyard como una maldición de la que necesitaba alejarse cuanto antes.

Por eso no se entretuvo. Tras un aseo merecido y una muda, esta vez de su propia ropa, con una chaqueta azul rigurosa y una falda de gris percal a



juego con su estado de ánimo, decidió que no esperaría allí al capitán. No estaba dispuesta a compartir el mismo techo que esa entrometida. Bastaron dos paseos de la ventana a la puerta del cuarto para que lo amortizase por obsoleto y encontrara un nuevo destino, amigable y cálido. Prefería las penurias de la Cueva del Comodoro, junto a Vivien Carroll, que repetir otro ominoso momento con las habitantes de la pensión. A pesar de las visitas de Dorian. Recogió su dinero del aparador, unas treinta libras en total, sumando los chelines y peniques, y salió. Dejó a la señora Bellyard ocupada en levantar los picos de las alfombras para pasar el cepillo con altanera indiferencia. Ese habría sido el momento de fulminarla con la mirada, pero la materia tiene sus normas y el espíritu se mueve en su propio plano, como se sabe.

El gris comenzaba a apoderarse una vez más de la grandiosa tarde londinense, insuflado por miles de chimeneas que bufaban hacia el cielo, tratando de rociar al sol amarillo con sus centenarias cenizas, su grasiento malhumor, su plomiza hediondez. Empezaron a sonar las alarmas antiaéreas y las gaviotas huían, como si comprendieran el mensaje.

El taxista que llevaba a Emma estaba de un humor de perros y resultó casi imposible oírle alguna palabra que no fuera un denuesto o una maldición. Se distinguía entre los incesantes ruidos de la turbamulta alguna lejana explosión, posiblemente en la zona este, la de los muelles, la más castigada. Pronto las calles serían abandonadas por la gente y los coches se detendrían donde fuera, lo que podía colapsar la circulación en cualquier momento. Londres ofrecía su dolorosa osamenta a las alturas, cadáver inmóvil bajo el péndulo de las nubes, por donde se adivinaba la fantasmal urgencia de los aviones. Pero Emma no sabía volverse atrás cuando había decidido algo y nada le aseguraba que regresar a la pensión Bellyard sería más seguro que avanzar hasta la cueva del Comodoro. Autobuses y camiones, convoyes del ejército, aceleraban su pulso con la muerte a través de las nefandas calles, abandonadas a su suerte ante el cielo enemigo, un cielo apocalíptico del que bajaba la muerte con infernales gruñidos. Los peatones buscaban los refugios y las bocas de metro. Y destacaba el color vino del fuego, el luto del humo, sobre el horizonte al que Emma se acercaba.

Casi de milagro, el taxi llegó a la calle de Vivien y Emma apuró el paso

para llamar a la puerta, pero no recibió ninguna respuesta. Abrió con su propia llave, que le prestara Vivien, y la llamó sin resultado por el hueco de la escalera. Las alarmas y los despiadados duelos aéreos seguían mereciendo toda su atención y se refugió junto a la ventana de la cocina, rezando para que la incursión terminase enseguida. Pero Dios había lanzado una mirada de piedra a los pecados de los hombres y dejaba que se cocieran en sus propias iniquidades. La compasión debía nacer de la esperanza y ésta sólo podía concebirse desde la virtud. Le espantaba morir allí, sola, pero, por otra parte, nunca había sentido el impulso de su plexo solar como entonces. Su corazón navegaba hacia la imaginación y sus sentidos alerta le mostraban matices en cada olor y contacto, en todo lo que la rodeaba. Miraba el cielo barrido por los Messerschmitt y los Heynkel, perseguidos por los Hurricanes y Spitfires, y sólo veía la línea azul de una pequeña nube, el resplandor del sol contra la cruz forjada de un campanario cercano, el contorno atribulado de una paloma inquieta. El aire con un suave olor a moho de la cocina, el frío que hacía allí dentro y que recalaba en su piel, le recordaban que seguía viva, y que sólo eso ya era un portento.

Pero no era un Pentecostés, a no ser de metralla, lo que caía de lo alto, por lo que se mantuvo pegada a la pared, contra el suelo, esperando a que terminase el bombardeo, lo que afortunadamente ocurrió a los diez minutos. Había sido una incursión breve. Decidió que esos riesgos y tormentas merecían por lo menos una taza de té; al fin y al cabo era la hora del almuerzo y tenía hambre. Fisgoneó por la cocina en busca de alguna fruta y encontró una caja de galletas, pero sólo contenía unas cuantas fotografías. La más grande, oscura, granulada, mereció su atención y se sentó a la mesa para estudiarla.

Parecía muy antigua, tenía esa rigidez de composición que delataba lo falso del fondo y lo inusual de la postura. El marido llevaba una incómoda corbata y la esposa un envarado miriñaque y ambos miraban hacia un lugar inconcreto, posiblemente el futuro. Su expresión entre el asombro y la incredulidad delataba que debió ser la única foto que se hicieran en la vida. Emma dedujo que se trataba de los abuelos de Vivien y conjeturó que la foto procedería, por tanto, de Polonia. La media docena de fotografías que la acompañaban, consistía en instantáneas alumbradas pobremente por alguna lámpara de club nocturno o simplemente por el flash. En ella, se pretendía

sorprender a varios hombres de etiqueta celebrando alguna fiesta en la que se divertían y ostensiblemente demostraban ser ociosos, desaprensivos, libertinos. Varias chicas hermosas con caras aburridas o ebrias se les pegaban al cuello o yacían sobre sus sofás, con impenitentes cigarrillos entre los labios. En una foto brindaban varias parejas alzando las copas con marcial alegría y en la siguiente se burlaban de otro que montaba a caballo sobre dos chicas. Emma buscó el rostro de Vivien entre las muchachas de compañía, pero no logró reconocerla. Quizás conservase las fotos para recordar a clientes a los que debía halagar para sus negocios.

Entonces Emma lo vio. En la bacanal, apareció un Sir Billy de pelo engominado como siempre, pero riendo a carcajadas, con los ojos cerrados, mientras una chica jugaba a arrancarle la camisa desde detrás y él derramaba la copa de champán. Lo que sobrecogió a Emma fue que la camisa abierta permitiera ver un hombro desnudo de Sir Billy, el derecho. Sobre la cetrina piel de su hombro corría una cicatriz como un meridiano que la cortase en dos, con sus bastos costurones, obra sin duda de un cirujano cuartelero o sin instrumental. Emma asoció esa cicatriz con la que delataba a Rasputín, el compinche de Lucas en la guerra civil. Eso significaba que Sir Billy era el hombre que conocía la existencia de la cabeza de Diana y que posiblemente fue él quien mató a Lucas para robársela. Eso explicaría su premura por escapar del país y el ultimátum que le lanzó a Vivien para que le comprase toda su mercancía con rapidez. Quería marcharse a América con la cabeza de Diana y todo su dinero.

Atónita por su descubrimiento, pensó que eso resolvería el caso y liberaría a su amiga Vivien de pagar su chantaje. Pero evitar que el malvado dandy cumpliera sus objetivos iba a requerir rapidez. Tenía que actuar antes de que Sir Billy saliera del país, lo que posiblemente ocurriera tras el plazo que había dado a Vivien para reunir el dinero, al mediodía siguiente. Que alguien como ella, en sus circunstancias, pudiera resolver el enigma del espía alemán fue algo que la llenó de pánico y a la vez de un espléndido orgullo. Era una coincidencia feliz que dejaría boquiabierto a Laredo y al propio inspector Roger.

Estaba deseando ver a Roger para contárselo todo. Ahora sí había resuelto el caso y podía demostrar que Sir Billy Kildrake era el Barón, el

espía alemán más escurridizo. Cuando lo detuvieran, dejaría de hacer daño. Y bastaba con interrogarlo para saber dónde ocultaba la cabeza de Diana y qué sabía de Alonso Bando. No había tiempo que perder. Corrió hacia Scotland Yard como quien es portador de una antorcha que está a punto de apagarse.

*“A estas alturas de la fiesta, sólo me quedaba la esperanza. Y supongo que ya has apagado suficientes velas de cumpleaños para saber que la esperanza es gratis, salvo que quieras ponerla en práctica.”*

*Aventuras de un español en  
Oxford*

Vislumbraba las virutas y destellos de gloria que merecería mi hallazgo, las ofrendas y parabienes con que agradecerían mi epopeya; quizás una visita a Downing Street, donde posaría ante las cámaras junto al incombustible Churchill, con su puro emblemático, sus recios dedos estrechando la mano a la heroína. Me atavié con un conjunto azul marino de lino que había comprado años atrás en Oxford porque me había parecido de lo más elegante. Ni siquiera la esposa del rector había lucido algo así. O tal vez me conviniera algo más atrevido que resaltara en las fotografías, un vestido estampado de gardenias, de mangas cortas, que sólo había llevado una vez, en el bautizo de mi hija Iris. Qué orgulloso iba a estar mi padre, allá en el cielo. “El mérito es de nuestros valientes pilotos y de la excelente labor de la policía”, pronunciaría cuando me acercasen el micrófono los periodistas, en un sonrojado arrebatado de modestia, con el sombrerito a juego sobre el ojo derecho y la sonrisa abarcadora de Sir Winston a mi espalda.

En algún lugar del enorme mundo, Alonso Bando reconocería mi nombre en los periódicos, tal vez mi cara, y me aclamaría también por la proeza. Vendría a visitarme para agradecer la restitución de la cabeza de Diana a los museos, como él pretendió siempre. Ya podía imaginarlo (quizás algo más fornido, con una sombra de bigote sobre la comisura de sus labios), paseando por la orilla del Támesis, charlando a mi lado, riendo como sólo él

sabía, y llevándome del brazo. Hablaríamos de tantas cosas, teníamos tanto que contarnos... Nos detendríamos para recordar los mechones esculpidos de Diana, su mirada aérea, tomándonos las manos entretanto. Todo volvería a ser como antes, bajo el sortilegio de la divina quietud de Diana.

Ah, y el capitán Laredo sería el primero en asombrarse de mi deducción. Casi sonreí, imaginando lo azorado que se iba a sentir al rendirme pleitesía y reconocer mi mérito. Sus ojos celestes me mirarían intrigados, mientras le agradecía su ayuda, sin la que no habría podido conseguir el éxito.

Por cierto que mi marido, Anthony, tendría que tragarse todas sus advertencias y recriminaciones. Y en cuanto a Vivien Carroll, mi amiga de corazón puro, yo misma le pediría a Scotland Yard, como un favor personal, que olvidara su historial delictivo e hiciera borrón y cuenta nueva. Merecía una segunda oportunidad.

De momento, la calle sólo ofrecía una desconfianza congénita en forma de verjas y puertas recias. El mundo aún ignoraba mi valía, pensé con irónico desdén. Pero mis alegres ojos no pudieron dejar de reconocer en una de las esquinas, tras unos barrotes forjados, la silueta del zambo, el oscuro perseguidor que sacaba de quicio al capitán Laredo. El sombrero suspendido sobre los bucles canos y la holgada gabardina lo delataron. En cuanto se supo detectado, se desvaneció tras la esquina, no sin que antes su desalmada mueca desbaratara todas mis fantasías de placer.

Si me habían encontrado en la Cueva del Comodoro, es que no podía contar con ningún refugio seguro en Londres. Había confiado en que mi escondite sólo lo conocían Vivien y Laredo, pero me equivocaba. No podía fiarme de nadie. La huida del viejo endemoniado casi me invitaba a seguirlo. ¿Qué ocultaba?

—Si pudiera alcanzarlo —me dije. En esos instantes posteriores a la euforia aún me sentía invulnerable.

Corrí hasta la esquina, pero el hombre se había esfumado. Me adentré por oscuros callejones desde los que el río parecía una grasienta ciénaga que respirara vahídos de neblina. Avancé entre paredes de ladrillos sin revocar, sin hallar rastro. El silencio se sujetaba a las vallas de madera como ropa

tendida. Llegué a dudar de lo que había visto. Temí que se tratara de una alucinación, un íncubo huido de las mazmorras de mi imaginación. ¿Cómo podía evaporarse ese patán ante mis narices? Pero recordé que Laredo tampoco había logrado darle caza, siendo más alto y ágil. Era una circunstancia extraña, ilógica.

No me atreví a demorarme por aquellos laberintos donde el barro primordial abolía todo vestigio de salubridad y en que los tablones sin pintar hacían ostentación de desamparo. Me acordé de haber sufrido en esos mismos callejones el ataque de los dos marineros borrachos. Podía repetirse la emboscada, porque estaba a merced de quien conociera aquellos reductos. Volví sobre mis pasos con más premura que había entrado. Sólo una nube cicatrizaba con su blanco resplandor la oscuridad reinante. El río quedó atrás con sus dilatadas aguas, veteadas de aceite.

Oí murmullos y apreté el paso por el sendero horadado de charcos, donde se reflejaban cielos planos. Una sed del río oscuro me reclamaba, un eco del viento, un destello en las cornisas. Avanzaba sin detenerme, como si me hostigara la descarnada sonrisa del zambo cada vez que miraba el jirón de nube que ondeaba, insomne vigía de los muertos.

Ya lejos, la calle se volvía cada vez más despejada y la aguja de una torre crecía en el horizonte. Cuando volví a pisar la calle principal, sentí el alivio de una liebre a la que han dejado de perseguir los sabuesos. Como si aquellos portales y farolas me otorgaran mi condición ciudadana. Fue un alivio cruzarme con los viandantes.

—Espero acabar con estas escaramuzas en cuanto denuncie a Sir Billy —me dije, para animarme. Pero la aparición acababa de hacer trizas mis delirios heroicos.

Tomé un taxi a Scotland Yard, sin dejar de mirar hacia atrás para asegurarme de que no me seguían. No terminaba de sentirme segura, casi notaba la respiración del espía en la nuca. Este temor me permitió, en cambio, abstraerme de las abominables escenas que el bombardeo había dejado en la ciudad herida. Los peatones corrían, como si las calles hubieran sido un tiro al blanco. Temían quedarse al descubierto si se demoraban demasiado ante los derrumbes y atascos que provocaban los convoyes y los cascotes. En

momentos así, todo el mundo se acogía a la tibieza de la propia vida, el acogedor latido del pecho. Pero me sabía portadora de una información trascendental y no cedí un ápice al derrotismo. Conforme me acercaba a la comisaría, se aproximaba el momento del triunfo, el cénit de mi búsqueda. Tras la caída de Kildrake y sus secuaces, aparecería la cabeza de Diana y, por ende, Alonso Bando. Por fin Emma Osborn resucitaría... ¿Sería posible algo así?

Hallé Scotland Yard convulso. La gente acudía al edificio en busca de simple amparo, o a formular peticiones y denuncias. Una catarata de personas impedía avanzar por el vestíbulo. Todo el mundo quería exponer peligros, extravíos, avistamientos, en un ansia general de hallar oídos o al menos cobijo de sus temores. Faltaban agentes para atender al público que, en grupos y corrillos, vociferaban sus calamidades. Decidí subir a la planta donde estaba el despacho de Roger, pero encontré la puerta cerrada y nadie contestó. Un sargento que pasaba por allí, cargado de carpetas, me explicó que el inspector había bajado a los sótanos, aunque me avisó de que no me dejarían pasar. Era el almacén de consignas y no permitían acceder a los particulares sin autorización.

No tenía tiempo para exquisiteces burocráticas. Regresé al primer piso y busqué el pasillo que conducía al sótano. Una amplia escalera sin pasamanos terminaba ante una puerta enrejada. Tras ella, había una mesa llena de papeles bajo un foco amarillo. El resto del lugar lo consumían largos estantes que tocaban el techo y donde se apilaban cajas de todos los tamaños y formas, paquetes y objetos de cualquier laya, que parecían llevar allí una eternidad, atesorando polvo administrativo. Varios policías discutían dentro. La gabardina de Roger parecía sepia a la luz de las lámparas y lo volvía inconfundible. Me quedé a la puerta, esperando que el ceñudo inspector me reconociera. Cuando me vio, la incredulidad enfrió su expresión y se acercó con sincero desinterés, como si aquella anodina reunión de agentes fuera un recreo de amigos que le costara abandonar.

—Señora Wells, no esperaba verla por aquí.

—Me dijo que le buscara si encontraba algo... Y traigo información.

Una resignación que procedía de años de rutina, de papeleo sin fin, se



dibujó en el ceño escéptico del inspector, que, aun así, se condujo con la prístina eficiencia que se le esperaba.

—De acuerdo, señora Wells. Suba a mi despacho y espere mientras ultimo aquí unos trámites... Este agente... Eh, Terry... Este agente la acompañará.

La falta de interés de Roger me desazonó. Un tipo tan ocupado no iba a recibir mis conclusiones con las albricias y el júbilo que esperaba. Quizás mi hallazgo era más irrelevante de lo que creía, sepultado en el maremágnum de asuntos con los que lidiaba la policía. Desilusionada, seguí al agente Terry, un tipo canijo de largos brazos y aspecto cansado. De hecho, no parecía tener fuerzas para afeitarse la barba de dos días que dividía su cara en dos hemisferios de colores distintos, ni para peinar un poco sus rizos, ni siquiera para planchar alguna vez la camisa o anudarse como Dios manda la corbata. Era un superviviente de su propia desgana. Sólo a cada minuto se acordaba de masticar un chicle que abultaba su mejilla.

Arriba, en el despacho del inspector, apenas llegaban ecos del guirigay tumultuoso que se había apoderado de la planta baja. El agente no dejaba de sonreír, como un acto reflejo, y me pidió que me sentase frente al despacho del inspector. No se atrevió a tomar el asiento del jefe y se quedó de pie, incómodo, jugando con las esposas de su bolsillo y mirando la ventana, donde la tarde dibujaba campanarios anglicanos y nubes de adviento. Me ofreció un cigarrillo, pero rehusé.

—¿Qué ha pasado en el almacén? —pregunté.

El agente Terry respondió con alivio. El silencio que manteníamos le cohibía.

—¿Se refiere al departamento de consignas y pruebas? Pues... Esta noche han robado. Forzaron la puerta de atrás, la que da al callejón, con una ganzúa. Lo más asombroso es que Tom, quiero decir, el vigilante, se quedó dormido en su mesa y no oyó nada. Debieron darle cloroformo para que no se molestara en despertar hasta por la mañana, cuando llegó su relevo... ¿Sabe? Eso es lo extraño, cómo le dieron el cloroformo antes de abrir la puerta de atrás.

Masticó su chicle y pintó un círculo con el índice en el aire.

–No tiene sentido ¿verdad? Primero fuerzan la cerradura y luego duermen al guarda. ¿No tenía que ser al revés para que no les oyera abrir la puerta?

Este grado de abstracción agotó sus reservas de energía y necesitó apoyarse en la pared, con los brazos cruzados.

–¿Y qué se han llevado?

–Bueno, nada especialmente valioso. En fin, podían haber robado alijos de droga o muchas joyas que hay, pero los muy brutos sólo se llevaron unas cajas de dinamita, al menos que se sepa hasta ahora.

El hombre se rascó la cabeza. No sabía qué más contar. Paseé los ojos por las repisas del despacho, que estaban llenas de reglamentos, memorandos y carpetas, ordenadas por fechas y nombres. El agente prosiguió.

–Ya los rateros se atreven a todo... Maldita guerra. Menos mal que el inspector Roger se encarga de la investigación –Tenía la sana convicción de que Roger podía resolver cualquier enigma porque era el hombre más sacrificado del departamento. No conocía los domingos ni las vacaciones–. Puede parecer extraño, pero desde que murió su mujer, hace seis años, no le gusta tener días libres. Prefiere trabajar, incluso los fines de semana. Fíjese, hoy es sábado y también está aquí.

–¿Murió su mujer?

–Sí, fue una desgracia –Terry miró a la puerta, para asegurarse de que no pasaba nadie por el pasillo–. Una tragedia. Ella traducía poemas europeos, cosas intelectuales, ya sabe. Dicen que era un encanto, yo no la conocí, en fin... Habían ido de vacaciones a Southampton, por el verano, pero con la mala suerte de que allí hubo un atentado. Las autoridades dijeron que había sido un grupo anarquista, o comunista, o qué sé yo... Al cabo de una semana atraparon a tres anarquistas en un piso, con octavillas y material para fabricar cócteles molotov. No sé si sabe lo que es eso. Pero no pudieron relacionarlos con el atentado, no había pruebas que los incriminaran, así que salieron libres. Creo que eso fue lo peor. Desde entonces, el inspector odia que una

investigación se quede a medias. Hace lo que sea para resolver un caso y encontrar al culpable. Es un ejemplo para nosotros. O quizás es que no quiere quedarse solo en casa...

El tamaño de la revelación hizo irrespirable el aire de la oficina y Terry tuvo que abrir la ventana para sorber algo de oxígeno. Luego silbó un poco para aliviar con una pincelada eufemística la tensión que su confianza imponía entre ambos. No pude dejar de meditar en la expresión abnegada de Roger, que se dolía de ir a Oxford, teniendo tantos problemas que resolver en Londres. Su prurito profesional vindicaba entonces un afán personal de hacer algo, de atender a la gente, de rodearse de cosas en que pensar para no quedarse solo, como el Hombre de la Multitud de Poe, la conciencia que no soportaba el dolor universal que el silencio podía transmitirle... Su refugio, su recompensa, su vida, eran el trabajo.

En eso pensaba, cuando el objeto de mis reflexiones llegó con aspecto serio. Terry obedeció su breve gesto y salió sin decir nada más. Intenté apreciar en el semblante del inspector, mientras colgaba su gabardina de la percha y organizaba las carpetas de su escritorio, las señales de ese pasado recién revelado, pero sólo hallé finas arrugas en torno a los ojos, dos líneas definidas en la frente y un cierto dibujo en la forma de los labios, en vano camuflados bajo el fino bigote, donde se detectaban indicios hasta ahora inadvertidos por mí de angustia, de resignación, las marcas con que la hediondez del mundo tonsura a un hombre honrado.

Ignorante de estas indagaciones, Roger colocó sus brazos sobre la mesa y descargó su mirada sobre mí, su contemplativa visitante.

—Recuerde que es usted testigo y que la cité para hacer una declaración sobre la muerte de Lucas. Pero no compareció.

Estaba tan lejos mentalmente de esos trámites que sólo atiné a balbucear alguna excusa. De pronto, la conciencia de que Roger estaba investido de autoridad me hizo descartar esos problemas sentimentales que el parlanchín agente me había contado. Y también me sentí una ilusa al haber creído que mis pesquisas iban a tener trascendencia para un policía acostumbrado a todo. Debía ceñirme a lo que se esperaba de mí. Roger interpretó mis melifluos pretextos como bagatelas que rechazó con la mano, como si los apartara, y,

con un suspiro resignado, se decantó por ceñirse a lo importante.

–Dijo que había novedades en el asunto de la cabeza de Diana...  
–resumió, con una calma profesional que excluía la sorpresa para los siglos de los siglos–. ¿De qué se trata?

Ahora no quería contar nada que comprometiera a nadie más, ni a Vivien ni al capitán Laredo. La policía era demasiado lenta y farragosa, insensible si se quiere, para recibir con tacto y delicadeza mis aéreas experiencias. Además, visto a la distancia, mi método de investigación parecía un acertijo, un rompecabezas, y en mis labios podía convertirse en un trabalenguas. Para eludir confesiones impertinentes y datos comprometedores, me limité a sacar del bolsillo la fotografía de Sir Billy descamisado, donde se veía la cicatriz acusadora en el hombro.

–Tengo esto –respondí al fin.

Roger reconoció con disgusto al tarambana y se volvió con una indiferente interrogación en su rostro.

–¿Y bien...? –vista mi cara de sorpresa, se vio obligado a seguir preguntando– ¿Qué ocurre?

Ahora mi deducción se me antojaba una insulsa banalidad, una corazonada sin fundamento alguno. Pero no quise que el sentido del ridículo me amordazara, no sería propio de mí. Y el agente al que había interrumpido esperaba una explicación. Se la debía.

–Sir Billy Kildrake es Rasputín, el cómplice de Lucas. Lo sé por esta cicatriz. Eso demuestra que está relacionado con la cabeza de Diana, con el asesinato de Lucas y, si me deja decirlo, creo que es el Barón.

La indiferencia de Roger había dado paso al desconcierto. Evaluó la cicatriz de la estampa con detenimiento, recapacitó sobre la constancia de los hechos, y luego volvió unos ojos de serena consternación hacia mí.

–La cicatriz de Rasputín... ¿Cómo ha sabido eso? Mejor dicho... ¿A quién le ha oído hablar de ese Rasputín? ¿...Y de dónde ha sacado la foto?

–Eso es lo de menos. Por favor, Roger, vaya a lo esencial. Tenemos al hombre. Si damos con él, si lo atrapamos a tiempo, conseguiremos también a Diana. Pero hay que pararle los pies, hay que cogerlo ahora.

Me exaltaba por momentos, pero la burocrática respuesta de Roger me cortó las alas, incluso pareció acarrear cierta sorna en su tranquila exposición. Era increíble que aquel hombre repeinado y pulcro pudiera convocar el cielo y el infierno sin alterar ni una hebra de su pelo.

–No podemos detener a nadie por llevar una cicatriz. Ningún juez cursaría una orden basándose en eso.

Su higiene legalista era lacerante, casi equivalía a una añagaza propia de fariseos en semejantes circunstancias, con la guerra encima de nosotros. ¿A qué venía invocar garantías constitucionales de última hora? No estaba mi humor para ironías y expresé mi disgusto puesta en pie, clavando las manos sobre la mesa, como recordé que había hecho días atrás el propio Sir Billy. La simetría me disgustó. No éramos, no podíamos ser, intercambiables.

–La ley es la ley –fue la respuesta imperturbable del policía–, pero su descubrimiento es muy interesante, quizás nos ponga sobre una pista válida... Eso explicaría muchas cosas... Voy a dar órdenes inmediatamente de que hagan seguir a Sir Billy por si está en el ajo. Si tengo suerte, quizás incluso consiga una orden de registro de su casa. Pero, hasta entonces, no debemos levantar sospechas. Y usted, ande con mucho ojo. Ese tipo no es de fiar ni estando en nuestro bando.

–¿Levantar sospechas? ¿Órdenes de registro? –me impacienté– Ese hombre va a marcharse del país enseguida: por lo que yo sé, mañana mismo.

–Entonces no hay tiempo que perder. Prioridad uno. Voy a encargarme personalmente de que los muchachos se pongan a trabajar... Por cierto, ¿estará usted segura en Londres? ¿Dónde se hospeda?

–No se preocupe por mí. Sabré esconderme si hace falta –respondí con un asomo de malestar en el estómago. Mentía descaradamente: no se me ocurría ningún lugar a salvo de entrometidos. No me sentía segura en absoluto.

–Tenga mucho cuidado, señora Wells. No se fíe de nadie.

–Usted tampoco.

*“Si escapé del atolladero, será porque tengo siete vidas como los gatos. Bueno, ya alguna menos. O a lo mejor resulta que voy a vivir siempre, aunque no lo tengo previsto.”*

*Aventuras de un español en Oxford*

La señora Bellyard sólo calzaba aquellos botines antiguos en la soledad, le hubiera dolido que la vieran con el baldón de unas manchas de lejía que desteñían el ajado magenta de sus empeines. Cómodos, ahormados, habían conocido algún baile casto y mucha misa de domingo, pero el tiempo los mancilló como el más feroz disolvente, hasta degradarlos al nivel de prendas de faena. Los sábados, la señora Bellyard cambiaba su labor de aguja y el bordado de un deforme clavel en hilo rosa, por la limpieza. Abrumaba los tendederos del ático con ropa blanca y prendas almidonadas y luego se armaba de la utilería profiláctica en un pañol ubicado en la cocina, para enfrentarse a su enemigo telúrico, la mugre, contra la que mantenía una lucha semanal o, debiera decir, interminable.

Protegía el color índigo de sus rizos bajo una cofia y guarecía su vestido de luto tras un delantal de tul floreado que no usaba en público para no desmentir la severidad del local. Las alfombras hubieran necesitado una buena sacudida, pero sus brazos de gelatina no hubieran tolerado el zarandeo con el atizador y la mera idea de levantar ella sola semejantes pieles de oso era inaudita. Bastaba por tanto con un escrupuloso cepillado sobre las turbiedades más evidentes del tejido y, si lograba aclarar un poco el punto en conflicto, se daba por satisfecha. Los extremos de la habitación que no cubrían las alfombras, merecían alguna visita del agua y el jabón que les recordase el paso de la civilización, y la señora Bellyard no hubiera dudado

en aplicarlos con metódica saña, si ciertas rémoras de lumbago no le aconsejaban esperar días más felices. Se contentaba entonces con barrer los síntomas más evidentes de que la pelusa y el barro también se alojaban (gratis) en su local.

Los muebles sedimentaban polvo con empeño geológico, pero la señora Bellyard cavaba sus estratos con un plumero si consideraba que la zona quedaba a la vista de la gente. Esta tarea gregaria requería cierto esmero decorativo e incluso artístico que ella ejercía con visos de ornamentación. Por supuesto, los paraguas del vestíbulo quedaban excluidos de estas actividades, por no pertenecer a las dependencias, no importaba el tiempo que llevaran allí.

Sonó el teléfono y la señora Bellyard acudió al mostrador, no sin lanzar un beso al periquito que, desde su jaula, supervisaba las operaciones.

–Hola... ¿Está Emma Osborn? –oyó preguntar a una mujer joven, que parecía tener prisa.

–¿Emma Osborn? Aquí no se hospeda nadie de ese nombre –contestó fácilmente, pero en ese instante pasó el plumero sobre la encimera como un rayo, dejando la estela de una idea–. Espere... Tal vez se refiere a Emma Wells; es la única Emma que tenemos aquí –explicó como un tendero que expone su vitrina sin esperanza de vender nada.

La voz del auricular sonaba atribulada. La urgencia devoraba sus palabras.

–De acuerdo... Dígale a Emma que casi he visto la cabeza de Diana, que he oído dónde está, pero que será mejor que no venga. Que no venga a mi casa. Dígale que vuelva con los suyos, por lo que más quiera, que abandone Londres.

–Oiga, oiga –la interrumpió la receptora de esa batahola de datos– ¿Se puede saber de qué me está hablando? Y a todo esto: ¿Quién es usted?

–Vivien, su amiga Vivien. Dígale sólo eso, que no quiero que venga a buscarme.



–Pero ¿dónde está usted?

–Eso da igual. Sólo quiero que no venga a buscarme a casa ni a ningún otro sitio. Lo mejor que puede hacer es volverse por donde ha venido... Tiene que avisarla de lo que le estoy diciendo.

El críptico mensaje de la tal Vivien sólo conseguía desconcertar más a la señora Bellyard, que no cesaba de hacer preguntas sobre lo que estaba pasando, y lo que quería decir aquella muchacha asustada.

–Le ruego que haga lo que le digo –fueron las últimas palabras de la chica, antes de colgar.

La mujer se había quedado con la mitad del trabalenguas que acababa de oír, que no tuvo otra virtud que dejar a sus ojos echando chiribitas por la confusión en que se había quedado. Le zumbaron las sienes, mientras trataba de extraer algo en claro del acertijo que la desconocida le había endilgado. ¿A que se dedicaba la señora Wells, que poseía ribetes tan misteriosos como para que la chica no quisiera contarle nada? Sin olvidar que apenas dormía en la pensión, sólo en medio de un bombardeo se había quedado allá arriba; el resto de las noches parecía pasarlas entre hombres que la perseguían o al contrario. Instintivamente echó mano a su manojito de llaves, oculto bajo unas bayetas de franela en un cajón del mostrador, y casi había decidido subir a indagar en la habitación del misterio, cuando sonó el llamador de la puerta, reliquia que sólo usaban los vendedores y los visitantes de sus clientas.

Se quitó la cofia y en un santiamén escondió el delantal sobre un silloncito tras la barra para abrir la puerta. Pero apenas pudo responder buenas tardes al hombre que aguardaba afuera, ocupado en limpiarse los zapatos en la esterilla de bienvenida. Un tipo alto de piel tostada y bigote negro ocupaba todo el vano de la puerta y se limitó a preguntarle si estaba en casa la señora Wells. Aquel varón de sutil acento extranjero no necesitaba hombreras y su pelo casi rozaba la jamba superior del marco.

–No es usted inglés, ¿verdad? –fue la respuesta de la señora Bellyard.

–No, soy español.

–Pase, no se quede fuera. Como ve, estoy de limpieza. Hoy no ha podido venir la chica del servicio –explicó. Quería tener ocasión de contemplar a sus anchas al visitante que ocupaba las horas de su clienta, pero él parecía tener prisa y volvió a preguntar si la señora Wells...

–¿Le espera a usted? –fue la siguiente pregunta de Bellyard.

–Sí... ¿Está?

–Oh, ¿No se lo he dicho? Qué cabeza la mía, tiene que disculparme. Esta maldita guerra. El caso es que ha salido hace una hora.

Su respuesta tensó al hombre. La contrariedad que se reflejó en su cara y en su porte centelleó en los ojos de la casera.

–¿No le dijo adónde iba?

–Oh, no... Ya debe saber que es muy independiente en sus cosas. Porque sin duda debe conocerla bien. Por cierto, le diré que ha preguntado por ella... Usted se llama...

–No se preocupe, yo mismo la buscaré. Adiós.

–Oiga, ¿sabe que lleva manchado de sangre el puño de la camisa? –el hombre apenas prestó atención a ese detalle y se limitó a cubrir su muñeca con la manga de la chaqueta.

Sin más comentarios, salió de la pensión, pero la señora Bellyard ya podía jurar que esa Emma Osborn o Wells o como quiera que se hiciera llamar, no era trigo limpio. Qué promiscuidades imaginaría que apartó la vista del pájaro enjaulado. No estaría de más, pensó, registrar la habitación de su cliente, e impuso a su malsana curiosidad el título de precaución legal.

\* \* \*

Si Alonso Bando hubiera contado esta historia, le hubiera dado la razón a Emma en una cosa, en que el destino de la cabeza de Diana se decidía en calles paralelas a las que ella pisaba. Porque poco antes de mediodía, sin ella saberlo, ocurrió un asesinato del que nadie le hablaría y cuya noticia no se publicaría en los diarios de Oxford hasta días después.

También es cierto que de redactar ella esta crónica, hubiera omitido muchos detalles escabrosos, pero, como en la vida real, no son las personas las que hacen la historia, sino que la historia crea a sus propios hijos.

“Como nieve blanda”, se dijo Sir Billy al despertar. Una chaqueta de lentes tirada en una silla le había recordado sus tiempos bohemios en América, cuando quiso ser bailarín profesional, antes de que la disciplina de los ensayos cediera a la complacencia del opio hasta alejarlo para siempre de la excelencia. Cuando la mera posición de figurante en el coro ofendió las ínfulas que merecía su apellido, prefirió el dinero fácil de vender droga entre sus compañeros, hasta que fue expulsado.

Pero cuando aún no había caído en el comercio ilícito y se hospedaba en la Gran Manzana, a la sombra de los vertiginosos rascacielos de Nueva York, debía caminar cada día sobre la nieve para acudir a los ensayos, cuando todavía era puro y tenía sueños dignos de ese nombre. La nieve blanda marcaba sus pasos hacia los bulevares de Broadway y reía con sus compañeros, entre vaho y canciones. Y alguno comentó que esas huellas en la nieve serían sus pasos hacia el estrellato. Triunfar sería tan fácil como pisar la nieve blanda.

Recordó esto a la vez que recibió la carga de la resaca en sus sienes y el rencor de la última juerga en el paladar. Otro catre y otra mujer dormida a su lado, a la que dejó el dinero habitual sobre el aparador. Había perdido mil libras la noche anterior en otra partida sin suerte que intentó sobrellevar con elegancia, aunque sus dientes rechinaron y ahora maldecía en sordina.

La escalera y la calleja, resultaron menos sórdidos que sus maquinaciones, que su hastío del mundo ciego donde se movía, en una cabalgata infinita de traiciones y argucias, de caras vacías y tugurios. Su plan de escapar a América obligaba al traficante a recordar al bailarín soñador que había sido y eso mortificaba sus entrañas.

La actitud de Sir Billy en la soledad distaba mucho de los grandes aspavientos que imaginaba Emma. Despeinado, sin la gomina que sujetaba su pelo de cuervo, sin afeitarse, se limitaba a escupir el mal sabor de otra noche inútil. Sólo veía el pavimento embarrado, bajo un cielo claro en el que brillaban los globos antiaéreos. Sin público, Sir Billy perdía toda su arrogancia de tarambana, esa indiferencia chulesca que tanto asustaba a Emma. Su rostro lo arrugaba la fatiga, la amarga melancolía de comparar su paseo por los callejones del lupanar, el hedor mustio de su decadencia, con la blanca nieve de sus ilusiones juveniles.

Y si él era la sombra de sí mismo, otra sombra de hombre andaba agazapada tras alguna bocacalle y le disparó por la espalda. Sir Billy sintió en su cuerpo el fuego de la primera andanada, que vino a incrustarse en su brazo izquierdo y que le hizo correr a parapetarse tras una esquina.

Kildrake no era un hombre hábil ni intrépido, el declive del linaje sólo le había brindado los genes de la depravación, pero poseía inteligencia y cierta pasión por la crueldad que cabía emplear como valor. Sacó su pistola y devolvió el disparo, que obligó a su enemigo a retroceder.

—Empezaba a creer que no vendrías nunca —le habló al asesino. Tratava de ganar tiempo, mientras ideaba alguna salida. Pero nadie le respondió—. Has tardado mucho en atar cabos. Pensé que eras más listo.

No oyó nada. El silencio se sumía en la oscuridad y habitaba en ellos. Demacrado, ojeroso, un hilo de sangre corría por su brazo y entintaba el puño de su camisa de hilo. No sentía dolor, sólo un calor en el hombro que contrastaba con la frialdad de los ladrillos húmedos, contra los que apretaba los omoplatos.

—Sé dónde está la cabeza de Diana —arguyó entonces Sir Billy—. Podemos hacer un trato.

Si Alonso Bando hubiera escrito esta historia, no habría querido ensombrecer las intenciones de Kildrake ni repetir aquí las malas palabras que añadió a su proposición. Habría buscado alguna razón su carácter, en sus motivos. Humanizarlo y no verlo sólo como un malvado. O tal vez la imagen que guardaba Emma de Alonso Bando no se correspondía con el hombre real,

el que viajó y afrontó situaciones difíciles y desconocidas para ella. Cuando Emma leyó su cuaderno, buscando pistas de su paradero, había pasado por alto muchos pasajes donde éste comentaba sus impresiones sobre la guerra en ciernes. Sobre la demagogia, el suicida afán de experimentar políticas imposibles, las discusiones con su propio padre, que quería sacarlo del país a todo trance, la locura de los hombres a los que se habían dado consignas incendiarias.

Tras los juramentos, Kildrake ahorra palabras porque trata de decidir cómo salir del apuro.

—Ese maldito Lucas lo estropeó todo. Justo como me temía... Lo adiviné en cuanto lo vi. Viejo idiota, ojalá se hubiera podrido en el agujero donde estaba. Y pensar que le dejé vivir. Le perdoné la vida ¿no sabías eso? Dejé que lo encerraran en una cárcel de Madrid, pero pude haberlo hecho matar allí mismo y acabar de una vez. Como ves, las buenas acciones tienen su castigo.

Hablaba como si pensara en voz alta, con un deje de irónica resignación. Pero sus ojos no dejaban de moverse, en busca de una salida o de una treta. Siguió hablando, para despistar al adversario.

—Cuando vi a Lucas en Londres supe que ya no era posible perdonarlo. Tuve que ir a por él, ¿entiendes? Se trataba de su vida o la mía... Y fui rápido, admítelo. Me costó algo de tiempo sonsacarle el escondite la cabeza de Diana. ¿Te lo puedes creer? La dejó en una bolsa, en la consigna del aeropuerto. Un destripaterrones con ingenio, ya ves. Imagino que cuando se me escapó, tuviste tu oportunidad y la aprovechaste. Por cierto, ¿qué cara puso cuando supo que le habías engañado?

—La misma que tú —fue la seca respuesta que obtuvo del otro lado.

Entonces Sir Billy saltó sobre la calle, disparando dos veces a la pared de enfrente. Pero su enemigo poseyó suficientes reflejos para agacharse a tiempo. Y le devolvió el fuego. Sendos disparos hicieron blanco en el tórax de Sir Billy. Gritó o más bien soltó un gemido, mientras la pechera se mojaba de la vida caliente que se le escapaba. Palideció. El tirador se acercó con precaución al moribundo, que apretaba los dientes y encogía los ojos

hundidos en sus órbitas. Yacía desarmado, la pistola la había soltado al quebrarlo el dolor de los impactos.

–Hijo de perra, iba a largarme –musitó.

–No podía arriesgarme –fue la escueta explicación de su verdugo. No había compasión ni pesar en su tono. Sólo un atisbo de duda asomó a sus ojos.

A Sir Billy apenas le quedaba resuello. El otro bajó el cañón y se agachó para hablarle con más calma.

–¿Y al americano, a Curtis? –le preguntó– ¿Lo mataste tú?

Sir Billy frunció las cejas húmedas por el sudor y su angustia se diluyó un instante, tratando de encajar la pregunta. Volvió su mirada hacia el asesino, con gesto interrogante.

–¿Curtis? No entiendo.

Y su rostro se detuvo en una expresión de plomo que ya nada perturbó. Había muerto, dejando las maletas hechas preparadas en su casa solariega y el billete de avión a Nueva York comprado. Tal vez su último estupor fue el único rasgo humano que se permitió la desolación de la calleja.

Emma se había detenido a reflexionar ante un arce de tronco blanco que había junto a la puerta de la comisaría, cuyos nudos parecían rodillas oscuras. Sus hojas aún no habían empezado a teñirse de otoño, pero que ya traslucían una claridad de víspera. Había salido de Scotland Yard como sonámbula, tan desorientada que no sabía a dónde dirigirse.

El inspector Roger había acogido su descubrimiento de que Kildrake era el culpable con una calma que la ninguneaba. Había resuelto el caso y creía merecer elogios, una calurosa felicitación o, al menos, un apretón de manos y un “buen trabajo”. Bien era verdad que la solución la había hallado casi por azar, más que por cualquier mérito o rigor suyo, pero eso evidenciaba aún más el carácter sorprendente de su éxito, dado las pocas posibilidades con que comenzó su tarea.

Por supuesto, comprendía que todos allí dentro anduvieran trastornados porque hubieran robado un montón de dinamita del depósito en plena guerra; eso pondría de los nervios a cualquier ciudadano, no digamos ya a la policía. Sin embargo, no por eso dejó de decepcionarle que Roger no hubiera encomiado, ni siquiera un poco, por educación, por política, lo que había logrado una mera civil contra todas las expectativas.

Esta injusticia la había detenido junto al árbol de la acera, apartada uno metros de la puerta de la comisaría, donde no cesaba de pasar la gente. El inspector se limitó a aconsejarle que volviera a Oxford, pero algo así se le antojaba imposible. Seguía sin saber nada de Alonso Bando. Sus divagaciones y su indecisión le hacían dar vueltas en torno al arce como una mascota amarrada. Hasta que vio llegar el coche del capitán Laredo. Lo reconoció enseguida, llena de asombro. El vehículo se detuvo en la acera de enfrente y, al instante, salió el capitán, que atravesó la calle con la mayor naturalidad. Estas cosas la sacaban de quicio: Laredo la había hallado de un modo tan fortuito que no podía serlo.

–Menos mal que la he encontrado –dijo Laredo, con gesto de alivio, aunque enseguida agachó la voz–. Como no estaba donde quedamos, ni tampoco en la casa de su amiga, temí que la hubieran detenido. Venía a informarme si sabían algo, aunque verla me ha ahorrado la escena, porque todavía no había decidido cómo hacerlo con discreción. En fin, uno no sabe cómo preguntar si han detenido a alguien... Pero si la han dejado salir es porque sólo querían información... ¿Qué les ha dicho?

Este interrogatorio no hizo sino ahondar en la desconfianza de Emma, después de que el capitán la hubiera encontrado por la casualidad más exasperante.

–O tal vez ha venido por su cuenta –insistía en saber el capitán–. ¿Qué tenía que decirles a esos tipos?

–Trabajo para ellos ¿Recuerda? Sería peor que no viniera –respondió. Casi prefería usar un tono oficial–. No tengo por qué huir de nadie, no he hecho nada.

–No pensaba eso ayer, en la estación –fue el comentario con que el capitán recibió la gélida reacción de Emma. Volvió a adoptar su aspecto taciturno y eso le pareció a ella un triunfo.

–A propósito, ¿dónde ha estado, capitán?

–No sé si debemos hablar en la calle... –y con un gesto le ofreció subir al coche. Aunque ella rehusó.

–Aquí estamos bien. Y los dos estamos a salvo de emboscadas y acechanzas.

El capitán empezaba a comprender que ella tenía un carácter endiablado. Pero todo en él le obligaba a guardarse de decirlo. Era cierto que gozaban del anonimato de la calle; los viandantes tenían cosas más urgentes de las que preocuparse. Mirando en derredor sin mucho interés, se limitó a resumir sus indagaciones.

Laredo se había ceñido a su plan, que consistía en volver al hotel



Imperial, donde se hubo alojado Curtis, por si en recepción podían indicarle el paradero del que fue su secretario. Lo único que sabía el recepcionista es que el día anterior aquello había parecido una casa de locos, con la policía metiendo las narices en todas partes. Al parecer, y el recepcionista bajó la voz para comentarlo con Laredo, el señor Curtis murió en circunstancias misteriosas. Pero el secretario no había regresado ni nadie lo echó de menos. Por cierto, el señor Curtis le llamaba Cómodo. El recepcionista cayó en la cuenta de que nadie le había preguntado por aquel individuo. Por lo que él sabía, el propio Curtis siempre lo contrataba al venir a Londres. Incluso recordó que alguna vez Cómodo le dio un teléfono para localizarlo si preguntaban por él. Laredo fingió querer contratarlo también y así obtuvo el número de teléfono que traía anotado.

—¿Lo ve? —dijo—. La expedición puede continuar. Tenemos que averiguar la dirección a la que corresponde este número y entonces buscar a Cómodo.

—Pues yo no pienso volver a entrar en la comisaría. Y no creo que usted conozca a nadie en el ministerio.

El capitán echó a andar en dirección a la esquina.

—¿Qué va a hacer? —le siguió ella.

Por toda respuesta, entró en una cabina de teléfono, con su puerta roja chirriante y más bien desvencijada. Y, para pasmo de Emma, marcó los números del papel. Ella protestó que era una estupidez, pero él no hizo caso.

—¡Hola, Mike! ¿No es Mike? Pero hablo con Surrey... ¿Ah, no? ¿A dónde estoy llamando, entonces?... Bien, de acuerdo... Perdona. Adiós.

El desparpajo con que había resuelto el enigma dejó atónita a Emma, y a la vez en ascuas, cuando el capitán salió de la cabina y se permitió detenerse a encender un cigarrillo.

—¿Y bien? ¿Qué ha dicho?

—No mucho, la verdad —se hizo de rogar, apagando la cerilla con un suspiro y entreteniéndose en ver dónde caía cuando la echó al suelo. El

humor de Emma no estaba para juegos, pero se divertía a su pesar con la demora. Laredo quería llamar su atención y ya la tenía.

—¿Me lo va a decir o tendré que leer los periódicos?

—Pues... El tipo que ha contestado me ha dicho que es una taberna llamada El Mirlo Tatuado, en Camden Town.

Al oírlo mencionar, Emma recordó el local donde su amiga Vivien le presentó a su amante, Dorian. Le había impresionado el mercado negro, el tufo y la aglomeración, y aún recordaba el oscuro corredor de la tasca. Pero más le preocupaba volver a toparse con el bravucón de Dorian, porque le estremecía la sensación de impunidad que le rodeaba, como si las leyes de su majestad no rigieran a según qué tipos. Temía la forma de conducirse de Dorian en su territorio, como un general en su centro de operaciones, la ostentación que hacía de su poder, su forma de escrutarla con la mirada.

Tampoco al capitán le agradó saber con quién tendría que vérselas. Ya se habían enfrentado una vez y repetir el lance no figuraba entre sus anhelos. En cierto modo, la expresión de contrariedad de Laredo le devolvió a Emma la confianza en él. Por lo menos, podía contar con que ambos tenían un enemigo común. Sólo con esta tranquilidad, evaluó el nuevo traje el capitán, que dijo no haber usado más que una vez. Entonces reparó en el puño de su manga derecha, donde dos gotas de sangre enturbiaban el blancor de su camisa. Le preguntó qué le había pasado, pero él no quiso responder, se limitó a invocar un asunto personal que no venía al caso. Ella insistió en averiguar contra quién había peleado, como si no supiera por propia experiencia que cuando Laredo se negaba a hablar, todo era inútil. Aún argumentó, porque tampoco ella se rendía fácilmente, que habían convenido colaborar sin secretos ni reticencias y de tal modo pintó su negativa que poco más o menos lo calificó de sospechoso principal, si eludía dar información.

—Ya le he dicho que es un asunto estrictamente personal, que nada tiene que ver con el caso.

—Dígame al menos de quién es la sangre.

—Entonces le estaría contestando y no es asunto suyo.

Emma encontró a Laredo tan incómodo con la cuestión, tan azorado, que no se atrevió a insistir y por una vez transigió. Pero no se había quedado conforme.

Se dirigieron a Camden Town, atravesando la ciudad. Contra lo que podría esperarse, el esplendor del cielo sólo evidenciaba más la gris desazón de las calles, hundidas en una lóbreguez sin retorno. Los tenderetes del mercado negro de Camden Town tampoco lucían mejor. Sus lonas y paneles raídos acusaban el trasiego de la pobreza y la gente se mostraba tan hostil y sombría como la primera vez que Emma la visitó. Por suerte, con el atardecer se dispersaba el público y clareaba la aglomeración. Detrás de los puestos que se desmontaban, distinguió el rótulo del Mirlo Blanco, con la silueta del pájaro cuya pintura se desplumaba en la madera.

–Esperemos no encontrarnos con Dorian –dijo, cuando señaló el antro al capitán.

Con una ingenuidad que el capitán no comentó, tomó la precaución de subirse las solapas del abrigo y ocultar las mejillas bajo ellas. Entraron despacio. Por la puerta abierta escapaba el humo de tabaco a bocanadas. Dentro, la oscuridad era feroz; las bombillas de colores apenas alcanzaban a iluminar las muescas del mostrador. Tres clientes jugaban al billar sin prisas, en la mesa del fondo. En la barra, un señor mayor de nariz roja apoyaba la cara en la mano y contemplaba su vaso de cerveza como si fuera una probeta de experimentos. Una chica y su cliente bromeaban ante dos copas de whisky (al menos el local las cobraba como tales) en una mesita pegada a la pared. El mismo camarero del otro día les atendió, aunque no reconoció a Emma o eso hizo ver. Les miró con el gesto acostumbrado, mientras secaba los vasos de licor con desidia. Fue un gesto tan leve que ni siquiera cayó la ceniza de su cigarrillo.

Emma se sentó en un taburete junto al mostrador y Laredo, en pie, apoyó un codo sin prisa. Ella no podía evitar que sus ojos vigilaran la entrada del local, temiendo la aparición de Dorian, cuya sombra infernal parecía haberse apoderado del antro. Eso no impedía que hubiera discutido todo el camino con el capitán sobre su decisión de afrontar los peligros a la par que él, en un afán igualitario que ahora le obligaba a comerse sus palabras y apechugar con el miedo. Laredo hizo una seña y el camarero se acercó, con la

parsimonia de quien había enterrado la capacidad de sorpresa con sus propias manos. Laredo pidió dos cervezas y esperó a que le sirviera dos jarras y la espuma bajara un dedo antes de tomar la suya por el asa. Emma protestó que prefería un té, pero él cercenó el dilema con un comentario en voz baja: “Hemos venido a investigar, no a hacer vida social”. Por supuesto ella no tocó su bebida, aunque él se regaló un buen trago. Sólo entonces repitió la señal al camarero para que se acercara.

—Oiga, ese reloj atrasa —dijo, señalando un armatoste colgado de un clavo en la pared—. Lo digo porque ya son más de las cinco —el camarero masculló que le daba igual, lo que no impidió al capitán insistir—. Verá, estoy esperando a un tipo que debía haber llegado a esa hora. Quedamos en vernos aquí. Quizás lo conozca. Dijo que frecuenta este sitio. Un tipo alto, fornido, con una colonia peculiar. Se llama Cómodo.

El camarero recobró su poder de concentración; se quitó el cigarrillo de la boca y examinó a Laredo, entrecerrando los ojos.

—Su acento es extranjero ¿no?

—¿Hay algo malo en eso?

—Según y cuándo —murmuró el otro, que acto seguido enfocó su atención en Emma—. ¿No la he visto a usted antes?

Ella no supo qué contestar, pero el capitán salió al paso del camarero. Con aire casual y despreocupado, observó:

—¿Va a contestar o quiere que le contemos nuestra vida?

El tipo se rascó la patilla con una cuchara, dilucidando. Los movimientos hacia arriba le daban confianza en la pareja, los que bajaban se la quitaban. Con estas alternativas, debió decidir tirar por la calle de en medio.

—Sólo sé que viene de vez en cuando. Aunque a decir verdad, hará cosa de una semana que no aparece. Pero puede dejarme el recado, por si le veo.

–Déjelo. Ya habrá otra ocasión –con esto se retiró el camarero y Laredo sugirió a Emma sentarse en alguna de las mesas, para paladear su bebida con calma.

–¿Ahora qué vamos a hacer? –le preguntó ella, nada más depositar la pinta sobre la mesa llena de muescas.

–Bueno, ya que me había ocultado que conocía un sitio tan estratégico como éste, me apetece echar un vistazo.

–Juraría que se ha quedado sin ideas –casi se burló ella.

–Cree que tengo respuesta para todo ¿no es eso?

–Tal vez. ¿Por qué? ¿Se va a quedar sin palabras?

–Bueno, nuestra primera discusión... Va a ser una larga noche de sábado.

–Es cierto, estamos a sábado. Ni siquiera me acordaba.

El local olía como un enorme cenicero que almacenase todas las colillas de Londres. Ella buscó un frasco de agua de colonia para regalarse el olfato, mientras él vigilaba de soslayo la puerta de la calle, donde el paso de los peatones copaba con sombras fugaces la luz del atardecer. Ella volvió a preguntarle si ya tenía algo parecido a un plan, a lo que él negó con la cabeza, aunque poseía cierta seguridad en sí mismo que le decía lo contrario a Emma.

–De momento nos tomaremos un respiro. Tal vez no lo crea, pero le estoy cogiendo el gusto a la cerveza inglesa. Como ve, mi estancia en su país esta sirviendo para algo.

Incluso se permitía bromear. Era seguro que había tramado algo, pensó ella. Tal vez le pareciera oportuno esperar allí, al fin y al cabo estaban en el centro de operaciones del enemigo. También ella quería darse alguna importancia.

–Oh, vaya, se me ha olvidado decirle que he resuelto el caso y sé quién tiene la cabeza de Diana –dijo, con íntima satisfacción. Si esperaba que él se

sorprendiera, no fue así: se limitó a pedirle que lo ilustrara, lo que expresó con una ironía demasiado sutil para que ella no se ofendiera—. ¿Cree que sólo usted puede averiguar cosas? Pues le puedo contar que nuestro amigo Sir Billy estuvo en la guerra civil española y conoció a Lucas. Por eso sé que fue él quien le robó la estatua.

—Es una hipótesis —observó él, sin sombra de condescendencia esta vez—, pero contéstele a esto: ¿Por qué no estaba la cabeza en su casa, que registramos, ni en la casa de su amiga Vivien, que al parecer usa de almacén?

—Habrá otro sitio, supongo.

—¿Cree que Kildrake confiaría en mucha más gente? No. Y me parece que si todos están revueltos es porque la cosa anda en el aire todavía. Aún no han tenido ocasión de asegurarla bajo siete llaves... Tal vez la mercancía está demasiado caliente y quema los dedos.

—Habla como si pesara alguna maldición sobre la cabeza.

—La codicia es la peor maldición, diría yo.

Empezaba a entrar gente en el local. Obreros con chaquetas remendadas y mujeres luciendo sombra de ojos y medias casi nuevas.

—Pronto se llenará esto —indicó Laredo—. ¿Qué suele hacer usted la noche del sábado?

—... No es algo que le incumba, capitán.

Lo hubiera explicado, pero resultaba tan trivial que casi le humillaba recordarlo. El señor Wells, su marido, se entonaba un poco con una copa de jerez tras la cena y abría un libro de ficción. Ella, después de dejar dormida a la pequeña Iris, se sentaba junto a la lámpara de la ventana para corregir ejercicios de clase. Oía los coches pasar y los estudiantes darse bromas. A veces, se sentaba allí a hacer ganchillo. Cuando los ronquidos de Anthony se volvían demasiado espesos, lo llamaba para que subiera y se pusiera el pijama, mientras ella se cercioraba de que en la cocina todo quedaba en orden. Qué pérdida de tiempo, se dijo. Se permitió mofarse de sí misma con

tristeza, de sus ejemplares costumbres de antaño, porque ya no se sentía capaz de repetirlas.

—¿Y qué hace usted en las noches de sábado?

—No tengo nada que ocultar. Nos reunimos los veteranos y jugamos unas manos. A veces estoy en racha y gano algo extra para mis gastos. O recordamos los viejos tiempos y a los antiguos camaradas.

—Uy, me parece que miente, creo que se va de picos pardos.

—Tal vez —y bebió con media sonrisa en su rostro.

Un poco después apareció alguien a quien Emma había visto antes allí, el viejo vendedor de relojes de contrabando, cigarrillos y cerillas. Reconoció su cabeza cadavérica, donde la piel sólo servía para juntar los huesos y se estiraba sin nada mejor que hacer sobre las mejillas huesudas. Había hablado con Dorian la primera vez que lo vio y este detalle se lo contó al capitán por lo bajo. Laredo llamó al tipo con la mano y sacó un billete de cinco libras.

—Oiga, amigo, le cambio esto por unos cigarrillos y por una respuesta.

Los ojos del tipo relumbraron al fondo de sus cuencas de pergamino y se relamió los labios, mientras sus dedos se alargaban hasta el premio con impaciencia. Su conformidad no podía ser más apremiante.

—¿Sabe dónde puedo encontrar a un tal Cómodo?

El vendedor sonrió con los dientes que pudieron unirse a su amarillo deleite y su voz estropajosa susurró servilmente al oído del capitán. Emma no pudo oírlo, sólo veía sus mandíbulas moverse con la torpeza de quien mastica con las encías. El capitán oyó su informe y luego le dio el billete, que se apretó en su puño antes de meter en el bolsillo de la levita. Como el capitán se hiciera de rogar, Emma le preguntó qué le había dicho.

—No mucho, pero quizás nos baste. A nuestro amigo Cómodo le llaman por estos pagos “el secretario”, porque estudió contabilidad y tuvo esa profesión en sus tiempos felices. Vive en un barco del Támesis, una gabarra

de esas que lleva chatarra o carbón de un lado a otro del río. Nuestro alegre confidente me ha dicho que ese yate de placer tiene por nombre “Tamerlán”.

Apuró su pinta de cerveza y reconoció que habían tenido suerte.

–Yo no lo llamaría suerte –recapacitó ella. No lo era, desde luego, si tenía en cuenta que en tres días se había topado con dos cadáveres.

Este pensamiento ennegreció (si es que hacía falta) el local y el goce del momento. Prefirió concentrarse en el hombre que tenía delante. Fuerte, seguro de sí mismo, su sola presencia en aquel tugurio lo volvía habitable. Siempre era atento, sin que por ello hubiera cedido un ápice en su empeño por su misión, que perseguía con una constancia castrense. Hasta ahora, había logrado conciliar su investigación con la protección de Emma (debía admitir que había sido un engorro en ocasiones) y sabía mezclarse en cualquier ambiente a pesar de su acento extranjero. ¿Cómo podía mantenerse en la cuerda floja sin perder el equilibrio? Si no fuera por cierta actitud quijotesca con ella, Emma hubiera jurado que era el espía perfecto, el Barón ideal. Reconociendo su dominio de la situación, le preguntó qué debían hacer.

–Pues... –dudó un momento el capitán–. ¿No tiene hambre?

–Mucha. Ahora que lo pienso, no he probado bocado desde el desayuno.

–Entonces, vamos a cenar.

Al salir del antro, Emma aspiró oxígeno con alivio. La tarde se había desplomado y escombros de nubes azules y rojas apuntaban al ocaso. Las farolas tiritaban sobre los tenderetes que quedaban. Soldados de permiso alborotaban al encontrarse con aburridas mujeres del oficio y los guardias se habían esfumado de las aceras. El capitán no hizo alusión ni la señora Wells hubiera soportado oír comentario alguno sobre la depravación que comenzaba a hacerse fuerte por las callejas. Se limitaron a subir al coche y ella preguntó dónde cenarían. El capitán conocía un restaurante polaco, explicó, donde servían unos filetes excelentes, y a precios asequibles, no de guerra. Si Laredo había aprendido algo de la guerra civil era que la especulación se incrustaba en el corazón mismo de las campañas.



Cenaron en una casa de comidas de aspecto familiar, con manteles a cuadros y tiestos de flores en las ventanas. A Laredo se lo había recomendado su amigo, conociendo su escasez de recursos. Emma admiró cómo el dueño servía las mesas sin quitarse el delantal de cocina. Los cuadros de la pared mostraban retratos de campesinos, posiblemente polacos. Los matrimonios comían con sus hijos y las conversaciones en varias lenguas se oían bien altas, entre sonar de sillas y cubiertos, recados y risas. Con el bullicio, Emma y Laredo no tuvieron ocasión de hablar de sus asuntos, lo que en cierto modo fue un descanso y les permitió relajarse. Emma disfrutó de la cena, un jugoso filete de ternera con guarnición de patatas hervidas. El capitán no dejó de explicar las diferencias gastronómicas entre sus países y también comentó de pasada la frugalidad de sus comidas en el desierto. En cierto modo, aquel sencillo placer lo saboreaba con más ahínco, a sabiendas de que los resultados de sus pesquisas iban a ver la luz muy pronto. Casi se sentía en ascuas por lo que le reservaba la barcaza del río. Sin hablar de ello, apuraban la calma que precede a la tempestad.

La noche se había cerrado como una gruta llena de ecos y el río fluía negro, sin el menor atisbo de luz, a no ser una luna de calcio que velaban por turnos las nubes. A veces, pequeñas luces de un barquichuelo titilaban unos instantes sobre su superficie de negro aceite. No tuvieron que circular mucho por las orillas para comprender que los muelles y dársenas se bifurcaban y dividían a todo lo largo del meandro del Támesis hasta el infinito. Buscar la gabarra “Tamerlán” era buscar una aguja en un pajar. Y peligraban al andar por los amarraderos con una linterna para descubrir los nombres de los barcos, porque vagaban marineros borrachos y ladrones en la oscuridad. Esto lo descubrieron enseguida y el capitán prefirió realizar la búsqueda desde el vehículo, donde Emma quedara a salvo. Ella comprendió pronto lo difícil que sería encontrar un barco en aquella extensión sin fin, a la luz de los escasos candiles y farolas con que se dejaban ver a lo largo del río para evitar colisiones.

Las grúas reposaban como gigantes detenidos al elevar sus poleas y brazos contra el cielo. Todas aquellas embarcaciones debían haber atravesado el Canal de la Mancha cuando sacaron a los soldados británicos del atolladero de Dunkerke en que los había metido el relámpago nazi, mediante un esfuerzo civil sin parangón que había resonado en todos los periódicos. Pero

ahora la noche y la persistencia del río los volvía más salvajes y menos cívicos, como alimañas en reposo o en acecho, mecidos por el oleaje.

Si Emma esperaba algo parecido a un paseo bajo la luna, mientras aparecía el barco con el nombre acordado, se engañó por completo. Nada menos bucólico que recorrer los desolados almacenes o sus escombros, con los vigilantes nocturnos deteniendo a los marineros pendencieros y las costumbres tumultuosas de las tabernas de la orilla. Laredo recorrió sin prisa las calles solitarias para cotejar desde el coche, o bajando un momento, los barcos amarrados, y en vista de lo infructuoso, se decidió a entrar en las tabernas más infectas que Emma habría podido imaginar, donde cualquier sombra de humanidad debía ser esquivada como el diablo.

El frío de la noche se confabulaba con la malsana humedad del río para bajar la sensación térmica. Fue una prueba para Emma resistir aquel aire en su cuello y a la vez soportar la fetidez de los borrachos que se adocenaban en las timbas o en improvisados campamentos de pordioseros, en torno a algún bidón encendido a modo de estufa, las palabras obscenas y la visión de las prostitutas insinuándose a los transeúntes, con el hartazgo sudando en sus corridos maquillajes. No hubo procacidad ni crueldad que no la ofendiera, pero se aferró al brazo del capitán, que trataba por todos los medios de acortar aquellas visitas y los interrogatorios a los parroquianos. Emma había decidido aguantar estoicamente la prueba. Se propuso no quejarse ni estorbar al capitán.

Alguien le había mencionado al capitán una dársena cerca de la célebre cantina “Las uvas” y de un garito de fumadores de opio, no lejos de Limehouse, donde el río se curvaba y hacía un recodo antes de ensancharse hacia los muelles más grandes, que también habían sido los más castigados por las bombas. Tomaron de nuevo el coche, esta vez con un destino, lo que hizo más llevadero atravesar calzadas llenas de cráteres de las bombas.

Todo aquel ajeteo, el ir y venir entre peleas y gritos, a través de la neblina que el río se empeñaba en levantar contra la ciudad como una enfermedad de hedor acre, la propia confusión de Emma, que se desorientaba entre los canales oscuros, el desasosiego, su intención de no incordiar por una vez a Laredo, la agotaron. A punto estuvo de quedarse dormida en su hombro, mientras esperaban de pie a un tipo de ropa desastrada que les había

prometido llevarles noticias frescas a la puerta de cierta taberna, a cambio de unos chelines. Finalmente les trajo un guía, un hombre que decía saber dónde estaba el barco.

En sus mejillas sin afeitar raleaban indicios de canas, cubría su amplia cabeza con una gorra negra y en los ojillos azules le brillaba el alcohol. Por supuesto, pretendía celebrar la noche del sábado con una sonora parranda. Fue él quien los llevó caminando hasta un tramo de la orilla, donde dormía una gabarra de barandillas oxidadas, que permanecía amarrada entre varias barcazas cargadas de carbón y leña, iluminada apenas por un fanal colgado sobre la puerta de la garita. El marinero dijo que debía llevar amarrada allí más de dos semanas. El capitán se cercioró con un destello fugaz de la linterna sobre el casco gris de que era la chalana que buscaban: “Tamerlán”. No parecía gran cosa, apenas tendría unos veinte metros de eslora. Laredo atravesó la pasarela sin dudarlo y comprobó que la puerta de la caseta del timonel estaba cerrada. Buscó una escotilla en la cubierta de proa, que también se le resistió.

—No podemos entrar —anunció a Emma, llevándola consigo aparte, donde no pudieran ser vistos desde el ojo de buey del camarote, que aparecía iluminado. Lo dijo sin entusiasmo, también él debía estar agotado—. Parece que está dentro. Será mejor vigilar y, en todo caso, esperar a la luz del día para ver si sale y nos deja registrar la garita.

—¿Entonces no podemos irnos?

—Debo ver si entra o sale alguien e impedir que el barco se largue, pero puedo llevarla a su pensión.

—No, no, prefiero quedarme aquí.

El marino los había oído y les ofreció que aguardaran en la barcaza de al lado, siamesa de la otra, que era suya. Les dijo que tenía un camarote de lo más cómodo y sólo les costaría una libra pasar la noche en él. Les hizo embarcar en su cuchitril, en el que encendió un candil de gas que pendía del techo y que iluminó de amarillo un habitáculo cuadrado, donde el timón convivía con una mesa y un juego de naipes. También había una estufa de carbón y una escalera que daba a lo que el viejo truhán llamó aposentos.

Daba a un pasillo con dos puertas frente a frente. Una de las puertas estaba abierta y ofrecía un camarote con un jergón que olía a amoníaco. El guía encendió el mechero de gas del dormitorio: una suave luz azul que flotaba varias pulgadas hacia arriba y se mecía, sensible a cualquier cambio de aire. Curiosamente era lo único limpio que se podía mirar. Regresaron a la cabina del timonel, donde Emma reparó en los periódicos viejos que alfombraban el suelo. Desde una ventana podía verse el barco de Cómodo. Laredo aceptó el trato. El marino, que les había mostrado el interior como un botones obsequioso, chasqueó la lengua y le guiñó un ojo al capitán, cuando tuvo otro billete en sus manos. Se fue dispuesto a gastar su premio y los dejó solos. La palabra pocilga salió de unos labios, pero resultaba casi un elogio, visto el desorden netamente humano que configuraba aquella ratonera.

–No sé qué habrá pensado el hombre –dijo Emma, hipocritilla al fin.

–No se preocupe por él. Yo vigilaré desde aquí por si sale Cómodo. Usted, descanse un poco.

El capitán encendió la estufa, en parte para que el humo mitigara el olor a tabaco y a madera podrida de la cabina. Allí se habían fumado toneladas de cigarrillos. Emma inspeccionaba con aversión la manta del catre, un gran retal de tela de saco, temiendo que hubiera piojos. Pero su camarote tenía puerta con cerradura y se resignó a pasar la noche como mejor pudiera, mientras el capitán se sentaba en la mesa de los naipes y contemplaba por el ventanuco la noche y el remolcador. La soledad, lo oscuro del descampado, les protegía de curiosos. El río se movía como una hamaca vencida, los ruidos de la ciudad llegaban confundidos con el sopor del viento que arreciaba. El capitán permaneció en su posición, vigilando. Ella se tendió en su camarote y veía su propia sombra, su hombro de perfil, dibujado contra la pared. No podía dormir. Abrió la puerta y salió a sentarse junto a la estufa. Buscaba conversación. Le gustara o no, lo único amable allí era el capitán.

–¿Cómo es que no se ha casado? –le preguntó a Laredo. Aquella pregunta rebotó contra el silencio y le hizo girar la cabeza un poco, lo suficiente. Sin moverse más, meditó unos segundos antes de contestar.

–La vida del piloto es solitaria –le costó decir.

Eso fue todo. No menudeó en los detalles de su respuesta; no hubiera sabido expresar la sensación vigorizante que sentía al avanzar contra el aire gélido en las alturas, acomodar el cuerpo a los cambios de presión, al frío por el que navegaban las nubes, las noches en el desierto, vivaqueando ante un fuego improvisado que alumbraba los escorpiones, mientras la luna hechizaba las dunas, la mera esperanza que suponía despegar, cuando el aparato al fin izaba su morro y sentía sus pies despegando del suelo. Era una forma de vida sin amarres ni ataduras, en que la sociedad se vislumbraba como un enigma engorroso, ajeno al cielo y sus horizontes promisorios. Ah, las nubes, deslizarse entre sus bóvedas de niebla.

—Pero me dijo que ahora estaba sin trabajo. Que pasaba el tiempo en Madrid a la espera de alguna oportunidad, hasta que le llamó un amigo del ministerio para esta misión.

Que se atreviera a comentar la vida privada del capitán la sorprendió a ella misma. La confianza que sentía en él la espoleaba a persistir. Quería conocer al hombre que la protegía y la había ayudado desde el primer momento, aun contra sus protestas. Para Emma la sensación de intimidad con Laredo resultaba tan insólita que sintió ese bienestar del hallazgo, tal vez envuelto en la neblina del sueño. El respondió con pereza.

—Ultimamente estaba pensando en aceptar algún acomodo como celador o conserje, allá en Madrid, pero aún no se me ha domesticado el carácter para una ocupación así. Le echo la culpa a este genio mío, aunque espero cambiar.

No le contó que en la capital se veía tan extranjero como en cualquier otro lugar. Después de sus aventuras egipcias, en Sidi Ifni, en Río de Oro, no se reconocía viviendo constreñido a cuatro paredes en una gran ciudad, donde se sentía un mero huésped. En la propia escalera de la vecindad en que se hospedaba, había conocido a una viuda de militar con un hijo de seis años. Habían pensado en casarse. Desvelar este secreto no le costó el menor trabajo, contra lo que había pensado. Era un asunto social, se dio cuenta de que no turbaba a sus sentimientos. Su forma de contarle fue tan indiferente que Emma tuvo que preguntarlo:

—Pero ¿usted la quiere?

–El amor es para los críos –respondió casi mecánicamente. Era la cantinela con que había empedrado su corazón. Sin embargo, sabía muy bien que esa excusa no bastaba, y menos a Emma, que a sus treinta años se había atrevido a afrontar peligros sin cuento para perseguir la sombra de un antiguo amante. Su respuesta había hecho mella en las reflexiones de Emma, pero aún se atrevió a más– ¿Por qué se casó usted?

Así, sin previo aviso, el capitán había ido a la médula del problema. Demasiado bien había adivinado que la búsqueda de Alonso Bando tenía un componente sentimental, como para negarlo a estas alturas. Esto hizo saltar las alarmas de ella, que se puso a la defensiva.

–Tony es un hombre honrado, un padre atento... Y un esposo comprensivo.

–¿Lo he negado acaso? Ni siquiera le conozco. Pero no preguntaba eso.

–No tiene derecho a cuestionar mi vida. No me conoce.

Los tonos y énfasis cambiaron en un santiamén. Ahora discutían y lo ridículo del caso no empañaba su virulencia. El capitán devolvió el golpe.

–¿Quién cuestiona nada? Sólo hice una pregunta. Además, ni siquiera quiero oír la respuesta. No me interesa.

–Mejor que mejor. Esta conversación ya ha durado demasiado.

–Le recuerdo que fue usted la que me interrogó sobre mis sentimientos.

–Era una pregunta de amiga.

–¿Y ya no lo somos?

–Buenas noches.

Emma prefirió cortar la discusión, porque ni ella misma sabía adónde quería ir a parar. Se encerró en su camarote y se quedó apoyada en la puerta, imaginando cómo sería la vida de Laredo, tan rudo y austero, allende el mar. Cómo se sentiría alguien que había visto las pirámides y dormido bajo el

siroco, que había contemplado las ciudades donde vivía desde las alturas. Cómo sería, se preguntó convivir con sus manías y prejuicios de piloto, de militar. Cómo sobrellevaría las derrotas cotidianas un hombre que había experimentado la aventura y el desafío. De todos modos, se sentía a salvo con él, aun en medio de la soledad de los muelles. Tal vez el capitán pudiera ponerle nombre a ese anhelo que la sobrecogía en su sueño y que podía ser insondable como la noche, como el universo donde, a esa hora, una chalana fría flotaba.

El capitán, incómodo, decidió probar una copa de una botella de licor que descansaba junto a otras cosas, al lado de la escalera. Había unos vasitos pequeños en el mismo mueble y llenó uno de ellos. Emma no se había metido aún en la litera, no se resignaba a dormir. Ahora la inquietud desalojaba al cansancio. Se tragó su orgullo y salió otra vez. El capitán no se sorprendió de verla de nuevo. Emma dijo que le apetecía también una copa. Se acercó a tomar la que Laredo le ofrecía.

En esos momentos algún remolcador surcaba el río muy cerca de ellos y las ondas de su estela removieron la gabarra. Emma, que se había acercado al capitán, cayó en sus brazos. El vaso vertió su contenido por el suelo. Emma se sujetó a él en el vaivén de las olas. Sus miradas chocaron. Estaban demasiado cerca, las incertidumbres, las fatuas ilusiones, la preciosa realidad parecían haberse confabulado contra ambos. Por un instante, el presente se proyectó como su único amigo, el único testimonio de que vivían. No cabían más palabras entre ellos. Su intimidad sobrevenida, bamboleante, en medio de la oscuridad en que las constelaciones moteaban el río, escondidos de la noche y la ciudad, agazapados en una guerra que podía mostrar sus fauces en cualquier momento, solos en una ciudad asediada, se aferraron el uno al otro, a la realidad de sus propios latidos como única garantía de sí mismos.

Se besaron. Luego se abrazaron y ella ocultó la cara contra su hombro. Ninguno podía hablar. Si su soledad se resistía a resignarse, Emma se avergonzó de su debilidad. No podía tolerar semejante extravío en su proyecto tan largamente acunado. Si por un instante vislumbró un resplandor, una luz, como un destello de tormenta, le asustó, porque abría demasiadas puertas a lo desconocido.

—No puede ser, no puede ser... —repitió, casi como súplica.

Se separaron, pero ya no se atrevieron a mirarse. Ella volvió al jergón y se cubrió con la manta. El se sentó en la mesa para asomarse a la ventana donde las estrellas susurraban al agua y un fastidio de luna se burlaba de la oscuridad.



Tony Wells había soportado la semana más larga de su vida, en una inquietud baqueteada de sobresaltos. Pasaba las tardes pegado al teléfono (que cada vez que sonaba, le hacía temblar) y escuchaba las retransmisiones de los bombardeos que sufría Londres con pánico. Dormir solo en su cama de matrimonio era tarea sobrehumana, por lo que se pasaba en blanco las madrugadas, delirando con las malhadadas correrías de su mujer.

En siete años de matrimonio nunca había dormido sin ella, más que los días previos al nacimiento de Iris, en que ella se hospitalizó, y en alguna convención de profesores que había celebrado en Manchester o Liverpool, ocasiones en las que él había bromeado con la posibilidad de echar una cana al aire, aunque esas noches se escurría en algún hotelito, harto de discutir con sus colegas y de embuchar copitas, deprimido por lo insignificante que se veía en aquellos ambientes en que nunca destacaba. Pero ella se tomaba sus baladronadas con una indiferencia pasmosa, pues sólo hablaba de las tareas que debía hacer aprovechando su ausencia, que le hacían sentir a Tony una pieza más del engranaje que ella manejaba diariamente, un asunto mobiliario más que un compañero enamorado.

La había conocido hacía diez años, cuando lo contrataron como profesor adjunto en un instituto de Oxford. Siempre aspiró a una cátedra, pero nunca la obtuvo. Al llegar a la ciudad, pudo tratar al célebre profesor Osborn y así reparó en su hermosa hija, que florecía en el esplendor de su belleza. Nunca la vería tan radiante, aunque tal vez tuviera que ver con ello el noviazgo con el muchacho moreno, aunque lo borró enseguida de su mente. Apenas recordaba haberlo visto alguna vez, paseando de la mano con ella, o en bici, quizás remando en una barca por el río. Envidiaba esa felicidad natural que desprendían ambos, la simpatía de él, la seductora pose de ella.

Nunca esperó que rompieran, pero, por algún motivo que él nunca preguntó, ella se quedó sola un verano. Tony siguió visitando la casa de su

padre y vio cómo iba perdiendo su viveza y se volvía tan dócil, tan accesible, que, sin saber cómo, al cabo de dos años, se atrevió a pedir su mano y ella aceptó. Había perdido su brillo juvenil, y se convirtió en la mujer seria y tozuda que conocía, pero aun así era tan hermosa que seguía considerándola un lujo para sus escasos méritos. Se sabía bajito y su miopía o la papada que pronto adquirió, no le reservaban ninguna ventaja en el amor. Por eso exhibía orgulloso a Emma y le gustaba que la vieran con él en sus actos oficiales... La hermosa hija de Osborn era suya. Le bastaba la posesión.

Pero al cabo del tiempo regresaba de la tumba, resucitando sin previo aviso, el recuerdo de aquel muchacho y comprobó con horror que ella había atesorado en silencio las mustias hojas de su añoranza.

Y aun sus sospechas y temores de esa semana en que Emma lo mantuvo en el ostracismo, los toleró mejor que la llamada que hizo Emma la tarde del viernes. No había querido responder a nada, incluso su voz parecía ajena a él, insistiendo sólo en oír a la niña, y eludiendo las preguntas de un esposo preocupado, como si sólo fuera una molestia y no el compañero de su vida. La desazón se apoderó definitivamente de Tony con ese colofón. Se asustó y se enfadó al mismo tiempo. Sin pensarlo más, por una vez en su vida, tomó una decisión peligrosa: iría a Londres a por Emma, la devolvería a casa, a rastras si era preciso. El orgullo y la dignidad caían por tierra cuando se trataba de conservar a su mujer. La restituiría al hogar, aun contra su voluntad.

Si no subió al tren el mismo sábado fue porque debía dejar a la pequeña al cuidado de alguien de confianza y llamó a su hermana mayor, que residía en un pueblo cercano, donde su marido era cartero. Los hijos de su hermana habían cumplido más de diez años y podía dejarlos solos. Cuando llegó por la tarde, él le instruyó sobre las peculiaridades de la niña, por si quedaba algo que ella no supiera. También le confesó el extravío de su mujer y demás sucesos de la semana aciaga. Esto confirmó la opinión que siempre tuvo su hermana, de que Emma debía haberse quedado cuidando la casa y no pasarse el día en la universidad, entre hombres ociosos y estudiantes díscolos. Nunca simpatizó con aquella universitaria que se daba ínfulas de intelectual; la veía demasiado soñadora y egocéntrica para ser una buena esposa.

No es que sus expansiones confortaran a Tony, pero su hermana

blasonaba de decir la verdad a todo trance. Hizo ostentación de su disgusto fraterno, con las mejillas enrojecidas, y agitó sus rechonchas manos ante su hermano para abominar del despropósito causado por una “cuñada aventurera”.

Nada más amanecer el domingo, Tony tomó el tren a Oxford. Coincidió en el compartimento con varios soldados que volvían de sus permisos, locuaces y alegres. Portaban las vituallas de sus madres y aún llevaban en los ojos la luz de sus familias. Los veía tan delgados, tan jóvenes, tan llenos de promesas que la guerra se encargaría de destrozar, rodeados de la aureola del heroísmo. En cambio, él sólo era un señor rechoncho, que provocaba silencio en esas filas juveniles y al que la vida había dejado de lado a favor del entusiasmo y la esperanza. Sin ellos saberlo, acompañaban a un marido burlado, un hombre al que había desafiado su propia mujer, a la primera oportunidad.

La naturaleza era feroz con los débiles, los tiraba a la cuneta sin vacilar. De más estaban las praderas húmedas que el sol reverdecía tras la ventanilla, las colinas cargadas de árboles. No le correspondía a él disfrutar de sus frutos, de la hora, del momento propicio ni de la suerte. A él lo habían relegado. No era valiente y lo que más temía de Londres era encontrar a Emma con Alonso Bando. La posibilidad de enfrentarse a tamaña imagen le punzaba en el pecho, convertía las bombas y toda la destrucción bélica en una bagatela, una insensatez que no le concernía. Tan vacilante lo tenían sus temores que los soldados reprimían sus ganas de chancear para no incordiar a aquel señor que parecía enfermo.

Cansado, se enfrentó a la gran mancha gris con que Londres contaminaba todo el horizonte, y ni todos los páramos lúgubres ni los edificios humeantes que se acercaban y jalonaban la marcha, como fósiles, le impresionaron. Se sentía insignificante, antes de haber puesto el pie en la gran matrona herida, por más que Londres tosiera y vomitasen sus máquinas el hedor y los gases de la civilización.

Sólo podía pensar en la forma de mantener su dignidad ante el cuadro que se avecinaba, en cómo sostener su hombría ante los dos enamorados pillados in fraganti, cuando tuviera ante sí la galanura y la gracia que ellos encarnaban. Qué comedia de capa y espada, de punto de honor, representaría

él como un fantoche anticuado ante la fuerza incontestable del amor. Porque el centro de la tragedia era que le importaba más lo que ella pensase de él que su propia indignación, y no sabía si estaría a la altura de la situación que iba a producirse. Tal vez, en un rasgo instantáneo que le infundiera el arrebatado, aún pudiera mostrar un desprecio que impresionara a Emma. Y ella, satisfecho ya su deseo y enfrentada a la realidad de un maduro Alonso Bando que de todos modos no podía ser el mismo joven de diez años atrás ni por asomo, volvería con Tony. ¿Podría engañar al destino, como ya una vez ocurrió, cuando se casó con Emma? ¿No había tenido suerte una vez? Como un mal actor, se preparaba para el papel que quería representar ante Emma, repitiendo siempre el mismo gesto de ultraje y desdén con que pretendía impresionarla, confiando en que no haría falta más improvisación, sin prepararse para un escenario cambiante.

Pero a lo mejor todo quedaba en un susto. Londres seguía siendo un infierno sin fin donde sería imposible encontrar a nadie. Lo más lógico era que Emma permaneciera asustada en su pensión, deseando tener la menor excusa para volver a casa. Tony la rescataría, la liberaría de sus compromisos con el inspector Roger. Que hiciera la guerra él con sus secuaces y dejara en paz a las buenas esposas inglesas, compuso en su magín, estirándose en el asiento para ensayar la reprimenda.

En medio de sus quimeras, bajó al andén y su primera impresión fue de rechazo, de volver a subir al tren. El aire podrido, el hedor como de vomitona, la actitud hostil de la gente que circulaba con prisa y sin el menor atisbo de urbanidad, la ropa avejentada y los uniformes que ondeaban por todas partes, le sorprendieron y sintió el rechazo por lo desconocido. Pero se atuvo a su plan y tomó el primer taxi que pudo. Las calles acusaban la cochambre y lo improvisado ante las demoliciones, el tráfico se colapsaba a menudo por los convoyes y los derribos. Menudeaban carteles y avisos, mudanzas, escombros, rostros desorientados.

La pensión Bellyard no ofreció ninguna mejora, con su mugre y su olor a zaguán que avinagraba alguna especie de guiso que debía suponer toda una tortura para el paladar del desdichado al que le tocara probarlo. Tras pulsar el timbre, lo recibió una mujer enlutada, que se presentó como la dueña y que manoseó con ahínco su collar cuando supo el nombre del visitante.

–¡A usted quería yo ver! –anunció la mujer. Y la satisfacción que a partir de ese momento modeló sus ojos ya no pudo borrarla del rostro, aunque lo intentara.

–¿No está aquí mi esposa? –preguntó, sintiendo la inminencia de un empeoramiento que ya se volvía fatal.

–Su esposa... Dice ser el señor Wells, no el señor Osborn... –fingió una ingenuidad que se encontraba a distancias siderales de su expresión de triunfo. Estaba claro que se proponía saborear el momento.

–¿Cómo? ¿A qué se refiere? –se aturulló Tony. Abrió la boca como el pez que se ahoga al aire. Su cara se tornó carmesí o más bien bermellón al reconocer el apellido de soltera de su esposa, que volvía más indómitas las correrías sentimentales de Emma.

–Sólo ha dormido aquí una noche.

–¿Por qué? ¿Es que ha cambiado de alojamiento?

–Oh, no. Sus cosas siguen arriba, en su cuarto... Es ella la que se ausenta. Ya le digo que sólo durmió una noche, y sólo desayunó ese día con las demás huéspedes.

La saliva no encajaba en la garganta de Tony, que necesitó un largo rato y toda su concentración para tragar.

–¿Dón... dónde está?

–¿En estos momentos, quiere decir? Pues no lo sé. La última vez que la vi fue ayer a mediodía, que vino un momento, pero no se quedó a almorzar. Una lástima, porque había preparado champiñones... –dijo esto con aire casual, bajando los ojos con una ingenuidad que rozaba el pecado. Tony se encogía por momentos y le pareció que su chaqueta le pesaba igual que si fuera de hormigón. Se quedó tan abotargado que no pudo pronunciar palabras inteligibles. Varios carraspeos y aspiraciones de oxígeno a todo vapor suplieron la carencia de otros sonidos articulados.

La señora Bellyard recibió aquellos esfuerzos con evidente agrado. Ya le había tomado el pulso al esposo y jugaba con él, usando la crueldad del niño que ha cazado una hormiga.

Hizo pasar a su víctima hasta los sillones de la recepción, junto a los paragüeros y donde las moquetas parecían más cepilladas. Los sillones, en cambio, trataban de camuflar las tonsuras y nudos de su tapizado azul con varios paños de ganchillo, que apenas recordaban los días que lucieron su blancor. No se apresuraba en resolver las tribulaciones y dudas de su invitado. Incluso le ofreció una taza de café, pues achacaba su mala cara a no haber desayunado. El ni siquiera supo rehusar. Aceptaba todo, sonámbulo, porque el orbe andaba del revés y la vida misma sólo podía ser una locura servida en una calavera por el diablo.

—No es el primero que me pregunta por su esposa ¿sabe? Ayer mismo dos personas distintas quisieron hablar con ella —retomó el hilo accidentalmente, tras servir las tazas.

Removió su cucharilla, pero el señor Wells ni siquiera la imitó. Se limitaba a retener el plato, la cuchara y la taza, como si el conjunto fuera un cachorro que hubiera saltado sobre sus rodillas.

—¿Dos personas? —balbuceó, desde su caverna del infierno.

—Sí. Primero me telefoneó una muchacha, o al menos tenía voz joven, y se llamaba... A ver si me acuerdo... Ah, sí. Vivien, igual que Vivien Leigh, la actriz de Lo que el viento se llevó.

—Vivien... —repitió Tony sin alma, como un autómatas que se queda sin cuerda.

—No me quiso decir el apellido, no sé por qué. Pero más extraño fue lo que dijo después. Quería que avisara a su esposa, figúrese, para que volviera a su casa cuanto antes, para que se fuera a Oxford. Aunque si usted está aquí es porque ella no ha vuelto... ¿me equivoco?

—No —respondió el reo, atado a su cadena, lo que proporcionó a su anfitriona un placer que debiera haber hecho saltar de su pecho la cruz que

pendía de su collar.

Tocaba el turno de explicar quién había sido la segunda persona en preguntar por Emma y Tony permaneció en ascuas. El bermellón de su cara huyó y sólo quedaba una lámina de ceniza que se azulaba, en ósmosis con el sillón, si es que la sangre no se había hundido en su estómago. La señora Bellyard le ofreció otro terrón de azúcar, que cayó sobre el brebaje negro y se vio obligado a disolverse por sus propios medios.

—¿Qué otra persona preguntó por ella? —dominó al fin el idioma de su desgracia.

—Oh, cierto. No se lo he contado. Poco después de la llamada telefónica, estaba yo dando instrucciones a mi criada para que limpiara este salón precisamente... Hoy no ha podido venir, porque libra los domingos ¿Sabe? Ya puede ver cómo luce el recibidor: limpio como los chorros del oro. Y eso a pesar de esta guerra que nos trae a todos revueltos... Pues como le decía, estaba instruyendo a la muchacha sobre cómo dejar los muebles, porque siempre hay que tener un ojo sobre el servicio si quieres un buen trabajo, cuando apareció por la puerta un hombre alto y moreno, con un traje que le encajaba como a un príncipe...

Advirtió con el rabillo del ojo un respingo en su invitado. La porcelana y la cucharilla tintinearón con espasmódico ritmo, pero el torturado se limitaba a cerrar la boca y fruncir el ceño, con las gafas nubladas. Era evidente que la furia se abría paso a través de la consternación. Trataba de contenerse, pero la parsimonia de la señora Bellyard lo exacerbaba más aún.

Ella, impulsada por el triunfo, degustó el café y le supo a gloria, pura ambrosía en aquel instante de magia.

—Pocas veces he visto a un hombre tan apuesto. No imagino la edad, quizás treinta y cinco... Siempre me desorienta el bigote. Pero eso sí, tenía los hombros muy anchos. Un verdadero ejemplar, según la criada, yo nunca diría una cosa así de un joven, no sería capaz... Pues bien, este caballero me preguntó por ella, pero también se negó a identificarse. Esa coincidencia con la chica del teléfono empezaba a intrigarme, porque una nunca mete las narices en los asuntos de los demás, pero aquello sonaba demasiado

misterioso... ¿Cómo está de temperatura...? El café, me refiero al café... –el invitado no alcanzaba a atisbar un vocabulario para sus arrebatos internos y se limitó a asentir con la cabeza, anegada en borrascas–. Sí hay una cosa en la que me fijé y es que el hombre tenía un acento extranjero, Incluso recuerdo que le pregunté y me dijo que era español...

–¡Español! –arreció al fin la galerna. La taza y su contenido amenazaron con estallar en sus manos. Esta vez los dedos quisieron triturar la cucharilla y los ojos miopes se clavaron en la señora Bellyard, como si trataran de descifrar si era uno de los enemigos a descuartizar.

Estos accesos convencieron a la anfitriona de que ya era hora de retirarse a un segundo plano y regresar a sus quehaceres. Se levantó con toda la mansedumbre que su cobardía le indicaba y, un poco por apurar el cáliz de su hipocresía, se atrevió a sugerir:

–Su esposa no me dice nunca donde va. Es tan reservada... Pero no creo que se haya llevado su equipaje, porque no me lo dijo. En todo caso, puede subir a asegurarse de que sus cosas siguen ahí.

El señor Wells consintió a la velocidad del rayo y subió con tan siniestra energía que la señora Bellyard corrió a abrirle la puerta antes de que la derribara. Pero toda la tormenta y el huracán amainaron al instante, cuando el señor Wells se reencontró con las prendas de su dicha, las ropas de su amor, esparcidas sobre la cama, la maleta de viaje que durante años había reposado en santa paz sobre el armario de su dormitorio, las zapatillas celestes que habían guardado la puerta del baño como perrillos fieles. El aroma mismo de la habitación conservaba una tenue voluta del perfume de Emma. Ante aquellos recuerdos tangibles de su vida feliz, se derrumbó. No le quedaba espíritu para más. El fuego de su rabia se apagó con un torbellino de lágrimas que contuvo dentro de su cuerpo, tras visibles molestias.

Pero la señora Bellyard recuperó su dominio de la escena cuando el prisionero se ablandó. Necesitaba redondear su triunfo. Como vio que al marido burlado le bastaba con una somera ojeada y quería irse, le sugirió que registrase los cajones de la mesita, por si encontraba “alguna dirección que le pueda ayudar a encontrarla”.



Mecánicamente obedeció el fantoche y descubrió el cuaderno de Alonso Bando. Cuando topó con ese nombre, el nombre proscrito, la leyenda mortal, aferrado a la carátula de cartón como un alma a la condenación, le faltó aire a sus pulmones y aspiró con ansias de supervivencia. Los resortes de la cólera se desataban en sus miembros, primero en sus pupilas llameantes, más aún cuando hojeó las páginas, escritas en la incomprensible lengua castellana. Toda aquella pesadilla de palabras sólo podía referirse al amor de Emma, y ella la había guardado a escondidas, lo que añadía la mofa al daño. Era el registro de la infidelidad, la prueba definitiva.

La señora Bellyard se atrevió a acercarse al volcán Wells por última vez, para fingir que se interesaba por el contenido por primera vez, y lamentó no entender lo que ponía.

—¿Tampoco usted sabe traducirlo?

—No —respondió, exhausto.

La humillación y el dolor habían enterrado bajo montañas sus facultades. Y aquel hombre acostumbrado a sentar cátedra e impartir autoridad sobre alumnos núbiles, a cenas con colegas irónicos e inofensivos, a esbozar su siempre postergada tesis los veranos, a la molicie y la abstracción satisfecha, se sublevaba de sufrir aquel descalabro sexual ante un ama de llaves, una posadera impertinente. Culpó de ello a Emma, patética también en su intento de reverdecer sus laureles. Desatino, infamia, eso era el mundo, el nauseabundo tuétano de la especie humana.

De modo que sus temores se confirmaban: el amante resurgía del olvido para arrancarle a Emma de sus brazos y escarnecerlo. El pasado no se conformaba con yacer en su tumba de nostalgia, sino que se reencarnaba como una pesadilla y amenazaba con devorar todo a su paso.

La señora Bellyard hubiera deseado prolongar su encuentro con un contertulio cuyas reacciones y accesos tanto la confortaban, pero la mente de Tony ya no estaba en aquella pensión; escapó antes que su cuerpo de la estrecha vigilancia a que ella lo sometía para pedir explicaciones en Scotland Yard. Tenía que reprochar con la mayor contundencia al inspector Roger haber abierto la caja de Pandora. Necesitaba vociferar ante alguien

cualificado, protestar, denunciar, montar un expolio ante el precursor de todos sus males, el incauto policía que había despertado la hidra del pasado en su, hasta entonces, modélica esposa.

Allá que fue, raudo y con centelleantes gotas de sudor perlado su cara, hasta el punto de que el taxista creyó que tenía fiebre. Incluso las gafas aparecían empañadas como si todo él fuera una fuente de vapor. Ni siquiera le preocuparon ya las demoliciones de la guerra, bastante tenía ya con la devastación que le corroía por dentro.

Irrumpió en la comisaría con la velocidad del relámpago y preguntó al sargento de guardia por Roger. Aunque fuera domingo, estaba dispuesto a perseguirlo en su propio domicilio, si era preciso, y lo demostraba empuñando el paraguas como un sable en funciones. Le extrañó saber que el inspector Roger no se tomaba días libres, pero eso le facilitaba las cosas y subió las escaleras dispuesto a enfrentarse al artífice de sus desdichas. Abrió la puerta del despacho sin llamar siquiera, interpretando que el rótulo con el apellido odioso le confería autorización para actuar a su antojo. Halló a un hombre rubio sentado ante su escritorio, en mangas de camisa, aplicado sobre un manojito de papeles.

–¡Soy el señor Wells, el marido de Emma Wells! –vociferó con rabia.

El inspector, más sorprendido que contrariado por semejante intromisión, musitó un buenos días de rigor, mientras se levantaba para ponerse la chaqueta que descansaba en su respaldo. Para ser un demiurgo, un leviatán, su camisa lucía un planchado impecable y el nudo de la corbata estaba perfecto. Incluso su cabello peinado y el olor a limpio de la oficina desorientaron a Tony, que esperaba apabullar a un tipejo mal afeitado, burdo y con un cigarro en la boca. Pero es que todo escapaba a su control, nada era lo que debiera haber sido y todo parecía suceder en su contra.

Los nervios en tensión de Tony se rompieron.

Hubiera querido maldecir la leva que Roger hizo de Emma, recriminarle por la intromisión en su vida privada con asuntos políticos que en nada concernían a su esposa, argumentar contra la cobardía policial por exigir a un ama de casa que resolviera sus casos, despotricar y querellarse por la infamia

inferida a su felicidad y su honor. Casi había construido el discurso en el camino hasta Scotland Yard, con los énfasis y las protestas necesarias, que hicieran temblar el edificio e hincarse de hinojos al contrito policía, pero se derrumbó.

Las lágrimas corrían libremente por sus mejillas y sólo pudo emitir alaridos y gimoteos. Los ojos del inspector se abrieron de incredulidad, esforzándose por entender lo que sucedía. Le ofreció asiento y le pidió que se tranquilizara para explicar su queja. Toby obedeció y musitó a trompicones, después de sonarse, los rudimentos de su desdicha, lo que requirió, aunque pocas palabras, cierto orden que le costó un infierno conseguir, interrumpiéndose además por el fragor de sus propias crisis. A su pesar, notaba cómo perdía a cada palabra que pronunciaba, el respeto y la consideración del inspector. Aquellos padecimientos suyos eran tan ajenos al universo de Roger que el inspector no pudo reprimir en su mirada limpia el desprecio que le provocaba, como si los tipos que sufrían estas calamidades fueran de calaña inferior.

—¿Pero está usted seguro de lo que está diciendo? —le preguntó Roger, cuando calibró el meollo de su tragedia, sobreponiéndose a la penosa impresión que le había causado el pobre diablo—. ¿Está seguro de que ella se ha ido con Alonso Bando? ¿Los ha visto?

—Como si lo hubiera hecho... Tengo esto.

Y sacó del bolsillo el cuaderno de Alonso Bando. Roger lo tomó con extrañeza y luego se aferró a aquellas cuartillas como si fueran de oro puro. Tales eran la incredulidad y el pasmo que lo embargaron.

—El diario de Alonso Bando... ¿Dónde lo ha encontrado?

—...Estaba en la habitación que Emma alquiló en la pensión... ¡Allí lo encontré! ¡Es la prueba! Eso y lo que me dijo la señora Bellyard.

La reprimenda había evolucionado en un instante hacia un interrogatorio. El inspector sopesaba aquel objeto a la vez que las palabras del testigo.

–¿Qué más sabe?

–...Pues que pasan las noches juntos –se quejó amargamente, en un esfuerzo inútil que no logró germinar la menor empatía en Roger. Inmóvil, con la mirada fija en él, el policía aguardaba más datos y Tony trató de hallar información provechosa para la autoridad en medio de su desgracia–. Y también que trata con una tal Vivien...

–¿Vivien? ¿Qué Vivien?

–No lo sé. Sólo llamó por teléfono para preguntar por mi mujer.

Roger se había levantado y caminó por el despacho, pensando una conexión entre aquellos nombres que tan de repente recogía. Dio dos vueltas a la oficina antes de golpear la libreta con el dorso de la mano.

–Claro, ahora lo entiendo –constató, por una vez, con expresiva sorpresa –. Se trata de Vivien Carroll, la polaca.

El marido engañado estaba en un sin vivir, pero las manifestaciones del inspector le impresionaban fuertemente. Preguntó a quién se refería. Aunque, al contrario que él, Roger no sentía ninguna necesidad de responderle. Sólo cotejó en su mente las posibilidades y luego, como si repartiera una limosna, indicó que se trataba de la novia de un contrabandista, un tipo peligroso de los bajos fondos. Tony oyó alarmado que ese malhechor se consideraba a sí mismo el rey de las alcantarillas y tenía fama de ser astuto y sibilino como una víbora.

La congoja no dejaba respirar a Tony, que daba grandes suspiros, con el rostro lívido y la boca abierta. Roger reparó en él y le pidió que se calmara. Tal vez estuviera a tiempo de sacar a su mujer del peligro. En todo caso, el propio Roger confesó que había pasado por un trance parecido, cuando perdió a su esposa.

–¿También le engañó? –preguntó Tony con inocencia.

No cabe describir el desprecio que se dibujó en la boca de Roger. Alzó los ojos del cuaderno para fulminarle, mientras respondía:

–Murió.

Volvió al asunto que tenían entre manos, con espíritu práctico.

–Escúcheme. Su mujer está en un apuro. O sabe demasiado, o anda con quien lo sabe. Pronto van a empezar los bombardeos, porque hace demasiado buen tiempo para que la aviación alemana se resista. Lo mejor que puede hacer es salir de la ciudad y regresar a casa. Quédese con su familia. Yo haré cuanto esté en mi mano para que su esposa vuelva a Oxford lo más pronto posible.

–¿Pero es que sabe dónde encontrar a mi mujer?

–Imagino que andará por los ambientes donde se mueve esa Vivien que ha mencionado. Sé dónde se esconde. Daré con ella.

–Pero debo ir yo...

–Será mejor que usted regrese con los suyos.

–¿Pero... ella querrá volver... a casa?

Del miedo más puro por la vida de su esposa, involucrada con el hampa, el consternado Tony pasaba a las especulaciones maritales. Esta desazón en ambas direcciones resultaba tan patética, tan melindrosa, que ni siquiera el frío inspector pudo detener una mueca de desdén. Pero hizo su trabajo.

–Hablaré con ella, la convenceré de que se ha metido en aguas demasiado profundas. No se apure, cuando le haga ver que puede tener muchos problemas si persiste con esas compañías, cuando entienda lo rigurosa que puede volverse la ley contra ella, entrará en razón y volverá con los suyos.

La autoridad que desprendía el inspector se había modulado hasta calmar a Tony y por primera vez desde que había llegado a Londres, atisbó un horizonte de esperanza que le sacara de aquel martirio.

Con más presencia de ánimo porque alguien tan eficaz como Roger velara por su matrimonio, se levantó y dejó que el inspector le infundiera

confianza con unas palmaditas en la espalda, antes de apresurarse a tomar el tren a Oxford. Volvía casi satisfecho, o al menos calmado.

No había logrado ver a su esposa, pero entendía que al avisar al policía de los peligros donde andaba metida, había realizado una labor providencial. Ahora contaba con la ayuda cualificada de Roger para sacar del atolladero a su esposa y restituírsela. Sí, quizás su viaje había salvado su matrimonio. La valentía compensaba. El férreo inspector metería en cintura a Emma y le haría olvidarse de sus quimeras y locuras adolescentes. Ella volvería a casa como el hijo pródigo, arrepentida, y él se mostraría severo como correspondía a su fe ofendida. Se haría de rogar, aunque finalmente la perdonaría, no como una claudicación, sino como un acto de gracia. Sólo cuando el tren se puso en marcha y palpó sus ropas con cierto alivio de haber salido ileso de la ciudad, se dio cuenta de que se había dejado la libreta de Alonso Bando en el despacho de la comisaría. Era una lástima, pensaba quemarla para evitar ominosos recuerdos.

En otra esfera de preocupaciones, Roger se había detenido ante su escritorio, contemplando aquel cuaderno imprevisto, del que ni siquiera intentó leer un párrafo. Sólo miró la última página escrita, señera de lo desconocido, sin mover un músculo. Durante cinco minutos su figura permaneció inmóvil bajo el cuadro de luz que la ventana matinal dibujaba a su espalda. Imperceptiblemente su sombra se desplazó sobre la mesa con lentitud, como toda concesión al movimiento. La única expresión que realizó su cuerpo fue cerrar el puño. Luego lo abrió para descolgar el teléfono.

Llamó al coronel Ferdinand Osborn, en el Priorato de Bentley, el cuartel general de la R.A.F. Hubo de pasar por varios filtros, pero su cargo y el nombre de la sobrina Emma Wells consiguieron que el subalterno directo de Osborn le pusiera en comunicación directa con el coronel.

Roger procedió con cautela, avisando al coronel de que no podía contarle todo por teléfono, porque su información era secreta y confidencial a la vez. Ferdinand atendió en silencio. Por el policía supo que su sobrina se había metido en problemas y corría riesgos muy graves en esos momentos. Roger no sabía si estaría a tiempo de liberarla de sus enemigos, aunque pensaba hacerlo con toda la celeridad posible. No podía calibrar aún las ramificaciones del caso ni el número de implicados, pero se temía que

hubiera infiltrados y quintacolumnistas poderosos. Por eso había pensado que para atender a la seguridad personal de su sobrina, la mejor opción sería conducirla directamente a Bentley, bajo la custodia personal del coronel y sus hombres. Todo lo que pedía, para poder entrar en Bentley con la chica, en secreto y a la mayor celeridad, era un pase en la puerta que le permitiera entrar con un coche, sin que los registrasen, de modo que se garantizase el sigilo y la rapidez. Todo eso contando con que pudiera sacar a Emma del apuro. El coronel, con voz trémula por la preocupación, accedió. Durante todo el día tendría un pase directo para él y su vehículo en Bentley, de modo que accediera al recinto sin cortapisas y sin levantar sospechas.

Con esto terminó la conversación. Roger revisó la munición de su arma, luego se abotonó con cuidado la chaqueta y salió del despacho.

El zumbido sobrevolaba el techo, iba y venía, como si oscilara, y destacaba sobre el resto de sonidos de la ciudad que el agua amortiguaba. Emma abrió los ojos a las manchas de la pared. Le sobresaltó que un avión volara tan cerca, aunque no se oían sirenas ni bombas. Fue a buscar al capitán, que no estaba en la caseta del timonel. Asustada, salió a cubierta.

Iba a llamarlo a voces, pero lo vio a tiempo de evitarse esa muestra de debilidad. Lo halló acodado sobre la borda de proa, contemplando el ruidoso hidroavión que la había despertado. El capitán observaba, con un pitillo en la mano, flotar el aparato en el aire, a poca altura, dibujándose contra el lejano puente de Londres, mientras los barcos a los que se acercaba protestaban con silbatos.

Emma recobró un porte sereno para acercarse al capitán y darle los buenos días. Cumplido este trámite, quiso recriminarle por abandonar su puesto, pero vio cómo los ojos de Laredo brillaban al contemplar el espectáculo.

–Fíjese en él, es magnífico –dijo, abstraído–. Ya sé, es feo como una percha, pero ahí donde lo ve, tan pequeño, es un as de la aviación, un campeón.

–Veo que le gusta.

–No es un cacharro, es el supermarine S6, un antecesor del S6B, el orgullo de Schneider. Este ganaba trofeos hace una década. Mire cómo planea, como una gaviota. Parece de papel, a pesar de esos dos flotadores que lo hacen tan ridículo... Nunca lo había visto en vivo. Sólo sabía de él por los periódicos... Me preguntaba por qué lo habían sacado a estas alturas del partido y creo que lo sé. ¿Ve sus alas? Ahora se acerca, ¿Las ve? Le han colocado ametralladoras, una a cada lado. Supongo que van a usarlo para



reconocimiento en la costa y quieren probar cómo planea. Y lo hace bien ¿no cree? Y eso que sólo tiene nueve metros de envergadura.

—...Parece un niño mirando un juguete nuevo —sonrió ella, condescendiente.

—No sabía que la hélice era tan grande... Debe medir lo que un hombre —dijo Laredo, sin escucharla, por primera vez desde que lo conocía.

Su expresión había rejuvenecido. Se diría que la cercanía de un avión ensanchaba sus pulmones y tersaba sus ojos. Hasta ahora se había portado como un tipo hábil, pero ante lo que le apasionaba, recuperaba su identidad completa. Emma no se atrevió a bromear más sobre el puro placer que reflejaba aquel rostro. Casi lo analizaba con admiración. Nunca se termina de conocer a alguien. En esos instantes, Laredo parecía capaz de saltar para atrapar al hidroavión, trepar hasta la carlinga y pilotarlo por sí mismo. El aparato casi se deslizaba sobre el agua, a ras de las olas.

Pero ninguna distracción lograba que Emma olvidara el beso de la noche anterior. Esa incomodidad la mantenía rígida, aunque él se mostraba ausente: contemplar el hidroplano que ahora tomaba altura le transportaba a un mundo previo, sin ella. Finalmente, el aparato amerizó, posándose a unos quinientos metros al oeste del río, hacia el lado del puente de Londres. Un par de lanchas protestaron por atravesarse en su rumbo. El avión, pintado de un verde limón horrible, brillaba sobre la superficie negra del agua. Las orillas, un domingo, estaban casi vacías. Sólo algún curioso se acercó, pero desde la altura del río, tapado por otros barcos, Laredo no pudo ver nada más. Esto lo devolvió a la realidad, con un rictus de cansancio. Emma sonó condescendiente otra vez, sin pretenderlo:

—Bien... ¿Se ha divertido?

Laredo evitó mirarla directamente y se limitó a darse la vuelta sobre la baranda para terminar su pitillo antes de lanzar la colilla al agua. A todo esto, Emma ya le estaba reprochando que se hubiera expuesto a que lo vieran desde el barco de Cómodo. Pero los separaba de él la propia cabina del piloto, cosa que él señaló con el dedo y aire de resignación. Como la queja resultó infructuosa, Emma, que siempre tomaba la iniciativa, siguió

interponiendo palabras entre ellos, a modo de muro protector. Habló sobre las incomodidades del sueño ribereño. Se sentía tensa, o es que trataba de dar la mejor versión de sí misma. El capitán, en cambio, asumía la situación con escepticismo. Se hubiera dicho que era consciente de haber probado la fruta prohibida y de que no le dejarían repetir.

Ninguno de los dos tenía prisa por volver a la caseta donde se habían besado hacía unas horas. Se quedaron mirando los alrededores. A lo largo de la orilla, había toda una red de raíles, brillando en medio del empedrado. Se asomaban grúas enormes al agua como gigantes disecados en un gesto de sed, sin conseguir reflejarse en los tonos insalubres del agua, con tramos rojizos o de verde ácido. Gaviotas hambrientas se arracimaban sobre un lanchón de desperdicios. El sol brillaba en las cúpulas y campanarios y procuraba asomarse sobre los almacenes envigados y las chimeneas que había resistido a los bombardeos de la última semana.

Después de las quejas domésticas, Emma no supo qué añadir. Ninguno de los dos parecía dispuesto a entrar en el barco y el silencio se volvió acusador como un dedo índice que el aire elevara. El cielo destilaba la suficiente luz para revelar los globos antiaéreos suspendidos en el horizonte. La mañana extraía brillos de los aparejos y cables de los barcos. Algún remolcador jadeaba soltando humo, mientras su proa dibujaba largos bigotes verdes.

Al fin Emma preguntó por las novedades de la guardia nocturna, si las había, y el capitán contestó que tenía pocas noticias. A la hora de haber comenzado la vigilancia, la luz del ojo de buey se apagó y nadie salió del barco, luego su tripulante prefirió dormir. De momento, era todo lo que había. Cómodo o quien fuera, seguía a bordo del Tamerlán. Eso creía él, aunque no podía jurarlo, porque también le venció el sueño al final de la madrugada y no pudo evitar echar una cabezadita sobre el duro suelo, tapado con una bandera inglesa que había doblada en un rincón y en la que el viejo truhán que les alquiló las dependencias se había entretenido en dibujar una calavera pirata, lo cual le pareció al capitán una broma patriótica de buen gusto.

Emma se contuvo. Laredo sabía sacarla de quicio, pero, después de lo vivido la noche anterior, prefería no involucrarse en discusiones que no sabía

dónde podían acabar. Prefirió hacer la observación de que veía al capitán más relajado.

—¿Por qué no? —contestó—. Si todo sale bien, encontraremos la estatua hoy mismo y podremos volver a casa.

Dijo esto con más tristeza que alegría, o es que la ironía consistía en mezclar ambas cosas. Pero Emma no quería evaluar sentimientos. No en ese instante, con él. Fue ella quien propuso regresar a la caseta, donde no corrían peligro de ser descubiertos. El capitán volvió a la mesa donde había hecho la guardia nocturna y miró el reloj.

—Son más de las diez y aún no ha dado señales de vida nuestro amigo Cómodo. Pero no tardará mucho. Seguro que sale a desayunar. Ese será nuestro momento de registrar el barco.

—Qué tontería. Un hombre como ése, debe saber hacerse el desayuno él mismo.

—Es la naturaleza humana, señora Wells. Ese hombre trabaja sirviendo a los demás, así que apuesto lo que quiera a que, los días de descanso, prefiere que le sirvan a él, para variar.

La intimidad resultaba embarazosa, pero hizo pensar a Emma en voz alta, que habló sin mirarlo:

—¿Por qué todo en mi vida tiene que ser difícil? Quisiera ser como esas personas a las que todo les sale bien a la primera oportunidad, cuya historia se puede contar como un cuento, así de sencilla y fácil.

El capitán no dijo nada y la queja se disolvió en el aire frío. Como ninguno de los dos se sentía relajado, él trató de fumar y ella se limitó a ver desde la puerta los barcos del río, sus estelas aceitosas, los vuelos de las gaviotas. Tuvieron que esperar poco. Un ojeroso y huraño Cómodo, vestido con ropa gastada, desembarcó y, antes de echar a caminar, sacó su monedero y contó el dinero que llevaba encima.

—El pájaro ha abandonado el nido —anunció el capitán.

Emma se acercó a la ventana para ver cómo el hombre se alejaba, cruzando la calle, para desaparecer en busca de algún café abierto.

—Ahora es nuestro turno.

—Pero ¿y si vuelve?

—Ya hemos perdido bastante tiempo aquí. Hay que actuar.

Emma obedeció. Cruzaron la pasarela del Tamerlán, pero la puerta de la caseta estaba cerrada con un candado. El capitán agarró un trozo de cadena tirado en la cubierta y con él rompió la armella, saltando la caja.

—¿Qué hace? —protestó ella, alarmada—. Se dará cuenta.

—Para entonces, ya sabremos lo que nos importa.

—¿Y si hay alguien dentro?

—¿Encerrado con llave? Será un prisionero. Seguro que nos agradece la visita.

Aunque hablaba con despreocupación, sacó la pistola antes de entrar. Pero al otro lado de la puerta sólo le esperaba el timón y el hedor de la humedad. Una escalera descendía a un pasillo oscuro con dos puertas que se miraban la una a la otra. Bajaron en silencio, Emma sin convicción, simplemente por no esperar sola a Cómodo.

Uno de los picaportes no cedía, pero el otro giró con un leve chasquido de la mano y el capitán pudo entrar en un camarote vacío. Sin guardar el arma, empleó la mano izquierda en registrar cualquier hueco susceptible de guardar la cabeza de Diana. Abrió cajones y puertas, miró bajo la cama y sobre un ropero metálico.

—Seguro que esta ratonera tiene algún escondite —dijo.

Emma había entrado tras él, pero no le ayudó. Se limitó a otear a través del ojo de buey para comprobar que no se acercaba Cómodo por la calle. El capitán no ocultó su desilusión al no hallar la estatua. Era su última pista,

suspiró. Hubiera jurado que la ocultaban allí. Era el escondite ideal, una chalana mugrienta, atestada de leña podrida en la sentina. Emma se impacientaba con la meticulosidad del registro. Quería huir cuanto antes del barco, porque podía convertirse en una encerrona.

Entonces oyeron algunos golpes sordos que provenían del mismo barco. Ambos se detuvieron. Había alguien en el otro camarote, el cerrado con llave, y no podía hablar.

–Va a resultar que tuve razón –dijo el capitán– y que hemos venido a visitar a un recluso.

Una descarga eléctrica recorrió la espina dorsal de Emma. ¿Sería Alonso? Tal vez en ese momento se hallaba al otro lado de la puerta. ¿Qué azares lo habrían llevado allí? En cualquier caso, ella iba a liberarlo. Después de haber recorrido todos los rincones de los bajos fondos donde el pecado tenía una oportunidad, alcanzaba al fin su objetivo. Emocionada, dejó hacer el capitán, no le interesaban los detalles mecánicos de la operación, sólo averiguar quién golpeaba la pared y provocaba ese sonido apagado en el pasillo. El pestillo se resistía y el capitán alzó la voz, pidiendo que se identificara quien hacía el ruido, aunque sólo consiguió que los golpes se acelerasen.

–Nos ha oído, quiere que le saquemos –dedujo Emma, que casi no podía resistir la intriga.

El capitán necesitó ambos brazos para hacer fuerza y, viendo que no lograba que la hoja cediera, salió en busca de una palanca. Regresó con un barrote de hierro y lo encajó contra el batiente, mientras Emma cruzaba los dedos y alzaba una muda plegaria. Laredo tiró con todas sus fuerzas hacia sí y la cerradura se rompió, cediendo su espacio. Encontraron un camarote simétrico al anterior. Cuando entraron, Emma sentía el pulso en la garganta.

En efecto, había un rehén en aquella celda. Pero no se trataba de Alonso Bando, sino de una amordazada Vivien Carroll, que, tendida en cuclillas sobre la cama y con las manos atadas a la espalda, había estado dando patadas a la pared cuando oyó pasos distintos a los de Cómodo. Aún llevaba marcados en la mejilla las marcas de los golpes que Dorian le propinó días

atrás. El capitán le desató el pañuelo de la boca y trató de desamarrar los nudos marineros con que Cómodo había sujetado sus muñecas.

Vivien respiró aliviada y agradeció el rescate, pero lamentó oír que no habían acabado con Cómodo. Temía que volviera. Seguía nerviosa y no quiso perder el tiempo recibiendo la conmiseración de Emma. Dijo que no tenían tiempo y explicó lo que le urgía. Con la incoherencia propia de los nervios y frases entrecortadas, dibujó la situación en que se hallaban.

–Cómodo es un esbirro de Dorian. Me trajeron aquí, en palabras de Dorian, porque “les estaba complicando las cosas” y no quería que “mi hermosa carita se estropee en esta transacción”. Así que le debo un favor por encerrarme... –dijo esto, con amargura–. Es un hombre peculiar: me protege manteniéndome apartada para que no meta las narices en sus asuntos y no corra peligro...

Más que el amor, lo que había detenido la cólera de Dorian era la conveniencia. Seguía necesitando a la chica y sus servicios como vendedora de material robado.

–¿Un hombre peculiar? Un asesino –soltó Emma–. Y no te ha matado a ti porque le haces falta para el negocio.

Cuando soltó esta descarga sin caridad, provocó la consternación de Vivien, lo que le valió una mirada de Laredo, con un reproche mudo, pero elocuente. Se mordió los labios y dejó que la chica soltara la información que tenía, aunque antes Vivien se entretuvo en frotarse las muñecas que había desatado el capitán, tras mucho batallar con las cuerdas. Dijo que la habían metido allí por escuchar su conversación.

Dos noches atrás había ido a ver a Dorian para reconciliarse con él, tras su pelea de enamorados (Emma apretó los labios). Había una timba donde desplumaba a los soldados y en la que Dorian solía reunirse con sus socios. Usaban una oficina sobre una escalera y ella solía verlo allí. Los chicos del local la conocían y la dejaban pasar.

–Cuando subí, Dorian estaba abroncando a ese imbécil de Cómodo y no me oyó entrar. La puerta estaba mal cerrada y el pestillo no sonó. Le dijo de

todo, pero lo más horrible de oír fue que había matado a un hombre, a un americano.

—¡Curtis! —exclamó Emma.

—Sí, eso, Curtis... No me acordaba... Pero ¿cómo has...? Bueno, la bronca era porque había un testigo y se le había escapado.

No tuvo que decir el nombre. Bastó que mirase a su amiga, que ya sabía de quién se trataba. A Emma le flaquearon las rodillas y tuvo que sentarse. La tensión o el ayuno la habían debilitado. Estuvo a punto de desmayarse, o fue una náusea, un vacío en el estómago.

Alguien había subido al barco y entraba en la cabina de arriba; oyeron sus pasos. El capitán cerró los labios con su dedo índice, para que las mujeres guardaran silencio. Encajó la puerta y se colocó detrás. Las pisadas y algún crujido de los escalones llegaban despacio. Sin duda, Cómodo, al encontrar el candado roto, había decidido investigar.

Aquellos segundos parecieron siglos. Por el resquicio de la puerta se vio el cañón de una pistola con el que Cómodo pretendía sorprender a sus visitantes. Laredo golpeó con la puerta la mano y el arma cayó. Abrió al siguiente instante (la rapidez de su reacción contradecía la lentitud de la espera, casi no se avenía, parecía una aceleración irreal) y se abalanzó sobre Cómodo. Ambos hombres cayeron rodando por el pasillo y comenzaron a golpearse. Pero sus fuerzas estaban equilibradas y no había saber quién vencería.

Vivien quiso ayudar, pero no encontraba la pistola de Cómodo en la oscuridad. Emma se sentía desfallecer ante la violencia que presenciaba y por el temor a las instrucciones que Cómodo tenía sobre ella.

—Estáis perdidos —dijo el gañán, para desmoralizarlos—. Dorian vendrá enseguida y os ajustará las cuentas.

Pero el capitán no perdió el tiempo con palabras. Le soltó un derechazo que lo hizo caer. Su adversario se levantó y ambos se estudiaron antes de volver a trabarse en un entrevero de puños y golpes. El capitán esquivó un

amago y le devolvió una andanada en la barriga que dobló al secuestrador y le hizo soltar una maldición. Cómodo volvió a recobrase rápidamente y recogió un gancho de estibador que nadie había visto hasta entonces y que brilló a la luz de la lámpara. Armado con el garfio, lanzó una finta y luego una larga estocada que apesadumbró al capitán, sin embargo éste se lanzó contra él y lo devolvió al suelo. Tanto Vivien como Emma estaban paralizadas y no se atrevían a dar un paso hasta que se resolviera la pelea. Les iba la vida en ella, pero no sabían cómo intervenir.

Ensarzados los luchadores, Laredo logró sacudir la cabeza de Cómodo contra la pared y repitió el choque varias veces hasta que el cuerpo del enemigo se escurrió entre sus brazos, inconsciente. Tras la lucha, el capitán tomó aliento a grandes tragos.

—Ahora va a dormir un buen rato —dijo, cuando recobró el resuello.

Pidió una cuerda. Vivien le dio un cabo que encontró en la cabina de arriba y, con él, Laredo le amarró las muñecas a la espalda.

—Ahora salgan de aquí y busquen un sitio seguro —les ordenó Laredo—. Escóndanse hasta que resuelva esto.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó Emma, con voz trémula.

—Esperar a Dorian, por si es verdad que viene pronto. Así los tendré a los dos y podré entregarlos a la policía.

—¿Con qué cargos? —preguntó Vivien—. Ni se le ocurra hablar del secuestro. No me meta en líos, capitán. Soy demasiado joven para que me echen el guante.

—Entonces... ¿qué tal asesinato? —respondió él, con expresión sardónica.

Laredo arrastró el cuerpo de Cómodo al camarote donde había retenido a la chica y amarró las ataduras a un barrote de la cama. Esto intrigó a Vivien.

—¿Por qué lo lleva al mismo sitio en que estaba yo?

—Llámelo justicia poética —contestó él—. Me quedaré aquí dentro para



darle una sorpresa a nuestro amigo Dorian. Para su seguridad, les aconsejo que se alejen todo lo que puedan de aquí. Yo las buscaré cuando esto acabe.

–Suerte, capitán –le dijo Emma, con admiración.

Pero también Vivien Carroll recobró el valor cuando subió a cubierta y respiró aire libre. Emma recordó la calma con que se había impuesto a los dos marineros borrachos la noche que la conoció, manteniéndose firme como una reina, con esa confianza que hace parecer a alguien invulnerable. Ahora su joven amiga se llenaba de ira por la jugarreta que le había hecho su amante, y sobre todo, por su condición. Había estado enamorada de un desalmado.

–Maldito canalla... –repetía, entre dientes– Sabía que hacía las cosas a su modo, pero... ¿Se puede amar a un asesino?

Emma tragó saliva, sin saber qué responder. Bajaron a la orilla, y sintieron los adoquines bajo sus zapatos. El mundo dejaba de fluctuar y permanecía quieto. No se veía más que algún lejano transeúnte por las desiertas orillas y algún curioso a cientos de metros, contemplando el hidroavión del río.

La chica desengañada seguía hablando, abjurando de sus sentimientos. Había tenido tiempo de pensar en lo tonta que había sido por creer a Dorian. Pero lo que más le dolía, según creyó Emma, era que nunca le hubiera contado la verdad, que la hubiera engañado. La falta de confianza, el desprecio, eran peor que la condición del asesino. Esto provocaba un escalofrío de inquietud en Emma, que, tal vez para apaciguar los impulsos ciegos de Vivien, trataba de ceñirse a preguntas concretas, como a dónde podían ir.

Vivien tenía una idea, y esto se reflejaba en la parsimonia con que planteó a su vez una cuestión a Emma.

–No sé si te sigue interesando, pero creo saber dónde ha escondido ese cretino a un español.

Fuera por venganza, desquite o desplante, la oportunidad que su confianza abría para Emma, le pareció casi onírica. ¡Alonso Bando al

alcance de su mano! Y miró de reojo a la chalana por si las podía oír el capitán, lo que era imposible. ¿Dónde?

—Hay un terreno de desguace cerca de aquí. Era un parque de atracciones que ya no funciona. Mientras el cretino de Cómodo me encerraba ahí dentro, Dorian fanfarroneaba de que estaba bien segura, por andar cerca del “escondite del español”, que tenía a pocos metros de mí. Se pavoneaba de lo listo que era, el muy...

El odio le salía por los ojos. Vivien había dejado de ser la persona generosa que ayudó a Emma. La cruda realidad de su amor la había cocido a fuego lento durante las horas de su reclusión y la furia del desengaño la había trastornado, temió su amiga. Algo fallaba en su corazón, un aura hostil se había apoderado de su hasta entonces radiante persona. Emma casi comentó con un prurito de cordura que debían obedecer las instrucciones del capitán por su seguridad, y murmuró esta sugerencia sin convicción, porque le tentaba hallar a Alonso, esa posibilidad le traspasaba la piel como un dardo. Otra cosa era cómo podía Alonso tratar con aquellos malhechores. ¿Sería un cómplice o una víctima?

Pero la insinuación que hizo en voz alta cayó en saco roto. Vivien Carroll, o mejor dicho, la nueva persona que la sustituía, la que era consciente de haber amado a un criminal, la que había metabolizado su propio destino de mujer sin redención, había trocado la esperanza por la rabia. O aún estaba impresionada por su descubrimiento y actuaba bajo ese efecto. Pero el premio era Alonso, fuera cual fuera el motivo, pensó Emma. Y la adrenalina que corría por sus venas le impelía a probar fortuna.

—¿Estás segura? —la interrogaba, incrédula.

—Mientras ese matón de Cómodo me esposaba con la cuerda, el muy canalla se burlaba, diciendo que me hacía un favor, que así salvaba mi lindo cuello. Ahora me toca a mí devolverle el favor... ¿Qué si estoy segura? Sólo sé que ahí es donde se han escondido otros a los que buscaba la pasma. Si hay un escondite que la bofia nunca ha registrado, es ése.

Recorrieron unos cien metros de orilla, en la dirección del puente de Londres y el hidroavión, que aún quedaban lejos, cuando se desviaron por

una calleja larga y estrecha. Apretados edificios de fábricas y almacenes, algunos malheridos por las bombas de la semana, yacían junto a la mugre y el abandono. Altos muros se elevaban sin ventanas, como si los habitara algo que no necesitara la luz ni pudiera estar a la vista, que no requiriese distinguir entre el interior y el exterior.

–¿Qué más oíste? –interrogaba Emma a su guía, tal vez para reconocer en la voz a la persona que había desaparecido en su seca actitud. O para confirmar sus ilusiones y clavarlas a la realidad, antes de que se desvanecieran.

–Pues eso: que Dorian le echaba una buena bronca a ese miserable por no saber terminar el trabajo. Le acusó de haber fallado ya una vez, en Hamsptead Head.

–En el cementerio... Claro, le tendieron una emboscada a Curtis. Yo estaba allí, y escapé por los pelos...

–Pues esto tampoco va a ser un paseo. La chatarrería a la que vamos está tan lejos de la civilización, de la ley y el orden, que es un inframundo. Odio ese sitio y no iría si no odiara más a ese canalla de Dorian. He sido una idiota y se ha burlado de mí, pero no lo hará nunca más. Como encuentre una forma de enchironarle, verá lo que es bueno...

Avanzaron entre tapias de ladrillo y mortero y naves vacías. El capitán Laredo, entretanto, comprobaba las cuerdas del inconsciente Cómodo y se asomó a tomar aire a la cubierta del Tamerlán. Se secó el sudor de la frente con la manga de la chaqueta y a la luz del día vio cómo goteaba sangre su brazo izquierdo sobre la cubierta. El gancho le había alcanzado.

Caminaron por la soledad de la calleja unos cincuenta metros, hasta que la tapia se interrumpió y dio paso a una cancela de hierro completamente deforme que, se dijera, guardaba al mismo olvido. Ni siquiera la aseguraba una cadena o un cerrojo, simplemente estaba atrancada. Vivien la empujó hasta que pudo pasar de perfil y Emma la siguió. Aquella tapia encerraba una gran extensión de escoriales de ferrallas y materiales de barcos. Montones de chapas y cuadernas de hierro se aglomeraban, formando calles estrechas en varias direcciones. Junto a la entrada quedaba un claro algo mayor. A un lado del claro estaba la caseta del guarda, un sucio cuchitril de ladrillo sin puerta, en que no se veía a nadie. Al otro lado habían abandonado un tiovivo. Sobre la caseta del guarda se apilaban carteles y vigas de una noria y algún circo. Todo estaba detenido, marchito, muerto. Los dibujos de los carteles se descolorían, tendidos unos contra otros, las figuras de payasos y animales habían perdido las ganas de jugar, los caballitos de los tiovivos se desprendían de la pintura en una especie de sarpullido o lepra de la madera. Las fantasías y héroes se habían convertido en monstruosidades con ayuda de la humedad y el cuarteo.

Emma sintió aversión ante aquellos muñecos y paneles desproporcionados, fantasmagóricos. Las cabezas esféricas, las orejas puntiagudas, los poliedros estelados, dragones chinos, los rótulos de letras turquesas, púrpuras, doradas, anunciaban un carnaval de demolición. Hileras de bombillas rotas parpadeaban al sol con en una fuga insinuante y casi erótica. Todo el metal de cubiertas y barandas caprichosas, con sus cornucopias y embellecimientos de volutas y filigranas, se apelmazaba en montones de varios metros de altura para oxidarse. Los colores sucumbían a la herrumbre como si la vejez hubiera estallado sobre toda la imaginería, hiriéndola con esquirlas, virutas y salpicaduras.

A partir de aquella plazoleta demoníaca contra la que el sol conspiraba

con furia mundial, se abrían varias avenidas y calles de bidones apilados, cadenas de hierro enrolladas en grandes bobinas de madera, anclas amontonadas, planchas de hierro despintadas que se agolpaban por encima de la altura de los ojos.

—¿Ves? —dijo Vivien—. Nadie sospecharía que aquí pueda venir nadie por gusto. Suele haber un vigilante, un desgraciado a sueldo de Dorian, pero, como es domingo, estará durmiendo la mona en su casa.

El sitio encajaba con Dorian, pensó Emma. No se detuvieron mucho tiempo, porque Vivien intuyó o sintió un ruido y le pidió que se escondiera con ella. Ambas fueron a pegar la espalda contra la tapia, junto a la cancela, protegidas de la vista por unos tablones. No se oía nada más que el zumbido urbano y cierta desazón del viento, pero Vivien hizo señas a su amiga de que guardara silencio.

Emma no oía nada y debió pasar un minuto antes de que tuviera lugar la aparición en aquella plazuela de esperpentos. El sol dibujaba la sombra de la cancela sobre la tierra amarilla y en esa silueta tumbada vieron con alarma cómo la sombra de un hombre se acercaba a los barrotes de la verja y se detenía allí. Su figura permaneció allí, sin que se oyera el menor ruido, observando. Si entraba las descubriría, temió Emma. Pero la sombra no tenía prisa ni nervios. Estudió el lugar, mientras ella sentía los latidos en su garganta. ¿De quién era esa figura que las había seguido, que estudiaba la situación con calma inhumana? ¿Qué quería? Vivien no mostraba tensión, pero sí disgusto. Finalmente, el perseguidor se alejó de la cancela y su sombra desapareció.

Vivien se acercó de puntillas a la entrada y Emma casi le seguía, implorando con gestos que se detuviera. Pero Vivien puso la cabeza entre los barrotes para observar cómo un hombre grueso y de piernas torcidas, vestido con una gabardina vieja, regresaba por la calleja al río. Emma hizo lo mismo y reconoció los andares y la actitud del zambo, el vejete con el que había tropezado en varias ocasiones. La repulsión que la invadió contaminó el lugar y la llenó de aprensión por todo, como si hubiera descubierto que existía una epidemia en torno.

—Por lo menos, ha pasado de largo —suspiró Vivien, que gozaba de una

feliz ignorancia de aquel tipo—. Venga, vamos a buscar “el escondite del español”.

Se dividieron el lugar, hurgando por los entresijos y rincones, en busca de alguna entrada o guarida que pudiera improvisarse bajo los pantagruélicos desechos. Emma no se atrevía a tocar nada, pero Vivien se movía con la destreza de un felino y fue la que halló una portezuela camuflada en el cuerpo central del tiovivo. Hizo una seña a Emma, que la vio desaparecer tras los paneles pintados. Se acercó allá, subió al estrado y atravesó los caballos desbocados por la muerte para asomarse al agujero. Tenía apenas un metro de diámetro, pero daba al hueco del armazón, donde había un suelo acolchado mediante cartones para aislarlo en lo posible de la humedad, y se notaba que había servido como habitación o celda, porque había una manta arrugada en un rincón y un cajón de madera que podía servir de mesa, con platos sucios. El hedor acre a orines trataba de huir por un ojo en lo alto del tejado al que el sol se avergonzaba de asomarse. También había cuerdas cortadas.

—Llegamos tarde. Quien fuera el que se escondió aquí, huyó lo más rápido que pudo —dedujo Vivien.

Nuevo fracaso. Salió al aire libre con una sensación de inminencia fallida. Emma empezaba a pensar que estaba gafada para descubrir nada que no fueran espantos y descalabros, cuando, de pronto, sin previo aviso, su mirada resbaló sobre algo que contrastaba con el entorno, una imagen que nada tenía que ver con el resto de las criaturas grotescas que imperaban en aquel jardín del mal.

Se hallaba frente a una silueta distinta de los monstruos infantiles y las risotadas. Había alzado la vista y reconoció la cabeza de Diana. Era una cara cuya serenidad se abstraía de cuanto la rodeaba, limitándose a recibir el sol del día, con una serenidad demasiado dulce para ser real. La hubiera distinguido entre un millón de caras. Se le saltaron las lágrimas de hallar aquel manantial de armonía en medio de la desolación general.

Había algo en la pureza campestre de la cabeza de la diosa, en su silencio, que la volvía inconfundible para Emma. Al cabo de tantos avatares e incertidumbres, la tenía ante sí. Colocada en lo alto de unas columnas de espiral, cubiertas de purpurina, que le servían de pedestal, mostraba una

resignación que no era de este mundo. Los siglos de ausencia habían hecho mella en su magia, en el prestigio de sus atributos, pero no en su dolor, y se contentaba con ofrecer la breve curva de sus mejillas hacia la sonrisa del azul.

Con qué astucia Dorian había injertado su tesoro en medio de los monstruos y la chatarra para que nadie la viera, aun mirándola. Parecía tan desvalida en aquel abandono, sin que coros de vírgenes le rindieran plegarias ni guirnaldas de amapolas, ni hileras de galanes entonasen flautas y zampoñas. Había renunciado a sus privilegios, lo anunciaba la tristeza de su ceño clásico, a los laureles de su estirpe, a la gloria para la que fue cincelada. El único poder que podía sentir ahora era el del viento que acariciaba las ondas de su cabello de mármol.

Más que la virtud de una diosa, la envolvía la nostalgia de una novia olvidada y la expresión de sus ojos echaba de menos los prados recién segados, el aroma de los ramilletes y frutos en su honor que nunca volvería a saborear. Ahora el sacrificio lo ofrecía su propio rostro, encorvado sobre el abandono del tiempo, incapaz de mirar nada que no fuera la ausencia, la lejanía infinita de los recuerdos. Sólo el polvo y la lluvia competían por ofrendarle su diadema de ingratitud, eso era toda la poesía y el fervor que aspiraba a convocar. Cuando las civilizaciones se hundían, sólo cabía desenterrar calaveras.

A la vez que Emma hacía el hallazgo de la cabeza de Diana, el capitán Laredo efectuaba la guardia en la chalana “Tamerlán”, con el brazo herido. Se había quitado la camisa para lavar el corte con el agua pasablemente limpia que contenía una jofaina en el camarote de Cómodo. Luego se ató un trozo de tela a modo de venda. Mientras, aún con el torso desnudo, observaba por los ventanucos a la espera de que apareciera Dorian y, de tanto contemplar la orilla, reparó en una cabina telefónica que había al otro lado de la calle. Se abrochó la camisa y cubrió con su chaqueta la sangre de la manga, para no llamar la atención. Bajó de la gabarra y atravesó la calle, sin ver a nadie en el perímetro. Entonces llamó a la embajada española.

—¿Roberto? Soy yo, Miguel... Lo sé... Lo siento, hombre, no quise pegarte... Pero sabías que no me gustan esas bromas sobre esa mujer... No la conoces... Te estoy pidiendo disculpas ¿no? Perdí los estribos, ¿qué más quieres que te diga...? El coche está bien, intacto, no tiene ni un rasguño,

pelmazo... Escúchame, te llamo para ver si has hecho lo que te pedí, si sabes algo de Alonso Bando... Sí, ése. ¿Y bien?

Permaneció allí un minuto, quizás dos, atendiendo en silencio. Algunos gorriones que no se habían amilanado por la cercanía de las gaviotas, con insolencia suburbial, se posaban en el tendido telefónico como si pudieran percibir la conversación, a través de sus minúsculas garras. Y se dispersaron todos a la vez con el ruido de un coche que se detuvo a pocos metros del “Tamerlán”. El capitán se camufló con la zona de sombra de la cabina telefónica y vio bajar al conductor, bajo un enorme abrigo y un sombrero oscuro. Era Dorian, que se acercó a la pasarela y subió a bordo de la gabarra, no sin mirar antes en ambas direcciones de la orilla, para cerciorarse de la tranquilidad circundante. No había visto al capitán.

Con una desilusión y un aplomo que sólo se dan en el cine, Laredo interrumpió a su amigo.

–Te agradezco el esfuerzo, Roberto, pero tengo que colgar.

Desanduvo sus pasos a toda prisa, en un intento de adelantarse a los descubrimientos de Dorian, que lo había pillado fuera de juego. Si aquel malhechor era peligroso al natural, más aún pertrechado y avizor. Debía abordarlo antes de que Dorian se topara con Cómodo y se supiera descubierto.

Como si no fueran bastantes preocupaciones, las sirenas eligieron ese momento para comenzar a vociferar desde todos los rincones de Londres. Miles de gargantas gritaron al unísono por la ciudad. Incluso los perros aullaron para unirse al clamor y los campanarios pronto trataron de remedar las alertas, aunque sus esbeltos latidos resultaban obsoletos ante la amplificación de las flamantes alarmas. El aviso incumbía también a los de a bordo del “Tamerlán”. La zona este de Londres, con sus muelles y fábricas, era la más accesible y buscada por la Luftwaffe.

El capitán sacó su arma y entró en la caseta del timonel, sólo para cerciorarse de que estaba vacía. Dorian ya había descendido al pasillo y caminaba por él. Laredo lo siguió. El matón no hizo caso a la puerta semicerrada del camarote del prisionero y entró en el dormitorio de Cómodo



sin la menor vacilación. Tal vez no sospechara nada. El capitán debía arriesgarse a seguirlo. Bajó en silencio y oyó que su enemigo había encendido la radio, donde un locutor repetía con voz nerviosa la alarma de las sirenas. Dorian parecía haberse tomado la ausencia de su compinche con calma y esto animó al capitán a entrar en el camarote para sorprenderlo.

Cuando asomó la cabeza para buscar a su contrincante, sintió un terrible golpe en la coronilla que lo tumbó. Dorian lo miraba desde arriba, con la jofaina vacía y abollada en la mano. Trató de levantarse para responder al agresor, pero estaba desarbolado. Era evidente que su enemigo iba a terminar de placararlo con un nuevo mazazo

—¿Creías que no me daría cuenta de que había entrado alguien? —oyó decir a Dorian, por encima de la voz del locutor de la radio—. Cómodo nunca habría roto el candado de la puerta. Es un tacaño, ¿sabes? Te ha salido el tiro por la culata, amigo.

Entonces recibió un segundo golpe y perdió el sentido. A partir de ese momento, la historia terminaba para él: su vida había caído en manos del asesino.

No es fácil despedirse de la luz, incluso de la más arrebatada, de la más cruel, del flogonazo de la tormenta. Que la diosa Diana hubiera soportado la oscuridad de su tumba durante siglos, la humedad que manchaba su mejilla, ser consumida por los estratos de la geología implacable, hacía que su vuelta al sol de la vida resultara casi un milagro, una resurrección que debiera celebrarse. Emma se había emocionado; mucho más al pensar que aquella cara había sido pulida y limpiada por las manos atentas de Alonso Bando. Era una criatura suya por tanto, lo más cercano a él que tenía en ese momento.

Avisó a Vivien de su descubrimiento y también ella se entusiasmó. Fue su amiga la más activa y buscó con diligencia algo que le permitiera auparse hasta los dos metros y medio a los que habían ascendido la cabeza. Como las columnas salomónicas de cartón piedra que le servían de pedestal a la cabeza no habrían soportado el peso de una escalera, la muchacha arrastró una silla y trajo un barril de madera, haciéndolo girar hasta el pie del cadalso donde expiaba sus culpas la diosa. Emma no podía dejar de contemplar aquel rostro hermoso. Qué cínico había sido Dorian al pretender ocultarla con la

estratagema de tenerla a la vista. Mil veces pasaría desapercibida su desazón divina entre los engendros y pesadillas que la rodeaban. Más aún con las sirenas aullando y poniendo en guardia la ciudad.

Fue Emma quien escaló la silla y luego el barril para tener entre sus manos por fin la cabeza de Diana. Pesaba lo suyo y su contacto frío y rudo, con aquella expresión fantasmal de mujer que el arte había ceñido a la piedra, parecía traerla de algún ensueño imposible de ubicar. Emma la retuvo en las manos, casi con lágrimas, sintiendo su peso y su tristeza física. Aquel logro aún era más increíble que haber descubierto al espía alemán, el Barón, en la persona de Sir Billy Kildrake. Podía sentirse orgullosa y lo habría estado de no mediar la ausencia de lo que de verdad añoraba: Alonso. El motivo de todo lo emprendido por Emma se obstinaba en no comparecer. Y pensar que habían sido sus manos las que habían acariciado por primera vez en siglos la comisura de aquellos labios, esos pómulos. Bajó en volandas el tesoro. No dejaba de repetir que lo había conseguido, que había triunfado. Pero Vivien admiraba la estatua, haciendo otros cálculos.

–Esto lo soluciona todo, es maravilloso –musitó, hablando consigo misma, mientras sus ojos absorbían la codicia que los hacía brillar.

Emma quiso explicarle que se equivocaba, que la estatua no pertenecía a ninguna de ellas, sino al estado, que merecía exponerse en un museo. Semejante idea viajaba tan lejos del pensamiento de Vivien Carroll que le hizo reír, aunque una gota de cólera se dibujó en sus labios.

–No digas tonterías. Los museos no necesitan más cacharros... Mírala, esta cabeza debe valer una fortuna. ¿No lo entiendes, Emma? Es mi pasaporte a una nueva vida. Ah, por primera vez le gano la mano a Sir Billy. Se cree que tiene su tesoro a salvo aquí, pero nos hemos adelantado.

Emma protestó, asustada. No podía ser cómplice en un robo semejante. Apeló a su amistad, a todo lo que habían pasado juntas. Pero eso reforzaba la petición de Vivien.

–Por eso me tienes que ayudar –argumentaba–. Porque eres mi amiga. Ya sabes cómo me ha ido en la vida, siempre entre fulleros y estafadores... Y viste cómo me engañaba un asesino. Hasta había pensado en casarme con él

¿te das cuenta?. Tengo que salir de ésta, y tú debieras ayudarme, Emma. Déjame que cambie de vida, dame una oportunidad. Necesito sentirme distinta en un mundo nuevo. ¿Para qué quieres colgarte una medalla? Tú posees una familia, seguridad... Sin embargo, mírame a mí. No tengo nada, nada auténtico, nada mío. Y por primera vez, la suerte me ofrece una salida.

—Tienes que ser honrada, Vivien. ¿Cómo puedes hablar de iniciar una vida distinta, si la comienzas robando?

Pero la paciencia de Vivien ya no toleraba más conversación. Los aviones de morros amarillos, los Stukas y Heynkel, rugían sin parar. Las explosiones se acercaban, ciertas como la muerte. En derredor, la calamidad y las demoliciones acusaban la locura del mundo que se les echaba encima.

—¡Dámela! —ordenó la chica y, como se resistiera, quiso arrebatársela por la fuerza, pero Emma no transigió—. ¡Te digo que me la des! A ti no te hace falta.

En su gesto amenazador había desaparecido la compasión.

—¿Es que vas a pelear para quitármela?

—Sólo si tú me obligas... Emma, es mejor que te hagas a la idea. Esa cabeza no va a salir de aquí en tus manos.

—Por Dios te lo pido, Vivien. Date cuenta de lo que haces. Esto es una locura... Si me la quitas, te denunciaré...

—No seas estúpida. Bastará con que digas que nunca la encontraste. Te creerán. ¿No pensarías en serio que confiaban en que alguien como tú, una maestra de pueblo, iba a hacer el trabajo? Pero ¿en qué mundo vives? Vamos, despierta. No sé cómo, pero te han utilizado, hay algo aquí que huele peor que mis problemas...

—Cállate. Quieres cometer un delito y no lo consentiré. Te meterás en más líos. Piénsalo bien, Vivien.

—Eres tú la que no ve las cosas con claridad. Para ti esa estatua sólo tiene

valor sentimental, y para tu gobierno ninguno. Pero para mí es un asunto de vida o muerte.

Finalmente se lanzó contra ella con un empujón que la tiró a tierra y le hizo soltar la cabeza. Diana, o lo que quedaba de su cara, rodó sobre el fango de la plazoleta, y Emma se apoyó en un brazo, doliéndose de su caída, cuando vio brillar en la mano de Vivien una pistola.

—¿Qué vas a hacer con eso? —se asustó.

—No puedo dejar que me denuncies, y estoy segura de que lo harías.

—¿De dónde sacaste el arma?

—Se le cayó a Cómodo en el barco, cuando se peleaba con el capitán.

—Tú la tenías... y no le ayudaste...

—No me pareció deportivo. No hubieran estado a la par... Y ahora, lo siento, Emma.

De modo que iba a morir enseguida, a manos de su amiga, bajo la locura guerrera del cielo. Cerró los ojos ante el cañón que le apuntaba, aterrada. De repente iban a desaparecer su hija Iris, Alonso..., todas sus nostalgias, recuerdos, gratitudes, y el amanecer, la luz, la música... Ni siquiera podía calibrar el alcance de la injusticia máxima que significa morir. No había tiempo, oh dulce tiempo. De modo que no tenía nada, ni siquiera a sí misma.

Sonó un disparo. Encogió su corazón y apretó los dientes para recibir el aguijonazo último con que la vida le ofendería antes de desahuciarla. Pero al silencio que siguió no le acompañó el dolor que esperaba, ni sintió derramar como fuego la sangre de su cuerpo. Le extrañó que todo pareciera igual, indemne. Abrió los ojos, con asombro. Ante ella, el cuerpo de Vivien Carroll estaba en pie, pero sus ojos no la miraban a ella, sino al vacío, a la nada. Caía sangre de su cuello y le manchaba la blusa. Sus rodillas tambalearon y se desplomó como un fardo a sus pies. Estaba muerta.

Tras ella, vio a Dorian, junto a la verja de hierro, sosteniendo pistola y

encendiendo con la mano libre un cigarrillo. Cuando dio la primera calada, apartó el pitillo de la boca y comentó:

–Qué cosa tan fea es la codicia... Ya ves las consecuencias, querida.

Se acercó tranquilamente, como si las bombas que estallaban y llenaban de fuego los muelles en derredor fueran cosa del vecindario, juegos de mocosos a los que un hombre duro como él sólo atendía para devolverles el balón si se detenía a su lado. Contempló el cadáver de la chica, su nuca triturada y sus ojos vueltos hacia el polvo con expresión interrogante, o de incredulidad. Dorian no estaba satisfecho. Su rostro sensual dibujó un asomo de hastío que le incomodó y le obligó a frotarse el dorso de la mano contra la mejilla. Contempló con una piedad básica, animal, el cadáver de la chica que lo había amado.

–Intenté salvarla de sí misma, apartarla de la tentación –pensó en voz alta, pero luego reajustó el tono para que lo oyera Emma–. Lo creas o no, yo no quería llegar a esto. Vivien me gustaba, en serio, pero la conocía mejor que tú y sabía que era demasiado ambiciosa. Ah, ¿por qué tuvisteis que soltarla? Vosotros los burgueses, con vuestra compasión de última hora...

–La has matado –balbuceó Emma, temblando de los pies a la cabeza, pero con la rabia sobreponiéndose al terror–. Eres lo que ella dijo: un asesino. Yo creía que debía temer a Sir Billy, pero tú, pero tú...

–No me agradezcas que te salvara la vida, nena –dijo con un cinismo que era su segunda piel y en el que se manejaba con más soltura–. Y en cuanto a Sir Billy, ese papanatas... Unos dicen que yo trabajaba para él, otros que para un espía alemán... En realidad, tengo un patrón más exigente: yo mismo.

–¿Cómo puedes hablar así, con ella aquí muerta? Hacer algo tan espantoso, y para traicionar a tu patria.

–Mi patria es el dinero. Es la patria común de la humanidad entera. A la que todos son leales... Y ahora esa cabeza va a ser mía –la señaló con la pistola, antes de encañonar a Emma–. No te tomes esto como algo personal, considéralo una formalidad de adquisición, como... un contrato, eso es. Así lo entenderás mejor. Tengo que matarte para quedarme sin problemas con la

propiedad de ese juguetito.

–Sir Billy te buscará...

–No te preocupes por Sir Billy. Esta mañana fui a resolver ciertos litigios con él, pero alguien se me había adelantado, ¿te lo puedes creer? Otro había hecho el trabajo sucio. Por eso vine a comprobar que todo estaba en orden. Y, como ves, he llegado a tiempo.

Morir, siempre morir, a manos de desaprensivos. La cabeza inerte de Diana debía estar asqueada de comprobar que tras tantos siglos el mundo no había mejorado. Emma se aferró a la tierra que tenía entre las manos, exhausta de luchar contra la adversidad. Nunca podría volver a ver a su hija, ni a Alonso. Por eso, por hastío, porque ya no le importaba manifestar sus sentimientos, preguntó al criminal qué había hecho con Alonso Bando. Tuvo que repetirle el nombre y explicar que era el arqueólogo que había descubierto la estatua...

–Ah, claro, el arqueólogo... Lucas hablaba mucho de él, sobre todo cuando se pasó varios días aquí encerrado, por cortesía de la casa, a gastos pagados. Debía delirar, porque no paraba de decir majaderías. ¿Nunca conversaste con Lucas?

–No.

–Lástima, te lo hubiera contado todo. Cantaba como un canario cuando le dabas dos copas o cuando le acercabas una navaja al gaznate. Entonces daba recitales. Sir Billy me ordenó que lo escondiera junto con la estatua, pero al cabo de varios días se soltó de la cuerda y se escapó. No lo busqué porque me había dejado como recuerdo la cabeza de Diana. Tal vez gratitud por la manutención, tal vez descuido, o digamos por miedo a las represalias. Me daba igual, ahora que sólo yo sabía donde estaba, decidí actuar por mi cuenta y librarme de los avariciosos. Siempre velo por las buenas costumbres, como has observado... Por eso tu presencia aquí resulta tan desconcertante: me obliga a tomar una decisión de la que esperaba haberme librado.

Emma se impacientaba con los dobles sentidos y las ironías. Iba a morir y el tiempo apremiaba para ella.

–Pero ¿dónde está Alonso?

–En realidad, creo que llevo los papeles en el abrigo –y se registró un bolsillo interior. Sacó dos cuartillas de cuaderno garrapateadas a lápiz que tiró al suelo, junto a Emma. Como hojas que eran, revolotearon, jugando con el aire, indiferentes a la muerte que las rodeaba. Sólo se detuvieron al tocar tierra. Emma las miró.

–Está en castellano, ¿quién lo ha escrito?

–Aunque venga sin firmar, su autor es Lucas. El vigilante de esta chatarrería, un amigo, me contó que Lucas había pasado por una crisis de esas en que los lobos quieren aullar, y lo sueltan todo. Tal vez le pasó por andar encerrado en el escondite que tal vez hayas visto –y señaló con la cabeza el tiovivo–. Rellenar estas hojas le calmó. Milagros culturales, digamos... Bien, acabemos con esto.

Emma aún tenía que intentar ganar tiempo, pensar algo para salvarse. El pánico la acicateaba a hablar, a amenazar, a advertir a Dorian que no lo hiciera.

–No he venido sola. Si me matas, hay un hombre que te buscará donde quiera que te escondas para ajustarte las cuentas.

–¿Te refieres al español que estaba en el barco?

–¿Lo has visto? –se asustó Emma, más de lo que estaba.

–Tuvimos una interesante reunión hace unos minutos, pero habló poco. Debió sentarle mal el agua.

–¿Qué le has hecho?

–Ni lo toqué. Sufrió un accidente con unos utensilios de higiene personal. Lo peor no es eso, lo grave es que, si se recupera de su tropiezo, va a encontrarse allí mismo con el cadáver de Cómodo. Lo que son las cosas. Qué malas compañías se hacen a bordo algunas veces.

–Pero si Cómodo está vivo. Sólo lo amarró a la cama.

–He oído que luego empuñó su arma y le disparó varias veces. Tu amigo es un tipo muy duro. Cuando los chicos de Scotland Yard lo encuentren compartiendo camarote con un tipo tan agujereado, yo diría que le surgirán algunos problemas legales. Será mejor que vaya pensando en buscar un buen abogado, de esos que se las saben todas y se juegan la ley al póquer.

Se detuvo a dar otra calada.

–Pero ¿sabes lo peor? Que tú también vas a ser su víctima. Con lo buenos amigos que erais, se le ha ocurrido matarte con su pistola –y movió con fingida repugnancia el arma–. Hay gente desagradecida por ahí.

De modo que eso era morir: someterse a la última arbitrariedad y no poder enfrentarse a ella. Resignarse a que la cochambre siguiera imperando en el mundo y perderlo todo sin más motivo que la avaricia. Emma no tenía ánimo ni para rezar.

–Apártate un poco de la estatua –le ordenó tranquilamente el criminal–. No quiero que se manche de sangre. Soy un perezoso, ya ves. Odio limpiar.

Entonces oyeron una voz imperiosa y vieron al capitán Laredo asomarse a la cancela del lugar.

–¡Detente! ¡Estás arrestado!

Aún se dolía de la tunda, pero estaba en pie. Dorian disparó al azar y corrió a refugiarse a una de las avenidas del desguace, entre los bidones y planchas oxidadas.

–Odio los ciudadanos ejemplares –dijo.

El capitán avanzó con rapidez hasta donde se guarecía Emma y lamentó encontrar el cadáver de Vivien Carroll, pero vio en su mano una pistola y la tomó. Se había arriesgado a llamar la atención de Dorian completamente desarmado. Comprobó la munición. Sólo había cinco balas. Y observó la cabeza de Diana un momento. Casi sonrió, doliéndose aún de la coronilla.

–Veo que la ha encontrado. Enhorabuena.



–Tenga cuidado, capitán –imploró ella–. Pero ¿cómo ha dado con este sitio?

–Dorian derramó mucha agua al tumbarme. Sólo tuve que seguir sus huellas mojadas y luego el disparo me orientó. Ocúltese.

Sin decir nada más, se internó por la calle en la que se había ocultado el asesino y se deslizó con sigilo entre las piezas de metal. Emma se sentó tras las columnas de cartón piedra, tratando de decidir si se atrevería a cruzar la plazuela para salir del desguace. Se tapó los oídos varias veces, porque las ráfagas de aviones seguían taladrando el cielo y las bombas silbaban sin parar.

En una esquina de la calle a la que Emma no se atrevía a salir, por miedo a una bala perdida, esperaba quieto y con las manos en los bolsillos, el viejo zambo, que parecía contar los disparos que sonaban dentro del desguace. En ese momento se detuvo a su lado una ambulancia y el conductor bajó la ventanilla. Era el inspector Roger, con su gabardina impecable, al que el confidente saludó con un toque en la gorra y una sonrisa picada.

–Creo que la estatua está ahí, al menos disparan por ella –y señaló la cancela.

–De acuerdo –dijo el inspector–. Este ha sido tu último trabajo. Y ahora, lárgate.

–¿El último? ¿Ya estoy libre? ¿No me denunciará?

–No. Ya puedes seguir con tus apuestas y tus estafas de tres al cuarto, si eso te hace feliz.

El anciano se quitó la gorra en señal de respeto y gratitud. Aunque Roger no atendía sus gestos. Miraba la tapia de la chatarrería.

–De modo que este era el escondite. Tuve que imaginarlo, que ese maldito Dorian no se conformaría con las migajas de Kildrake y querría todo el pastel.

–Al fin y al cabo es del oficio –lo disculpó con una sonrisa el anciano.

Se oyeron dos disparos más. Aunque con los ruidos de motores y las bombas, nada de lo que ocurriera en el desguace parecía tener demasiada importancia.

–¿Por qué viene en una ambulancia, señor?

–Por qué... es una pregunta que no me hago desde hace mucho tiempo. Y pronto se lo preguntarán todos. Dirán ¿por qué lo hizo Roger? Era tan buen tipo, tan leal, tan respetuoso con las normas. No podrán creérselo. Dirán: ¿no era ese el poli al que le mataron la mujer? Sí, el que no pudo hacer nada. Y todos sabían que habían sido unos anarquistas de Southampton, y sabían dónde se escondían. Pero no había pruebas. Y sin las garantías legales, no podían tocarles. No hubiera estado bien. Que Roger se fuera a su casa no importaba. La ley es la ley.

–Lo sentí mucho, señor.

–Ya. Todos lo sintieron, pero nadie hizo nada. Los que pusieron la bomba en el taxi se fueron a casa. Luisa voló por los aires, pero a ellos no se les podía tocar. Y yo me había partido la espalda defendiendo la ley. Muy bien, pues ahora que la ley lo resuelva todo...

Sus ojos adquirieron un tono acerado. El vejete retorció su gorra con cara de consternación. No quería oírlo, hubiera preferido irse de allí enseguida. Pero su temor reverencial le impedía interrumpirlo para marcharse, más aún cuando se mostraba inusualmente feroz.

–Cuando ella murió, no me quedó nada, ni siquiera un juicio justo. Y todos decían “qué ejemplo de paciencia, qué sufrido ciudadano”. Pues ahora van a ser muchos ciudadanos los que sufran y tengan que tomárselo con paciencia.

El vejete, quizás por decir algo, lleno de temor, insistió en la pregunta:

–Pero una ambulancia... ¿Hay alguien enfermo?

–Pregunta mejor si hay alguien sano.

El confidente, incrédulo ante la extraña calma con que el inspector expresaba su rabia, echó un vistazo por la ventanilla y vio muchas cajas. Y hubiera jurado que en alguna se leía la palabra dinamita.

–¿Qué lleva detrás? –preguntó, pero conforme las palabras salieron de su boca, se arrepintió de cada una de ellas, al recordar el robo de Scotland Yard.

–Oh, es mi pasaporte... –y arrancó de nuevo el coche, no sin antes mirar a los ojos al anciano—. Si quieres ver amanecer mañana, yo que tú me quedaría muy callado en casita.

–Muchísimo. Delo por descontado. Lo juro por mis hijos, por mi madre, por lo que más quiero.

–Pues largo.

El zambo hizo dos flexiones mínimas con la cintura, se caló la gorra y huyó como alma que lleva el diablo, a todo lo que sus piernas daban. Roger lo vio irse y titubeó si sacar el arma de su chaqueta, pero sonrió casi con asco.

–En fin, siempre hay una rata que se escapa del barco –dijo.

Un par de disparos más sonaron en la chatarrería. El inspector se apeó en la cancela y miró dentro. Emma lo vio llegar y le hizo señas, parapetada tras las columnas falsas. Entretanto, al capitán sólo le quedaba una bala, pero Dorian contaba con munición suficiente para cazarlo. Laredo debía arriesgarse a salir de su escondite y trepó en silencio por los bidones apilados, mientras su contrincante disparaba contra su última posición.

El inspector Roger contempló la cabeza de Diana, reclinada en tierra. El hallazgo lo obligó a correr hasta ella y sostenerla en sus manos, admirándola.

–Así que ésta era Diana –comentó, estudiando sus rasgos con deleite.

–Sí, pero póngase a cubierto, que están disparando –le aconsejó Emma—. Y tengo otra noticia para usted, inspector. Dorian trabajaba para el Barón,

aunque ahora actúa por su cuenta. Ha sido él quien ha matado a esta chica, Vivien Carroll, por la espalda. Yo lo he visto todo.

—Ah, sí, la chica... —murmuró sin el menor interés Roger. Ni siquiera se había ocultado de los duelistas que se jugaban la vida a lo lejos, entre la chatarra. Parecía tan absorto en la melancolía dibujada en los rasgos de Diana que se dijera que se la había contagiado por contacto.

—A mi mujer le encantaba la escultura antigua ¿sabe? Yo al principio no la entendía, pero es un gusto adquirido...

—Por amor del cielo, salga de ahí, puede venir una bala perdida.

—Tiene una expresión tan más allá de nuestras preocupaciones... —la continuaba evaluando, sin atender a Emma.

—Ayude al capitán, que está solo contra ese asesino. Está exponiendo su vida.

—¿El capitán? Ah, sí, pero ahora no tenemos tiempo. Estamos en situación de emergencia. Ya que la he encontrado aquí, me va a hacer falta su ayuda. Tengo que llevarla a Bentley Priory.

—Pero no iré a dejar al capitán solo en medio del tiroteo.

—Señora Wells, le he dicho que es una emergencia.

—Me niego a ir a ningún sitio, si no ayuda al capitán.

El inspector comenzaba a impacientarse y estaba pensando en llevarla a rastras, cuando lo detuvo una idea, una idea que destiló su poder como un resplandor en sus ojos claros y le hizo rebajar el tono.

—Hemos hallado a Alonso Bando. La espera en Bentley Priory.

—¿Alonso está allí? —sus facciones se iluminaron como un amanecer radiante. Que una sombra de preocupación nubló—. Pero el capitán está en apuros...

–Parece capaz de defenderse. Y no sé cuánto tiempo permanecerá Alonso Bando en Bentley. Tenemos que apresurarnos.

Emma no sabía cómo actuar, pero la novedad de semejante noticia y la autoridad del inspector la decidieron a seguirle. A lo lejos, el capitán Laredo la vio marcharse, sin tener ocasión de alzar la voz, porque un disparo rebotó a pocos centímetros de él, en una chapa, y le obligó a esconder la cabeza. Debía salir de allí, así que saltó hacia otro montón de planchas de hierro que había frente a él, arriesgándose a que una nueva bala le acertase.

–Maldito gato –clamaba Dorian, tratando de adivinar dónde se escondía–. Voy a quitarte las siete vidas.

Emma recogió las cuartillas escritas por Lucas y siguió a Roger hasta la ambulancia, sintiéndose culpable de abandonar al capitán, y también bastante escamada del comportamiento del inspector, que arrullaba la cabeza de piedra como un poseedor celoso. Lo vio colocar la adquisición con cuidado junto a su asiento y su indiferencia por el resto del mundo no la tranquilizó en absoluto. Cuando abrió la puerta del acompañante para subir y vio las cajas de dinamita ocupando la parte posterior del coche, se asustó.

–¿Qué significa esto? –preguntó, con los ojos desorbitados–. ¿Qué hace aquí la dinamita? –y no tuvo que preguntar más, adivinó con la velocidad de la luz que era el material robado en Scotland Yard. Entonces entendió que Roger era el espía, el Barón.

El inspector no tuvo más remedio que apuntarla con su arma reglamentaria.

–Entre.

–¿Pero... usted? ¿Por qué?

–Los nazis son mi venganza. ¡Son mi venganza! Nunca más quedará un crimen sin castigo. Ya no, gracias a mí. La muerte de Luisa no habrá sido en vano. No mientras yo viva. Y hoy es el día del sacrificio supremo.

Hablaba como un alucinado. La bondad de sus ojos se había convertido

en hielo.

Emma comprendió aterrada que Roger iba a inmolarsse.

–Usted quiere dinamitar Bentley Priory.

–Sí. Descabezaré la RAF. Sin su Cuartel General, los cazas no podrán evitar el gran bombardeo que se avecina. Durante días Inglaterra estará a merced de los nazis, y caerá.

Emma huyó sin decir más. Entró de nuevo por la cancela del desguace y corrió en busca de la protección del capitán. En esos momentos, Laredo se acababa de lanzar sobre el desprevenido Dorian y le había tumbado de dos poderosos puñetazos. Lo desarmó y se puso en pie cuando oyó que Emma le llamaba por su nombre.

–¡Miguel, Miguel!

El inspector Roger pudo haberse ido sin más, pero temió que aquella histérica diera parte a la policía y estropeará su plan. Con un gesto de hastío, apuntó rápidamente a la espalda de Emma y le disparó una sola vez. No dudó y dio en el blanco.

El capitán vio cómo Emma corría por la plaza hacia él y luego se detenía bruscamente, con una sacudida que le hizo alzar los ojos al cielo antes de caer a tierra. Vio las cuartillas que había llevado en la mano volar por los aires como dos palomas liberadas que dibujaran eses, perezosas, mientras aquella cara pequeña se desvanecía contra el suelo fangoso.

## Teniente Gómez

Mi defensa del capitán Laredo fue todo lo brillante que permitían las circunstancias. Me involucré personalmente en el caso, porque la hoja de servicios del capitán merecía algo mejor que aquel simulacro de consejo de guerra y también porque, de un modo inexplicable, diría subterráneo, comprendí al hombre. Una corriente de simpatía que iba más allá de unas explicaciones impertinentes que no le pedí, fluía entre nosotros, hombres del ejército del aire, veteranos en el servicio, conocedores de las miserias y grandezas de la milicia.

Y había una baza que impresionaba a la corte marcial, incluso en aquellos momentos en que yo aún no había desentrañado los pormenores de las aventuras del capitán en Londres. Ni siquiera el servicio secreto británico, con su habitual carencia de olfato, que lo convierte en epítome del prejuicio, pudo explicar que hacía toda esa dinamita en la ambulancia del policía. Fue mi mejor argumento, el que más hizo titubear al tribunal. Pero no pude vislumbrar, ni Laredo me dio motivo para ello, lo lejos del alcance político que estaba el móvil de su acción. Se negó a informar de lo sucedido, ni en el juicio ni en las pocas ocasiones en que lo visité en la celda provisional. Mostraba un sincero hartazgo del asunto, era como si ya lo hubiera finiquitado por completo y sólo quisiera hacer borrón y cuenta nueva.

Se diría que Laredo había previsto todo lo que iba a suceder desde el momento en que cometió la mayor imprudencia de su vida, como si una presciencia le hubiera acompañado desde entonces, dándole la mano, y hubiera recorrido ya todas las vicisitudes con las que se enfrentó a partir de entonces. Me hubiera gustado alegar enajenación transitoria, porque creía que

era lo que más se adecuaba a la realidad (ahora no estoy tan seguro de ello). Pero la actitud firme del capitán, que excluía cualquier atisbo de condescendencia por parte del tribunal, y la escasez de medios y tiempo, me negaron la oportunidad de un estudio psicológico que, por otro lado, creo que le habría ofendido. El necesitaba asumir los hechos y su responsabilidad.

El fiscal lo tuvo fácil. Le bastó aventar con su desgana chulesca las evidencias que se acumulaban contra Laredo. La primera, la peor de ellas, el otro detenido en el caso: Orson Burr, alias Dorian, natural de Salisbury, un traficante de material robado y estupefacientes que había sido condenado a la horca por el asesinato de su secuaz, conocido por Cómodo en el hampa londinense, y también por descerrajar un tiro en la nuca a su amante, una chica polaca que se movía por los bajos fondos bajo el apelativo de Vivien Carroll. Había asesinado a sus colaboradores con una Luger semiautomática que el capitán Laredo había comprado en el mercado negro al llegar a Londres. Yo alegué que Dorian había robado la pistola al capitán y por tanto no estaba implicado en esos ajustes de cuentas, pero de nada me sirvió. A lo sospechoso de comprar armas robadas, se unía que Laredo hubiera sido visto al salir del desguace donde capturaron al asesino. Existía alguna conexión entre ellos, que en nada favorecía a mi defendido.

Imagino a Dorian en el juicio por asesinato que se celebró en Inglaterra. Sus respuestas a los interrogatorios debieron ser de lo más mordaces y desafiantes cuando, acorralado, barruntó el propio fin. O tal vez fue más sutil y enhebró excusas patrióticas cuando se trajo a colación al Barón, el espía nazi, cuya alargada sombra planeó sobre su proceso y también sobre el nuestro. El patriotismo ha sido al fin y al cabo, la coartada más manoseada para todos los crímenes cometidos. Pero acabó colgado una mañana de noviembre; a las claras se veía que su único móvil vital había sido siempre el botín.

La figura del capitán no podía emerger en peor posición, en aquella escena dantesca, entre cadáveres y ante un caso de espionaje internacional. Incluso el gobierno británico, tan ocupado por la guerra, halló tiempo para pedir informes sobre él y puso en jaque a nuestra diplomacia. El embajador en Londres anduvo en aprietos y creo que aún se siente bajo sospecha. En el fondo, intuyo que la degradación de Miguel Laredo y su expulsión



deshonrosa del ejército ha tenido más que ver con la política que con sus propias culpas.

Pero nada de esto sorprendió a Laredo. Insisto en que lo había previsto y le daba igual. Casi diría que se sintió aliviado cuando conoció la sentencia. En el momento de despedirnos, parecía que no le preocupaba nada. En esos instantes ya era un simple civil. Yo, en cambio, me preguntaba a dónde iría, qué haría con su vida.

Nadie me quitará de la cabeza que vivió aquellos momentos como escenas ya conocidas. No sé si recibió una irradiación del porvenir o una ráfaga de lucidez, que es la forma más amarga de premonición. Fuera lo que fuese, todo ocurrió con rapidez. Se dijera que a Laredo le movía la inmanencia de los sueños, donde todo es ineludible y se asume sin dudar. Casi podía verse a sí mismo, a través de imágenes inconexas que se sucedían con la intermitencia de los relámpagos que alumbran la noche. Cuando la luz de la tormenta ilumina las tinieblas y forma en la retina un cuadro estanco de amenazadora fugacidad. Porque entró en la zona de sombra del mundo a partir del instante en que acarició la cabeza de Emma Wells.

Había corrido a socorrerla cuando la vio caer, sacudida por el impacto de la bala. A Dorian lo dejó tumbado y sin sentido sobre la sucia tierra del camino. La sangre manaba del costado de la mujer y se pegó, caliente, en su mano, cuando la sujetó.

—Emma, Emma... —pudo decir, casi implorar.

Abrió la chaqueta. Un mapa de sangre crecía sobre la blusa blanca. Desesperado, le acarició el pelo, mirándola a los ojos. La bala había roto alguna costilla, pero no estaba seguro de la gravedad de la herida. No se atrevió a indagar más, su corazón galopaba desbocado. La veteranía, la experiencia militar se esfumaron. Sólo era un hombre asustado de perder a la mujer que amaba, mientras ella se dolía y achicaba los ojos, tratando de hablar en medio de su padecimiento.

—Ese es el policía Roger —susurró al capitán—, y acabo de saber que es el espía de los alemanes.

–No hable, descanse... Voy a pedir auxilio.

–Espere –le agarró del brazo con las fuerzas que le quedaban. El sudor rociaba su frente–. Ese hombre quiere volar Bentley Priory en una ambulancia cargada de dinamita... –tosió y apretó sus dedos contra el brazo del capitán–. Tú... –por primera vez le tuteaba– tú tienes que impedirlo.

–Pero no puedo dejarte aquí...

–Hazlo por mí... –cerró los ojos. Laredo le apartó el cabello cuando ella echó la cabeza a un lado para incorporarse un poco. Habló con apenas alientos–. Roger me engañó. Sólo quería llegar hasta mi tío Ferdinand...

–No hables, tranquilízate... Por lo que más quieras. Piensa en tu hija...

–Escucha: si Roger logra que el coche estalle, será un desastre para mi país. No quiero ser culpable de eso, no podría resistirlo...

–Tengo que llevarte a un hospital –y casi la tomó en brazos, pero ella se resistió.

–No te lo pido, te lo ordeno. Miguel, si te importo algo... –y tomó aire, clavando su mirada en él– hazlo por mí. Júramelo.

–Por ti, por ti lo haré –repitió.

Tras este breve diálogo, quedó desvanecida y su cuerpo se relajó completamente. Laredo la dejó en el suelo con cuidado y apretó los dientes. Abandonarla iba en contra de su naturaleza, pero lo había prometido. Tenía que dar caza al asesino.

Salió corriendo por la puerta de la chatarrería, justo cuando tres vigilantes de la Defensa Civil se acercaban, alertados por los disparos que habían oído.

–Pidan ayuda, rápido –les ordenó–. Hay una mujer herida. Y detengan a aquel hombre que está en el suelo, porque es un criminal peligroso.

Los ataques aéreos se recrudecían. Se oía rugir a los aviones, que

evolucionaban en todas direcciones. Las bombas silbaban y, al explotar, cortaban el aire, dejando un pitido en los oídos. Explosiones y disparos moteaban el cielo con rojos y negros globos que quedaban suspendidos en el aire como peces muertos.

Laredo se dirigió al río, donde estaba su coche, pero comprendió que no tendría ocasión de alcanzar la ambulancia de Roger, cuya ventaja crecía por momentos, en medio de las calles que el tráfico colapsaba por el bombardeo. Se extraviaría dando rodeos, se quedaría encerrado en cualquier atasco, mientras que el inspector conocía cada palmo de su ruta. Incluso en esos momentos, perdía un tiempo precioso, alejándose de la ambulancia, porque retrocedía volviendo a la orilla.

Entonces vio el hidroavión que flotaba en el Támesis y no lo pensó. Ya digo que a partir de su promesa a Emma era como si caminara en un sueño, donde todo podía suceder y cualquier locura tenía sentido. Saltar Saltó al pontón que se alargaba sobre el agua, hasta la nave, y soltó la amarra sin perder un segundo. Luego se lanzó a uno de los flotadores sobre los que se balanceaba el aparato en el río y trepó hasta la cabina de mandos. Sólo era cuestión de no pensar, de no dudar, de ser fiero como el enemigo. Le dio igual la protesta a gritos del vigilante, al que pilló desprevenido, orinando contra un árbol, y que corrió inútilmente al portón, porque no se atrevió a saltar al hidroavión, que comenzaba a moverse.

Sólo tenía que recordar, dejar hacer a sus manos sobre el cuadro de mandos. Todos los aviones se parecían en una cosa: eran su hogar. Allí estaba a salvo. No importaba que cientos de cazas y bombardeos armados hasta los dientes sobrevolaran a más de mil pies la ciudad de Londres. Ahora tenía el dominio de la situación.

Despegar fue complicado; las hélices comenzaron a girar y Laredo buscó una línea recta para despegar, entre los barcos y paquebotes del río. Se dirigió hacia el puente de Londres, como si pretendiera suicidarse estrellándose contra él, mientras alguna lancha se apresuraba a despejar el camino, entre el clamor de silbatos y bocinas de las embarcaciones.

Logró alzar el aparato antes de chocar contra el puente y, una vez arriba, se orientó recordando las coordenadas de Bentley Priory cuando lo visitó,

respecto al río y la ciudad. El priorato quedaba a unos kilómetros al noroeste de Londres, tras una carretera bordeada de árboles. Incluso recordaba la estrecha torre que sobresalía de la mole gris, con su chato tejado de aleros muy salientes, a modo de sombrero.

En cada ala del avión habían probado a colocar una ametralladora Browning, fuera del arco de la hélice. Ya había advertido que para eso probaban el aparato, para ver si los aditamentos afectaban al equilibrio y al alabeo cuando tomara velocidad. Pero a esas alturas, sin reconocer más mecanismos que los de vuelo y un botón adosado provisionalmente a la palanca como disparador, supo que no tendría opción de recargar la munición que pudieran llevar las metralletas. Sólo contaba con una oportunidad para lanzar su andanada con ambas armas a la vez, antes de retirarse hacia el mar para amerizar, si es que había suficiente combustible.

Para evitar los escuadrones que luchaban a cientos de metros sobre él, debía atravesar Londres en vuelo rasante sobre los tejados, sorteando torres y chimeneas. A veces se atrevió a subir a los trescientos metros, cuando la tierra comienza a verse plana como un estampado, pero no podía arriesgarse a que cualquier caza lo eligiera como objetivo. Su carcasa era demasiado débil y sus flotadores para el amerizaje eran un blanco fácil y se exponían a ser destrozados. Ni Emma ni él sabían que tras los primeros ataques del mediodía, realizados para despistar a la RAF, todo el grueso de la aviación alemana avanzaba oculto bajo el velo de las nubes atlánticas, que venían desde el oeste con su carga de oscuridad. Era el mayor ataque diurno contra Londres. Si el cuartel General caía en esos momentos, las escuadrillas aliadas volarían a ciegas, sin poder interceptar los ataques enemigos, quizás durante días.

Sobre su cabeza, los aviones se atacaban sin descanso, los más hábiles, con el sol a la espalda o desde mayor altura para no ser avistados, y enseguida se desencadenaba una sucesión de tirabuzones, contrapicados y giros que parecían tejer una urdimbre de fuego y humo, entre disparos y explosiones. Tan infernal era aquel juego aéreo como el dolor de las detonaciones a ras de suelo.

Laredo sólo podía pensar en la promesa que le había arrancado Emma, en la palabra que le dio. No sabía si había muerto o seguía viva y esa

incertidumbre le pesaba más que todas las consideraciones tácticas. Sólo la veía a ella, su cara dulce abatida por el dolor, mientras sus sentidos hacían el trabajo mecánico de guiarse por la selva geométrica de Londres hasta alcanzar la campiña verde, donde buscó las carreteras con sus orillas de arces y olmos, para encontrar la torre encapuchada de Bentley Priory, que al fin halló con su aspecto de pagoda aplastada.

Mientras el hidroavión cumplía su misión, una idea se había fijado en la mente del capitán. Si conseguía alcanzar la ambulancia de Roger con sus tambaleantes ametralladoras, habría matado a un policía inglés. No importaba que se tratase de un espía nazi: lo que iba a hacer sería considerado una acción de guerra cometida por un ciudadano extranjero. En el mejor de los casos, sería deportado y el gobierno de su país tampoco le iba a agradecer que se inmiscuyera en una guerra exterior. En una palabra, era un hombre sin futuro por causa de una mujer cuyo diagnóstico desconocía. Peor que eso: se encaminaba a perder la oportunidad de volver a verla. Si tenía éxito, se despedía para siempre de Emma. No podría ni preguntar por ella cuando se le crucificase a preguntas, para no involucrarla. Al contrario, debía rechazar dar explicaciones sobre sus actividades en Londres desde el momento en que la conoció. Tenía que alejarla del caso para siempre, a riesgo de comprometerla en aquella trama de ladrones, asesinos y espías. A partir de ese momento estaba solo; actuaba por propia iniciativa contra Roger, sin más comentarios.

Una punzada en el corazón, más aguda que el tañido del motor y la protesta del aire que surcaba, le indicó que había renunciado a la mujer que amaba. Porque sabía que era amor, la última locura en un mundo revuelto. Emma reconoció los sentimientos de Laredo antes que él mismo; por eso pudo obligarle a jurar que se embarcaría en aquella caza. Pero a plomo caía la siguiente conclusión: también ella perdía al capitán, porque sabía que un hombre como él no la involucraría ni compartiría la responsabilidad. Así Emma podría ser tratada como una víctima más de la guerra, si sobrevivía a su herida. Ella volvería con su hija y ningún baldón comprometería el trabajo de su tío, el coronel Ferdinand Osborn.

La promesa que le arrancó había significado un adiós, lo decían los árboles que anunciaban el otoño, el plomizo cielo que el humo del este enturbiaba. Lo dijeron las lágrimas de Emma cuando volvió en sí, al ser

tendida en una camilla. Miró arriba, buscando algún indicio de él en medio de la batalla aérea. Pidió, y le dieron, los dos papeles escritos a lápiz que el barro había manchado. En su agonía los apretó contra el pecho, aunque apenas los miró, no podía leerlos. Casi intuía lo que decían. Eran dos cuartillas de apretados renglones, escritos en un castellano casi fonético, de gramática imposible. Lucas, abandonado a su suerte en la celda del tiovivo, amarrado como un rehén en tierra extraña, creyéndose cerca del fin, confesó algo como esto:

### *Lucas*

*8 de septiembre de 1940*

*Ya no soy Lucas. No puedo serlo porque no me conozco. Sigo teniendo el pelo endrino y he cumplido 50 años, pero muchos de esos años son prestados porque no me pertenecen. Ni lancé un quejido cuando nací, según me dijeron, pero el firmamento cruzó dos luceros de perdición pa maldecirme. Y se cumplió la profecía como palabra de rey.*

*Me acostumbré enseguida a la guerra, malo como soy, robando por mi cuenta o a la de Rasputín, ese simulacro de inglés, que tenía más agujones que un avispero. Era una tarántula y me santiguaba na más verlo, pero qué bien ganaba el dinero a su vera. Me acostumbré a las alarmas y a los reclutas, sabía dar sablazos y soltar trolas como el mejor. Madrid era el delirio de los estafadores. Tenía puerta en cualquier sitio si sabía camelar a algún teniente novato, dándole pares y nones. Debía tener algo de zahorí o nigromante por lo fácilmente que trajinaba incautos. Y eso que no faltaban sustos, males de ojos y juramentos entre dientes con la guerra. Pero había dejado atrás la miseria del ganapán y vivía como un potentado, con mi cartera llena de telanga y sin matarme al sol en cualquier baldío, con los destripaterrones.*

*Una tarde de noviembre, en la puerta del Museo del Prado, conocí al señorito Alonso Bando, hombre bien tallado, que chamullaba como un patriarca y me enseñó aquella piedra del tamaño de una sandía. Supe que esos ojos de reina, esa carita de virgen, tenían que ser míos por las buenas o*

*por las malas. Aquel lucero tenía que haber caído del cielo porque daba gloria mirarlo. En el Museo lo echaron a patadas, que no querían más, que estaban llenos. Lo mandaron a la capilla de San Francisco el Grande. Y yo me ofrecí a llevarlo. Tenía el uniforme de miliciano, que me ponía para las guardias y para entrar en las casas a registrar. Los curas dicen una palabra: profanar. Eso hacía yo con el uniforme.*

*Como la noche se echaba encima y era tan mala, tan lluviosa, el señorito no quiso cavilar más. Traía ojeras del viaje y estaba rendido. Me dijo que sólo quería hacer lo decente y marcharse. Lo decente. Casi me río en su cara. En medio del asedio y las calamidades, él maquinaba esas filigranas, cuando la gente sólo pensaba en el parné y en salvar el pescuezo. Me ofrecí a conducir yo mismo el coche y me lo agradeció. Tiré por callejones, pensando la manera de enredarlo, mientras él hablaba. A la legua se veía que tenía las llaves del talento, pero sólo pensaba en hacer las cosas legalmente y cuando se quitara de encima la Diana, que así la llamaba, soltarla como si fuera una salamanquesa. Debió conocer su mal fario, y es que los males, cuando empiezan a andar, vuelan.*

*Hice el paripé de honrado, mientras buscaba cuestras y callejones. La Diana iba envuelta en una manta para hacerla pasar por equipaje, así diquelaba el guasón. Entonces pinchó una rueda en un bache, y no se veía un alma por ninguna parte. Bajamos a cambiar la rueda. Me crujen los huesos cuando me acuerdo. Se agachó a quitar los tornillos y en ese momento brilló en mi mano la llave inglesa, con la luz de lucifer. El destello me deslumbró. Aquello sonó en su cráneo, no como un golpe, sino como un chapuzón en una tina, una palmada en el agua, la quebradura de un ala. Cómo chorreaba la sangre, la más oscura del mundo. Ni mil candiles la harían brillar. Así tiré mi alma por la muralla. Ahora sé que a la Diana la labraron los dengues de mi perdición.*

*La agarré y corrí como un perro rabioso. Fue la noche más larga que he pasado. Anduve sin tino, con la carga a cuestras, sudando y jurando por mi condenación. No sé cómo no me pegaron un tiro los de cualquier bando. Hasta que no vi la primera luz del día no me caí a dormir en alguna tasca de borrachos. Me hundí en el sueño, hecho un ovillo alrededor de la manta, con tan mala pinta que nadie sintió ni curiosidad por el revoltijo que*

*guardaba.*

*Cuando me levanté la enterré en un solar que sólo yo sabía. Rasputín sospechó de mí y vino a buscarme para pedirme cuentas. Pero no le dije ni esto. Tó el mundo me miraba a mí, todos me acusaban en sordina, pero nadie tenía pruebas. De todas formas, había otras charranás que sí había hecho y me metieron en el talego por lo demás, no por lo importante.*

*Meses después de que se acabó la guerra, me soltaron con la amnistía. Rasputín había tenido que largarse mucho antes para que no lo cogieran los nacionales, porque se hacía pasar por brigadista en sus trapicheos. Cuando me vi libre, fui al solar y desenterré la Diana.*

*Había oído que en Londres vivían muchos judíos ricos, por eso, en mala hora se me ocurrió venir aquí a vender la Diana. La escondí en una maleta marrón y por si acaso, contraté a una mujer para que cargara la maleta como si fuera suya y pasara la aduana. Pero no pude presentir lo que me esperaba. La policía estaba avisada de mi llegada. En cuanto vieron el pasaporte, empezaron a hacer preguntas. Y todo porque Rasputín regresó a su país fardando de haber visto mi tesoro.*

*Me hice el tonto. Pero uno de los jefes, Roger, sabía más que los demás: estaba en el ajo. Luego llegó Rasputín, ese greñudo, que se hacía llamar Sir Kildrake y se daba aires de sultán, pavoneándose como si diera palabra de caballero. Se ofreció para traductor pero no sabía que Roger lo tenía calao. Y yo no iba a decírselo, no se mete uno entre gallos de pelea sin tener espolones.*

*Cuando me dejaron salir tomé mil precauciones para que no me siguieran y fui al hotel donde la mujer que contraté había dejado mi maleta. Buscaba dónde esconderme y di con unos granujas que me ofrecieron refugio. Demasiado tarde me he dado cuenta de que están conchabados con Rasputín. Maldita isla, no volvería ni aunque dieran oro en pepitas. Soy prisionero otra vez. Pero esta vez con peores carceleros. Y sé que, pase lo que pase, lo merezco. Por la muerte de ese hombre de planta que no hizo nada a nadie.*

*Los que mal andan, mal acaban.*



La batalla de Inglaterra se acercaba a su apogeo. La gran armada se cernía sobre el horizonte, mientras que los aviones alemanes que servían de cebo terminaban su trabajo. Algún piloto alemán confundía aquellos prados con Sajonia y al ver arder una granja pensaba que era una premonición de lo que sucedería en su casa con su familia. Pero el espíritu de equipo le impedía flaquear. De todos modos era alcanzado y caía en barrena: nunca volvería a ver Sajonia. Se estrellaría sobre un campo de lirios, sin haber conocido el amor ni saber qué cosa había sido el universo.

El capitán había vislumbrado al fin el priorato de Bentley, entre sábanas de césped y cortinas de árboles. Lo sobrevoló varias veces, lo que provocó la alarma de los guardias, que consideraron su rumbo y altura, por no mencionar su forma, una anomalía en la batalla aérea. Se elevó para alejar las suspicacias de los soldados, no fuera que disparasen al fuselaje. El altímetro se llenó de esperanza al remontar, pero el cielo no estaba en el objetivo. No podía alejarse mucho de la zona o no reconocería la ambulancia de Roger. Dirigió el morro hacia la carretera de Londres, buscando entre los pocos vehículos que pasaban. No le dio tiempo a pensar que el hombre al que perseguía había querido matar a Emma Wells, tal vez lo había logrado. En ningún momento se acordó de tomar aquel acto como una venganza, génesis de tantos crímenes. Si su punto de mira buscaba una vida, su pensamiento rezaba por otra. El sol alto dibujaba su propia sombra sobre el asfalto, lo estabilizaba y jugaba a recortar su forma entre las líneas de la carretera.

Al fin distinguió la ambulancia de Roger, con su cruz roja pintada sobre el techo, ofreciéndole una diana móvil, como un señuelo. Sabiendo que lo perdía todo, con un escalofrío que no era sólo por el aire que se filtraba a la carlinga, apretó el pedal del timón de dirección y maniobró para colocarse a la espalda del coche a suficiente distancia. Necesitaba fijar su puntería y dispararle desde atrás, antes de que Roger advirtiera sus intenciones y comenzara a hacer eses para esquivarlo. Sólo contaba con una carga de munición. Mantuvo firme la dirección, con el viento a favor, y se cuadró en línea recta con la carretera, antes de iniciar los disparos. Apretó los dientes.

—Por ella, por si vive —y recordó sus ojos al hacerle su última súplica, cuando, a pesar del dolor o tal vez por ello, lo miraba como si le perteneciera, sabiendo que podía disponer de él a su antojo. El amor lo tenía sentado ante

aquella tabla de instrumentos, ante los indicadores y el manómetro. Activó la ametralladora, que comenzó a hendir el aire.

Lo demás, la línea que los impactos enfilaron como chispas en el pavimento hasta alcanzar la ambulancia, su fulminante explosión, seguida al instante por una detonación brutal que arrancó árboles de cuajo y creó un cráter en la carretera, con una nebulosa de fuego que obligo al hidroavión a desviarse en un giro repentino que casi lo desestabiliza, el choque con el muro expansivo generado por la conflagración, fueron anécdotas, datos para periódicos, para conversaciones de quienes lo vieron, nada que afectara al corazón. Los disparos a la carcasa por los soldados, que lo tomaron como enemigo al observar su ataque, o el hecho de remontar para tomar altura, buscar un lugar donde amerizar en dirección este, donde se hallaba el estuario y el mar, ni siquiera lo recordaría días después.

Que Emma había sido una heroína y él la había perdido eran los únicos argumentos de su mente. No se acordó de la cabeza de Diana, que también se volatilizó en el estallido, ni le preocupó la historia de Roger. No le impresionó la fenomenal armada de bombarderos y cazas alemanes que se acercaba a Londres, mientras los altos mandos nazis se la prometían felices si el Barón cumplía su misión con la eficacia acostumbrada y pulverizaba el cuartel general de los cazas, lo que dejaría la isla a merced del enemigo durante días. Podía haber significado la capitulación británica, la prolongación del terror sobre Europa.

Laredo sólo cumplió una promesa, despidiéndose de la única mujer que le importaba en el mundo. Por eso, ajeno a los escuadrones que avanzaban unos contra otros, a sus persecuciones y fintas, a sus picados y caídas en barrena, voló río abajo hacia el mar, hacia el azul que era lo único que le quedaba, el mar, siempre igual a sí mismo...

El resto de los hechos en los que estuvo presente ya no exigieron de él más atención. El hidroavión se posó con algunos saltos sobre las olas del estuario y un barco de pesca le tiró alguna cuerda para remolcarlo hasta la orilla, donde unos voluntarios de un campamento cercano improvisaron una sirga y lo sacaron del río. Se entregó, dio su nombre y lo demás fue un largo recorrido por comisarías, celdas preventivas, interrogatorios de agentes y fiscales, entrevistas con juristas del Ministerio de Asuntos Exteriores, con el

cónsul y un agregado de la embajada española que viajó ex profeso a Londres. Le bastó con obstinarse en su silencio, en no contar cómo ni por qué supo que el inspector Roger era el Barón ni qué tenía que ver con los cadáveres. Esa era su única forma de fidelidad a Emma Wells.

Ni conocía a Dorian (aquí no habría mentido, en realidad sólo lo había visto dos veces, aunque igualmente optó por su derecho a guardar silencio) ni dijo nada sobre la señora Wells, una mera civil a la que se consideró una herida accidental, víctima de los daños colaterales provocados por la guerra. Así pudo saber, indirectamente, que la señora Wells había sobrevivido y vuelto con su familia a Oxford. En cuanto a la cabeza de Diana, en paradero desconocido, ni siquiera había llegado a reparar en ella más que un instante. No pudo calibrar cuán bella era, la delicadeza de sus rasgos, creados con una perfección que no merecía la atención de este mundo.

El Ministerio de la Guerra hubo de admitir a regañadientes que ese extranjero había descubierto y eliminado al Barón, bien era verdad que por métodos sólo justificables por la urgencia de las circunstancias, y que había salvado Bentley Priory en el último momento de ser barrida con la dinamita robada. No podía negarse que el Barón se había paseado ante las narices de la Inteligencia Británica con total impunidad hasta entonces. Que un recién llegado hubiera solucionado su problema era humillante, y más aún que luego se empeñara en callar su prodigioso método. Se optó por alegar falta de pruebas que lo vincularan con los hechos del hidroavión y simplemente se le dejó marchar, eso sí, fuera del país.

De modo que fue repatriado y enviado a Madrid, rodeado de policía y con mil muestras de recelo, sin siquiera darle un apretón de manos por los servicios prestados, aunque él no lo hubiera aceptado. Le afligían otras preocupaciones que nada tenían que ver con medallas ni banderas ondeantes. La autoridad nacional se encontró con la patata caliente de recibir a un militar en reserva, culpable de posibles actos de guerra, no confirmados por una potencia extranjera. Se optó por imponerle un castigo ejemplarizante y, a falta de imputarle una muerte que los ingleses no quisieron reconocer, eligieron acusarle de desobediencia a los superiores, sabiendo que no habían existido órdenes militares ni relativas a ningún servicio. Fue un trabalenguas, un guirigay que traté de desmoronar con la pura lógica, aunque no me

escucharon.

Tras la publicación del dictamen con el que nos obsequió el Consejo de Guerra, y visto que Laredo había rehusado cualquier ayuda por mi parte y sólo me toleró como un mal necesario, me sentía bastante culpable de no haber sabido encajar las piezas ni resuelto los enigmas que planteaba su expediente. Tal vez por eso, cuando ubiqué las circunstancias y resolví el rompecabezas, con la excusa de llevarle los documentos oficiales que finiquitaban el caso, me atreví a visitarle a su domicilio madrileño, una tarde de otoño.

Se alojaba en una pensión del barrio popular de Chamberí. Lo encontré más delgado, vestido con un traje muy gastado, leyendo un periódico en su cuarto. Me recibió con cierta calidez y fumamos unos cigarrillos. No quise, no me atreví a fijarme demasiado en los detalles de su morada, que parecía demasiado austera incluso para un antiguo soldado.

Preferí invitarlo y bajamos al café que había abajo, junto a la puerta de su pensión. Allí nos sentamos a la luz del escaparate, por donde un sol tibio se derramaba, en una mesa cuyo tapete de mármol era frío como un pez, sustentado sobre una Y griega de hierro. Incluso las sillas parecían en los huesos. El camarero sólo era un chico despeinado y nos sirvió dos cafés con demasiado desparpajo. Yo guardaba mucho respeto al hombre que tenía ante mí, por sus actos, por su resignación. Procuré hacerle agradable mi visita y charlé de naderías.

En realidad me corroía la curiosidad por sus asuntos, por sus proyectos en la nueva vida que empezaba para él, lejos del ejército, pero no me atrevía a preguntarle y dejé que la conversación discurriera por las trivialidades de mi trabajo. Por eso reduje mis expectativas a comprobar que se hallaba bien de salud y parecía tomar con serenidad su cambio de estado. En las conversaciones entre hombres difícilmente se tratan cuestiones íntimas. En cierto momento, mencioné mis andanzas en aparatos bimotor y su expresión cobró vida. Entonces habló con fluidez de los nuevos aviones que se probaban en América. Creo que estaba pensando en irse al extranjero y probar suerte en la aviación civil, pero no sé si lo dijo como broma o como una posibilidad que no había descartado.

Después de recorrer su historia, podía decir que la conocía y era consciente de tener ante mí a un héroe, aun obligado por las circunstancias. Mi vida, en cambio, se había reducido a la rutina. Quizás por la miopía, nunca prometí mucho en el campo de las proezas. Me preguntaba cuándo volvería a conocer a un tipo como él. Al despedirnos, me atreví, un poco ridículamente, a darle ánimos y ofrecerle mis mejores deseos para el futuro. Ya que no pude conseguirle una defensa eficaz, quise brindarle mi amistad. Nos estrechamos la mano.

Lo dejé junto al escaparate, tomando un poco el sol que apenas calentaba a esa hora de la tarde los rincones de Madrid. Me alejé por la acera, sabiendo que quedaban cosas por aclarar que nunca me diría, que ambos sabíamos la injusticia que se había cometido con él. Pero el mundo tiene sus pautas y nadie puede cambiarlo.

Un taxi negro pasó por mi lado y oí cómo se detenía a mi espalda. Aunque soy corto de vista, miré hacia atrás y vi que bajaba de él una mujer con un extraño sombrerito azul, supongo que a la moda. No pude ver su cara, aunque su talle era delgado. Se acercó a donde estaba Laredo, que en ese momento acababa de tirar su colilla. No me atreví a seguir mirando; no era asunto mío y, sin embargo, deseé que fuera Emma Wells, que hubiera viajado para darle la mayor sorpresa de su existencia. Deseé con todas mis fuerzas que se produjera el reencuentro, que ella al fin se hubiera decidido a saborear la vida y buscar, fueran cuales fueran las consecuencias, al hombre que yo estaba seguro de que amaba. No sé si lo pedí en voz alta. Ojalá se hubiera atrevido Emma Wells a recorrer junto a Laredo los lugares con que siempre había soñado, que habían ocupado su imaginación durante su juventud: los campos de España.

Fin